BIBLIOTECA CIENTÍFICO-FILOSÓFICA

Moreau de Jonnés.

LOS TIEMPOS MITOLÓGICOS

ENSAYO DE RECONSTITUCIÓN HISTÓRICA

COSMOGONÍAS

EL LIBRO DE LOS MUERTOS, SANCHONIATON,
EL GÉNESIS, HESIODO, EL AVESTA

TRADUCCIÓN
DE
M. CIGES APARICIO

MADRID
DANIEL JORRO, EDITOR
23, CALLE DE LA PAZ, 23
1910

BIBLIOTECA INTERNACIONAL

DE

Psicología experimental

NORMAL Y PATOLÓGICA

PRECIO DE CADA TOMO: **4** PESETAS

Tomos publicados:

laparéde.- La asociación de las ideas. Traducción de Domingo Barnés. Con figuras. Madrid, 1907.

Cuyer.—La mímica. Traducción de *Alejandro Miquis*. Con 75 figuras. Madrid, 1906.

Dugas.—La imaginación. Traducción del Dr. César Juarros. Madrid, 1905.

Duprat.—La moral. Fundamentos psico-sociológicos de una conducta racional. Traducción de Ricardo Rubio. Madrid, 1905.

Grasset. - El hipnotismo y la sugestión. Traducido por Eduardo García del Real. Con figuras. Madrid, 1906.

Malapert. - El carácter. Traducido por José María González. Madrid, 1905.

Marchand. - El gusto.—Traducción de Alejo García Góngora, con 33 figuras. Madrid, 1906.

Marie (Dr. A.).—La demencia. Traducción de Anselmo González. Con figuras. Madrid, 1908.

Nuel.—La visión. Traducido por el Dr. Víctor Martín. Con 22 figuras. Madrid, 1905.

Paulhan.—La voluntad. Traducción de Ricardo Rubio. Madrid, 1905.

Pillsbury.—La atención.—Traducción de Domingo Barnés. Madrid, 1910.

Pitres y Régis.—Las obsesiones y los impulsos. Traducido por José María González. Madrid, 1910.

Sergi.—Las emociones. Traducido por Julián Besteiro. Con figuras. Madrid, 1906.

Toulouse, Vaschide y Pieron.—Técnica de psicología experimental. (Examen de sujetos.) Traducción de Ricardo Rubio, con figuras. Madrid, 1906.

Van Biervliet.—La memoria. Traducido por Martín Navarro. Madrid, 1905.

Vigouroux y Juquelier.—El contagio mental. Traducción del Dr. César Juarros. Madrid, 1906.

Woodworth.—El movimiento. Traducción de Domingo Vaca. Con figuras. Madrid, 1907.

Se publican estos volúmenes en tomos de 350 á 500 páginas, tamaño 19 × 12 centímetros, con ó sin figuras en el texto.

EN PREPARACIÓN

Baldwin.—El juicio y el conocimiento.

Bonnier.—La audición.

LOS TIEMPOS MITOLÓGICOS

PRECIO

PRECIO
10 pesetas

PUBLICADAS EN LA MISMA BIBLIOTECA

Boissier.

El fin del paganismo —Estudio sobre las últimas luchas religiosas en el siglo IV en Occidente. Traducción de Pedro González Blanco. Madrid, 1908. Dos tomos. Tamaño, 19 × 12). Precio, 7 pesetas.

Paseos arqueológicos.—Roma y Pompeya.—Traducción española de Domingo Vaca. Madrid, 1909. (Tamaño, 19 × 12.) Con varios planos, 4 pesetas.

Coulanges (Fustel de)

La ciudad antigua.—Estudio sobre el culto, el derecho, las instituciones de Grecia y Roma. Traducción de M. Ciges Aparicio. Madrid, 1908. (Tamaño 19 × 12.) Precio, 4 pesetas.

Ferriére.

Errores científicos de la Biblia.—Traducción española de Vicente Colorado. Madrid, 1904. (Tamaño, 19 × 12.) Precio, 4 pesetas.

Los mitos de la Biblia.—Traducción de Benito Menacho Ulibarri. Madrid, 1904 (Tamaño, 19 × 12) Precio, 4 pesetas.

Fouillée

La moral, el arte y la religión, según Guyau.—Traducción de Ricardo Rubio. Madrid, 1902. (Tamaño, 19 × 12.) Precio, 4 pesetas.

Grasserie.

Psicología de las religiones.—Traducción de Ricardo Rubio. Madrid, 1904. (Tamaño, 19 × 12.) Precio, 4 ptas.

Guyau.

La irreligión del porvenir.—Traducción y prólogo de Antonio M. de Carvajal. Madrid, 1904. (Tamaño, 23 × 15) Precio, 7 pesetas.

Höffding.

Filosofía de la Religión.—Versión española de Domingo Vaca. Madrid, 1909. (Tamaño, 23 × 15.) Precio, 6 pesetas.

Lange.

Historia del materialismo.—Traducción de Vicente Colorado. Madrid, 1903. Dos tomos. (Tamaño, 23 × 15.) Precio, 16 pesetas.

BIBLIOTECA CIENTÍFICO-FILOSÓFICA

Moreau de Jonnés.

LOS TIEMPOS MITOLÓGICOS

ENSAYO DE RECONSTITUCIÓN HISTÓRICA

COSMOGONÍAS

EL LIBRO DE LOS MUERTOS, SANCHONIATON,
EL GÉNESIS, HESIODO, EL AVESTA

TRADUCCIÓN
DE
M. CIGES APARICIO

MADRID
DANIEL JORRO, EDITOR
23, CALLE DE LA PAZ, 23
1910

Fondo bibliográfico
Dionisio Ridruejo
Biblioteca Pública de Soria
8771

MADRID.—Ginés Carrión, impresor, Verónica 13 y 15.

INTRODUCCIÓN

Suele aplicarse el nombre de Mitología á la colección de fábulas y leyendas en que se refieren las aventuras de los dioses y de los héroes, objetos de culto en la antigüedad La Mitología es en cierto sentido la Biblia del paganismo. Esos relatos, frecuentemente extravagantes, pero casi siempre brillantes de imaginación y de gracia, han alimentado durante tres mil años la literatura de los pueblos más inteligentes, así antiguos como modernos. A pesar de eso, el reinado de la Mitología ha pasado, y desaparecido de las letras contemporáneas después de inspirar á nuestros genios más eximios. La generación que acaba de extinguirse ha asistido—y en gran parte contribuído—á la ruina de las tradiciones míticas de Grecia y de Roma que tanto encantaban á nuestros abuelos. Esa generación ha llegado á olvidar hasta el vocabulario mítico: la musa y la lira se invocaron por última vez en los versos de Lamartine y de Vigny. El estudio de los mitos antiguos casi ha quedado reducido hoy al dominio de la arqueología, adonde los eruditos acuden á interrogarlos para adivinar el sentido oculto que los mismos escritores de la antigüedad no parecen haber comprendido en su mayoría.

Desde este punto de vista, y á contar desde principios dice siglo, los estudios mitológicos han adquirido

importancia, merced á las nuevas fuentes abiertas con el conocimiento de los poemas indos, célticos, eslavos, fineses, escandinavos, y con la interpretación más profunda del mitismo egipcio y asirio debido á la lectura de los jeroglíficos y de los escritos cuneiformes. Sin embargo, á pesar de estos nuevos y abundantes medios de información, no parece haberse adelantado mucho en el secreto del enigma. A la conjetura corresponde todavía la mejor parte, quizás, por la sencilla razón de no haberse encontrado todavía el punto de partida.

Según nuestro juicio, la noción más importante que se deriva de la comparación de las varias mitologías, es la identidad del principio en que se sustentan. En efecto, ofrecen semejanzas tan palmarias en cuanto al fondo, á la composición y aun á los términos empleados en idéntico sentido, que necesariamente se llega á la conclusión de que ha debido existir originariamente un tema único que sirviese de base á esos documentos en que el genio de cada pueblo imprimió después un carácter distinto. ¿Por qué inspiración ha nacido ese tema originario? ¿Ha sido un juego de la imaginación de los rapsodas orientales? ¿Ha sido el naturalismo panteista de la India que conquistó pueblo tras pueblo, hasta los confines de Occidente? ¿Ha sido la herencia del profundo simbolismo de Egipto llevado á Asia por sus colonias, y hay que buscar bajo ese velo los vestigios de la primera existencia de los pueblos antiguos?

Un estudio comparado—durante más de veinte años—de las leyendas que se refieren á la infancia de las sociedades, nos ha comunicado esta doble convicción: 1.°, que las cosmogonías, las teogonías, las fábulas mitológicas de las diferentes naciones proceden de un fondo común; 2.°, que el Génesis, el Avesta, las teogonías de Sanchoniatón y de Hesíodo indican los períodos sucesivos de una misma historia; la de la in-

fancia de estos pueblos, y que esos poemas han tenido una misma región por teatro.

He aquí, en pocas palabras la impresión que hemos recibido en el examen de los documentos mitológicos: al principio genealogías y algunos hechos reales impresos de la brevedad epigráfica. Entre los politeistas una edad de oro; Urano, Saturno, Neptuno, Osiris, Oannes aparecen como jefes civilizadores que sacan de los bosques á los hombres salvajes para enseñarles la vida civilizada. Entonces no había religión oficial. El único culto que se advierte entre los egipcios es el de los antepasados, reyes ó grandes sacerdotes, á quienes se honra directamente bajo la forma de la apoteosis, ó con la de los símbolos que les caracterizan. Este culto se extiende en Asia á todos los pueblos que están en comunicación con Egipto y que reciben de él sus primeras nociones sociales. Luego, un súbito acontecimiento, un cataclismo formidable que estalla en medio de estos pueblos, rompe violentamente los hilos de la tradición, expulsa de su país originario á las dispersas tribus que se reunen en Caldea y en Armenia. Durante los dos ó tres siglos que siguen á esta catástrofe la nube mítica se condensa y obscurece la tradición. Con el terror inspirado por una catástrofe cuyas causas físicas les son desconocidas, se produce y difunde la creencia en las influencias sobrenaturales y en un poder superior que dirige las fuerzas del universo: además del culto de los antepasados y del soberano, nace el sentimiento de la divinidad. Los sabios de las naciones, congregados en los colegios sacerdotales, elaboran esos graves problemas de la formación del mundo y de la creación del hombre; ayudándose con los raros documentos salvados del diluvio, erigen las cosmogonías y crean las dinastías divinas. En uno de ellos, Abraban, dotado de superior intuición, se despierta la conciencia de un sér supremo, autor y rector de todas las

cosas; otros, como los magos, permanecen fieles al culto del fuego, en el que adoran al creador y al destructor. Los politeistas, escitas y cuchitas, forman un Olimpo con los soberanos de su raza. Los helenos y los frigios tienen á Júpiter-Zeus y á los doce dioses; los asirios y fenicios adoran á Ashur, Júpiter Belo y á las doce divinidades de la tabla de Nemrod. A contar de este momento, el mito se sustituye á la crónica primitiva y reina como señor en la tradición redactada por los sacerdotes y propagada por los poetas.

Pero, no obstante esta diversidad de cultos, es fácil reconocer que se hacen mutuas y grandes concesiones. Lo predominante en uno, suele ser secundario en otro, y se discierne sin trabajo los vestigios de una época en que los objetos de estos cultos recibían común adoración. El fuego sagrado era universalmente reverenciado entre los egipcios, los griegos y los hebreos, como entre los persas. La creencia monoteista ha marcado con su sello al orfismo y al magismo. La idea de eternidad é inmortalidad lo mismo se aplica á los dioses egipcios que al Jehovah de los judíos, y un infierno, lugar de castigo, así como una mansión de los bienaventurados, forman el fondo de todas las religiones. En el curso de este libro indicaremos otras analogías no menos claras. Resulta, pues, de estas analogías que los antepasados de esas naciones, separadas hoy por considerables distancias y por profundas diferencias de lenguaje y de costumbres, necesariamente han tenido que vivir en su origen en localidades vecinas, hacer un género de existencia análoga, recibir la misma educación social, participar de las mismas vicisitudes y calamidades; en efecto, esto es lo que la interpretación nacional de las mitologías demuestra de una manera irrecusable.

Sin duda, cuando se considera el conjunto confuso de los cuentos, sin nexo ni cronología, que nos ha legado la antigüedad, nos inclinamos á dudar que haya

en ellos gran cosa de aprovechable. Por su falta de sentido crítico y aún más por la reserva que les imponía el respeto á la religión del Estado, los antiguos rara vez han atinado. Y los modernos, cuando el espíritu de sistema no los ha desviado del recto camino, han ido demasiado lejos, ayudándose con las ciencias físicas que han realizado tan rápidos progresos. Así, la Geología, enseñándonos los cambios que la costra terrestre ha sufrido en tal ó cual parte desde hace cinco mil ó seis mil años, suministra un precioso comentario á la Biblia y á Homero.

Para obtener partido de los escritos míticos, el primer cuidado ha de ser reducir en lo posible la considerable parte que en ellos se asigna á lo maravilloso. Así como el minero consigue por medio de procedimientos químicos extraer el metal de la ganga que lo envuelve, se puede disolver el baño sobrenatural de que los hechos primitivos están revestidos y obtener una especie de precipitado real suficiente para reconstituir la totalidad de una época desaparecida. Por sus recíprocas afinidades, las lenguas han comunicado á la filología el medio de contrastar el parentesco de los pueblos. Pero este precioso recurso de investigación resulta incompleto, ya que no explica dónde ni cómo se estableció ese parentesco. Era, pues, indispensable encontrar un instrumento que pudiese prolongar nuestra visión hasta los tiempos testigos de la formación de las principales naciones antiguas, y hemos creído descubrir tan útil auxiliar en el simbolismo que sirvió durante mucho tiempo para caracterizar á las primeras familias humanas, y que lo conservaron fielmente, aun después de transformarse en grandes naciones. Sin pretender exagerar la trascendencia de tal recurso, hay casos en que permite coger á una familia en su cuna misma y seguirla al través del dédalo mitológico hasta la época en que comienza la historia.

Emprendiendo este trabajo de eliminación de las fábulas, que casi han ahogado el verdadero sentido de las cosas bajo su vegetación parasitaria, sin duda nos exponemos á contrariar antiguas ideas profundamente arraigadas y nuevos sistemas propagados por ilustres escritores. Más de una vez hemos pensado en la frase de Fontenelle. «Aunque tuviese mi mano llena de verdades me guardaría mucho de abrirla.» Pero aun haciendo abstracción del deber que la ciencia impone á todos de comunicar lo que se cree la verdad, el pensamiento moderno ha progresado mucho desde el egoísta espiritual, y puede afirmarse que, si para nosotros no, para otros se hará la luz en un período próximo.

Sin duda es grande la curiosidad en este momento por lo que toca á estas cuestiones; pero también hay que convenir en que todos los espíritus no están preparados para admitir nuevas soluciones, y no se repetirán bastante estas palabras de un filósofo, monsieur Cournot: «Evitemos los juicios absolutos, las exigencias desanimadoras, y en los problemas difíciles busquemos, no las causas propiamente dichas, sino las razones suficientes. En otros términos, es cuerdo resignarse á las verosimilitudes, á las probabilidades, á las razones próximas, á los juicios asertóricos; los juicios categóricos ó definitivos que, en realidad, importan débilmente, deben ser demorados por lo menos. Hay demasiado que hacer actualmente para esperar, al precio de mil afanes, estas razones verdaderamente suficientes. Descofiamos más que nunca de la metafísico-teólogo-cosmología y de todos sus congéneres. Después de haber visto sucederse tantas novelas de esta especie procuremos que no nos asalten las quimeras. Sólo creemos lo evidente, no para nosotros únicamente, sino para todos, y á condición de no descuidar ningún elemento de los diversos problemas que se pretenden resolver».

Sólo con el beneficio de estas mutuas concesiones entre el público y el autor, es posible emprender la delicada misión de ensayar una restitución histórica de la síntesis mitológica. Es bastante decir que, por nuestra parte, no existe ningún prejuicio de sistema ó de controversia, y que nuestro único objeto al colocar los jalones de una senda que otros podrán convertir pronto en amplio camino, se ha reducido á aportar mediante la discusión de los documentos antiguos, un contingente de informaciones inéditas á problemas que han permanecido obscuros durante más de tres mil años.

A ese número pertenecen ciertas rectificaciones geográficas indispensables: así los descubrimientos de la epigrafía suelen revelar el descubrimiento de un Egipto, de una Etiopía y de una Libia que no pueden situarse como los países así nombrados que hoy conocemos. Por ejemplo, ¿es admisible que los hebreos, que procedían manifiestamente del Norte de Asía, hubiesen sido una familia etíope, originaria de Libia, como dice Tácito? ¿Que Danao y sus cincuenta hijas, antepasadas de los helenos, salieron de Egipto para establecerse en Argos? ¿Que los etíopes, tan citados por Homero, habitasen como en tiempos de los romanos al Sur de Egipto? Estas proposiciones son tan contrarias á toda verosimilitud, que se ha renunciado á explicarlas. Sin embargo, tienen fácil explicación desde el momento en que se admite que las denominaciones precitadas no tuvieron al principio nada de fijas, y que designaron las comarcas de Asia donde los egipcios, los etíopes y los libios procedentes de Africa se establecieron en una fecha muy remota.

Ahora bien, precisamente en este hecho, descuidado hasta aquí, reposa todo el edificio de las mitologías. La más antigua civilización conocida, ha nacido á orillas del Nilo; testimonios positivos atestiguan que de allí partieron colonias—hace más de tres mil años

antes de nuestra era—que fundaron en diversos puntos de Asia ciudades y centros agrícolas. Las poblaciones nómadas se agruparon en torno de estos hogares, de los cuales el más importante se instaló al Norte y al Este del mar Negro: de éste hemos intentado descubrir la historia oculta bajo el velo de los mitos.

Los principales sucesos del olvidado período que desearíamos resucitar, pueden establecerse como sigue:

1.° Establecimiento de una colonia Egipcia en Palus-Meótide, en una época correspondiente á los tiempos míticos del Egipto ya civilizado, más de tres mil trescientos años antes de la era cristiana.

2.° Alianza de los colonos egipcios y libios, bajo la tutela de los sacerdotes de Ammón con la raza blanca indígena, y formación de una raza nueva etíope y semítica. Edad de oro de los griegos y constitución de las primeras sociedades estables á orillas del mar Negro. Esta es la era de las cosmogonías.

3.° Evolución de los tiempos mitológicos en tres períodos separados por dos cataclismos geológicos; el primero comprende la dominación de los sacerdotes de Ammón, durante la cual la colonia progresa tranquilamente. Uno de ellos, el Urano de los griegos, el Djemschied de los persas rompe su relación con Egipto y se hace proclamar dios á ejemplo de los monarcas del Nilo. Pero los jefes etíopes se sublevan; uno de ellos, Saturno, el Cronos griego, el Zohak de los libros persas, destrona á su soberano y ocupa su puesto. Reina veinte años, durante los cuales recobra su preponderancia la raza cuchita.

El segundo período se inicia con la insurrección general de las tribus de origen escítico para restaurar en el trono á Júpiter-Zeus, legítimo heredero de Urano; Saturno es vencido. Durante la lucha una de las islas del Palus Meótide, situada en el mar de Azof, donde hoy se extiende el mar Pútrido, se abisma en

un cráter abierto bajo las aguas. Esta catástrofe, en que perece gran parte de los antepasados del pueblo ateniense, corresponde al diluvio de Ogiges. Desde este cataclismo, al que se designa con los nombres de diluvio de Xisutro, de Noé ó de Deucalión, transcurren unos ciento ochenta años, incluyendo el reinado de Júpiter-Zeus, durante el cual la familia escito-aria obtiene la preponderancia, y los reinados de Júpiter-Asterio (Assur) y de Júpiter-Belo, que dan á la familia cuchita su supremacía sobre los pueblos del mar Negro. Estos dos siglos forman lo que llamaríamos el ciclo de los dioses.

En efecto, durante este lapso de tiempo, las tribus, llegadas al estado de sociedades relativamente cultas, divinizan á la manera de los egipcios á sus soberanos, que se convierten para sus descendientes en objeto de solemne culto. Los tres Olimpos, el de los griegos, el de los asirios y el Valhalla de los escitas, abuelos de los escandinavos, se han sucedido en las montañas de la Cólquida.

El tercer período comienza en el segundo diluvio. Aterrorizados por los repetidos golpes de la cólera de los dioses que se manifiesta en las erupciones volcánicas y en los trastornos marítimos, los pueblos se deciden á abandonar las tierras bajas del Norte del Euxino. Los escito-helenos de Táuride, se confían á las olas en flotillas de barcas, tocan en Tracia y pasan á Tesalia. Otros pueblos se lanzaron hacia las alturas del Cáucaso, rechazando á los pastores de los valles y á los agricultores de las llanuras y del litoral. Sobrecogidos del mismo terror, estos refluyen en masa hacía el mediodía; unos se fijan en Armenia y en Caldea, otros se desparraman por las orillas del Mediterráneo donde fundan á Sidón, Berito y Tiro, mientras que los hijos de Assur construyen en el Eufrates y en el Tigris á Babel, Accad, Chalanné y Nínive. Algo después, las tribus pelásgicas, desig-

nadas con los epónimos de Xustos, Yon, (jonios) Akaios (acayos) y Aiolos (eolios) desembarcan en el Asia Menor, y tras largas etapas, van á establecerse en el Archipiélago y en el Peloponeso.

A medida que estas emigraciones surgen de la noche de los mitos que envuelve su cuna para pasar á la luz histórica, comienza una certidumbre relativa, que se sustenta en documentos más precisos, pues, según nuestra opinión, hay que interpretar en ese sentido el capítulo X del Génesis, donde se describe el vasto movimiento que después del diluvio empujó de Norte á Sur á los pueblos, hijos de Noé, hacia Armenia, y que los dispersa en seguida por el Mediodía, por Oriente y Occidente.

DE LO SOBRENATURAL

EN LA MITOLOGÍA

LA APOTEOSIS, EL SIMBOLISMO SIDERAL
EL SIMBOLISMO ANIMAL

DE LO SOBRENATURAL EN LA MITOLOGÍA

In his historiæ fidem aut vestigia nemo quæsiverit.

HEYNE.

I

Considerada desde el punto de vista de la tradición histórica, como algunas veces se ha intentado hacer, la mitología sólo ha ofrecido hasta aquí enigmas y contradicciones, y, cansados de tanta guerra, nos hemos resignado á no ver en ella más que una colección de cuentos semejantes á los de las Mil y Una Noches, juego de espíritu de una raza ingeniosa y enamorada de lo maravilloso. Sin embargo, *muthos*, en su sentido original, significaba relato, tradición, sin presumir de verdad ni de mentira. Cuando los templos se convirtieron en depósito de las tradiciones, el sacerdocio hizo de ellas un misterio que sólo revelaba á los iniciados, ó con el velo de los símbolos; *muthos* adoptó entonces el sentido de mito, parábola. En el fondo, pues, de las fábulas mitológicas existe una reminiscencia de los hechos antiguos. Además, estos hechos solían conmemorarse en los misterios de Eleusis, Dionisíacos, Panateneos, Cabirios, objetos de universal veneración y en los que quisieron iniciarse los hombres más ilustres, sin duda porque bajo el velo religioso hallaban el conocimiento de los sucesos que

interesaron á la existencia primitiva de las naciones. Diodoro refiere que la ignorancia en que se vivía sobre el sentido de los mitos en que se sustentaba la religión, provenía de que el hilo de las tradiciones se había roto con la gran catástrofe que llamamos el diluvio, el cual hizo perder á los pelasgos, antepasados de los griegos, el recuerdo de los sucesos anteriores y hasta el conocimiento de los signos gráficos destinados á transmitirlos á la posteridad.

Los filósofos antiguos no habían progresado mucho más que nosotros, en lo tocante á la interpretación de la exégesis sagrada. Platón se limitó á hacer conjeturas sobre la naturaleza de los dioses, y Cicerón sólo los estudió en los escritos de los mitógrafos, compilación de recuerdos populares y de ingenuas supersticiones. Los modernos han querido ver otra cosa en ellos: una doctrina que no ha dejado de formar escuela, ha pretendido transformar la mitología de todos los pueblos en un simbolismo que tiene al sol por principio. Luego, á principios del siglo pasado, se esforzó en demostrar que los viajes de Baco-Osiris, los doce trabajos de Hércules, la expedición de los Argonautas, sólo son una perpetua alegoría de la revolución solar. Este sistema no es nuevo y ya lo habían establecido los primeros autores cristianos que para destruir más seguramente la autoridad de los dioses paganos, pretendieron que sólo eran entidades ideales y símbolos (1).

Los sabios alemanes, bajo la influencia del vago

(1) Los teólogos de Alejandría decían que Osiris representaba la inundación del Nilo, Isis la parte fertilizada por el río, Horo los vapores que se resuelven en lluvia fecunda. Los veintiocho años de la vida de Osiris, son el máximun de veintiocho codos de elevación de las aguas. Tifón, es el mar que se traga al Nilo; la reina de Etiopía, Aso, que conspira con Tifón, es el emblema de los vientos del Sur, que lanzan las nubes hacia Egipto, etc. Orígenes, Heliodoro, Clemente de Alejandría, *Homil.* VI, 9.

panteismo de las religiones de la India, que engendraron, según ellos, la teogonía helénica, han vuelto á adoptar esta tésis extendiéndola á los fenómenos atmosféricos y á los movimientos diversos y anuales de la luna y del sol. A la mitología viviente de Grecia y de Roma, han sustituído una mitología védica, según la cual los dioses de Homero y de Hesíodo, sólo serían personificaciones de fuerzas elementales y de fenómenos de la naturaleza. Los Titanes escalando el Olimpo, representarían las nubes lanzadas por los vientos hacia las altas cimas, y rechazadas por éstas; Vulcano sería un símbolo del descubrimiento del fuego; Apolo, vencedor de Pitón, caracteriza la luz solar acribillando los vapores acumulados por el diluvio y destruyendo á los monstruos engendrados por las aguas. Los Dioscuros Cástor y Póllux, expresan los dos crespúsculos de la mañana y de la tarde; los Centauros son los caballos celestes ó rayos del sol. Las leyendas populares, que tan rápidamente pasan de un pueblo á otro, ofrecen analogías muy seductoras al espíritu de sistema: así es como la moderna historia de Guillermo Tell resulta la reproducción de un mito solar de la India.

No es fácil detenerse en tal camino, y los imitadores abundan. Otro investigador, quizás malicioso, ha descubierto recientemente que Caperucita Roja es la aurora, y el lobo que se la come no es otro que el sol; Pulgarcito, representa la encarnación de Vichnú. Estos juegos de espíritu tienen el inconveniente de recordar en seguida una broma, muy en boga hace medio siglo, según la cual Napoleón no había existido. El emperador era el sol, sus doce mariscales representaban los doce meses del año, y la campaña de Rusia no era otra cosa que una alegoría de la lucha del astro contra el invierno que acaba por triunfar y obligarle á retirarse.

A pesar de la autoridad de los sabios eminentes

que han renovado esta teoría fortificándola con su erudición, es cosa de preguntarse si el inmenso tesoro de poemas y de leyendas acumulado por los pueblos más inteligentes y colocado con respeto al frente de su historia, no habrá tenido realmente más que esta significación: la impresión producida en su fantasía por la salida y la puesta del sol y por la marcha de los astros. De uno á otro extremo de nuestro hemisferio, ¿su pensamiento cautivo no habría cesado de girar durante siglos en este estrecho círculo de un naturalismo estéril, y luego, poseído de un capricho inexplicable, se habría impuesto la misión de transformar estos fenómenos en personificaciones y en sucesos humanos? Desplegando entonces una súbita fertilidad de invención, llenaría al mundo de emociones, de incidentes, de luchas épicas, lanzando á los gigantes contra los dioses, ¡y todo para expresar que las nubes se lanzan sobre las cimas y que el invierno reemplaza á la estación calurosa!

Sin embargo, en los escritos más antiguos vemos que los hombres se mostraban entonces bastante indiferentes al espectáculo de la naturaleza. Sobre esto existe una profunda diferencia entre el genio contemplativo de la India y el espíritu inquieto y esencialmente práctico de la raza blanca. Este gusto es más moderado en Europa de lo que se cree, y se ha observado que sólo data entre nosotros desde Buffón y de Juan Jacobo Rousseau. Para sentir complacencia en la pura contemplación del mundo que nos rodea, es necesario estar inspirado por un interés científico ó por ese vago ensueño que la actividad devoradora de las ciudades inspira á las almas delicadas y que la antigüedad no parece haber conocido. El hombre y la sociedad absorben toda la atención de los autores antiguos. En la Iliada y en la Odisea son breves las descripciones de los lugares, y sólo se ve en ellas lo que es rigurosamente necesario para localizar y poner

en escena los hechos y los personajes. Cuanto más se retrocede en lo pasado más reina el hombre en la tradición. Los egipcios, los hebreos, los árabes empiezan con genealogías. ¿Cuál es el país que habitan, su clima, su geología? Hay que adivinarlo. Las emigraciones fenicias, pelásgicas, helénicas, dejan á Asia por Europa, sin que ningún tratado haga una positiva mención de su traslado. No sólo falta la descripción, sino también el sentido local, y la observación topográfica ó astronómica nunca determinan las etapas del viaje. Si los padres de los pueblos antiguos hubiesen sido observadores tan atentos de la naturaleza como se supone, ¿hubiesen omitido el anotar en sus relatos la diferencia de los tiempos y de los climas, en vez de limitarse á hablar de juegos, de amor y de combates?

Ottfried Muller, el sabio autor de los dorios, ha sido el primero en concebir la idea de un inmenso equívoco que ha obscurecido como una nube el espíritu de la antigüedad entera, desde la India hasta Italia, y que ha hecho pasar á la posteridad con apariencias de personalidades divinas y heróicas, los mitos y los símbolos que tuvieron al principio por objeto expresar á la divinidad y á la naturaleza. Un autor inglés, Mr. Grote, ha puesto de manifiesto con el firme buen sentido británico, la debilidad de las deducciones que se desprenden de esta idea.

«Sería imprudente—dice—buscar en los mitos antiguos un sentido alegórico; los que se apoyan en esta forma de interpretación se exponen á ver, apenas dan algunos pasos, cerrárseles el camino y no poder avanzar más que á fuerza de suposiciones gratuítas» (1).

El brillante indianista, Mr. Muller, ha derrochado mucho saber é ingenio para demostrar que la personalidad de los dioses de Grecia y de Roma es pura

(1) *Grote's History of Grece*, t. I.

invención y que sólo son *nombres sin ser*, ó en otros términos, manifestaciones materializadas de la naturaleza y de las cosas invisibles. Otro escritor ingles, Mr. Gladstone, el ilustre estadista, cuya sagacidad se ha ejercitado con éxito en los trabajos de erudición, ha demostrado que, á excepción de uno ó dos hechos insignificantes, las fábulas de los griegos que Mr. Muller confiesa haber podido comprender con ayuda de la clave suministrada por la lectura de los Vedas, son todas desconocidas por Homero y proceden de fuentes mucho más recientes (1).

Por otra parte, los adeptos de esta nueva escuela, están lejos de concertar entre sí; el mito de las Erinnas, esas diosas vengadoras del infierno helénico, llamadas también Furias y Euménides, han tenido tres distintas interpretaciones. Según Kuhn, representan el nubarrón tempestuoso que se cernía en el espacio al principio del mundo, mientras que Mr. Muller ve en ellas á la brillante aurora avanzando en el cielo. Pero aquí está Rosenberg (2) declarando que el mito de las Erinnas tiene un sentido psicológico y significa los remordimientos siguiendo al culpable. Al caer la víctima profiere una imprecación contra su asesino y esta imprecación toma cuerpo y se convierte en divinidad. Forzoso es confesarlo; los autores antiguos no han hecho suponer en ninguna parte uua transformación de este género. Por otra parte, nadie ignora que poniendo el pie en este peligroso terreno de la alegoría, se corre el riesgo de no tener pronto otra guía que la fantasía.

También en el mitismo védico ha inspirado un género de definición que varía poco del de los alemanes, un sabio profesor italiano, Guberna-

(1) Mr. Muller, *Oxford essays*, 1856.—Mr. Gladstone, *Homer*, t. II, pág. 32.

(2) A. Rosenberg, *Die Erinyen;* Berlín, 1874.

tis (1). Las fuerzas de la naturaleza son siempre el punto de partida. Dice que los primeros hombres han atribuído un alma y una voluntad á los astros, á los fenómenos meteorológicos, luz, tinieblas, aurora, crepúsculo, nubes, lluvia, viento. Esta fuerza se encarna y personifica en los rasgos de un héroe, el cual se idealiza y resuelve en una divinidad. Es decir, después de la fase humana, la fase metafísica.

Esta interpretación no explica por qué operación intelectual los primeros hombres se han sentido inclinados á dar forma humana, voluntaria y actuante á las fuerzas invisibles cuyos efectos experimentaban. Existe aquí una laguna que el alegorismo apenas podría llenar. En resumen, si se compara la debilidad de los resultados con la energía de los esfuerzos, es cosa de lamentar tanto saber y talento gastados en seguir un camino totalmente estéril y no se puede por menos de compartir la opinión de un crítico, el cual observa que, según los textos mismos de los Vedas, hay que renunciar á descubrir en ellos una teogonía sistemática y completa. «Si es permitido—dice—admirar la sagacidad de los que persisten en aclarar estas filiaciones de mitos, también hay que confesar que esta lucha contra lo vago é inaprehensible, en la que hay que luchar cuerpo á cuerpo con la bruma, esta marcha por un suelo movedizo que se desliza sin cesar bajo nuestros pies, tiene algo de enervante y desanimador» (2).

En lo que concierne á la mitología helénica, quizás sea llevar demasiado lejos el sincretismo si se pretende explicarla por la mitología india. Si las lenguas han surgido de una fuente única, el genio de las razas es profundamente distinto. Los griegos, de quienes los latinos han recibido su teogonía—excepto

(1) *Lezioni sopra la mitol. vedica;* Florencia, 1875.
(2) *Rev. des Deux-Mondes*, 1.° de Diciembre de 1874.

algunos dioses sabinos y etruscos—presentan una mitología bastante rica, para que no sea necesario buscar fuera la clave. Ahora, es indudable que, cuanto más se remonta en los dioses antiguos, más predomina el antropomorfismo. La idea de representación de las fuerzas naturales es mucho más reciente, y se debe á la filosofía panteista de la que Varrón fué el sabio intérprete y que hacía de Zeus el alma del mundo, un esposo de la Tierra, del que los demás dioses eran emanaciones individualizadas.

La mayor parte de las fábulas de los griegos resisten al alegorismo por su carácter profundamente humano. Sin embargo, lejos de declararse vencidos, los comentadores no han dudado en instruir proceso á la antigüedad y en denominarla como atacada de una especie de enfermedad mental que se ha llamado Evhemerismo, del nombre de un obscuro escritor del tiempo de Casandro, rey de Macedonia, el cual afirmó que los dioses habían vivido y no eran más que reyes y héroes divinizados. Más justo hubiese sido decir Homerismo, Herodotismo, Diodorismo, puesto que los escritos de estos célebres autores son, seguramente, los más antropomórficos de la antigüedad. Lo maravilloso no turba al sabio Herodoto, y con la mejor buena fe del mundo, relaciona los hechos históricos que narra con los cuentos más inverosímiles.

Sin embargo, no puede negarse que estos autores hayan sido la expresión de la opinión general de su tiempo; ¿por qué, pues, no tomar la mitología tal como nos la ofrecen, como una cohesión de tradiciones y leyendas en las que se ha introducido lo sobrenatural? Ya no es el mito quien se ha hecho hombre, sino, al contrario, el hombre quien se ha hecho mito, y cuyas acciones, vistas al través del prisma amplificador de la imaginación, obscurecidas por la lejanía de las edades y por los errores de interpretación de las lenguas desaparecidas, superan sin cesar los límites de lo po-

sible fijados por la razón y por la experiencia. El gusto de lo sobrenatural—ni que decir tiene—es innato en la humanidad. No obstante los progresos de las ciencias y la difusión de los conocimientos ¿no vemos á nuestro alrededor creyentes sinceros que aceptan las aguas milagrosas, y las madonas que mueven los ojos, y las apariciones, y las mesas giratorias y los espíritus que llaman? Las más eximias inteligencias suelen hacer en este punto concesiones á los crédulos. Lutero despreciaba á Aristóteles por haber escrito que, en este mundo, todo se realizaba en virtud de leyes naturales. Sea cualquiera la obra del razonamiento, el hombre se deslizará siempre por esta pendiente por el gusto de quedar admirado y, porque cuando ignora alguna cosa, lo sobrenatural le da la explicación más sencilla.

Lo que sí conviene tener presente es que lo sobrenatural no se inventa de una pieza; casi siempre es la exageración de un hecho real. El dato es á veces insignificante; basta que haya herido la significación. En tesis general puede afirmarse que todas las fábulas tienen su origen en la realidad. No hay cuento, por absurdo que parezca, que no tenga su razón de ser en algún detalle tomado del corazón humano, de la sociedad ó de la naturaleza. Al través de las inverosimilitudes, la verdad asoma por uno ó por otro sitio. Júpiter es el congregador de las nubes, el señor de los dioses y de los hombres; lo ve todo, y su poder no tiene límites: tal es el Júpiter teológico. Sin embargo, es el mismo que en la Iliada Aquiles ruega á su madre para que se lo haga propicio. Tetis le responde que, por el momento, «Zeus, con todos sus dioses, se ha ído á comer á orillas de Océano, al país de los piadosos etíopes, y que no podrá hablarle hasta pasados doce días, cuando hayan vuelto al Olimpo.» Es evidente que no se trata aquí de un dios que se encuentra en escena, sino de un simple soberano

que gusta de asistir á festines en casa de sus vasallos y de hacerse popular.

El Evhemerismo no se limita á Grecia; los libros sibilinos, así como los Padres de la Iglesia, dicen que los judíos y los cristianos de los primeros siglos estaban persuadidos de que los dioses del politeismo habían existido. Para ellos eran jefes y reyes divinizados. Condenaban las apoteosis, calificándolas de supersticiones, pero jamás negaron que hubiesen sido hombres. Los paganos, por su parte, afirmaban que los hombres superiores de sus naciones habían merecido la deificación por los servicios prestados. Cuando Hermes Trismegisto habla de sus antepasados Urano y Cronos, cree en su apoteosis y, por consecuencia, en su existencia mortal (1). Homero, Hesíodo, Orfeo, Píndaro, Herodoto, Estrabón, Diodoro, Plinio, Apolodoro, están unánimes en declarar que los dioses gobernaron en otros tiempos á los hombres, les concedieron leyes, sostuvieron guerras, obtuvieron victorias, sufrieron derrotas. Muchos tuvieron que soportar la adversidad. Apolo guardó los rebaños de Admeto, Prometeo fué encadenado á una roca del Cáucaso. Todos tienen pasiones y debilidades, incurren en faltas de juicio, se atacan, se aman y se desprecian entre sí. Revisten caracteres muy distintos y ofrecen tipos de razas completamente distintas que pudieran servir de guía al estudio etnológico de estos tiempos antiguos. ¿Es admisible—nos preguntamos—que los tres pueblos que más honran á la humanidad, los egipcios, los griegos y los romanos, hayan profesado tan persistente veneración á unos seres, odiosos y ridículos en ocasiones, y que hasta se hubieran rebajado á rendir un culto solemne á animales estúpidos y malos, si á ello no se hubiese asociado un interés poderoso? Pues bien, ¿qué misterioso interés po-

(1) L. Ménard, *Her. Trism.*, pág. 66, 1 vol. Didier y C.ª

drá ser sino el que cada pueblo tributa á los padres gloriosos de su raza y á los símbolos que recuerdan su origen?

En efecto, estamos profundamente convencidos de que con tal título figuran los dioses en las teogonías antiguas. Son los antepasados, los reyes, los padres, pues estos tres términos son idénticos en las antiguas lenguas de Oriente. Ellos son los que han organizado las sociedades, construído las ciudades, civilizado á los hombres, conquistado territorios, dirigido las emigraciones, fundado el orden religioso y político. Como lo atestigua la genealogía de Hesiodo, ocupan en el tiempo edades diferentes. Los hay de muy antiguas y de muy recientes. Otros, en fin, aparecen en calidad de semidioses y de héroes en el límite de los tiempos históricos. La disminución de su divinidad, y, por consecuencia, de su poder sobrenatural, corresponde á los progresos de la razón humana. La parte de lo maravilloso es mayor en las leyendas de Perseo y Teseo, que en la de Aquiles. Como los niños, los pueblos que comienzan necesitan cuentos de hadas; el serio deseo de conocer y el gusto de la verdad, sólo pertenecen á la madurez.

En Homero ninguna barrera separa á los cielos de la tierra; lo humano y lo divino se confunden; los hombres son descendientes de los dioses y los héroes pueden convertirse en dioses por sus cualidades personales y, sobre todo, por esa virtud de la raza que adquiere la fuerza en el orgullo de la sangre y en el respeto que inspira una larga serie de abuelos. El héroe, dice Virgilio:

> ...Deûm vitam accipiat divísque videbit
> Permixtos heroas et ipse videbitur illis

Los relatos mitológicos, transportados en diferentes épocas por las emigraciones sucesivas que vinieron á establecerse en el Asia Menor, en el Archipié-

lago y el Peloponeso, estos girones del pasado, indicaban localidades erróneas ó imaginarias y no estaban combinados por ninguna cronología. Los exégetas de los templos que las recogían y conservaban en los archivos de los templos, referían á su gusto la biografía de los héroes, especie de flor de santidad adornada de milagros. Por su parte, los aedas y los rapsodas cantaban en los banquetes de los príncipes las aventuras galantes de Venus y de Diana, y hacían llorar á sus jóvenes reunidas por la tarde en la fuente refiriéndoles el llanto de Démeter buscando á su hija Proserpina, ó la trágica muerte de Adonis. Después de los rapsodas vinieron los poetas, Orfeo, Homero, Hesíodo, que reunieron estas leyendas dispersas y las escribieron ensartándolas en bellos versos, de tal suerte que, bajo esta rica montura, la parte real se hizo tan tenue, que faltó poco para que desapareciese. Entre estas leyendas las hay de heróicas, de familiares, de burlescas: buen número de ellas tienen carácter étnico, sobre todo las reunidas por Apolodoro. Y, sin embargo, á ninguno de esos cantores populares ó escritores se le ha ocurrido poner en duda la autenticidad de las fábulas que repetía, por inverosímiles que fuesen, y no se trata solamente de una reserva motivada por el respeto á la religión del Estado, sino, sobre todo, la conciencia de que bajo el velamento de los mitos y de los símbolos se encerraba el secreto de los orígenes. Hasta el severo Tácito, el juez más agudo é independiente, no trata á la mitología más que como una fuente útil de informes, cuando refiere que los judíos se establecieron en la Libia por la época en que Júpiter despojó á Saturno de su reino (1).

Sólo fué mucho más tarde, bajo la influencia del cristianismo y del espíritu filosófico, cuando se empe-

(1) *Historiarum*, I, V, pág. 2.

zó á batir en la brecha las creencias mitológicas; pero fué, en general, con ayuda de una argumentación tan infantil, que á la crítica moderna corresponde en este punto todos los honores de la iniciativa; á ella, pues, nos dirigiremos para conocer las objeciones más racionales propuestas contra la interpretación histórica de los mitos antiguos.

En el fondo se sorprende uno de su poca gravedad. Ante todo, se ha alegado que la mayoría de los hechos legendarios son de tal manera insignificantes cuando se les convierte á la realidad, que no se explica su persistencia en la memoria popular. Los helenos, que habían olvidado su salida de Asia, ¿hubiesen, pues, conservado el recuerdo de una cacería de jabalí, de un león ó de un bandido condenado á muerte, de un amante matando involuntariamente á su amada? Cuando se logre demostrar que en el fondo de las fábulas de Hércules combatiendo á la hidra de Lerna y al río Aquelao, existe un hecho real, el elemento mitológico no quedará por eso explicado; aún habrá que saber cómo los hechos han recibido este rico atavío en la imaginación popular.

No es difícil responder á la primera de estas objeciones que estos pequeños sucesos, recogidos y retenidos con cuidado en la memoria de los helenos, son, precisamente, los que emocionaron más vivamente á sus antepasados semi-bárbaros, entre los cuales la guerra, la caza y el amor constituían su única ocupación. La historia escrita escoge los hechos, los relaciona y generaliza; la crónica oral de los tiempos antiguos no se preocupa del tiempo ni del lugar; sólo recuerda el hecho que interesa ó sorprende. Que se lean los cantos gaélicos, los cuentos de los árabes, los poemas del Rhin, de España, de la Provenza, siempre domina en ellos el particularismo; bajo la tienda, en el hogar, los relatos heróicos, las aventuras trágicas ó galantes, constituyen el tema de las conversa-

ciones y son las que mejor se recuerdan. Así es como en la memoria popular Rolando ha acabado por eclipsar á Carlomagno.

Por otra parte, en la mitología hay algo más que anécdotas puestas en acción y referidas con gracia. En ella se encuentran sitios como los Infiernos, los Campos Elíseos, el Olimpo, cuya topografía está descrita con tal precisión, que han debido existir, ó tal vez existen todavía en algún rincón del globo. Habla de pueblos como el de las Amazonas, los Centauros, los Cíclopes, los Sátiros, los Pigmeos, de quienes despojándoles del elemento maravilloso, aun podría encontrarse sus vestigios en otra parte que en la imaginación de los poetas.

La objeción capital, todavía no contestada, es ésta: ¿por qué evolución de ideas, tal suceso ó tal personaje ha adquirido en el espíritu de los hombres un carácter mítico y sobrenatural? Este problema es el que aspira á resolver el siguiente estudio.

Habiendo sido la veneración por los antepasados la fuente del culto, y, por lo tanto, la base de la constitución religiosa entre los pueblos primitivos, lo sobrenatural no se admitió al principio. Su introducción se debe á varias causas antiquísimas: la primera es la apoteosis que se remonta mucho más allá de los tiempos históricos. Como la mayor parte de los ritos del politeismo, procede de Egipto. Desde las primeras dinastías se ve á los reyes adorando las imágenes de sus predecesores y ofreciéndoles de rodillas flores, frutas, ricos presentes. Algunos hasta aseguran que son dioses en vida y ellos mismos se adoran en efigie.

La segunda causa debe buscarse en el culto de los astros, estrechamente relacionado con el de los antepasados. El atento examen de los mitos del período sabeo conduce al reconocimiento de este hecho capital: que hubo asimilación entre el planeta ó la constelación y el soberano reputado de representarlos entre

los hombres. Ambos tenían el mismo nombre. Así como los Faraones eran la imagen del sol, padre de la raza egipcia, y recibían el culto destinado á este astro, también hubo pontífices, príncipes y dinastías que personificaron en la tierra á la luna y á los planetas Júpiter, Saturno, Mercurio, Venus, Marte, á los que rendían homenaje. Adorados al principio como imágenes terrestres del astro paternal, lo fueron después por sí mismos y por su poder. La apoteosis tenía por objetivo celebrar el retorno al cielo del monarca difunto que ingresaba en la inmortalidad.

Otra fuente de lo sobrenatural, de que los poetas han usado largamente, se deriva de la asimilación establecida muy pronto entre las tribus y los emblemas que sirvieron para distinguirlas entre sí. Casi todos estos emblemas eran de animales. La pobreza de los vocabularios primitivos, la ausencia de formas gramaticales obligaban á la lengua á frecuentes contracciones y así se decía, el toro, la serpiente, el caballo, para designar al jefe ó á la familia que había adoptado uno de esos atributos. Esos signos se divinizaron con el tiempo, como todo lo que se refería á los pueblos primitivos, y se convirtieron en una muchedumbre de supersticiones.

El resultado de este doble símbolo, fué que la personalidad del pontífice ó del monarca deificado se hizo triple; además de su individualidad viviente, era también un astro en el cielo y un animal en la tierra, distintos los tres, y, sin embargo, identificándose en uno solo. Compréndese desde este punto que según el punto de vista en que se colocaba el teólogo ó el poeta, el héroe era un astro, creencia de la que se derivó la religión de los caldeos y de los persas, ó un dios á medias hombre, como en el politeismo antropomórfico de los griegos y de los latinos; en fin, el héroe ó el pueblo divinizando, aún era adorado con la figura del animal que le servía de emblema.

II

LA APOTEOSIS

La teogonía de Hesiodo resume las tradiciones religiosas y populares de los helenos expulsados por el diluvio de Deucalión de la patria de sus antecesores que permanece desconocida, y que, sin duda, radicó en un paraje marítimo y volcánico, puesto que los dioses se clasifican en tres secciones: los dioses del cielo, del mar y de los infiernos. La teogonía es, evidentemente, un fragmento en su historia primitiva. En el fondo, nada en la historia de los Titanes se desvía de la marcha ordinaria de los hechos políticos de todos los tiempos: usurpación, tiranía, insurrección, guerra, restauración; tal es—salvo las variantes de las épocas y de las costumbres—el círculo monótono en que no cesan de girar las naciones. La era mítica se compone de los mismos elementos y de los mismos móviles: la ambición, el amor, la gloria animan á los dioses como á los mortales. El interés interviene como en los tiempos modernos, y los que han vivido con Júpiter obtienen parte de su poder. Neptuno, Plutón, Marte, Minerva, Diana, Juno, le rodean como jefes feudatarios á su soberano legítimo. Los que se le han opuesto se les encadena en la fortaleza del Tártaro. Júpiter es omnipotente; gobierna con sabiduría y, sin embargo, una insurrección de la raza vencida, representada por el gran Tifón, coloca en un momento al imperio olímpico á dos dedos del precipicio.

Tal es, en resumen, el tema histórico sobre el cual

la poesía ha sembrado sus flores más brillantes durante siglos. Hay más; en él ha habido una religión, el politeismo, formado de la agregación de una infinidad de cultos. Templos, sacerdocios, sacrificios, oráculos, se han implantado en esta leyenda. Júpiter-Zeus ha sido incontestablemente el Dios nacional de los pelasgos asiáticos y europeos, así como de los helenos. Hasta cuando constituyen naciones enemigas, griegos y troyanos reconocen á Júpiter como señor supremo, y le rinden igual veneración.

No hay estudio más interesante que el de la eclosión del sentimiento religioso entre los hombres. En los pueblos bien dotados, la aspiración hacia el ideal divino se desenvuelve rápidamente con el progreso de las facultades imaginativas. Desde el momento en que se hace abstracción de la idea de una revelación sobrenatural, hay que advertir que el concepto de la divinidad ha sido en el hombre resultado de un progreso de la inteligencia. Habiendo comenzado á vivir en el estado salvaje como el bruto, sólo por grados ha podido surgir esta idea en la noche de su espíritu. La creencia de un dios abstracto, creador del universo, parece haberse manifestado por primera vez entre los hebreos: antes de ellos había cultos, pero no teodicea. El estudio de los más antiguos monumentos egipcios demuestra que este pueblo, que se adelantó en muchos siglos á las naciones de Asia, y que no cedió á ninguno en fuerza intelectual, no tuvo en tiempo de sus primeras dinastías otro culto que el de sus reyes deificados. Diodoro dice claramente que «los reyes de Egipto fueron al principio llamados dioses». Pitágoras, que fué instruído por los caldeos, supo por ellos que los hombres virtuosos y útiles á los mortales figuraban después de esta vida en la categoría de los dioses.

La primera apoteosis confirmada es la de Ammón, á quien su hijo Osiris erigió un templo después de

muerto. Para honrar la memoria de su padre, este príncipe instituyó sacerdotes encargados de orar sin cesar al lado de su tumba. Hoy sabemos por los rituales y las inscripciones que, cuando el Faraón había terminado su función en la tierra, se incorporaba á sus antepasados. La muerte sólo era para él una transformación, el espíritu sobrevivía á los despojos, cuya forma exterior se conservaba por el embalsamamiento, y desde el fondo del sepulcro, su *morada eterna*, como dicen las inscripciones, seguía velando por su pueblo con el que comunicaba por los oráculos que dictaban en su nombre los sacerdotes guardianes de la tumba sagrada.

Herodoto declara francamente que los pelasgos habían recibido sus dioses de los egipcios, y al enumerarlos observa que sólo los nombres difieren. Ahora bien, los griegos refieren que el primer rey que gobernó á los hombres fué un sabio astrónomo llamado Urano, Cielo, y que después de su muerte se elevó al rango de los dioses, erigiéndosele templos y aras. Tuvo por sucesor á Saturno que, según Hermes Trimegisto, recibió los honores de la apoteosis. Los griegos nada dicen sobre la de Zeus y de los Olímpicos que reinaron con él; pero se comprende, pues su divinidad era el fundamento de la religión helénica, y la apoteosis, implicando su existencia mortal, los hubiese rebajado á la categoría de simples héroes ó semi dioses.

Es de notar que el calificativo de «Señor eterno» que distingue á Osiris, es precisamente el que se encuentra en el Génesis cuando dice que «en tiempos de Seth, tercer hijo de Adán, se empezó á darle el nombre de Eterno». Sanchoniathón designa á Saturno con el título de Elión, el altísimo, cuyos equivalentes griegos *Upsistos* é *Hypatos*, fueron los calificativos de Urano y de Cecrops. A los Olímpicos también se les llamaba inmortales. No sólo el jefe de los dioses

poseía este título honorífico, sino que también lo confería á los mortales cuyos servicios le hacían de él acreedores. Los latinos atribuían á éstos un rango subalterno con el nombre de *Indígetes*, y no ocupaban su puesto en el Cielo hasta haber sufrido en los Infiernos un examen ante el gran juez Minos. Hércules, Pollux, Esculapio recibieron de este modo la inmortalidad. El ceremonial adoptado en esta circunstancia nos lo han transmitido los autores antiguos. El soberano admitía al nuevo dignatario á su mesa, donde los escanciadores le ofrecían la bebida generosa que sólo gustaban los inmortales; luego se escogía una estrella ó constelación á la que se asociaba el nombre del elegido. Cuando el héroe objeto de este alto favor lo obtenía en vida, era como un título de nobleza que se le confería, y figuraba entre los altos barones del Estado. Habiendo adoptado los doce grandes dioses los doce signos del zodiaco, los nuevos inmortales escogieron otros asterismos. Este libro celeste bien valía por el libro de oro de los patricios venecianos, pues los grandes hombres así ennoblecidos adquirieron la inmortalidad. Al recoger la herencia de la antigüedad, la ciencia astronómica ha conservado piadosamente en la esfera celeste los nombres de los héroes y de los príncipes que en ella se inscribieron hace cuatro ó cinco mil años.

Las siete tribus primitivas, designadas con el nombre de las siete Atlántidas, se transportaron al cielo, donde se las llamó las Pléyades, es decir, «sacerdotisas». El padre de los heráclidas, conquistadores de Grecia, Hércules, dió su nombre á la constelación en cuyo sentido se mueve todo nuestro sistema. Perseo, un soldado de fortuna, á quien los dorios consideran como padre de su raza, ocupa un importante rango en el firmamento con su familia, Andrómeda, Cefea y Casiopea. Teseo, un príncipe valiente á quien Atenas debía su liberación del tributo que pagaba á Mi-

nos, sólo obtuvo la apoteosis hacia el quinto siglo antes de nuestra era, cuando se descubrieron sus huesos en Escitos.

Este acto religioso tenía una razón política: en efecto, uno de los caracteres de las religiones antiguas era que casi todos secundaban el interés del Estado. Cuando los jefes del gobierno querían sugerir una resolución al pueblo, hacían hablar al oráculo. Los dorios, erigiéndose en herederos de los heráclidas para atribuirse un derecho á la conquista del Peloponeso, se apropiaron el honor de la maravillosa leyenda de Hércules, amplificada por los aedas y los rapsodas. Los atenienses, celosos de la gloria que obtenían sus rivales, quisieron oponerle la de un príncipe de su nación, y resucitaron á Teseo, que se convirtió en héroe de una novela, célebre por sus aventuras heróicas y galantes, pero cuyo defecto está en imitar harto visiblemente las hazañas de Hércules.

La inmortalidad, privilegio al principio de los dioses, degeneró con el tiempo como todas las instituciones, y algunos pueblos pretendieron participar de ella ó poco menos, probablemente por derecho de herencia. Los hiperbóreos del Palus Meótide, según Pomponio Mela, vivían de novecientos á mil años, y para acabar con la vida se arrojaban desde una roca al mar. Los getas se decían inmortales, y creían que quien moría iba á incorporarse á su dios Zamolxis. También los egipcios creían que á su muerte se incorporaban á Osiris. Este don se extendía hasta los animales; los caballos de Aquiles eran divinos y, por consiguiente, inmortales.

Ya en disposición de crear dioses, el politeísmo llenó de ellos la naturaleza; pero dirigiéndose primero al hombre, y no personificando los elementos ó las fuerzas cósmicas. Se atribuyó á tal ó cual príncipe un poder mágico sobre los vientos y el trueno. Que á la entrada del Bósforo cimeriano se viesen asalta-

dos los navegantes por las ráfagas del Norte, soplando de las islas Meótidas habitadas por los boréades, pueblo de encantadores, y ya había bastante para que su rey Bóreas fuese considerado como el árbitro de los aquilones que desencantaba á voluntad.

Los descendientes de los dioses también eran dioses; en la Iliada se llama á los príncipes griegos θεῖοι, y al heraldo que los representa se denomina Διὸς ἄγγελος.

Es necesario remontar á los últimos límites de la tradición, que el conocimiento de los jeroglíficos ha hecho retroceder recientemente algunos millares de años, para observar los comienzos de la apoteosis. El más grande de los dioses de Egipto, Osiris, el rey de la vida futura y eterna, había vivido, pues Atenágoras afirma que se enseñaba su cuerpo embalsamado. «En Sais, dice Herodoto, se reunían los egipcios para celebrar los funerales de un dios que no nombraré». Aquel cuyo nombre estaba formalmente prohibido que lo pronunciasen los iniciados, no es otro que Osiris. «En Menfis, dice Plutarco, se asocia sobre todo á la manera con que se pretendía que el dios se había manifestado bajo forma humana; este secreto sólo se revelaba á los iniciados de alto grado». A éstos se les confesaba que el dios sólo había sido un gran príncipe, y Diodoro, que hace su biografía, nos dice que apenas muerto, su esposa Isis y su hijo Horo le colocaron en la categoría de los dioses é instituyeron ritos y sacrificios en honor suyo, como él mismo había hecho con su padre Ammón. Durante mucho tiempo, la memoria de los beneficios y de la gloria del soberano se mezcló al culto que se le rendía; pero lo que había de real en este recuerdo se debilitó gradualmente y el culto revistió una segunda fase. Osiris cesó de ser un rey deificado, y fué un dios encarnado para felicidad de los hombres. Luego, de siglo en siglo, la idea fué realizando progresos, y los colegios sacerdotales lle-

garon á negar que Osiris hubiese vivido jamás. Esto es lo que repitieron á Solón, á Hecateo, á Plutarco y á todos los viajeros instruídos que los visitaron, insistiendo en el carácter puramente abstracto del supremo dios de Egipto.

El rito de la apoteosis se concertó muy bien con el orgullo de los reyes y la servidumbre de los súbditos para correr el riesgo de caer en desuso. También pasó sin interrupción de la era mítica á los tiempos históricos. Aceptado sucesivamente por los diversos pueblos cuya historia ha llegado hasta nosotros, ha persistido durante toda la duración del paganismo y ha continuado en los tiempos modernos con la canonización de los santos personajes. Cuando los griegos perdieron su independencia erigieron aras como los demás á sus amos. El espartano Lisandro, Demetrio Poliórcetes, Filipo y Alejandro de Macedonia, los cónsules y hasta los sacerdotes romanos fueron honrados como dioses, á ejemplo de los Seléucidas y de los Ptolomeos. Sicilia consagró fiestas especiales á los procónsules que la gobernaban. César, más grande que los otros, también fué colocado más alto; primero se hizo de él un semidios, luego un dios completo. Su estatua obtuvo un templo en el Capitolio, donde el pueblo romano oraba por él. Habiendo aparecido un cometa, se le tomó por el alma del dios que había ascendido al cielo y figuraba entre los astros. Pasado al rango de inmortal como Rómulo, se dejó de ostentar su imagen en los funerales de los Julios y se le concedió las denominaciones de *Numen, Æternitas.*

Octavio fué adorado vivo en las Galias, en Siria, en España, ni más ni menos que un Faraón. Declarado divino por el Senado, se le erigieron dos templos, en los que Livia desempeñaba las funciones de sacerdotisa y hasta ella misma era adorada en las provincias con los nombres de Juno, de Ceres y de Vesta. En César se había deificado al hombre, en Augusto la

dinastía. En el colegio sacerdotal instituído en su honor, los *sodales augustales* tenían la misión de celebrar su memoria con himnos y ritos presididos por un flamín. Su cuerpo no se expuso después de muerto para no comprometer su inmortalidad, y del féretro colocado en la pira voló un águila en el momento de pegarle fuego, llevándose al cielo el alma del nuevo dios.

Cuando se extinguió con Nerón la familia Julia, algunos prodigios anunciaron este acontecimiento, al decir de los escritores latinos. Pero la serie de los emperadores divinizados no se interrumpió por eso. Calígula, Claudio, Vespasiano, Domiciano, Nerva, Trajano, Adriano, hasta Caracalla fueron consagrados dioses. El rito se había convertido en costumbre. Apenas electo, el emperador proponía la apoteosis de su predecesor, y el senado decidía. El ceremonial de la consagración reproducía el rito oriental del holocausto de Hércules, lo cual demuestra que la apoteosis era una herencia de los tiempos mitológicos.

Cuando la autoridad religiosa y política concentrada en su origen en una sola mano, se dividió, no por eso se vió exenta de cierto fetichismo la persona del príncipe, haciendo de él más que un hombre. El soberano, fuese niño ó loco, disponía de millones de seres humanos. El buen sentido de algunos de estos señores absolutos resistió algunas veces á la embriaguez de tal poder. Vespasiano decía irónicamente en su hora postrera: «¡Siento que me convierto en dios!» Este hijo de un labrador de la Cisalpina rechazó una genealogía que le hacía descender de Hércules, y no aceptó para su mujer y su madre el título de diosas. No por eso se vió menos obligado á desmostrar un poder sobrenatural adscrito á su dignidad de *divus*, tocando á un ciego y á un jorobado que se declararon curados.

Desde el momento en que triunfó el cristianismo,

los pueblos parecieron menos convencidos de que, por su sola voluntad, los reyes curasen á los enfermos; pero este poder pasó á los santos y á los obispos. La creencia en lo sobrenatural estaba ya de tal modo arraigada en los hombres, que hasta los autores sagrados no pensaron en negar los prodigios de la fábula, pero los proclamaron obra del demonio. La secta estóica asestó el más rudo golpe á la mitología cuando vió formular la idea panteista de que Júpiter es el alma del mundo y los demás dioses representan las fuerzas de éste. Queriendo sustituir al viejo paganismo una creencia filosófica y razonada, los estóicos sólo lograron destruir el sentido vivo y tradicional, que era el único en poder hacer durar el politeismo en el respeto de los pueblos.

En resumen, si se inquiere el sentido histórico que reside en el fondo de los mitos, reconócese ante todo que á la apoteosis, cuyo origen se pierde en la lejanía de las edades, han debido su alto rango los dioses del paganismo en las herencias populares. A fines del ciclo mitológico, vemos á Hércules, á Esculapio, á Cástor y Póllux, á Perseo y á muchos más que se elevaron de este modo á la categoría de divinidades. Lo mismo debió de ocurrir al principio, puesto que Urano y Saturno, los más antiguos de los dioses, habían recibido igualmente la apoteosis después de su muerte. También Júpiter y los Olímpicos se proclamaron dioses después de su victoria sobre los Titanes. Los griegos, que referían á ellos los orígenes celestes de su raza, les atribuían la divinidad absoluta que negaban á los dioses extranjeros; pero en la leyenda no los despojaban por eso de los vicios y pasiones que hacían de ellos verdaderos mortales.

Lo que más importaba á los griegos y á los latinos era el aspecto político de la religión que facilitaba el gobierno de las naciones demasiado rehacias para ser conducidas, y después la necesidad de dar amplia

salida al sentimiento estético que las animaba, sirviéndose de ritos llenos de grandeza, de templos magníficos, y de solemnes sacrificios. A los paganos no les chocaba la contradicción entre la mediocre estima en que tenía á sus dioses y los honores que les tributaban. Esta extraña tolerancia es la prueba más eficaz de la profunda diferencia que existe entre el sentimiento religioso de la antigüedad y de los modernos. La fe pura y mística, la piedad exclusiva creadas por la noción abstracta de la divinidad, han nacido con el cristianismo, y es evidente que, con el mismo nombre los antiguos, á quienes no ha faltado de ninguna manera el sentido moral, entendían otra cosa.

III

EL SÍMBOLO SIDERAL

Después de haber terminado su paso por la tierra, el rey deificado retornaba á la estrella de donde se creía que descendía su raza. La adoración de los astros, sólo fué, pues, una forma del culto de los antepasados, única religión de los tiempos en que los dogmas aún no existían. La astronomía fué el primer estudio de los pastores, atentos observadores de las noches serenas en Oriente. Así se esforzaban en descubrir el enigma eterno que propone á los hombres el espectáculo del universo. Cuando las sociedades estables comenzaron á formarse, la espléndida ordenación, la regularidad inmutable de la marcha de los cuerpos celestes, les inspiraron la idea de modelar sobre el orden celeste la gerarquía de los gobiernos. La preocupación de la perpetuidad parece haber sido el móvil de los primeros pueblos que adoptaron la vida sedentaria. La perspectiva de la nada, la brevedad de la vida les asustaba y empezaron á ensoñar con la inmortalidad. Bajo el imperio de esta vida, los patriarcas se asimilaron los primeros, ellos y sus familias, á los siete planetas. De ahí las siete familias primordiales que se encuentran al principio de todas las teogonías: los siete Richir de las leyes de Manú, de los que descendieron todos los seres vivientes; los siete Amchaspandos de los persas; los cabiros de los helenos, corresponden á los planetas y á los días de la semana. Recordando Diodoro que los primeros reyes de Egip-

to fueron llamados díoses, añade que estos dioses correspondían á los siete planetas. «Los observadores de los astros—dice Eusebio—aseguran que la tierra está dividida en siete climas y que un planeta preside á cada clima.»

Con el aumento de la población, las familias aumentaron de siete á doce y fueron colocadas bajo el patronato de las constelaciones del zodiaco. La astronomía había progresado y se empezaba á contar por años solares en vez de por meses y semanas, que hasta entonces habían indicado, según la revolución de la luna, las únicas divisiones del tiempo. Aumentando sin cesar el número de familias, se colocaron tres bajo cada asterismo, lo que constituyó la tribu.

Este sistema parece haber estado simultáneamente en vigor á orillas del Nilo y en Asia. Dada la enorme antigüedad de la civilización egipcia, nos inclinamos á pensar que le pertenece la iniciativa, y que los caldeos recibieron de ella la institución que desarrollaron y cuyas últimas aplicaciones llevaron hasta sus postreros límites. En efecto, al principio vemos al Heptanómida tebano, federación de los siete primeros nombres colocados bajo el patronato de los cinco planetas, del sol y de la luna. Su número se eleva en seguida á doce, correspondiendo á los asterismos del zodiaco; luego á treinta y seis. Ahora bien, por Berosio y Eusebio sabemos que el sistema astronómico de los caldeos se componía de treinta y seis constelaciones, veinticuatro de las cuales figuraban en el Norte y doce en el zodiaco. Contaban cinco planetas, incluyendo en ellos al sol y á la luna. Treinta estrellas subordinadas á estos planetas figuraban en calidad de otros tantos consejeros. La mitad de estas estrellas tenía la misión de vigilar á los hombres y la otra mitad de guardar el cielo. Las relaciones entre estos astros se sostenían por medio de estrellas mensajeras que cada diez días se dirigían del mundo terrestre al celeste.

De tal suerte estaban entonces preocupados los espíritus con el estudio de los cielos, que este sistema no puede admirar, y fácil es advertir que se trata de la organización política y administrativa de un gran Estado. En esta clasificación se observa que las grandes tribus están representadas por los planetas y los signos zodiacales, mientras que las demás constelaciones se refieren á las naciones vasallas.

El magismo de los persas fué una emanación del sistema caldeo; es imposible desconocer una organización semejante á la que acabamos de exponer en las descripciones que de ella dan los libros sagrados del Irán. «El gran astro Taschter (Júpiter) guarda el Oriente, dice el Bundehesch pelhvi; Satevis guarda el Occidente; Venand preside al Mediodía y Haftorang al Norte. ¿De cuántos soldados no disponen estos astros para combatir? Cuatrocientas ochenta mil estrellas pequeñas se congregan á las órdenes de cada gran estrella. Cuando el enemigo amenaza al Mediodía, el astro Rapitán se encarga de defender este lado».

Los siete ángeles de los persas presiden: el primero á los astros, el segundo á los rebaños, el tercero á los árboles y á la agricultura, el cuarto á los metales, etcétera, etc.; cada cual está encargado de un verdadero ministerio.

Es necesario que esta clasificación general de los pueblos, bajo una nomenclatura sideral haya estado muy difundida en la formación de las sociedades asiáticas, puesto que la encontramos en el Extremo Oriente, en la China, donde la tradición oficial de los tiempos más antiguos se ha conservado por Cheu-li, libro de los ritos, que se remonta al siglo duodécimo antes de nuestra era, y del que Eduardo Biot nos ha dado una traducción: «Existen doce reinos feudatarios—dice el libro chino—presididos por los doce signos del zodiaco. Un astro proteje al emperador, otro á su

familia. La estrella del León, que llamamos Régulo, es el astro del pueblo. Un astrónomo y un astrólogo imperiales, cuyas funciones son hereditarias, están encargados de seguir asiduamente la marcha del sol, de la luna y de las estrellas, especialmente de Júpiter, cuya influencia es notable».

Pero el cuadro de este simbolismo—astronómico, político y religioso á la vez—no podía concertar mucho tiempo con la movilidad de las cosas humanas. La autoridad sacerdotal, obligada á retroceder ante los conquistadores extranjeros, se aisló en los colegios sagrados, donde se ocupó en erigir el dogma sobre la base de las tradiciones. El sistema sideral se aplicó entonces al mundo espiritual exclusivamente. Las estrellas mensajeras se convirtieron en los ángeles, y los eonos de los gnósticos y los astros vigilantes tomaron el nombre de egregoros ó guardianes; pero hacia el año 2000 se produjo una gran revolución en los espíritus, que se propagó cada vez más. Entre los sabios de Caldea apareció un hombre cuyo genio se elevó hasta la concepción abstracta de un dios único, suprema inteligencia rectora del universo, que demostró la inanidad del culto de los dioses-astros. Abraham fué el gran iniciador del monoteismo, cuyo dogma, desarrollado por las religiones emanadas del semitismo, conquistó á su vez á las sociedades civilizadas, como antaño, en sus orígenes, hizo el sabeismo.

En todos los pueblos de Oriente la cifra doce, correspondiente á los signos zodiacales, ha presidido á la clasificación de las tribus divinas y humanas. Entre los hindos los doce Adityas forman la escolta del sol; entre los chinos los doce Cheus, los doce dioses de la tabla asiria, y en los tiempos históricos las doce tribus de Israel, de los jonios, de los etruscos.

Los doce dioses del Olimpo helénico se han derivado en parte del sabeismo original: Apolo, Diana, Marte, Mercurio, Júpiter, Venus, representaron al

principio los planetas que llevan su nombre; pero Vulcano-Hefaistos y Hestía ó Vesta, pertenecen á otra teogonía en que los reyes y las sacerdotisas del fuego ocupan el primer rango. Además, entre los olímpicos se ve figurar á Neptuno, á Ceres, á Minerva, á Juno que, para encontrar representantes celestes, han tenido que esperar hasta los tiempos modernos. Plutón, como su semejante Satán, ha sido proscrito del cielo estrellado. En cuanto á Saturno, es evidente que este rival de Zeus no podía tener sitio en el Olimpo; pero, en cambio, obtiene el primer puesto entre los sirios, los etruscos y los latinos primitivos.

De la teogonía sideral de Egipto y de Caldea, la mitología helénica apenas conserva la nomenclatura. El genio libre y eminentemente individual de Grecia rompió el estrecho cuadro del simbolismo: en lugar del astro paterno apareció la personalidad de las familias patriarcales y de los héroes epónimos. Sin despojar al dios de los poderes sobrenaturales que le confería su naturaleza superior, la leyenda le presenta hablando y obrando según su carácter particular, con sus virtudes y sus vicios, como había obrado y hablado en las diversas fases de su existencia.

Otra clasificación, tanto más importante porque su generación parece haber quedado inadvertida, se aplicó á los pueblos y sobrevivió mucho tiempo á la desaparición del sistema sabeo: y es la división de las naciones del Mediodía y del Norte en dos grandes familias, llamadas del Sol y de la Luna. Esta división era en cierto sentido natural en razón del tipo de las razas cuyos caracteres se ofrecían entonces mucho más definidos en el color y en los rasgos. Aunque este hecho no se haya indicado claramente en las mitologías occidentales, sin embargo, ha dejado indicios significativos; los poemas sánscritos han celebrado extensamente las guerras de los Kuros y de los Pandos,

ó, en otros términos, de las familias del sol y de la luna; los monarcas asirios y persas se intitulaban soberanos del sol y de la luna. El rey Sapor tenía cuidado de llamarse de tal modo—en ese estilo oriental que se cree enfático por ignorarse su sentido arcáico—para afirmar su derecho hereditario de reinar sobre los pueblos de las dos razas del sol y de la luna, ó lo que es lo mismo, sobre el mundo entero que llenaban aún sus ramificaciones.

Está bien reconocido por los arqueólogos que el sol y la luna son la fuente de la mayor parte de los mitos antiguos, y que la mayoría de las divinidades del politeísmo representan á estos dos astros bajo una muchedumbre de nombres diversos. Ahora bien; llevando más lejos la investigación, se advierte que cada una de estas luminarias ha sido el símbolo ó el patrón de un considerable grupo de pueblos muy distintos entre sí, pero relacionados por las afinidades de raza. La familia solar se componía de pueblos originarios de Africa, egipcios, líbios, etíopes, establecidos en Asia, y de naciones que de ellos se derivaban en línea directa, entre quienes la mezcla no había borrado el matíz rojizo de sus antepasados. La familia lunar comprendía á los escitas de piel blanca, cabellos blondos, padres de las naciones germánicas, célticas, finesas, iranias. De los múltiples cruzamientos entre ambos grupos salieron los pueblos de Palestina, del Asia central, del Asia menor, de Grecia, de Italia, cuyas tradiciones han conservado bajo la forma mítica numerosos recuerdos de esta unión primitiva.

En la fábula no siempre son los dioses héroes y reyes, como pretendía Evhemero; también son tipos profundamente marcados con el sello de la raza. En los pueblos de la luna, la mujer era la igual del hombre, frecuentemente superior, en calidad de reina ó de profetisa. Así, Diana representa la luna; pero al mismo tiempo es la personificación de la nación de la

amazonas que, en los tiempos anteriores al sitio de Troya, fué poderosa en el Quersoneso Táurico y en el Cáucaso, y llevó sus conquistas hasta el Asia menor, donde fundó un establecimiento en el Halys. Como la amazona, Diana es fría, implacable y cruel; se complace en quemar los sembrados y en robar los niños á sus madres. Esta diosa recibía en Táuride un culto especial con el nombre de Ifigenia. Para dar una idea del procedimiento habitual de los mitógrafos helénicos, recordaremos que, gracias á la similitud de nombres, no dudaron en suponer que la diosa había raptado y transportado á Táuride á la hija de Agamenón cuando iba á ser sacrificada para obtener el viento favorable que había de conducir hasta los muros de Troya á la flota griega reunida en el puerto de Aulide.

En general, el papel sideral de los dioses de Grecia, de Roma y de Escandinavia, es completamente secundario. En el Edda, los ases y sus ciudades se relacionan con los signos del zodiaco y con las constelaciones, pero este carácter ya no tiene importancia; sólo la personalidad de los dioses adquiere relieve. Entre los Olímpicos, el dios se confunde sin cesar con el pueblo que se le supone regir. Probablemente ha existido un Vulcano giboso y deforme, hábil herrero y jefe de los Cíclopes, que forjaba el oro y el bronce, que cincelaba las ricas armaduras de los héroes; pero bajo este epónimo se clasifican las tribus de los cabiros, de los telchinos, de los dactilos y de los curetos, familias de artesanos sacerdotes y guerreros, que hacían de la fundición y del temple de los metales un misterio, y del arte una religión. Estas tribus metalurgistas, salidas de Cólquida y de Bactriana, al decir de Estrabón, pasaron al Asia Menor y de allí á Creta y á Samotracia, donde se forjaban los anillos mágicos que se vendían á la muchedumbre. También se establecieron en las islas, cuyas cavernas

les servían de forjas para fabricar las armas que los príncipes helénicos tanto deseaban poseer. De ahí la fábula de Vulcano Hefaistos, arrojados de un puntapié de Júpiter al mar, donde fué recogido por Tetis y Eurinomo, que le ocultaron en una gruta de Lemnos.

Además, hay que estar alerta contra estos griegos burlones, que no dejaron de abrumar con el ridículo á los dioses que no eran de su estirpe. Vulcano es un etíope, y por eso no le escatimaron las burlas. Sucio y feo, se le concede por mujer á las diosas más bellas, á Venus ó á una de las Gracias. Sus desventuras conyugales sirven de regocijo al Olimpo. A pesar de eso su superioridad en el arte que profesa le hace que le admitan en el consejo de los dioses, y los más arrogantes se inclinan ante él hasta la adulación para obtener hermosas armas.

La doria Juno es altanera y vindicativa como el pueblo que hizo de ella su divinidad protectora. El pernicioso Ares, azote de los hombres, según epíteto de Homero, dios de los escitas táuricos que le adoraban bajo la forma de una vieja cuchilla plantada en lo alto de una pirámide de troncos de árboles, refleja la dureza implacable de la nación que la invocaba. Juno, Marte y la guerrera Artemisa, personificaban la futura raza germánica que los dorios representaban entre los griegos.

Neptuno, el más poderoso de entre los vasallos de Júpiter, suele á veces adoptar aires de príncipe independiente, pero se somete ante la amenaza; su espíritu es pesado, rencoroso, no posee alta inteligencia ni la llama generosa que anima á los dioses helénicos. Es un extranjero. «Los pelasgos—dice Herodoto—aprendieron de los libios á honrar á Neptuno».

Como Vulcano, Plutón es un etíope, rey de un pueblo negro, condenado por la raza victoriosa á reinar en las fétidas marismas y en suelo volcanizado. Plutón Aidoneo es el mismo Pluto dios de las rique-

zas. Estos dos atributos serían inconciliables, si la comparación con las mitologías del Norte no nos informase de que el pueblo que gobernaba se empleaba en los trabajos de las minas, engendrando la leyenda popular de una nación de gnomos encerrados eternamente bajo tierra para removerla y extraerla sus tesoros.

Júpiter no es moreno como los etíopes, ni blanco como Minerva, Juno, Diana ó Marte; es blanco de cara y tiene el pelo negro. Soberano de los dioses y de los hombres, es decir, pontífice y rey, también los domina por la prudencia y el genio político. Participa del rajah de Oriente y del soberano de Europa.

Zeus y los Olímpicos deben su ilustración á Homero y á Hesíodo. Estos dos grandes mediadores entre Oriente y Occidente han glorificado en aquellas divinidades á los protectores de la familia pelásgica. Para convencerse de ello basta observar que dejan entre los mortales á los útiles personajes, cuando pertenecen á otras naciones. Tal ese cirujano del Olimpo llamado Pæon por Homero, y que, sin ser un dios, tiene el honor de curar las heridas que Marte y Plutón han recibido ante los muros de Ilión: «Pæón, dice el poeta, pertenece á esa raza egipcia que supera á todos los mortales por sus conocimientos médicos, y de él descienden todos los que son hábiles en el arte de curar». Estos términos indican suficientemente que para convertirse este personaje en dios sólo le falta pertenecer á la raza aria. Esculapio, un bastardo del rey sol y de la ninfa Coronis, fué más dichoso y obtuvo la apoteosis.

Uno de los personajes más enigmáticos de la mitología es, ciertamente, el que tuvo por patrono al planeta Mercurio. Este dios ofrece de manera evidente esa mezcla de individualismo y de colectivismo peculiar en las divinidades del politeismo. En su origen es un dios egipcio, Thot, sabio astrónomo, amigo de

Osiris é inventor de la escritura jeroglífica. Más tarde, con el nombre de Hermes, se le honra en Fenicia y en la Aramea como un mágico iniciado en las ciencias ocultas; es el padre de la astronomía y de la alquimia. Entre los griegos, Hermes se convierte en el dios de los hábiles y de los elocuentes; mensajero del Olimpo, le encarga Júpiter que transmita sus órdenes á las extremidades de su imperio, y el caduceo de la doble serpiente es el signo de su autoridad delegada. Las alas qne lleva en los talones indican que surca los mares en un barco de velas. Mercurio, astuto y poco escrupuloso, no es en Roma más que el patrono de los mercaderes y de los ladrones. He aquí, pues, para un solo astro cuatro encarnaciones muy distintas. Sanchoniathón añade otra; nos dice que Thot fué un gran jefe que excitó las tribus á la protesta por sus himnos guerreros, cuando Saturno atacó á su soberano Urano y le reemplazó en el trono. Thot Hermes fué entonces ministro de Saturno, que le dió el gobierno de Egipto. Este dios ofrece, pues, una multiplicidad de personalidades demasiado diferentes para resumirlas en una sola. Pero el enigma se hace inteligible si se admite que, durante una serie de siglos, el astro Mercurio, patrono de una tribu poderosa, se personificó en varias ocasiones en jefes de gran superioridad intelectual.

En suma, sin llevar más adelante un estudio que continuaremos luego, puede afirmarse que la sociedad olímpica ha vivido. Esta debió ser una confederación de tribus poderosas pertenecientes á razas distintas, y reunidas bajo la mano fuerte y hábil de un gran príncipe. Esta sociedad no vale más que las otras. No brilla por la moralidad, ni por la justicia; sus hábitos de violencia y de fraude, su excesivo orgullo con los vencidos, la relacionan con los pueblos semibárbaros que han celebrado los Nibelungos y los poemas de los escaldas; pero es superior á éstos por

el sentido estético y por un genio político que la acerca á Oriente. Espirituales y generosos los olímpicos, sienten horror por los sacrificios humanos, y no beben como los escitas en el cráneo de sus enemigos. Pasan gustosos el tiempo riñendo, engañándose, enamorando y embriagándose en festines inmensos que recuerdan los que celebra Odino en el Valhalla; pero son aficionados á las artes y protegen á los poetas. Gustan de los cantos y relatos de las sabias sacerdotisas que se llaman Hespérides y Musas, que se reunían en colegios sagrados, donde el rey sol, Apolo, tocaba la lira y componía cantos religiosos ó profanos.

En una época contemporánea del culto de los astros se descubre el culto del fuego, que fué probablemente anterior al primero, pues se asocia al sabeismo y figura en todas las religiones, aunque en lugar secundario. Por una especie de renacimiento, Zarathustra, al que nosotros llamamos Zoroastro, instituyó el magismo, á manera de resumen de los antiguos cultos de los astros y del fuego.

El Avesta refiere que Djemchid, segundo soberano mítico del Irán, envió á todas las provincias de su imperio Atesch gah ó aras de fuego, con orden de que le adorasen, á el Djemchid, bajo esa forma. El Génesis también ofrece vestigio de este culto en los fuegos encendidos por Caín y Abel en honor del Eterno, en la zarza ardiente en que Jehovah se revela á Moisés, y en la columna que precede á Israel durante su éxodo, semejante al fuego sagrado que los magos transportaban en un trípode al frente de los ejércitos persas. El fuego fué en todos los pueblos el principal agente de purificación: el Levítico prescribe su empleo en la mayoría de los ritos. También en este sentido hay que interpretar la leyenda de Ceres Démeter, donde se dice que la diosa fué sorprendida por la madre de Triptolemo en el momento de pasar al niño por la llama del ara para hacer de él un dios. Los

helenos, como los pueblos de Asia, tenían una ciudad-madre donde iban á encender sus fuegos en el fuego que jamás se extinguía. Atenas era la madre de los jonios que venían á tomar en el Pritaneo el fuego sagrado de sus ciudades, los argivos también tenían su Artemisa Pironia en los primeros tiempos de Grecia. Sábese que, en los pueblos latinos, Vesta no tenía estatua y se la honraba bajo el aspecto del fuego eterno.

Fustel de Coulanges ha reconocido perfectamente en su hermoso libro *La Ciudad antigua*, que el hogar, personificado en el *Daimón*, genio, lar ó penate, se identificaba con el culto de los antepasados. Eneas, llevándose en su fuga el hogar, símbolo de la patria y de la raza, le llama el Lar de Assaraco. Si la civilización antigua se mantiene constantemente unida con la religión y no tuvo que sufrir de los cismas ni heregías, es porque esta religión era al mismo tiempo su tradición, su poesía y su nacionalidad.

La profunda diferencia entre las civilizaciones de Oriente y Occidente, que quizás estribe en una cuestión de raza, ha ejercido su influencia en el simbolismo sideral, gérmen de las religiones futuras. Entre los pueblos de raza blanca, en la que domina desde su origen un individualismo ávido de libertad y desdeñoso del formalismo, la personalidad del dios—sol, luna ó estrella—que sólo conservaba del símbolo su nombre, despojó audazmente la envoltura astronómica para mostrarse en su realidad viviente. Al contrario, entre las naciones en que imperaba la casta y sometidas al régimen sacerdotal, como los egipcios, los caldeos, los judíos, los hindos; el hombre permaneció oculto detrás del símbolo, del cual la teocracia persistió en hacer la inmóvil expresión de la tradición.

IV

EL SÍMBOLO ANIMAL

Después de la identificación del hombre con el astro, el elemento principal de la mitología consiste en su asimilación con el animal, de donde ha nacido la idea de la metamorfosis. Apolodoro y Ovidio han hecho de ésta el tema ordinario de sus relatos. Los hindos, los persas, los árabes, la han introducido en sus cuentos; según ellos, los genios y los magos tienen el poder de cambiar á su arbitrio de figura, y con un toque de su varita ó con algunas gotas de agua lanzadas al rostro transforman un sér humano en bestia. Así es como Latona cambia á los campesinos en ranas y Circe en puercos á los compañeros de Ulises. Occidente no cede en este punto á Oriente. En la curiosa colección de leyendas bretonas titulada *Mabinogión*, el águila, el pez, el cuervo, discurren extensamente y con sabiduría; entre otras cosas, se lee el relato de la gran guerra que sostiene el rey Arturo y sus caballeros, contra el rey Jabalí y sus siete hijos. Los relatos de los escandinavos, de los fineses y de los eslavos, no son menos maravillosos. A cada página de los Bilinos rusos, dice M. A. Rambaud (1), se encuentran serpientes que entran en negociaciones con los hombres, caballos que departen con sus amos, cuervos que profetizan, bueyes que son héroes. Las jóvenes se transforman á voluntad en cisnes; una maga temible se

(1) *Revue des Deux Mondes*, 1.° Julio 1874.

llama el Cisne Blanco, como las Swanhit ó vírgenes-cisnes de que habla el Edda y las gorgonas llamadas κυκνόμορφοι por Esquilo.

San Agustín admite la posibilidad de la metamorfosis, cita el caso de ciertos hosteleros italianos que daban á los viajeros un guiso que los transformaba en bestias de carga: en este estado seguían conservando su razón, como dice Apuleyo, en su Asno de Oro.

Los antiguos hasta creían en los animales quiméricos. San Jerónimo refiere que San Antonio, al cruzar el desierto, encontró un hipocentauro que se dice encargado por sus semejantes de que los recomiende humildemente á las oraciones del piadoso eremita.

En estos autores, como en los escritores de Oriente, no parece extraordinaria tan extraña inversión de las leyes naturales; la exponen con la mayor espontaneidad, y con perfecta sinceridad nos comunican las tradiciones de todos los países del tiempo en que las bestias hablaban. Los hombres de otro tiempo sabían lo mismo que nosotros á qué atenerse sobre el grado de inteligencia y sobre las facultades de los animales. Si éstos aparecen en las mitologías en un pie de igualdad con la especie humana, es por efecto de una pura convención que tenía su razón de ser. La idea de la metamorfosis debió nacer el simbolismo primitivo, antes de convertirse en superstición para unos, y para otros en una forma más ó menos ingeniosa de la alegoría.

Este simbolismo no debe de confundirse con las ficciones inventadas por los poetas de la segunda antigüedad en un sentido literario, para picar la curiosidad y decir cosas encantadoras y espirituales. Las metamorfosis de Clicias en girasol, de Acteón en ciervo, de Narciso en flor, pertenecen á este último género. Pero hay fábulas cuyo carácter es evidentemente antiquísimo y que, cuando se ha encontrado

su sentido, puede servir de hilo conductor en la investigación de los orígenes.

Cuando los primeros hombres sólo poseían para vestirse las pieles de las bestias, se les ocurrió naturalmente el reconocerse y distinguirse por este signo exterior. Los pastores se cubrían con los despojos de las cabras, de los bueyes y de los borregos; los cazadores se echaban por la espalda la piel del león ó del tigre. Para indicar al patriarca, el toro y el carnero, que fecundan al rebaño y marchan al frente, ofrecían un emblema expresivo. Algunos pueblos adoptaron, pues, el hábito de designarse entre sí por estos signos, y de llamarse recíprocamente carnero, toro, león, caballo, pez, etc. Bien pronto este género de asimilación se convirtió en uso general, y en el estilo elíptico de la primer edad el atributo sirvió para designar á tal ó cual tribu. Esta fórmula arcaica hasta se empleó en el lenguaje de los oráculos, aun mucho después de haber desaparecido en el estilo corriente. Se la encuentra entre los profetas hebreos: «Este carnero, dice el Apocalipsis, representa á los reyes de los medos y de los persas». Es curioso observar que esta costumbre aún está en vigor entre los Pieles Rojas de América. El *Totem* es el símbolo de la tribu; serpiente, castor, oso, lobo, ciervo ó tortuga, en todas partes el animal *totem* es respetado. Al encontrarle se le saluda cortésmente, como á un hermano ó un antepasado. Los ancianos de la tribu le piden consejo y protección, é interpretan sus menores movimientos como un augurio favorable ó adverso. Sin afirmar las probables relaciones que hayan podido existir antaño entre las poblaciones rojas de ambos hemisferios, no dudamos en creer que ocurriese absolutamente igual entre los primeros padres de los pueblos del mundo antiguo, y que los cuentos y las fábulas en que el hombre y la bestia tan fácilmente se sustituyen, no tienen otro origen.

El caballo fué, naturalmente, el atributo de una nación de caballeros. Todo induce á creer que era escítica. Las tribus nómadas de las estepas fueron muy pronto célebres por su habilidad en domar los corceles, mientras que los egipcios y asirios sólo se servían de ellos para uncirlos á sus carros de guerra. El pueblo á quien la fábula ha celebrado con el nombre de centauro—mitad hombre y mitad caballo—fué muy verosímilmente una nación escita de la Táuride. El centauro Quirón fué encargado por el rey Peleo de educar á su hijo Aquiles. Ahora bien, este héroe había nacido en Mirmekio, ciudad del Bósforo cimeriano, cuyos habitantes habían sido en otro tiempo hormigas, de donde les vino el nombre de mirmidones. El centauro Quirón era un sabio muy instruído en astronomía y en medicina.

Sin duda, para recordar el emblema original de la raza, los solimes del Cáucaso, mencionados por Herodoto y por el viejo poeta Querilo, ostentaban como tocado el despojo frontal del caballo con las orejas y las crines. La fábula, tan agradablemente narrada por Homero, de Boreas, el dios con piernas que son serpientes, fecundando con su soplo doce yeguas de Escitia, ofrece el desarrollo de la misma idea aplicada á la unión de la raza etíope y de la raza blanca.

Transportado á Europa por los hijos de los escitas y de los cimerianos, este emblema ocupa un punto importante en las leyendas célticas. En los poemas bárdicos, Marck, el rey-caballo, reina sobre los galos primitivos con Arturo Pendragón, el rey-serpiente. Marck tenía por hija á Essylt, de la que han hecho los novelistas la bella Iseo, amante del caballero Tristán. Llámasela *Vyngwen*, la crín blanca, y las Tríadas hablan de ella como de la esposa del caballo.

Es preciso que el origen de este simbolismo sea muy antiguo, puesto que era común á las dos ramas céltica y sajona, separadas y enemigas desde los pri-

meros tiempos de nuestra era. Cuando en el quinto siglo las hordas germánicas conquistaron á Inglaterra, los dos jefes que las mandaban llamábanse Henghist y Horsa, el acicate y el caballo, y ostentaban en su bandera un caballo blanco.

Los Northmen del Báltico ostentaban una cabeza de caballo esculpida en la proa de sus grandes barcas, llamadas caballos de mar. En toda la Europa del Norte se consideraba este emblema como un signo de felicidad. En Lituania se coloca un caballo de hierro en el portal de la casa que se construye. Entre los Lettes-Borusianos, la viga maestra suele estar tallada en forma de cabeza de caballo.

El planeta ó la constelación ya no ofrecía un modo de clasificación bastante preciso cuando se multiplicaron las tribus, y encontrándose muchos pueblos colocados bajo el patronato de un mismo astro, hubo que recurrir á una clasificación más individual. El atributo se convirtió entonces en base de toda asociación: cada pueblo, adoptando un signo, lo enarboló á guisa de estandarte y lo plantó en los muros de las fortalezas. Cada miembro de la tribu tatuó ó pintó ese signo en su cara y cuerpo para establecer su filiación, como todavía hacen los indios y los árabes. Cuando las naciones supieron tejer, tintar y forjar, marcaron con su emblema los trajes y las armas. Ciertos atributos expresaron una función especial: así, el león y el toro fueron las insignias de la realeza. El buey Apis era honrado desde la segunda dinastía como representante de Osiris. A Horo se le celebra en las inscripciones con el epíteto de toro poderoso. Las mujeres de Lesbos invocaban á Dionisio en los mismos términos: «¡Ven, toro ilustre, ven á esta orilla!» También en este lenguaje figurado los bardos Cymri se dirigen á su dios nacional, Hu Gadarn, emperador del universo. Los peregrinos del Indostán acuden cada año por millares á prosternarse

ante el toro colosal de Tanjore, esculpido en un solo bloque de pórfido, representando á Siva, Dios de la destrucción.

Un toro de cabeza humana coronada con la tiara real, es quien guarda las puertas de los palacios de Nemrod y de Korsabad, descubiertos en el emplazamiento de la antigua Ninive. Es lícito pensar que el pueblo asirio tuvo por emblema celeste la magnífica constelación cuya principal estrella está designada por el término caldeo de Aldebarán, y á la cual se le aplicó el nombre de su atributo terrestre, el Toro. En efecto, en la disposición de las estrellas no hay nada que remotamente se parezca á este animal. Con este símbolo se expresa en los monumentos el odio hereditario que animaba entre sí á los persas y á los asirios. El león aun es hoy el atributo heráldico del Irán, y se ve frecuentemente en los monumentos de Persépolis á Mitra con cabeza de león hiriendo con su cuchilla á un toro derribado en tierra. Este simbolismo, que se ha creído astronómico, tiene un sentido exclusivamente político.

Desde los tiempos de Homero, la cabeza del toro, signo de la autoridad soberana, caracterizaba á los ríos. El Océano, el Erídano, el Escamandro están figurados en las medallas y en las pinturas antiguas con la frente armada de cuernos ó con cuerpo humano y cabeza de toro. Es posible que esta forma se adoptase cuando los asirios dominaban en Asia y á falta de trazados geográficos, las provincias y los cursos de agua estaban designados por la efigie simbólica de los pueblos que los poseían. Por una extensión semejante *pelagos* adoptó el significado de mar en general, cuando las colonias pelásgicas, marítimas casi todas, transportaron su nombre colectivo á las orillas del Mediterráneo; la mismo ocurre con el término *pontos*, que el Ponto Euxino tomó al pueblo del Ponto, establecido en su litoral Norte. Este término

se aplicó en seguida indistintamente á todos los mares que frecuentaban los navegantes griegos (1).

Este género de simbolismo, que puebla la naturaleza de personificaciones humanas, ofrecía recursos poéticos que los mitógrafos no podían desdeñar. Homero ha representado al río Xantho apostrofando á Aquiles y sublevando su oleaje para detenerle en su persecución de los troyanos vencidos. Ovidio también se sirvió de ese recurso cuando nos ofrece al Aquelao, río de Albania, disputando á Hércules la mano de Dejanira; dotado del poder de metamorfosearse. Aquelao, al luchar contra el héroe, se cambia en serpiente y luego en toro para eludir sus apretones. No se necesita más para comprender que en el texto de donde ha emanado esta fábula, el príncipe pelasgo poseía la doble cualidad de pontífice y de rey, indicada por los atributos de la serpiente y del toro.

El parentesco original de los pelasgos con las naciones del Norte se caracteriza en la mitología por el símbolo de la constelación de la Osa. Refiere la fábula que Bóreas, el dios cuyas piernas son serpientes, transportó al monte Cáucaso á Cloris, la blanca hija de Arturo, la estrella polar ú Osa Mayor. Arturo se convirtió en el Arturo Pedragón, ó rey-serpiente, que celebran las Triadas gaélicas. Otras semejanzas atestiguan esta correspondencia antigua entre los pueblos. En Lituania el nombre familiar del oso es Lukis. El griego *Lukos* es idéntico por la forma, pero significa lobo. Ahora bien, en la mitología escandinava, *Luki* es el dios astuto y sabio; no es el lobo, sino el padre del lobo Fenris, enemigo de los ases.

---

(1) Creemos que el término *pontos axenos* sólo es una ligera alteración de *pontos askenos*. Estas palabras representaban á las dos naciones más poderosas del mar Negro, el pueblo del Ponto al Norte, al Sur los frigios ó askanienses.

Además, este dios presenta grandes afinidades con el Arimán de los persas, que, según el Avesta, acude bajo las formas de la serpiente y del lobo para atacar al pueblo de Ormuz.

Herodoto refiere que los neuros, pueblos de Escitia, poseían el don de transformarse en lobos en ciertas épocas, y Plinio dice lo mismo de una nación cuyos hombres se convertían en lobos y se bañaban en un lago. Sin duda se trata aquí del punto de partida de la fábula popular del lobo torvisco, tan difundida por toda Europa. Los mitógrafos refieren que los hijos de Deucalión, rey de Escitia, luego de salvarse del diluvio, siguieron á un lobo que los condujo al Parnaso, donde construyeron la ciudad de Licoria. No hay duda de que se trata de los doce hijos de Licaón, en otros términos, de las doce tríbus del Lobo, que después del diluvio fueron á poblar la Grecia. Por las trazas de su símbolo puede seguírseles en Licia y en el monte Liceo.

Los vénetos del Adriático, dice Estrabón, tienen la costumbre de marcar sus caballos con una cabeza de lobo. El testimonio del símbolo también parece colocar en la escitia asiática la cuna de los pueblos que formaron la nación romana, cuyo emblema animal fué la loba, y el símbolo sideral Saturno, dios de los sirios.

Muchas naciones de la Alta Asia dicen proceder del lobo. Los historiadores chinos cuentan que un rey huno tenía una hija de tan perfecta belleza que no quiso darla á ningún esposo mortal, y la encerró en una alta torre, en medio del desierto. Cansada de su soledad, la princesa excitó el amor de un viejo lobo que rondó durante un año la torre hasta que logró entrar. De su unión con la princesa nació la nación de los Kaochis. Los mismos autores dicen que los Tufan ó tibetanos descienden de una loba, y que Batachis, jefe de los Khanes Mongoles, era hijo de un lobo azul y de una cierva blanca. Los Kirghiz proce-

den de la hija de un Khan que, paseándose con sus cuarenta damas de honor, se encontró al regresar un día con su pueblo devastado. Solo quedó vivo un perro, que se casó con todas, y fué el padre de cuarenta hijos, antepasados de la nación.

Todas estas fábulas, que proceden de un origen único, se parecen de tal manera, que no es posible ver en ellas otra cosa que un símbolo de los primeros casamientos entre familias diferentes. Pero el más singular y difundido de todos, es seguramente el de la serpiente. Su culto se pierde en la noche de los tiempos y se encuentra en todos los pueblos del mundo. Los Pieles Rojas de América dan el título de Gran Serpiente á los jefes renombrados por su sabiduría, y los mejicanos dicen descender de dos serpientes, macho y hembra. Quetzalcoatl, «la serpiente de plumas», les había aportado las artes y las ciencias.

Los noruegos sienten gran respeto por la culebra *Natrix torquata*, comúnmente llamada *Bue orm*, que alimentan en los establos para alejar las enfermedades de los rebaños. En Suecia se profesa la misma veneración á una gran serpiente que comunica á los hombres la salud y el conocimiento de las cosas ocultas de la naturaleza. *Ofnir* es el sobrenombre de Woden en Odino, porque adoptó la forma de la serpiente para sumergirse en el abismo de donde les había sacado el vaso y la bebida de la ciencia. Según el Edda islandés, como en los Nibelungos, la serpiente incuba bajo sus repliegues el oro que crece sin cesar.

El culto de la serpiente ha penetrado tan íntimamente en la vida de los pueblos, tanto de la familia aria como de la familia semítica, que este animal se ha convertido para ellos en el dios penate, en el genio familiar de la raza. En el Balabar como en el Báltico, se le reverencia igualmente. En Lituania y en las naciones vecinas, se hace cada día una comida para la serpiente doméstica. A veces se presenta en

medio de un festín, cata de cuanto tiene á su alcance y se retira en seguida (1). Lo mismo ocurre entre los moros de Túnez: «Benditas sean las serpientes —dice un viajero—ellas son la fortuna de las casas que habitan; cada familia mora posee su reptil. Siempre tienen puesto su cubierto y puesta la comida. Como ya lo sabe, á las horas de comer sale del agujero que le sirve de refugio y rampa al través de la sala hasta alcanzar las comidas que se le reservan. Se le mira hacer, nadie come antes que ella, es la señora y la providencia de la casa.»

Lo mismo ocurre con las naciones de estirpe pelásgica. La serpiente aparece en los funerales de Anquises gustando las comidas y deslizándose entre los vasos sagrados. Eneas la saluda como el genio protector de su familia, que le presagia el éxito de su empresa. Los atenienses alimentan en el templo de Erectea una serpiente que desapareció cuando los persas se acercaron á la ciudad. Considerando el pueblo este hecho como una advertencia de su dios familiar abandonó inmediatamente la ciudad.

Alejandro vió en casa del rey Taxilo á un pitón de enorme tamaño, que se criaba en un foso rodeado de altas murallas. Los hindos acudían de muy lejos para adorarlo y ofrecerle comida. El reptil tiene un puesto importante en la teogonía hinda: pero suele considerársele como malhechor.

Al contrario, los negros de Guinea respetan á las víboras más venenosas. No hace mucho tiempo en que un viajero inglés que mató una, corrió gran riesgo de ser lapidado por el pueblo.

---

(1) Una dama polaca nos ha dicho que en Lituania se ve en las granjas serpientes casi tan gruesas como el brazo, y que estaban tan familiarizadas que acuden á beber la leche en la misma taza que los niños. Cuando se muestran muy glotonas, éstos las alejan dándoles cucharazos en la cabeza.

Los romanos, los epirotas, los lanuvianos, honraron á los dioses dándoles el título de serpientes. En Roma, se celebraban los ritos de Júpiter Sabacio, esposo de su hija Proserpina, con el aspecto de una serpiente dorada. Cualquier sitio se hacía sagrado por este emblema; Persio escribe: «Pinge duos angues puer, sacer est locus.» Entre los egipcios el áspid, bajo la forma del Urœus sagrado, brillaba al frente de la mitra de los Faraones. Quizás al recibir la muerte por la picadura de esta víbora, Cleopatra quiso demostrar que moría como reina de Egipto.

Verdad es que el Génesis hace de la serpiente el símbolo del mal; pero Moisés se sirve de la serpiente de bronce para curar las heridas venenosas de los reptiles del desierto. Una secta importante entre los judíos, los ofitas, reverencian á la serpiente bienhechora de la humanidad y fuente de toda ciencia. Hasta Clemente de Alejandría ha escrito: *Serpens dictus est prudens*, sin explicar de donde le venía esta reputación, y sin duda porque el Génesis la ha calificado de astuta. Estos epítetos demuestran suficientemente que se trata de un símbolo.

El carácter sagrado del reptil se pone en evidencia por la denominación de *Naddred*, víbora en gaélico, que los druidas se dan entre sí en un sentido honorífico. En todos los países, en todas las épocas, se han forjado sobre la serpiente una muchedumbre de creencias supersticiosas: los orientales están persuadidos de que en su cabeza hay escondida una esmeralda. Los druidas pretendían que su baba, durante el período de la reproducción, engendraba un huevo que concedía la felicidad á su poseedor. «Tiene el huevo de la serpiente», se decía en Roma, de un hombre feliz. El emperador Claudio hizo morir á un caballero que guardaba en su seno uno de esos huevos para ganar al juego.

Hace algunos años, en un proceso instruído en

Argelia contra un indígena acusado de haber mutilado á su mujer por adúltera, los árabes citados como testigos se quitaron sus turbantes y mostraron á los jueces una cabeza de serpiente que llevaban entre los pliegues de la tela. Este talismán—aseguraron—les garantizaba la fidelidad de sus mujeres, y el acusado, según ellos, hizo mal desdeñando este preservativo.

En otro tiempo fué insigne honor tener una serpiente entre los antepasados. Olimpa dijo que una serpiente la había hecho madre de Alejandro Magno. Escipión el Africano era hijo de otra serpiente, y Augusto aceptó gustoso este origen que le asimilaba á los dioses. En las provincias francesas la *vouivre* (*víbora* en español), es la dama de los torreones ruinosos donde guarda los tesoros. Los trovadores, y después de ellos Boyardo y Ariosto, han explotado ingeniosamente la mina de las maravillas que les abría la leyenda del reptil. Las hadas más famosas, como Melusina, abuela de los lusitanos, y Manto, fundadora de Mantua, estaban obligadas cada año á convertirse un día en culebras, y con esta forma estaban expuestas á sufrir todas la miserias de su estado. ¡Dichoso entonces el escudero que encontraba en su camino á la culebra y la salvaba de otro animal presto á devorarla ó del palo de un rústico que se encarnizaba en perseguirla. Por la noche, la bella dama se mostraba al joven y le recompensaba otorgándole las alegrías de este mundo, la gloria, la riqueza y el amor.

La persistencia de esta creencia en el poder sobrenatural y en la beneficencia de un animal necio y estúpido, no es menos singular que su difusión en todos los puntos del globo. Para descubrir la causa que ha podido engendrarla, creemos que sería preciso remontarse más allá de las sociedades, estables y organizadas, hasta los tiempos en que los pueblos nóma-

das viajaban de un extremo á otro del hemisferio, comunicándose sus ideas y descubrimientos.

Por esa época, un pueblo de Asia, ya adelantado en la civilización, ocupaba las orillas del Nilo. Habiéndose aliado con la raza negra indígena, acabó por someterla; desde la segunda dinastía de Egipto, Manethón menciona una insurrección de los libios. En sus habituales relaciones, ambas familias, roja y negra, cambiaron sus dioses y sus costumbres, y los egipcios admitieron en su panteón, entre las divinidades de sus antepasados, este fetiche de serpiente al que los brujos negros han atribuído en todos tiempos virtudes sobrenaturales. Aún hoy los pueblos de Judha y Dahomey le sacrifican todos los años millares de víctimas humanas.

Casi al comienzo de las dinastías divinas, antes de Osiris, aparece Set, el dios-serpiente, á quien los griegos llaman Agatodaimón, el buen genio. Cuando las colonias egipcias se desparramaron por Asia, llevaron á ellas los gérmenes de la civilización, las leyes y el culto de los antepasados, enseñaron á los pueblos salvajes á reverenciar á la serpiente. Después, cuando el agradecimiento de los hombres hacia los jefes y pontífices á quienes debían los beneficios de la vida sedentaria y agrícola, se manifestó en una veneración que adoptó la forma del culto, éste se perpetuó de generación en generación y se dirigió á la serpiente, imagen visible del Egipto divinizado. Así es, como en las Galias, en España, en Oriente, la diosa Roma fué adorada bajo el emblema de la loba que, según se dijo, había amamantado á Rómulo.

Lo que Roma fué para Occidente, Egipto lo había sido tres mil años antes para Asia; pero, á falta de tradición escrita, los pueblos habían olvidado su nombre. A pesar de eso, por instinto hereditario siguieron honrando á la víbora Hot, que había sido el símbolo de su bienhechora, y se complacieron en atribuir al

reptil todos los preciosos dones que sus primeros padres admiraban en ella, riqueza, mágico poder, ciencia universal.

Prescott, en su historia de Méjico, refiere algo análogo; allí se sorprende, por decirlo así, la eclosión de lo sobrenatural saliendo del huevo de la realidad. Aun detestando á los españoles, los mejicanos los consideraban como seres de naturaleza superior y rendían culto á todo lo que les pertenecía. Abandonado un Hondurno, un caballo del cuerpo expedicionario que mandaba Cortés, los indios se agruparon en torno del animal ofreciéndole en homenaje frutas y flores. Con tal régimen no podía vivir mucho tiempo; pero su muerte no los desilusionó. Cuando muchos años después fueron los monjes á establecerse en el país, se encontraron á los naturales adorando á un caballo de piedra, toscamente tallado, que era para ellos el dios del trueno y del rayo, sin duda en memoria de los mosquetes y de la artillería de los castellanos. Refiere Díaz que los indios habían suspendido en uno de sus templos, al lado de los antiguos ídolos, una capa vieja y una bota usada que habían pertenecido á los españoles.

En todas partes el símbolo de la serpiente se asocia á la iniciación de las sociedades. La serpiente del Génesis, la de las Hespérides, las Nagas ó dioses-serpientes que, según los Puranas, fueron los primeros soberanos de los arias brahmánicos, reinan al principio de las mitologías, y, lo que es más curioso, casi siempre en forma combinada de hombre y reptil. Un compuesto tan extraño—que por lo demás tiene su análogo en la esfinge, león y mujer, en el centauro, hombre y caballo, en el tritón, hombre y pez—es evidentemente fruto de una idea sistemática que en cierta época debió propagarse por toda la haz de Asia. ¿Cómo explicar de otra manera las similitudes que se observan en los pueblos más diferentes?

Así, Cecrops, egipcio de origen y primer rey de los atenienses, poseía, según la mitología, cuerpo de hombre y piernas de serpiente, *pro cruribus angueso habens*. Sus sucesores, Eresicton y Erecteo, dice ingenuamente la fábula que se vieron afligidos de igual deformidad. Ovidio califica á los titanes de *anguípedos*. Las imágenes de los serafines colocados en el templo de Jerusalén representaban hermosos jóvenes qne terminaban en reptiles. Cuenta Herodoto que habiendo encontrado Hércules en Escitia á Equidra, monstruo mitad mujer, mitad víbora, la hizo madre de tres hijos, que fueron los padres de las tres principales naciones escíticas, Los mogoles repiten exactamente el mismo cuento: según ellos, su raza desciende de una mujer que era reptil en la parte inferior del cuerpo. En fin, en los cipos rúnicos, Odino suele estar representado por una serpiente sobre un torso humano.

A excepción del Sánscrito, *sarpa*, del que se derivan ερπω, *serpo*, *serpens*, las formas diversas del nombre serpiente, así en los idiomas arios como semíticos, pueden referirse á la raíz *ag*, *ak*, señor en jeroglífico: *naja* en árabe, *nachaoh* en hebreo, *agu* en copto, *angis* en eslavo, *anguis* en latín, *snaka* en escandinavo y en las demás lenguas del Norte. El latín *draco* se deriva sin duda del persa *dahak*, que procede de la misma raíz.

Otro emblema no menos importante, aunque menos difundido, fué el del pez. En su origen debió pertenecer á un pueblo obligado por su situación á vivir de la pesca, en un paraje rodeado de aguas bajas, y recorriendo en sus barcas lagunas semejantes á las de Venecia. El pueblo-pez tuvo por reina á Anfitrite, una de las cincuenta hijas del dios marino Nereo, más antiguo que Neptuno. Dice la fábula que Nereo era libio y poseía el don de leer en lo porvenir. Otro dios marino, Proteo, era de estirpe egipcia

y famoso por su sabiduría y por la seguridad de sus predicciones. El era el encargado de guardar los rebaños de focas del rey de los mares.

Anfitrite se negó al principio á casarse con Neptuno; pero el dios hizo que abogase por su causa un delfín cuya elocuencia obtuvo el consentimiento de la joven, y así fué madre de un pueblo de tritones y oceánidas. La pintura y la poesía se han apoderado de este personaje gracioso, representando á Anfitrite sentada en una concha conducida sobre las olas por el grupo abocado de los tritones soplando en unas trompas sonoras. Estas descripciones son menos ideales de lo que puede figurarse, y han debido de realizarse en las aguas poco profundas del Bósforo Cimeriano, patria de los dioses, cuando la joven reina ó Galatea, la más bella nereida, pasaba de uno á otro lado en una navecilla á modo de concha, escoltada por su pueblo enamorado y nadante (1).

La más célebre de las fábulas en que el pez interviene es la de Andrómeda. Hé aquí el cuento inventado por los rapsodas: La hija de Cefeo, rey de los etíopes, tuvo la temeridad de creerse más bella que las nereidas y, para vengarse, Neptuno suscitó un monstruo marino que desoló la comarca. El oráculo de Ammón, consultado sobre la manera de calmar la cólera de los dioses, respondió que Andrómeda debía de entregarse al monstruo. Las mismas nereidas ataron la princesa á una roca, y el enorme pez, saliendo de las aguas, iba ya á devorarla, cuando Perseo, montado en Pegaso, apareció en los aires; mató al monstruo, rompió las ligaduras de Andrómeda y se convirtió en su esposo.

Los mitógrafos han tenido cuidado de dar la inter-

(1) Las pinturas chinas suelen representar á las mujeres de la clase elevada paseando sobre las aguas en barcas ligeras conducidas por siete ú ocho nadadores.

pretación de esta fábula: Un hermano de Cefeo—dice Apolodoro—esto es, un jefe del mismo pueblo llamado Fineo, aspiraba á la mano de Andrómeda; pero Perseo, con todo el prestigio de su victoria sobre las Gorgonas, se presentó y venció á su rival. Furioso de la afrenta, Fineo convocó á sus clientes y amigos, entró en la sala donde se celebraba el banquete nupcial y acuchilló á parte de los convidados; pero Perseo, apercibido á la defensa con ayuda de los suyos rechazó el ataque y puso en fuga á Fineo y á sus secuaces.

Este relato nada tiene de inverosímil, pero no explica la intervención del monstruo marino. La idea está inspirada, sin duda, en el símbolo de la nación fenicia (1), de la que Fineo (Feni Pœrio) era un jefe. Esta asimilación ofrecía á los cantores populares de Grecia una ocasión demasiado hermosa de ofrecer lo maravilloso para dejarla perder. En torno de este elemento formaron todo un poema: la vanidad de Andrómeda, pretexto habitual de las injustas cóleras de los dioses, la venganza de las nereidas encadenando sin piedad á la joven, el Leviathán presto á devorarla, la súbita llegada del guerrero que acude á salvarla en su navío transformado en un corcel alado; todos estos detalles que revelan la mano de un maestro cuentista, hacen de esta fábula una de las más agradables que se hayan inventado en la antigüedad. Hasta reviste un carácter caballeresco que recuerda el Occidente. La Leyenda Dorada no la ha descuidado: San Jorge, libertando á la joven del dragón, es un Perseo cristianizado. Ariosto se ha apoderado de la fábula entera para adornar con ella á su Orlando furioso, añadiéndole ingeniosos detalles que demuestran que los rapsodas modernos no son inferiores á los antiguos.

---

(1) Los dioses de los fenicios Astarot, Adergatis, Oannes ó Dagón.

Ahora bien, si los más hábiles poetas desconocidos que precedieron á Homero se complacieron en adornar con las más brillantes ficciones la leyenda de Perseo, es porque en ello tenían gran interés. Este capitán aventurero que, al regreso de una expedición afortunada contra los piratas, en un navío que los dioses le habían prestado, conquistó la mano de una hija del rey, fué fundador de una dinastía. «A contar de Perseo, dice Herodoto, comienzan los reyes de los dorios, los cuales se habían gobernado hasta entonces por príncipes egipcios.» Jerjes, dirigiéndose á los habitantes de Argos, disputa al abuelo de éstos, Perseo, como uno de los antepasados de la nación persa, y funda su derecho á la dominación de Grecia en este común origen. Sin discutir la razón política que dictó esta declaración, hay que convenir en que, para invocarla tan públicamente, la leyenda debía tener algo de real.

Los antiguos creían conocer el lugar donde acaeció la aventura de Andrómeda. La ciudad donde reinaba Cefeo se llama Caffa é infiérese que se trataba de Caffa de Palestina, hoy Joppé. Pausanias participa de esta opinión y ofrece como prueba una fuente vecina de la ciudad, cuya agua era roja porque Perseo lavó en ella su espada teñida con la sangre del monstruo. Plinio refiere á este propósito una anécdota que no parecerá más convincente que el hecho citado por Pausanias. El edil Escauro, gobernador de Caffa por el senado romano, se llevó al regresar á Roma los huesos del pez que estuvo á punto de devorar á Andrómeda, y se los regaló al pueblo. ¿Había sido víctima de algún mercader astuto? Esto es lo que no dice Plinio; pero en todo caso, el prefecto reveló entonces mucha credulidad ó mucha audacia.

En ninguna parte tuvo el simbolismo animal tanto ascendiente como en Egipto; cada ciudad tenía su

animal colmado de atenciones y criado en el santuario. Tebas tenía al carnero, Mendes y Tmui al macho cabrío, Bubaste al gato; cuatro ciudades, Coptos, Arsinoe, Ombos, Cocodrilópolis, guardaban cocodrilos en sus templos; Atribis adoraba al león; el lobo era adorado en dos ciudades; otras dos sostenían monos; Epifanio habla de un templo donde se alimentaban cuervos; Hieracópolis honraba el gavilán; Sais á la alondra; Anteópolis y Atmu á la garza; en todas partes el buitre, la abubilla, el ibis, la cigüeña, recibían culto; ciertos peces también eran adorados, la perca en Latópolis, la carpa en Lepidoptum y en Tebaida; el meotes, especie de siluro del Nilo, en Elefantina.

Plutarco refiere el origen de esta costumbre: «Las tribus que siguieron á Osiris en su expedición de Asia, adoptaron cada cual un estandarte particular en el que estaba representado un signo, un animal ó la cifra de un rey. Tal es—añade—la causa de la devoción que las diferentes ciudades de Egipto profesan á los animales» (1).

Diodoro explica el carácter de santidad con que se revistieron estos emblemas, de la siguiente manera: cuando tras la muerte de Osiris, traidoramente asesinado por Tifón, Isis colocó á su esposo en el rango de los dioses, invitó á las congregaciones de los templos á erigir á cada animal simbólico un culto, como si representase á Osiris, y á tributarle después de muerto los mismos honores que si fuese el dios (2).

No es posible afirmar si la costumbre se extendió á Asia en tiempos de la dominación egipcia, ya que ningún documento lo dice; pero hay bastantes razones para pensar que los principales animales simbólicos de los pueblos asiáticos proceden de los que adoraba

(1) *De Iside*, V, 72.
(2) Diodoro, I, XI.

Egipto. Herodoto, que nos informa que había fundado una colonia en el Cáucaso, observa que las naciones de esta comarca tienen el hábito de pintar en sus trajes figuras de animales (1). Dice Quinto Curcio que Darío iba vestido en la batalla de Arbelas con una túnica sembrada de áureos gavilanes, emblema de Horo. El toro asirio reproduce sin duda al Apis memfítico; el carnero de los reyes medos, recuerda al de Ammón; el lobo corresponde al chacal de Anubis; el mochuelo de Minerva-Atenea es el de Neth; los panes y los sátiros con pies de cabra se derivan del macho cabrío que se adoraba en Khemmis; lo mismo ocurre con otros muchos que sería prolijo enumerar.

Probable es que, para completar la asimilación, la tribu tuviese al principio el mismo nombre que su símbolo. Esta identidad desapareció cuando la formación de los diversos idiomas; pero el sentido no persistió menos en algunos casos particulares. No es por una casualidad si *gallus* significa gallo y gato: «Hic gallus bene cantat,» decía un papa escuchando el elocuente discurso de un obispo francés. Los orígenes de este término se encuentran en Asiria. En las escavaciones de Nemrod se ha extraído la imagen de un dios, llamado Nergal, con piernas de gallo. En cuanto al vocablo gallo (*coq* en francés), hay que buscarlo en el Cáucaso, donde residía el pueblo escita á quien los orientales llamaban Gog y Magog, y que, probablemente, tenía por símbolo á ese pájaro cuyo nombre en germánico es *gog*, en danés *gok* y en noruego *gauk*.

Se ve por qué fácil pendiente los mitógrafos de Grecia y Roma, poco instruídos en general del origen oriental de sus naciones, se han sentido inclinados á explicar por la metamorfosis el doble aspecto huma-

(1) Herodoto, I, 203.

no y animal del héroe ó de la tribu. Una vez en el dominio de la fantasía, este elemento comunicó al poeta una multitud de recursos para excitar el interés y adornar su relato. ¿Qué encantadoras variaciones han realizado los escritores antiguos sobre este tema insensato? Ovidio es el modelo del género; hay que releer las metamorfosis de Dafne en laurel, y los graciosos detalles del rapto de Europa, para apreciar el encanto que la imaginación y el arte de escribir puede prestar á un cuento de niños.

Pero antes de llegar á esta última elaboración en el genio de un Homero ó de un Esquilo, el hecho primitivo tuvo que sufrir muchas transformaciones. Los rapsodas, cuyas versiones han aceptado los grandes poetas, ignoraban demasiado la historia y las costumbres de Oriente. Según Pausanias, los exégetas de los templos griegos, en sus funciones de guiar á los extranjeros, respondían á sus preguntas con explicaciones rutinarias ó con cuentos extravagantes. ¡Por ellos ha comenzado esa mala compresión mitológica que la antigüedad nos ha legado con sus artes y literatura, y que, desde Homero hasta Rosini, para no hablar más que de los maestros, ha suministrado asunto para tantos poemas y tragedias!

Los cantores populares de Jonia y del Atica, utilizaban libremente las leyendas que les referian los viajeros; suprimían ó modificaban lo que les parecía poco conforme con el gusto de su público, y procuraban halagar sobre todo la fibra nacional, muy sensible entre los helenos. La leyenda de Hércules, el héroe pelasgo, especie de paladín errante, pesado de espíritu, pero valiente y generoso, padre de la caballeresca familia de los Tristanes, de los Lancelotes, de los Amadis, de los Orlandos, se limitó al principio á los doce trabajos en que los monstruos domados representaban otras tantas tribus sucesivamente sometidas. Esta leyenda sufrió múltiples retoques y se le

incorporaron numerosas aventuras pertenecientes á héroes extranjeros. La expedición de los Argonautas también ha sufrido evidentemente alteraciones, como lo testifica el poema órfico, el más antiguo de los que han llegado hasta nosotros. Las fábulas de Júpiter y Prometeo proceden visiblemente de Asia. También el nombre de Amaltea, que lleva la cabra que amamantó en su infancia al señor de los dioses, corresponde á la palabra *Lamet*, con la cual se indica el signo de aries en el calendario iranio.

No basta con eliminar lo maravilloso que oscureció las tradiciones mitológicas, hay que contar también con la parte que toca á la ignorancia y al error. En las Metamorfosis de Ovidio, leemos: «En el fondo de una gruta vecina al país de los cimerianos, Morfeo, dios del sueño, duerme con un diente en la mano.»

Hay en esto un equívoco que se deriva de la ignorancia del sentido de un vocablo usado en los más antiguos tiempos para expresar cualquier especie de arma aguda ó cortante, lanza, venablo, hacha ó espada, por asimilación con el diente de los animales feroces. Así es como el cetro de Neptuno y de Plutón fueron calificados de tridente y de vidente. El espolón de las galeras se llamaba *adontos*, diente. Luego hay que entender que el príncipe indolente llamado Morfeo dormía teniendo en la mano una espada ó una pica.

De la misma manera puede explicarse la fábula de las Gorgonas que, según Esquilo, sólo tenían un ojo y un diente, que se trasmitían de unas en otras. El ojo, en la tradición egipcia, es símbolo de la vigilancia y el atributo de la realeza; el diente, glava ó pica, era signo de mando, como aún lo es la espada en nuestros días. Dice Diodoro que las Gorgonas formaron una nación de mujeres guerreras, rivales de las amazonas; pero la fábula sólo alude á tres Gorgonas. Compréndese que se trata de tres reinas que goberna-

ban alternativamente durante cierto tiempo; la que se retiraba, cediendo su puesto á la otra, le entregaba las insignias del poder, el ojo y el diente.

Los poetas griegos, interponiendo su ignorancia ó su fantasía entre las primeras tradiciones y nosotros, han obscurecido de tal modo su sentido, que es difícil reconocerlo. Sin embargo, no hay que deplorarlo, pues habiendo faltado ellos, no sabríamos ni una palabra sobre esto. Los aedas y los rapsodas iban de ciudad en ciudad cantando en las fiestas públicas, como los bardos gaélicos y los trovadores de la Edad Media. Admitidos en los banquetes de los jefes helénicos y de los reyezuelos de Asia Menor, estos poetas ambulantes multiplicaban en sus relatos las muertes, los raptos, los incestos para emocionar el espíritu estragado de su auditorio; halagaban sus gustos libertinos atribuyendo á los dioses una multitud de aventuras amorosas Manejada por ellos, la tradición de los días antíguos se transformó en una crónica escandalosa formada por galantes episodios en que las ciudades y las naciones desempeñaban el papel de ninfas. De una ciudad tomada ó de una comarca conquistada, hicieron una joven seducida ó raptada. La fábula de Danae en su torre, donde Júpiter penetra en forma de lluvia, tradúcese en una fortaleza de los dorios entregada por sus defensores, á quienes sobornaron con presentes. Arreglando á su gusto anécdotas célebres durante muchos siglos, las reprodujéron con otros nombres, enriquecidas con variantes, trasladando á un dios favorito lo que pertenecía á otro más antiguo, ó atribuyendo á varios la misma aventura.

Con frecuencia una parte de las leyendas es verdadera y la otra inventada. Atenas, sometida al yugo de un príncipe, dueño del mar, que impone á la ciudad helénica un tributo de siete jóvenes varones y otras tantas hembras, es un elemento verídico; pero la fábula añade en seguida que se entregaban estas

víctimas para que las devorase el Minotauro, gigante con cabeza de toro, nacido del comercio monstruoso de Pasifae, mujer de Minos, con un toro. Este relato lo hemos recibido de los griegos que han usado ampliamente del derecho de los vencidos á calumniar á los vencedores. En cuanto al fondo mismo de la leyenda, no es difícil abstraer el verdadero sentido y reconocer en este pretendido monstruo á un rey toro, esto es, algún sátrapa cuchita de cuya dominación libertó Teseo á su ciudad natal.

Frixo, huyendo á Cólquida en un carnero de oro, personifica sin duda una emigración de pueblos del Norte del Euxino, llevándose en su fuga al ídolo que les servía de paladio. Las aventuras de Belerofonte, como las de Frixo, comienzan en una novela que, según parece tuvo mucho éxito, pues también ha servido á la historia del Argonauta Acasto y á la de Fedra é Hipólito. En las cuatro leyendas una suegra, enamorada de su yerno y desdeñada por él, le denuncia falsamente á su esposo, que le condena al destierro ó á la muerte.

Estos cuentos, que son el tejido mismo de la mitología, han llenado de confusión los primeros recuerdos de las sociedades helénicas por su multiplicidad é inverosimilitud. Sin embargo, aún están más cerca de la verdad la mayoría de ellos que los poemas de Ariosto y del Taso, los cuales no usurpan nada á la autenticidad de los hechos del reinado de Carlomagno y de la cruzada de Godofredo de Buillón. Verdad es que para éstos poseemos documentos y una cronología que certifican su realidad, mientras que Saturno y Júpiter, pertenecientes á una época en que la escritura vulgar aún no se había inventado, se nos revelan con un nimbo luminoso, con la vaguedad é incoherencia del ensueño.

Al lado de las leyendas populares, cada templo tuvo su crónica milagrosa que los sacerdotes contaban

al primero que acudía y que se referían igualmente á los primeros tiempos de la nación. Los misterios de Eleusis enseñaban á los iniciados cómo sus padres habían aprendido de Ceres á sembrar y á cosechar el trigo. Para hacer la enseñanza interesante se añadía el dramático episodio de la reina-sacerdotisa buscando á su hija raptada y reclamándola ante la justicia de los dioses. Cada fiesta se relacionaba con algún suceso memorable de la primitiva existencia de los helenos: las Dionisiacas y las Trietéridas recordaban la gran expedición de Baco-Osiris al Asia; los ritos orgíacos celebraban la invención del vino; los misterios cabíricos referían el descubrimiento de los secretos de la fundición, de la aleación y del temple de los metales, y su introducción en Grecia por los curetos del monte Ida. Las Panateneas, en que se paseaba con gran pompa el barco de Minerva, eran una renovación de las fiestas de Egipto en que los Baris de Isis se llevaban á Memfis y se colocaban en el altar. Esta ceremonia ofrecía, sin duda, la reminiscencia de la construcción y lanzamiento del primer navío pelásgico, á imitación del mismo hecho realizado antes por los egipcios. La fiesta Quitros ó de las marmitas en Atenas, aludía, según se dijo, á la primera comida de Deucalión y de su pueblo en la Fócida, después de salvarse del diluvio. Cada una de estas solemnidades, en que solía reunirse toda Grecia, perpetuaba la memoria de algún hecho importante de la infancia de la nación y de su tránsito de la vida salvaje al estado civilizado.

V

Los dos aspectos del simbolismo, cuyos ejemplos acabamos de citar, tienen por objeto representar una individualidad con dos fases diferentes, y no podían tardar en combinarse y confundirse.

El héroe deificado figuró en el cielo con la apa-

riencia de su emblema terrestre. El firmamento se desposó con la tierra, el astro con el animal. Cuando los uranógrafos de Grecia quisieron trazar la carta del cielo según las nociones aportadas de Caldea, lo encontraron sembrado de grupos estelares con nombres de animales y monstruos. Conservaron religiosamente la ordenación y nomenclatura cuyo sentido original desconocían, y se esforzaron en explicarlo buscando una relación puramente imaginaria entre la configuración de los animales de que se componía el zodiaco y la disposición de las estrellas en el plano celeste.

Numerosas ciudades ó provincias de Asia conservaron mucho tiempo en sus medallas ó en sus armas los signos de los planetas y de las constelaciones. Las monedas de Sardis ostentaban el toro y el león; las de Cízico el pez; en Antioquía fué el carnero. Las medallas de los reyes de Comagene representaban el escorpión, las de Zeugma y de Anazarba el capricornio. La estrella Vésper servía de sello público á los locrios opuncianos; la Diana de Efeso ostentaba el signo de cáncer en el pecho. Bizancio conservaba dos ídolos, uno dedicado á la constelación de Orión, el otro á la del Boyero; las monedas de Egina tenían una tortuga, las de Síbaris un buey volviendo la cabeza. Otras habían adoptado animales quiméricos: Clazomene ostentaba un jabalí alado, y Lampsaco un hipocampo.

El doble simbolismo aun subsistía entre los árabes en tiempo de Mahoma. La tribu de Madhay adoraba á un dios Yaguth en forma de león, Yauk en la de caballo, Nasr, en la de águila. Los siete planetas tenían siete templos en el Yemén, estando consagrado el primero á Al Zohar, Venus.

En la India, los siete Maharchis, padres de la especie humana, los identifica Manú con la Osa, el Boyero y otras constelaciones boreales. Las constan-

tes relaciones entre los astros y los hombres en una época en que, por decirlo así, fué moda el reproducir en la sociedad el orden del cielo, no son menos evidentes en la mitología de los persas. Los planetas mandan el ejército de las estrellas, pierden ó ganan batallas. El atributo animal también desempeña un papel importante. Los animales se clasifican en tribus, y tienen sus jefes. El príncipe de los peces se llama Karmahi; el de los cuadrúpedos Hermelino. Este simbolismo se desenvuelve tan claramente en el Vendidad y el Vispered, los más antiguos libros del Irán, que no cabe duda sobre el sentido que ha de atribuírseles.

Después de haberse confundido durante mucho tiempo en el culto de las naciones, ambos símbolos se separaron de nuevo para seguir cada cual su destino. Cuando los pueblos emigrados de Caldea y Babilonia fundaron imperios á lo lejos, aspiraciones más altas engendraron nuevas creencias El cuadro anticuado del sabeísmo se rompió con la expansión de las razas, sustituyéndolo por un sistema mejor adaptado á la vida política. La tradición que de los escasos monumentos escritos en estilo figurado se habían conservado, cesaron de ser comprensibles al cabo de algunos siglos. La emigración de los pueblos se apoderó entonces de esta mina fecunda de la asimilación del hombre con el animal, extrayendo de ella esas innumerables ficciones de que se componen las mitologías antiguas, las novelas persas y árabes, los cuentos de hadas de Occidente. No por eso el símbolo animal dejó de conservar su significación primitiva. Ammiano dice que los ejércitos escitas tenían serpientes por enseñas. El dragón ha quedado como signo heráldico del imperio chino Los serpentarios gozaban en Roma del primer puesto entre los portaestandartes de las legiones, y tal fué la insignia que Constantino sustituyó con el Lábaro.

Esta clasificación de las naciones dió origen más adelante á las armerías y al arte heráldico. Los colores con que durante mucho tiempo se tatuaban los hombres de las tribus y se teñían el rostro y el cuerpo para diferenciarse y reconocerse á distancia—como aún hacen los Pieles Rojas—adquirieron significación y estilo convencional, de donde surgió la ciencia del blasón. El oso de Berna, el gallo galo, el caballo de Inglaterra, el león de Castilla, las águilas negra, blanca y roja de Rusia, de Prusia, de Polonia y de Austria son otros tantos emblemas que remontando el hilo del tiempo se encuentran en Persia, en Armenia, en Siria, en el Cáucaso. ¿No ha descubierto M. Perrot en Asia Menor el águila bicéfala, de alas desplegadas, tallada en un pórtico de granito donde se reconocía la ruda mano de los artistas que esculpieron los muros de Nínive y de Khorsabad? (1)

La idea de una íntima unión del astro con el hombre engendró en sentido abstracto las creencias astrológicas que se perpetuaron por el magismo, la Kábala y la filosofía hermética. Mucho tiempo después de que se hubiese olvidado la nomenclatura sideral de los pueblos, la obscura idea de las estrechas relaciones entre la humanidad, los planetas y las constelaciones, quedó profundamente grabada en el espíritu de las naciones. Al nacer un niño se consultaba el horóscopo, y según que había nacido bajo la conjunción de tal y cual astro, su destino era dichoso ó funesto; á la virtud de los cuerpos celestes debía los pensamientos y las facultades intelectuales de que estaba dotado. Pretendían que los hijos de Mercurio eran industriosos y sutiles; los de Saturno, crueles; bajo la influencia de Júpiter, los corazones eran magnánimos; Marte, los hacía belicosos. Esta necesidad de la

(1) Los términos de blasón, *gules* y *azur* proceden del persa *ghul*, rojo, y *lazur*, nombre de la piedra *lapis-lázuli*.

fatalidad que los hombres sienten para disimular sus debilidades y justificar sus faltas, le hizo acoger ávidamente la idea de la influencia soberana de los astros sobre las almas y los sucesos de este mundo. Así se lograba prever en cierto sentido el porvenir, otro deseo incesante de nuestra especie, que dió origen en la antigüedad á los oráculos, á los augures, á las sibilas, á los sagas del Norte. La astrología creó al desarrollarse una teurgia sabia y misteriosa, mezclada de ritos adivinatorios, que, luego de haber comenzado en los colegios sagrados de Egipto y de Caldea, se propagó por el mundo civilizado al mismo tiempo que la alquimia. Persiguiendo ésta la gran obra, se asoció á la astrología, tomando por base las afinidades de los metales con los planetas. El oro representó á Júpiter, el hierro á Marte, el plomo á Saturno, el cobre á Venus. Jamás pareció tan insensato lo sobrenatural como al quererse revestir de científico. En el seno de esta alucinación general, el paganismo caldeo se alió con la más alta ciencia, como ocurrió á Keplero, que ensoñó con un espíritu rector sideral, ó con la más rígida ortodoxia, como Catalina de Médicis consultando al astrólogo Ruggiero sobre su conducta política. Espíritus vigorosos creyeron en su estrella: Dante Alighieri atribuía su genio á la influencia de la constelación Géminis, bajo la cual habia nacido, y Wallenstein, convencido de que los astros secundaban su ambición, se perdió por esta confianza. En fin, aun en nuestros días, el pueblo inglés, tan justamente orgulloso de su sentido práctico, ¿no enviaba hace poco frecuentes temas sobre el nacimiento al astrónomo real de Greenwich? ¡Tan cierto es que por mucho que haga, el hombre no podrá despojarse completamente de su idea en lo sobrenatural! ¡Hasta buscando la verdad, un instinto original, más poderoso que su razón, le encierra peremnemente en el mismo círculo donde abraza cien

veces el mismo error, revestido de formas diferentes!

En suma, si se busca la fuente de las tradiciones supersticiosas ó poéticas que acabamos de exponer, parecen haber sido primitivamente producto de ciertos hechos reales, exagerados ó transformados por la imaginación y consagrados por las religiones. Por una parte, el culto de los reyes y de los grandes hombres, asociado mediante la apoteosis al de los astros, y por otra, la adoración de los símbolos que caracterizaban á los antepasados divinizados, nos parecen haber sido los fundamentos de las creencias sobrenaturales de los pueblos y engendrado las mitologías.

CAPÍTULO PRIMERO

EGIPCIOS

Las dinastías de Manethón
el libro de los muertos, el Amentis
y el Hades, el nomo de Ammón

CAPITULO PRIMERO

EGIPCIOS

I

LAS DINASTÍAS DE MANETHÓN

Carecemos de datos bien precisos sobre la raza á que pertenecía el pueblo llamado por las inscripciones de los monumentos del valle del Nilo *Remanchemi*, hombres de Khem, y los griegos egipcios. Es indiscutible que el origen de esta raza no es africano, y por las relaciones existentes entre el color de los egipcios con la familia inda se siente uno inducido á considerarla como una rama destacada de los grupos de la raza roja cuya cuna fué la parte del macizo central de Asia llamado Himalaya.

Sin embargo, estudiando las estatuillas de las primeras dinastías egipcias que hay en el Louvre no se observa en ellas los rasgos principales de la raza inda, que consiste en la delicadeza de los pies y de las manos. Los hombres que esas efigies representan son altos, robustos y bien proporcionados. La cabeza es redonda y no ovalada como el cráneo de los indos; la frente amplia, el perfil recto, la nariz saliente; los ojos son grandes, negros, á flor de cara, como los de los asiáticos, pero no ofrecen ninguna oblicuidad, y el rostro, aunque de amplios pómulos, no tiene nada

de la fisonomía mogola. Desde luego, que sólo hablamos de las figuras pertenecientes á las cuarta, quinta y sexta dinastías. El dios Bes, también de remota antigüedad, ofrece por su cara achatada y su color claro, una excepción curiosa en extremo y que denota distinta familia humana.

Wilkinson ha observado, con la sagacidad que le distingue, que el color de las figuras más antiguas era perceptiblemente menos obscuro que el de las imágenes del segundo imperio, singularmente las de la décimaoctava y décimanona dinastías. En efecto, aun desde el tiempo de Tutmosis se observa una coloración semejante á una pátina de humo que se hubiese depositado sobre el tono cobrizo de la piel. Este cambio quizás sea efecto de una mezcla más frecuente con la raza negra, mezcolanza que es muy visible en el elemento etíope ó cuchita introducido abundantemente con la invasión de los huksos.

Estas estatuíllas coloreadas de la primera edad de Egipto, son verdaderas obras de arte por la vivacidad del movimiento, la seguridad del modelado y la ingenua expresión de los rasgos; difieren considerablemente de las figuras de los siglos posteriores cuyas colosales proporciones están uniformemente talladas en una inmovilidad hierática. Se puede estar seguros de la fidelidad del tipo que representan; ahora bien, este tipo ofrece grandes analogías con el de la raza indo-germánica (1).

Hay, pues, derecho á pensar que la familia egipcia fué una raza mixta: una emigración de tribus rojas salió del Asia central, donde había vivido juntamente con pueblos de raza blanca, rebasó el istmo de Suez en una época que no ha conservado ningu-

---

(1) Véase en las salas bajas del Museo del Louvre los números A, 36, 37, 38; S, 103, y en el primer piso los retratos de Schafra y del hierogramático.

na tradición, pero que no debe bajar de cuatro mil años antes de nuestra Era, remontó el Nilo y se estableció en sus márgenes. Esas tribus hicieron vida pastoril, pues en recuerdo de este estado primitivo, los Faraones ostentaban como insignias de su rango el cayado del pastor y el látigo del boyero. Las dos ciudades más antiguas, Tebas y Memfis, tuvieron por símbolos al carnero y al toro. Reflexivos é imaginativos, inclinados á la observación astronómica, los Coptos ordenaron su sociedad conforme al plan del cielo, dividiéndose en siete nomos ó Heptanómidas para corresponder á los siete planetas, luego en doce, según el número de las constelaciones del zodíaco, cuando conocieron la revolución anual del sol.

Más tarde algunas poblaciones pertenecientes á la raza blanca, más enérgica y robusta, llegaron al valle, se apoderaron de las ciudades construídas por sus predecesores y erigieron otras. Este nuevo pueblo se llamó Ahnú. Tres ciudades de la Tebaida, que después fueron designadas con los nombres de Heliópolis, Denderak, Hermontis se llamaron al principio Ahnú las tres, y Heracleópolis se denominó Ahnas.

Refieren las inscripciones que á los Ahnú se incorporaron en Egipto los rutennu, pueblo asiático, representados en las pinturas con los ojos azules y el pelo rojo. Es, pues, de presumir que estas dos naciones eran de raza escítica, como más adelante los germanos y los galos, y el nombre genérico que ostentan nos induce á creer que, desde este tiempo, estaba ya establecida la gran división de las familias del sol y de la luna, para distinguir á los pueblos blancos del Norte de los morenos del Mediodía. El vocablo *ann*, *ana*, según sus numerosas aplicaciones, parece haber designado á la luna; se le encuentra en *mahn* de los germanos, *man* de los frigios, Diana, Anandata, Anahid de los romanos y de los sirios,

Œné de los medos, Selené de los griegos; *man*, *men*, fué por consecuencia el título de los jefes de esos pueblos, de donde procede Mannus, Menú, Manú, Minos y, en fin, Menes, el primero de los soberanos de raza mortal que gobernó á Egipto. Nos inclinamos, pues, á considerar este monarca como un jefe de origen escítico que conquistó el valle y se estableció en él con su pueblo, encargándose el tiempo de realizar la fusión con las razas roja y negra, anteriormente diseminadas por el país.

Menes el Tinita, en jeroglífico *teni*, pasa por ser el primero en fundar un reino único y militar en sustitución del régimen teocrático, y Herodoto le atribuye la fundación de Memfis. Inauguró con trabajos útiles la serie de los inmensos monumentos que inmortalizaron á los monarcas egipcios. Desvió, por medio de un dique construído más arriba de Memfis, el curso del Nilo, le trazó un nuevo lecho y erigió en la nueva ciudad un templo magnífico en honor del dios Ptah. Rodeó el Heptanómida con un fuerte muro, cuyos vestigios se han encontrado. Los escritores de Alejandría dan á Menes el sobrenombre de Mesraim, que en el Génesis sirve para designar las colonias que por esta época había ya fundado Egipto en Asia, principalmente en el Palus Meótide. Hay, pues, un fondo de verosimilitud en la hipótesis emitida por algunos sabios sobre la identidad del primer soberano egipcio con el escita Tanao de que habla Justino (1), que partió de las márgenes del Ponto Euxino, y conquistó á Egipto mucho antes de los orígenes del imperio asirio.

En los datos referentes á las primeras dinastías, se advierten indicios que merecen indicarse. El tercer rey de la segunda, Binotris, admite las mujeres á reinar. Ahora bien, es esta una de las libertades parti-

(1) Justino, c, 1, 7.

culares á la raza blanca, que considera á la mujer como la igual del hombre. Sesochris, que le sucedió, se dice que tenía cinco codos de altura, lo que recuerda la talla colosal de los escitas. Nith-ok-iri ó Nitocris, reina de la sexta dinastía, pasaba por la mujer más bella, y no podía ser de origen copto, puesto que se celebraba el brillo de su color bermejo (1).

El análisis del genio estético de las diferentes razas humanas, revela que la raza inda, que ha mostrado una inteligencia sutil y brillante en las obras literarias, no ha producido nada superior en materia de arte. Ahora bien, la habilidad plástica, atestiguada por las estatuas del primer imperio egipcio, la vida que respiran, acreditan la exclosión en esta época del genio libre, que reapareció después bajo el cielo de Grecia. No hay, pues, que asombrarse de las evidentes analogías que existen entre las esculturas de Beni-Hassan (undécima dinastía) y las colonias dóricas de Asia Menor; serían obras de una misma raza.

Las pirámides se construyeron durante la cuarta dinastía por dos déspotas, Cheops y Chefrén, que aplastaron al pueblo egipcio con la dureza de los usurpadores extranjeros. Refiere Herodoto que estos dos reyes cerraron los templos y prohibieron los sacrificios á los dioses, y fueron de tal manera aborrecidos por sus súbditos, que temiendo que después de muertos se extrajesen su restos de las sepulturas, los descuartizasen y arrojasen al río, adoptaron los más ingeniosos cuidados para disimular el sitio donde yacían sus cuerpos en el interior de la inmensa tumba, cuya entrada se tabicó después de depositarlos.

Sabido es cuán exacta resulta la orientación de la construcción de las pirámides. M. Piazzi Smith, que ha visitado con gran detenimiento el interior de la gran pirámide, sobre todo desde el punto de vista as-

(1) Manethón, *Chron.*; Eusebio, *Proper.*, título I.

tronómico, da cuenta de una singular observación (1). Después de reconocer que los cuatro lados están exactísimamente dirigidos hacia los cuatro puntos cardinales, y que las caras tienen todas la misma inclinación, ha observado que la galería que sirve de única entrada al monumento, y que llega en el interior hasta la cámara subterránea, está tan inclinada por debajo del horizonte como por encima la galería ascendente que conduce á las cámaras superiores. Allí estaba situada la tumba destinada á engañar á los visitantes profanos, pues se ha confirmado que ningún féretro hubo depositado en ese sitio. Pero la galería descendente tiene su extrema abertura dirigida hacia el Norte, y M. Piazzi asegura que hace cinco mil años, cuando se construyó la pirámide, esa abertura debía de corresponder directamente á la estrella polar, cuyo rayo se proyectaba por allí hasta el interior del monumento, y alumbraba quizás en esta época el sarcófago donde reposaba el cuerpo embalsamado del monarca.

Después de la muerte de estos dos tiranos se exteriorizó el odio, y recientemente se han encontrado las trazas de las venganzas populares en esas bellas estatuas de Chafra (Chefren), rotas y arrojadas al fondo del pozo del templo de granito rosa y negro, que la esfinge de Gizeh tiene entre sus patas delanteras.

En un pueblo para quien el simbolismo era un modo de tradición y de historia figurada, todo está sujeto á interpretación. ¿Qué significa un enorme coloso representando un busto humano sobre un cuerpo de león? Evidentemente que no puede ser una fantasía de artista, y esa extraña asociación, reproducida sin cesar con la misma forma desde Menes hasta los Ptolomeos, debe tener un sentido simbólico

(1) *Life and Work at the grand pyramid.* Edimburgo, 1867.

que se relaciona, como todos los monumentos de Egipto, con el culto de los antepasados.

Este culto tiene en la esfinge su más antigua expresión. El león fué uno de los primeros emblemas que caracterizaron la fuerza. De derecho tuvo que pertenecer á los escitas, cuya audacia y extraordinario vigor eran sólo capaces de vencer al rey de los animales. En efecto, el león figura en las insignias reales de las primeras dinastías. Los pies del trono de Chafra-an están soportados por cabezas de león. La parte humana de la esfinge de Gizeh no se relaciona, sin embargo, con la raza blanca; tampoco tiene nada de mogola, cuyos rasgos principales, la pequeñez y la oblicuidad de los ojos, se encuentran singularmente en las figuras de las canopas de las tumbas de Apis, descubiertas en el Serapeum por M. Marietti. Los rasgos del rostro, aunque mutilados, son coptos, tales como aun hoy se encuentran en las calles del Cairo: pudiera ser, pues, que el simbolismo expresado por la conjunción del león con la mujer copta, tuvo por objeto conmemorar el desposorio de la raza blanca con la raza roja.

Según algunos egiptólogos, el nombre de Armachis, que los egipcios daban á la esfinge, fué también el del planeta Marte, al cual, según Herodoto, consagraban los escitas singular culto. Ahora bien, en el capítulo precedente hemos hecho observar que el símbolo sideral y el símbolo animal se designaban frecuentemente de la misma manera.

El buey Apis, que recibió culto desde la segunda dinastía, tuvo, sin duda, análoga significación que la esfinge (1). Este animal, singularmente reverenciado en Memfis, era siempre negro, con cierto número de manchas blancas. Pasaba por un emblema de la luna, y sus cuernos imitaban al cuarto creciente. En fin, este

(1) Plinio, l. II, 11, 8.

simbolismo lunar, que estaba en vigor desde la más remota antigüedad, encontró su alta personificación en Isis, de quien según se dice, Osiris fué hermano y esposo. Este casamiento entre los dioses suelen designar en la mitología las uniones de pueblos y razas. Aquí la alianza de Osiris, el dios por excelencia de la familia egipcia, con la personificación de la luna, representaría con otro aspecto el hecho memorable de la unión de los escitas lunares con los coptos del sol. Según estas inducciones, los egipcios serían producto de dos razas, en que la roja predominó por el número. El tipo físico é intelectual de este pueblo se parecería á su lengua, en la que según observa Mr. Bunssen, se discierne una mezcolanza de formas semíticas en cuanto á la gramática, y de elementos irano germánicos en cuanto al vocabulario.

II

La cronología de Manethón, sacerdote de Sebennito bajo Ptolomeo Filadelfo, es el guía casi único que se posee para remontar la serie de las treinta y una dinastias que formaron la monarquía egipcia desde Alejandro hasta Menes. Adicionando las cifras del reinado de los reyes, según esta cronología, se llega á colocar á Menes en el año 5004 antes de nuestra era.

Mr. Bunssen, empleando un cálculo particular, reduce esta cifra á tres mil seiscientos treinta. Por un sistema contrario muchos arqueólogos, Rosellini y Lesueur entre ellos, han hecho retroceder esa fecha hasta siete mil años. Los exégetas de Alejandría no han llegado más allá de tres mil cincuenta años. Nos inclinamos á pensar que se acercan más á la verdad por las razones que vamos á deducir.

Se sabe que, además de la enorme cifra del período de las dinastias reales, Manethón atribuye millares de años á las dinastías de los dioses que precedieron

á Menes. Aun suponiendo que se trate de años de un mes, la duración está fuera de toda verosimilitud. La misma exageración parece haber presidido á la cronología de los reyes. Las seis primeras dinastías cuentan mil quinientos años; entre Osortasen, de la duodécima dinastía, y Tohmés, de la décima sexta, transcurren doce siglos. El ánimo se niega á aceptar estos períodos desmesurados, y los críticos se han impresionado de tal manera que se han preguntado si las dinastías no representarían jefes que gobernasen al mismo tiempo diferentes provincias de Egipto en vez de príncipes que heredasen unos después de otros la autoridad real.

Una grave objeción se ha hecho á esta proposición. Se ha encontrado en todas partes—aun en lo que concierne al reinado de Menes—en los monumentos del alto como del bajo Egipto, los nombres de los soberanos de las primeras razas con los signos y aparatos reales. Con razón se ha concluído que su autoridad se extendía en todo el valle del Nilo y que no era compartida.

Sin embargo, parécenos que no se ha examinado un aspecto de la cuestión. Todos los testimonios acreditan qne los príncipes egipcios realizaron numerosas conquistas en Asia y llevaron muy lejos el poder de sus armas. Se ve en muchas inscripciones que Tohmés y Ramsés tuvieron que someter á los pueblos insurreccionados de Bactriana; otros mencionan á Babilonia, á Palestina, al Asia Menor subyugados por sus armas. En las pinturas se distinguen fácilmente á los escitas, á los persas ó medos, quizás á los jonios de color claro y á otros pueblos de color más oscuro.

Unos llevan pesadas vestimentas, anunciando un país frío, otros van desnudos ó casi desnudos. Ahora bien, para ser duraderas estas conquistas han tenido que estar seguidas de la ocupación, y los países ocu-

pados tenían que ser administrados por regentes investidos de gran poder en razón á su alejamiento de la metrópoli y de la extensión frecuentemente considerable de los Estados cuyo gobierno se les confió.

¿En tal caso, sería inverosímil que esos jefes ó virreyes asiáticos hubiesen figurado en las listas de Manethón al lado de los Faraones reinantes? Adviértese una extraña concordancia de número en la enumeración de los soberanos que forman las primeras dinastías: así, en la primera, figuran ocho reyes; en la segunda, nueve; en la tercera, nueve; en la cuarta, ocho; en la quinta, nueve; en la sexta, seis. Luego, después de Nitocris, la última de esta dinastía, reinan setenta príncipes otros tantos días, de donde es permitido concluir que en esta época hubo una revolución en el gobierno del imperio; pero hasta entonces, el retorno regular del mismo número de reyes al terminar cada una de las primeras dinastías no podría ser fortuíto. Explicaríase sin dificultad suponiendo un soberano para el valle del Nilo, y siete ú ocho regentes para las provincias de Asia.

La forma de los nombres de la segunda dinastía no deja de inspirar dudas. Todos se refieren á una misma radical *Ker*, que es indiscutible el título de rey en lengua gótica, *Neferkera*, *Menkera*, *Seberkera*, *Kerfera*. Ahora bien, estas denominaciones de *Menkera*, *Kera*, *Akenkera* las vemos repetirse bajo la décimaoctava y décimanona dinastías, cuando las conquistas de Ramsés pusieron bajo la soberanía de los Faraones á las provincias más distantes de Asia. Otros nombres de las primeras dinastías, como Tlas, que recuerda el Atlas de la mitología griega, Semempsés, Setenés que nos hacen pensar en el Génesis, nos obligan ciertamente á reflexionar. Al lado de estos nombres, los de Chus, Kaiachus, Bochus se refieren sin duda á jefes cuchitas.

La fe en la cronología de Manethón ha estado

durante algún tiempo bastante quebrantada por el descubrimiento de la salita llamada de los antepasados, que posee la Biblioteca nacional de París. Allí se ve á Totmés III, de la décimaoctava dinastía, ofreciendo sus oraciones á las imágenes de sesenta y uno de sus predecesores. El orden indicado por Manethón se encuentra allí alterado. Como dicen los egiptólogos, se halla uno en presencia de reyes *escogidos* por Totmés. Los nombres están tomados al azar, las dinastías están truncadas, largos períodos suprimidos. Las tablas de Abidos y de Sakkarah, comparadas con las listas de Manethón, también ofrecen importantes omisiones entre los antepasados adorados por Ramsés y por el sacerdote Tunari. Su número apenas llega á cincuenta.

Estas semejanzas, que no podrían admitir una cronología exacta, se explicarían suponiendo que en estos últimos documentos se eliminaron los nombres de los regentes de las provincias asiáticas. Estos vicarios del rey de los reyes debían ser verdaderos monarcas. Hasta es probable que se escogiesen entre los príncipes extranjeros cuando se tenía confianza en su fidelidad. Así, se ha averiguado después de la lectura de las inscripciones de Tebas, que Seti I, el más grande de los reyes egipcios, y los Ramsés, sus sucesores, no eran de Egipto.

Esta interpretación de las listas de Manethón, sobre todo en lo que concierne á las seis primeras dinastías, tendría el importante resultado de abreviar la enorme duración atribuída al imperio desde Menes, pues cada dinastía se encontraría reducida á la duración del reinado de uno de los soberanos enumerados. Así, habiendo reinado Menes sesenta y dos años, esta cifra se sustituiría á los doscientos cincuenta y tres años que dan los otros ocho reinados. Haciendo lo mismo con las diez dinastías, y tomando para cada una el reinado más largo, se llegaría á dos-

cientos sesenta y seis años, en vez del total inverosímil de 1497.

Desde la 6.ª á la 11.ª dinastía, Manethón cuenta cuatrocientos treinta y seis años. Unas veces sólo cita uno ó dos monarcas por dinastía, y otras veintisiéte, sin nombrarlos. Para la 12.ª no es dudoso, según el testimonio formal de los cronógrafos, que Manethón haya admitido en sus listas dinastías colaterales. Además, cuesta trabajo suponer que los nombres de los más antiguos reyes de Egipto hayan sido mejor conocidos que los de época más reciente. Creemos que estas considerables diferencias se explican por razones políticas. El imperio, gobernado tranquilamente al principio y en todas sus regiones durante cerca de tres siglos, se peturba entre la 6.ª y la 11.ª dinastías, y su masa se fracciona por sublevaciones que separan á la madre patria de sus colonias de Asia. Los pueblos, recobrada su independencia, se gobiernan por sí mismos, y es muy sencillo desde entonces que sus jefes rebeldes ya no se registren en los archivos de los templos y que en la cronología sólo figure el nombre del rey reinante en Egipto. En esta hipótesis, la enorme laguna de ochocientos años entre Nitocris y la 12.ª dinastía, desaparecía ó, al menos, quedaría reducida á tres reinados. El silencio inexplicable de los monumentos entre la floreciente civilización de los primeros siglos y la de la 12.ª dinastía ya no tendría razón de ser; el arte egipcio, tan delicado, tan vivo, en el primer período, no sufriría interrupción y seguiría perfeccionándose hasta la invasión de los Pastores.

Sin embargo, sería exagerado hacer de esta proposición una regla absoluta. Es cierto que las dinastías más recientes están compuestas de reyes que se suceden. Creemos, pues, y sin negar una posible rectificación, que en lo concerniente á las más antiguas, Manethón ha registrado sin orden todos los reyes y virreyes que encontró en los archivos de los templos.

En resumen, si se pretende establecer una serie en los tiempos remontando en lo pasado, á contar de las fechas cronológicas mejor confirmadas, como la conquista de Asia por Alejandro Magno (325), la primera Olimpiada (775), el advenimiento de Salomón (1000), el sitio de Troya (1180), se llegaría, según nuestro orden de ideas, á asignar á la monarquía egipcia hasta Menes, una duración de tres mil años, cifra adoptada por los cronógrafos de Alejandría.

Uno de los más eruditos y seguramente el más juicioso de los autores bizantinos, Eusebio de Cesárea, se acerca á nuestra opinión cuando escribe: «Es posible que haya habido muchos reyes de Egipto que reinasen á la vez. Puesto que se pretende que había reyes tinitas, memfitas, saitas, etíopes, nada impide que hayan reinado, no sólo sucesivamente, pero también simultáneamente» (1).

Esta modificación en la cronología también tendría por resultado relacionar las dinastías de los reyes con las dinastías de los dioses que les precedieron, los cuales, según una opinión que realiza progresos, representan el período en que los egipcios estaban gobernados por pontífices que reunían la doble autoridad real y sacerdotal.

En efecto, el papiro de Turín menciona simplemente al rey Tot, al rey Tmet, al rey Her. Manethón nombra primero á Ftah, Ra, Set, Seb, Osiris, Isis y Horo; luego á doce dioses, y después de ellos á los héroes Manes ó Nekuas. La duración de estos reinados se ha evaluado por el Syncello en tres mil quinientos cincuenta y cinco años, que Eusebio redujo á treinta días cada uno, ó sea un total de cuatrocientos ochenta y cinco años. No es dudoso que el número exorbitante de años con que comienzan todas las cronologías, constan de revoluciones lunares y deben

(1) *Chron*, págs. 201, 202.

reducirse á la duodécima parte de la cifra enunciada.

Champollión, según las indicaciones recogidas en las tumbas de Tebas, refiere al año 3285, antes de nuestra Era, la institución del calendario egipcio de trescientos sesenta y cinco días. Ahora bien, desde esta época, Egipto parece ya organizado en sociedad sedentaria, está en posesión de la escritura, del cálculo, de la astronomía, del dibujo, del tejido de telas, de la fundición de metales, de la navegación. Esta serie de conocimientos, esta constitución social sólidamente reglamentada, habían tenido que exigir un largo período de años para formarse y arraigarse. Sólo el calendario supone ya una serie de observaciones considerables para establecer la diferencia de un cuarto de día entre el año solar y el año civil de trescientos sesenta días. Ahora bien, estos progresos científicos pertenecen seguramente al período mítico que precedió al advenimiento de Menes.

La teogonía egipcia comienza por Ftah, el más antiguo de los dioses, puesto que se le llamaba padre del sol. Es un Cabiro ó sacerdote artífice, representado con el martillo en la mano. Corresponde á Hefaistos entre los griegos, á Vulcano entre los romanos; se hizo de él un dios del fuego, cuyo uso enseñó para hacer maleables los metales aplicándolo á una muchedumbre de útiles empleos. Los medios de obtener el fuego no se descubrieron en seguida, y, como entre ciertas tribus indias de América del Sur, cuando por algún incendio producido por el rayo lograban poseerlo, era un gran problema el conservarlo. Este cuidado se confió á las jóvenes de la tribu, y su negligencia en mantenerlo se castigaba severamente. Como todos los usos primitivos, éste adoptó un carácter religioso, y el rito sobrevivió á la necesidad que lo había engendrado.

Es probable que Ra fuese un rey-sol, sabio astrónomo, que instituyó la adoración del astro del día; cuya

marcha precisó y reconoció sus beneficios. El culto del calor y de la luz solar, debe diferenciarse del fuego de los volcanes representado por Ftah, Hefaistos ó Vulcano. Ra se convierte en la más alta expresión política y sagrada del imperio egipcio, cuyo soberano, Fé-Ra (Sol-Cielo) ó Fra, el Faraón de la Escritura, era el representante terrestre.

El tercer rey mítico pasa por ser Set, la buena serpiente, que los griegos llaman Agatodaimón, el buen genio. Probablemente estableció el culto de la serpiente, *Hof*. El nomo tebano de Ammón, hizo de ella su emblema figurada en el Knufis ó Knef, cabeza de carnero rodeada de una víbora, el más venerado de los símbolos egipcios.

Seb, al que se le asimila al Cronos de los griegos y al Saturno de los latinos, abre la serie de los soberanos legendarios que se decía habían vivido. Sin embargo, ofrece un carácter astronómico, y al mismo tiempo parece tener particular analogía con una raza, la etíope ó cuchita.

Después de Seb, reinan juntos Osiris é Isis. Según la tradición egipcia, escrita por el sacerdocio en los monumentos y rituales, Osiris es el dios por excelencia de la nación, el juez eterno de los vivos y de los muertos, el señor de la segunda vida. En tiempo de Herodoto era tan adorada su divinidad, que el historiador, fiel al juramento pedido á los iniciados, no oyó pronunciar su nombre en ninguna parte. Pero cuatro siglos después, Diodoro, que visitó á Egipto en tiempos de Julio César, cuando el respeto debido á los misterios se había debilitado considerablemente, no duda en representarle como un monarca ilustre, al que los egipcios debían grandes progresos. Decíase que había abolido entre los hombres la costumbre odiosa de comerse entre sí, y que les enseñó el cultivo de las frutas, del trigo, del mijo. En la época de la cosecha el primer haz se consagraba á Isis.

Mencionando Plutarco los numerosos mitos agrupados en torno de Osiris y de Isis, observa que no conviene confundir estas fábulas con las que son producto de la imaginación de los poetas, y que no reposan en ningún fundamento. «Tienen en sí—dice—un sentido y se refieren á sucesos reales, así como, según los matemáticos, el arco iris reproduce la imagen del sol en la nube, como la fábula refleja la tradición oral» (1).

La creación de Tebas, la Dióspolis de los griegos ó ciudad de Júpiter, se atribuyó á Osiris. Erigió dos templos magníficos en honor del astro protector de la tribu de Amun, y luego otro más pequeño dedicado á su padre; también dedicó otros á los dioses pontífices que le habían precedido, nombrando sacerdotes para conservar el culto tal y como él mismo lo había establecido.

Entre los descubrimientos que más contribuyeron á la celebridad de Osiris, figura el de la viña y el arte de obtener el vino. Bajo este aspecto, singularmente, le conocieron los pueblos cuyos antepasados recibieron de él este beneficio, y le divinizaron con el nombre de Baco Dionisio. El segundo de estos nombres procede de las ciudades que Osiris hizo erigir durante su expedición á Asia, y á las cuales se da uniformemente el nombre de Nisa, que recuerda la antigua palabra griega *nussai*, con la cual se designaban los hitos que indicaban los límites de las propiedades y de las fronteras. Bajo su reinado, inventó Thot los caracteres sagrados, primeros esbozos de la escritura, y estableció reglas astronómicas sustentadas en la marcha de los astros.

«Osiris, dice Diodoro, estaba dotado de un espíritu generoso y ávido de gloria. Quiso que los hombres que aun viven en la barbarie participasen de los be-

(1) *De Iside*, XX.

neficios de la civilización egipcia, y en este sentido, habiendo reunido un gran ejército, intentó recorrer la tierra para difundir el uso del trigo y del vino. Hizo que en esta excursión le acompañase Triptolemo, muy versado en la ciencia del laboreo, así como Anubis y Makedo, dos guerreros, uno vestido con una piel de perro y otro con piel de lobo; por esta razón eran muy honrados ambos animales en Egipto» (1). Como dice en otra parte Plutarco, no es dudoso que se trata aquí de emblemas distintivos de dos tribus, una de las cuales singularmente, el lobo, se perpetuó en los pelasgos licaónidas.

Osiris también se llevó consigo á un jefe inteligentísimo llamado Pan, que los mitógrafos identifican con Khem, dios de una de las más antiguas regiones del valle del Nilo, que se le adoraba en forma de macho cabrío. Añade el autor griego que Osiris realizó su memorable viaje en tres años, durante los cuales recorrió Asia hasta el Indo, volvió por Escitia, y habiendo cruzado el Bósforo, pasó á Europa, donde erigió una ciudad en la que dejó á Makedo. También encargó á Triptolemo de cultivar un territorrio que recibió el nombre de Akté.

Este relato, como se verá más lejos, posee real importancia; pues, á pesar de la confusión de Akté con el Atica, se advierte que el Bósforo escético sólo puede ser el estrecho de Jenikalé, por el cual pasó el monarca egipcio del Palus Meótide á Táuride, fundando establecimientos y dejando una colonia en la orilla meridional de Crimea, que ha conservado el nombre de Aktiar. Los detalles que preceden dan tal carácter de vida y de autenticidad al reinado de Osiris y á su expedición al través del Asia, que no existe en verdad ninguna razón suficiente para no aceptar la opinión de Plutarco y de otros autores de la an-

(1) Diodoro, I, IX.

tigüedad, que no dudan en considerarle como un rey histórico, divinizado por la admiración y el agradecimiento del mundo antiguo, en el que lanzó con las colonias que en él dejó las simientes fecundas de la civilización. Según los cálculos más moderados sobre la duración de las dinastías egipcias, este suceso se realizó en una época que no bajará de treinta y tres siglos antes de Cristo, y supera con mucho todas las fechas á que se hace remontar el comienzo de las sociedades. La expedición de Osiris sería entonces el verdadero punto de partida de la génesis histórica.

Para lograr poner esto en claro, debe ser el primer cuidado procurar coger, si es posible, el lazo primordial que une Egipto á la formación de los grupos de donde salieron algunos siglos después las naciones asiáticas y europeas conocidas: de una parte con los nombres de sirios, asirios, helenos y árabes, procedentes de la rama escito-libia ó cuchita, y, por otra parte, con los de persas, helenos, celtas, arameos, nacidos de la rama egipto-escítica.

Así, como hemos dicho en otro trabajo (1), las principales colonias fundadas por los egipcios fueron la Bactriana y el Palus Meótide. Entre la metrópoli y sus establecimientos del Oxo y del Ponto-Euxino, debieron existir frecuentes relaciones, y parece que se encuentra la huella de esta unión primitiva en la singular teogonía que termina la lista de las dinastías divinas de Manethón.

Bunsen cuenta en estas dinastías sesenta dioses ó reyes pontífices. Los últimos son los Nekuas, semidioses ó Manes, en número de doce. Ahora bien, los nombres de estos doce Nekuas ofrecen una curiosa mezcla de dioses egipcios y de dioses helénicos. En ellos se ve figurar juntamente á Horo, Thot, Sebek, Tifón, Ares, Anubis, Herakles, Neith, Ammón, Ti-

(1) *Océano de los antiguos*, pág. 88.

toés, Soso, Zeus. Creemos que esta mezcla es indicio de una alianza de pueblos escitas, etíopes y coptos, cuando vivían en común en una misma comarca. En efecto, las tres razas tienen su representación: los egipcios, en Horo, Ammón, Anubis, Thot, Neith; los etíopes, en Tifón, Soso, Titoés, Sebek; los escito pelasgos, en Zeus, Ares, Herakles. También pueden éstos reclamar á Neith, que es Minerva Atenea.

Las analogías de los griegos primitivos con los egipcios han sido durante mucho tiempo motivo de perplejidad para los arqueólogos. En efecto, es muy difícil admitir que los helenos sean originarios, como dice Herodoto, de las orillas del Nilo, y que en el espacio de trescientos años los coptos cobrizos de Danao se hallan convertido en los rubios héroes de Homero. Esta opinión encuentra en la etnología un obstáculo insuperable. Pero la dificultad se resuelve naturalmente con el establecimiento de las colonias egipcias entre los escitas de las márgenes del mar Negro. La propagación de los dos más bellos tipos humanos, el rojo y el blanco, ha podido engendrar allí, durante una elaboración de más de mil años, esta magnífica raza caucásica, de que el circasiano, el heleno, el armenio, el judío, el sirio, el persa, ofrecen el tipo apenas diferenciado por las costumbres y por el clima.

II

EL AMENTI Y EL HADES

La idea de un total aniquilamiento del sér ha repugnado siempre al espíritu del hombre. Sobre todo, parece haber inspirado tal horror á los pueblos antiguos, que en todos encontramos la creencia de una segunda vida, después de la muerte, poco diferente de la primera. Atestíguanlo las inscripciones tumulares de los romanos hasta la época en que la fe cristiana en la resurrección vino á confundirse con la idea pagana de la supervivencia. Cicerón nos dice que había precedido en Roma á los más antiguos ritos funerarios. Existía entre los galos, que prestaban gustosos el dinero á condición de que se les devolviese en la otra vida. Los griegos creían en los manes, en la existencia tranquila que hacían en el país de los bienaventurados, donde á veces era permitido visitarlos y departir con ellos. Sin embargo, conviene darse cuenta de esta distinción: no se trata sólo del alma separada del cuerpo, sino de la íntegra individualidad del muerto que, bajo su forma corpórea, sufría las pruebas póstumas y residía eternamente en la feliz región.

Entre los latinos, esta creencia no concertaba con la costumbre de quemar á los muertos. Era, pues, más antigua. En efecto, se la encuentra entre los etruscos, que poseían en su integridad el mito del Hades, pues se ha descubierto en sus tumbas esqueletos que aún tenían entre los dientes la moneda destinada á pagar al barquero el paso del río infernal.

Según Herodoto, los etruscos eran lidios de origen; procedían, pues, del Asia Menor y habían tenido que recibir de Oriente el mito del Hades. Luego es en Asia donde hay que buscar el punto de partida de este importante mito que ha arraigado sucesivamente en todas las regiones del globo. No puede dudarse que se haya difundido entre los antiguos por la vía de la tradición, puesto que en ciertos puntos este mito estaba en contradicción con otras creencias. Así, según la doctrina sabea, los grandes personajes, reyes, pontífices, pueblos enteros, eran transportados al cielo donde figuraban con apariencia de astros, lo que no les impedía habitar también en las islas bienaventuradas. Había, pues, dos mitos distintos, la apoteosis en los Cielos y la supervivencia en los Infiernos, que se combaten á veces: «¡No—dice un padre á su hijo en cierto epitafio citado por G. Boissier—no, tú no desciendes á la región de los manes, te elevas hacia los astros del cielo!»

Desde los tiempos más remotos de este Egipto, fuente universal de las ideas que han regido durante tres mil años el mundo antiguo, se descubre la creencia en la existencia más allá de la tumba, y aún parece más antigua que los más antiguos documentos conocidos. El tránsito del difunto á la segunda vida está minuciosamente descrito en el Libro de los Muertos, cuyos ejemplares se encuentran numerosos en el interior de las tumbas, sobre el pecho, bajo los brazos, entre las piernas de los cadáveres embalsamados. Champollión los llama el gran ritual funerario para diferenciarlos de los formularios ordinarios donde están escritos los ritos que han de observarse en los funerales. Pero el verdadero título geroglífico es *Libro de al salir de la vida.* Esta significación literal es la que ha adoptado Birch, que ha sido el primero en intitular este libro: *The departure of the day.* Salir del día quiere decir, pues, dejar la vida terrestre. También en este

sentido ha sido descifrado por el malogrado T. Deveria, que leía los jeroglíficos con la misma facilidad que una lengua viva (1).

Bunsen, para quien la ciencia egiptológica sólo es un medio de elevarse á los principios generales sobre los orígenes de las sociedades, y de acuerdo por otra parte con los sabios más competentes, no duda en afirmar que el Libro de los Muertos es el más antiguo escrito existente en el mundo, y que los himnos y oraciones de que consta son anteriores al advenimiento de Menes, primer rey de la primera dinastía egipcia. Cree Bunsen que hubo una dinastía premenita que reinó en Abidos ántes del 3100, y durante la cual domina exclusivamente el culto de Osiris. Luego el mito en que este culto reposa estaba ya formado.

Los más antiguos ejemplares que se poseen en Francia de algunas partes del Libro de los Muertos subsisten en féretros de madera que datan de la undécima dinastía. El texto del capítulo 54 está escrito en la estatua erigida por Tutmosís III á su nodriza, y el del capítulo 17 en el féretro de la reina Mentuhept de la oncena dinastía. Los sabios traductores han reconocido en estos diversos fragmentos la inserción de glosas y comentarios mezclados al texto primitivo.

Los papiros de las decimaoctava, decimanovena y vigésima dinastías, terminan ordinariamente en el capítulo 150. Pero la verdadera fecha del libro está indicada en dos anotaciones extremadamente curiosas, recogidas y traducidas por los egiptólogos ingleses, alemanes y franceses.

Una está adjunta al capítulo 64: «Este capítulo—se dice—se encontró en Sesennu, escrito en un cubo de *baa ges*, pintado en lapis lazuli, bajo los pies del

---

(1) *Todtenbuch*, Lipsia, Berlín. Deveria, *Manuscrits égyptiens du Louvre*, pág. 49. Birch, *Paper of Nashkem*, pág. 3.—Bunsen, *Egypt's place in history*, t. V, pág. 172.

dios. El real hijo Hartetof lo encontró en tiempos del rey Menkara verídico, cuando viajaba para hacer el inventario de los templos» (1). Menkara, Menkeres, el Miscerino de Herodoto, es un rey de la segunda dinastía que erigió la tercera pirámide.

La segunda anotación del manuscrito dice que el texto del capítulo 130 se encontró en el pilón del gran templo, durante el reinado de Husaptí verídico, cuando se descubrió el hipogeo de la montaña que Horo había mandado hacer para su padre Osiris Unnofré verídico.

Husapti es el mismo que el Usafais de las listas de Manethón, quinto rey de la primera dinastía. Así observa Devería, desde esta época ciertas partes del libro sagrado eran ya consideradas como antigüedades cuya tradición se había perdido, y á su descubrimiento se concedió gran valor. Siéntese uno, pues, transportado á los tiempos vecinos de Osiris, puesto que es el héroe de este libro, cuyo asunto es la institución del rito del juicio de los muertos. Pero está acompañada de la descripción de una comarca que no puede haber sido imaginaria. ¿Era Egipto?

A Osiris, señor del Amenti, se le denomina rey de la noche; su residencia está en el Occidente y posee la corona del Mediodía y del Norte.

Ninguno de estos caracteres conviene á Egipto, país del sol, y la designación de Occidente no puede aplicarse al Africa, cuyas condiciones climatéricas son las mismas. Según las descripciones del ritual, se trata de una comarca lejana, de suelo bajo y que contiene estanques de fuego. Las largas noches y los largos inviernos que explican el título de región tenebrosa anuncian un paraje del Septentrión. Con estos indicios, todo nos aleja, no sólo de Egipto, pero también de la zona de los países cálidos. Busquemos,

(1) *Egypt's place*, t. V, pág. 90.

pues, más al Norte una región á que puedan convenir estos signos.

II

Plutarco—á quien pueden discutirse ciertos puntos de vista morales y las interpretaciones metafísicas que había recogido aquí y allá—no deja de ser por eso uno de los hombres más eruditos de la antigüedad: su ciencia es inmensa y su espíritu libre. En un pasaje célebre afirma que los Infiernos, descritos por Homero, estaban situados en el país de los cimerianos, al Norte del Ponto Euxino (1). En efecto, si se sigue en la Odisea el trayecto que recorre Ulises para ir desde la isla de Aia, en Cólquida, al Erebo, para evocar la sombra de Elpenor, no puede dudarse de la aserción de Plutarco. «Los cimerianos, dice Homero, viven vecinos de los Infiernos» (2).

El país de los cimerianos es bien conocido de los antiguos. Formaba parte del Palus Meótide, y Estrabón ha dado de él la descripción más exacta y detallada (3). Hoy es Fontán, una de las cuatro isletas cuya aglomeración por los aluviones del río Kubán ha formado la península llamada Tamán: la que ostenta este nombre y que los antiguos llamaban isla *Síndica* tiene de dieciséis á dieciocho leguas de longitud. Está separada por una bahía que se abre al Bósforo de la isla Cimeriana, que forma con el cabo opuesto de Jenikalé el estrecho que conduce del Bósforo al mar de Azof.

---

(1) Plutarco, *In Mario*, Plinio, VI, 6.

(2) *Odisea*, C. X, V. 505; XI, 17.

(3) *Avernum pro loco Plutoni dicato putabant et Cimmerios ibi fuisse indicatum habitare* Estrabón, t. V, pág 244. La punta meridiana de la isla Fontán se llama h y *Lengua del Averno*, Plinio da á la isla Cimeriana el nombre de *Cerberión*, C. V., pág. 38.

Según el libro de Nashkem, *had* significa abismo ardiente (1), y no es dudoso que sea la radical de la palabra Hades de los griegos. Si el nombre ha sido prestado, es de presumir que también el resto lo haya sido, y esta opinión está perfectamente justificada por las tierras volcánicas vomitando nafta inflamada y lodo ardiente, de que están sembradas las islas de Tamán, y que los eslavos llaman *pekla*, infierno. Frente á Kertch, en la isla Fontan, hay un puertecillo llamado Hada, en otros tiempos Porthmión, donde sin duda abordaba el barquero encargado de transportar á los muertos á la orilla táurica.

Otra localidad de esta misma península se llama Tatarskoé. Allí tuvo que estar el Tártaro, esa mansión terrible que servía de prisión á los rebeldes y á los culpables, y que, agrandada por la imaginación de los poetas, se ha convertido en la gehenna infernal donde los condenados sufren eternos tormentos. «Triste mansión—dice Hesíodo—alejada de donde moran los hombres, donde los Titanes están abismados en profunda obscuridad». Dos pequeños volcanes, el Chumukai y el Kull Oba, uno extinguido, el otro algunas veces en erupción, marcan el intervalo donde se erguía la siniestra fortaleza rodeada de llamas y bañada por las fétidas aguas del Cocito y del Flegetón, hay dos brazos del Kubán que aislan este rincón de tierra. En efecto, decíase que todos los ríos del Hades daban en la Estigia, la cual representa muy bien ese río lento y pantanoso que atraviesa el lago Aftaniz, *stygia palus*.

La parte más interesante de esta región extraña por sus contrastes, es la isla de Tamán, la mayor de las que forman la península. En otro tiempo riente y fértil, aún en el siglo XVIII la sombreaban árboles magníficos y era renombrada en todo Oriente por la

(1) Devería, *Manusc.*, pág. 33.

belleza de sus jardines. Esta celebridad debía remontarse á una alta antigüedad, puesto que una de las ciudades milesias del Palus se llamaba *Képos*, jardines. Debió reemplazar á otra más antigua, frecuentemente llamada en la fábula Eleusios ó Eleusina, que dió nombre á esos famosos Campos Elíseos donde los héroes y los sabios gozaban después de muertos una eterna felicidad (1).

Fué una creencia generalmente difundida entre los antiguos que las islas de los bienaventurados, μακάρων νῆσοι, *beatorum insulæ*, estaban situadas en el Ponto Euxino. El Periégetes las llama Islas Blancas, *Leucé*. Avieno y Mela son de la misma opinión. Eliano y Clemente de Alejandría refieren que los hiperbóreos y las ciudades de los Arimaspes forman con los Campos Elíseos «la república de los justos» (2).

Según Homero (3), los Campos Elíseos están situados al Poniente: esto es lo que significa el jeroglífico *ement*, *amenti*. Están al extremo de la tierra, donde «reside el blondo Radamanto, cerca del Océano». En otra parte hemos hecho observar que, según Plinio, el cual resume la opinión de geógrafos mucho

---

(1) Estos hermosos jardines, dice M. de Hablitz, que los visitó en 1785, ocupaban una extensión de muchas verstas, desde el Bósforo al Boghaz; algún tiempo después fueron destruídos por los cosacos de Suvaroff cuando acamparon en la península. (Hablitz, *Voy. en Tauride.*)

La Gaceta de Hertch Ienikalé anunció que habiéndose habierto un trozo de cuarenta metros para la explotación de la nafta en Kudako, año 1866 se sintió un sordo crujido seguido de un fuerte temblor de tierra. Primero brotó un chorro de agua sucia, luego un humo espeso acompañado de piedras y en fin un abundante chorro de nafta pura. Esta fuente dió después 20.000 litros diarios. En seguida se formó una sociedad para la explotación de 24 pozos de petróleo en la península de Tamán.

(2) Avieno, V. pág. 720 Clem. de Alej., *Stromata*, II, página 129. Diodoro, l., v.

(3) *Odisea*, XXIV, 11; IV, 563, 569; XII, 81.

más antiguos, el mar de Azof era un golfo del vasto Océano que cubrió en otro tiempo las llanuras de Rusia (1).

Por una coincidencia muy curiosa, los mismos ritos infernales, tal como se realizaron en el Palus-Meótide, se manifestaron también á orillas del Nilo, cerca de Memfis. Diodoro describe minuciosamente el juicio de los muertos por un tribunal de cuarenta magistrados, y su traslación al otro lado del río, al templo de Hécate, y finalmente á la vasta necrópolis de Saqqarah, donde las excavaciones ejecutadas por Mariette han mostrado las sepulturas de las primeras dinastías reales, hasta la sexta. Refiere Plutarco que en Memfis se veían las puertas del Leteo y del Cocito, es decir, del olvido y de la lamentación, que sólo se abrían para enterrar á un buey Apis. En fin, afirma que Osiris manda á los manes y que no es otro que Dis ó Plutón (2).

Las notables conexiones que existen entre las funciones de las divinidades helénicas y los dioses egipcios no dejan duda sobre la identidad del mito de los Infiernos entre ambos pueblos. Mercurio-Hermes es el conductor de las sombras como Thot. A Ceres corresponde la diosa Hator, que es una doble personalidad de Isis; Herodoto dice que Ceres y Baco-Dionisio, es decir, Isis y Osiris ejercen la autoridad suprema en los Infiernos (3). En fin, Plutarco, cuyo testimonio ha examinado recientemente Félix Robiou, representa á Apolo como un dios psicopompo, que acoge á los manes de sus iniciados á la entrada de los Infiernos y los defiende durante el juicio que debe decidir de su suerte. Es evidente que sólo hay aquí un cambio de nombre y que el dios griego no es otro que el Horo

(1) *Océano de los antiguos*, pág., 23.
(2) Plut., *De Iside*, XXIX, I XXVIII.
(3) Herod., l, II, 123.

egipcio, que desempeñaba estas mismas funciones en las innumerables pinturas de las tumbas egipcias (1). Como Apolo, Horo es blanco (2).

Bunsen no duda en su hermoso libro (3) de asimilar el Amenti egipcio al Hades griego. La evidente analogía de la mansión de los dichosos con el lugar donde se castiga á los malos y su situación insular está indicada por él: «En una isla del *Ement* (occidente) hay un Meskhem ó lugar de nuevo nacimiento. Al lado están los abismos donde se sumerge á los réprobos.» Para el sabio autor, el traslado de los muertos en el barco Makhen no difiere de la travesía del Aqueronte en la barca de Carón.

La idea moralizadora que inspira á los egipcios el rito del juicio de los muertos, se encuentra íntegramente en el Infierno de los griegos. Ahora bien, cuando se piensa en que el monarca á que se debe la institución del mito del castigo y de la recompensa, es precisamente el que fué á fundar una colonia en el país mismo donde Homero y Plutarco colocan el Hades, es natural concluir que el Amenti de Osiris y los Infiernos de los helenos sólo forman un mismo mito, pues uno ha engendrado al otro.

Sin embargo, hay un matiz diferencial entre ambas residencias de los felices: parece que las vagas y brillantes descripciones de los antiguos hacen de los Campos Elíseos un ensueño poético, mientras que el paraíso egipcio ofrece un carácter mucho más material. Se advierte que está pintado del natural; las imágenes de los monumentos y de los rituales repre-

---

(1) *Academie des Inscriptions*, sesión del 21 de Agosto de 1874. Véanse también los himnos órficos á Dionisio y á Apolo, y el oráculo de Apolo Didimeo: *Rhea beatorum mater, reginaque dioum*. Eusebio, *Prap. evang.*, V, VII.

(2) *De Iside*, XXIX.

(3) *Egipte's place*, V, pág. 145.

sentan una comarca amplia, con fértiles campos y ríos navegables; se ve á los manes, tan pronto habitando casas bien amuebladas como en el campo, ocupados en los trabajos de la siembra ó de la recolección. Cultivan huertos, conducen por el agua, al remo ó á vela, grandes barcos cargados de provisiones. Otros pasan el tiempo tañendo instrumentos, comiendo en numerosa compañía, bajo frescas sombras, viendo bailar las mujeres. También se ven grandes granjas cuyos dueños vigilan á sus criados que conducen vacas y asnos, y amontonan ante ellos los productos de un fértil suelo. En suma, este paraíso representa la vida agrícola y pastoril en lo que tiene de útil y agradable.

Conocida la situación del Hades en el Palus-Meótide, la región descrita por el libro egipcio no puede ser otra que la Tauride. Ocupada originariamente por los escitas, cuya ciudad se llamaba Gherra, y atravesada por el río Gherro, hoy el Salghir, es probable que el nombre de este río fuese Gher, de donde se derivó el Quersoneso de Diodoro y de Mela, isla de los Ghers (*onnes* en copto, *nesos*, *innis*, etc.), es decir, isla de los dioses ó de los héroes. Según los egiptólogos, *Her*, en copto antiguo, significa dios; en el papiro de Turín, es el nombre de una dinastía divina.

En uno de los más hermosos manuscritos del Louvre se lee: «La puerta de *Neterker* (lugar bajo), es desconocida por los manes; pero el rey-sol pasa por ella acompañado de Osiris verídico, para entrar en la región *Ag'er*» (1).

Observemos que Æger es el nombre del Atlas de los poemas del Norte, y que, según Moisés de Khorene, el nombre primitivo de la Cólquida era

(1) Devería, pág 6.

Egher (1), que recibió de los Gherghetes ó circasianos, originarios de Crimea.

Dicen los rituales que el Amenti es la región oculta. Por la mitología de los griegos sabemos que la entrada en los Infiernos estaba severamente prohibida. Sólo algunos héroes famosos obtuvieron el favor de entrar provistos del ramo de oro que les servía de pasaporte.

Hay otros indicios que no pueden desdeñarse: «Yo soy—dice el dios—como la plata que sale de la montaña de Oriente.» Esta locución, familiar en el Génesis, es con la que designa la Escritura el Cáucaso, como más adelante veremos. Lo cierto es que no puede aplicarse á Egipto, donde no hay ninguna montaña argentífera, mientras que Homero, hablando de los montes Arimes que explotan los Chalibes, no lejos de la Cólquida, dice que «es allí donde crece la plata.»

A Osiris se le llama el señor de Occidente, «región de los grandes vientos». Las islas del Euxino fueron para los griegos la residencia de Boreas y de Eolo; el cabo Ak-Borum de Crimea, en la entrada del Bósforo, sólo es una ligera alteración del Boreum de los antiguos. Los circasianos adoran en sus montañas á un dios Seoseres, probablemente Seosiris, á quien llaman el señor de los vientos.

Hablando de la isla afortunada donde los héroes renacen, el Libro de los Muertos menciona «el árbol As, salido de Osiris, salido de la mar del Norte» (2).

¿Cómo no recordar la nación de los Ases ó Asioei, que habitaba el Palus, así como la parte contigua de Asia, y que nombra la inscripción votiva de un ara encontrada á orillas del lago Aftaniz, consagrado

---

(1) Vivien de St. Martin, *Mem. sur l'Armenie*, t. II.
(2 *Egypt's place*, V, págs. 147, 163.

por Paridasos, arconta de los As, de los Tat y de los meótidos? (1).

El Amenti está representado en las pinturas funerarias por un sol poniente, imagen del ingreso del difunto en la vida de ultra-tumba; en seguida pasa al país de la noche donde reina la luna. En el primer capítulo del «Libro de al salir del día», se ve un cuadro representando al muerto al depositarlo en la tumba; luego, en la segunda fórmula: «Capítulo de vivir cuando se ha muerto», el difunto aparece en la luna (2).

Nadie ignora que en tiempo de los griegos la Táuride estaba consagrada á Diana, diosa de las vírgenes amazonas, á la cual hacían sacrificios humanos los escitas táuricos. Quizás se objete que, con relación á Egipto, Crimea está al Norte; y ésta es para nosotros una razón más de que el mito nació en Asia. Comparada con las comarcas luminosas de Babilonia y de Egipto, la región del Bósforo, oscura durante parte del año por las brumas del Océano y los vapores que surgen del subsuelo volcánico, parecía de noche á los habitantes del Mediodía de Asia, y cuando el sol desaparecía por Occidente, creían que cada noche se extinguía el astro en las olas para reencenderse por la mañana tras las cimas del Cáucaso. Para los sacerdotes astrónomos del Palus-Meótide, situados entre estas dos comarcas, el Quersoneso Táurico fué el poniente que conducía á la noche, reino de la luna, de la cual recibieron su símbolo y título las reinas escíticas. Por lo tanto, el lado opuesto, donde aparecía el sol, recibió el nombre de Montaña de Oriente que le conservó el Génesis. ¿Homero, que ofrece más de una analogía con el libro sagrado de los hebreos, no ha escrito: «La

(1) D. de Montpereux, Voy. au Caucase, t. V.
(2) Devería, pág. 49.

isla de Æa es la mansión de la Aurora y el lugar donde nace el sol?» (1).

El Libro de los Muertos contiene detalles sobre el viaje de Osiris á las islas de Occidente, que, á pesar de la enorme distancia de tiempo que nos separa de él, pudiera ser cierto. «El dios—dice el libro de Nachkem —pasa del *Aahenru* (Elíseo) á la región *Kerneter*, país de abajo. Navega en el celeste *Uer ness*, conducido sobre una barca que remolcan soldados y marineros. La travesía de uno á otro sitio es de doscientos veinte nudos; sobre el *Uer ness* es de trescientos sesenta».

El ritual describe la morada de Osiris en el Aahenru, donde cada pilar, cada escalera, tiene su nombre escrito en las puertas, vigiladas por un genio guardián. La descripción del infierno y de los sufrimientos de los condenados que llenan con sus aullidos los estanques de fuego, superan con mucho las fábulas griegas. Los bienaventurados van á vivir en paz al Occidente, detrás del lago de Osiris (2).

Existe otro manuscrito de gran interés, pero de una fecha mucho más reciente, intitulado: «El Libro de lo que hay en el hemisferio inferior» (3). Refiere el viaje de un dios á las localidades que comienzan en la comarca occidental y que tocan en las tinieblas absolutas.

«La majestad de este gran dios llega en el *Uerness* á un campo de trescientas nueve *atra* de longitud. *Baa Sebau* es el nombre de los dioses que habitan esta localidad. El que conoce su nombre está cerca de ellos. El dios grande le concede un campo.

«...La majestad del dios grande llega en seguida al campo de los dioses...Mueve los remos en aguas

(1) Odisea, XII, 4.
(2) Bunsen V, pág. 250.
(3) Devería, *Manuscr.*, 21.

de Osiris... Manda en esta localidad á los que han seguido á Osiris. Les concede tierras. Almas misteriosas es el nombre de los dioses que están en este lugar.

»El dios grande va en seguida á la región oculta de los occidentales. Doce hombres impulsan la barca divina. El dios grande habla de pie á los ocho dioses de este país, que produce madera y vegetales. El Horo de la cuenca de las aguas es el custodio de este campo.

»El dios grande llega á las aguas más bajas de los señores del cielo inferior. Comunica órdenes á los que están allí: díceles que tomen posesión en este paraje de sus divinos manjares. Avanza por esta región en una barca y les concede campos para los alimentos que les da.

»El nombre de la puerta de esta localidad se llama *Sepd-em-tu*... Es la vía secreta de la región occidental por donde navega el dios grande para regular los destinos de los dioses del cielo inferior. La reunión de sus nombres, sus maneras de transformarse, sus horas, son las cosas más misteriosas. Este mito del cielo inferior no es conocido por ningún humano.»

La creación de un soberano, regente de la colonia, está mencionada en el «Libro de al salir del día.»

«En Occidente se ha creado un genio que no morirá. Es un dios inmortal. Ha comido y bebido todos los días con Osiris. Su barca la han remolcado reyes. Ha vivido como un dios, adorado en vida como el sol; ha combatido por Osiris» (1).

El funcionamiento de un rito tan importante y complicado en sus detalles como el del Hades, supone forzosamente un sacerdocio poderoso y hábil. Se puede, pues, concluir de lo que precede que Osiris, habiéndose detenido en el Palus Meótide, para fundar una colonia en este punto, que consideraba como

(1) Bunsen, V, pág. 271.

el último límite Norte de la tierra, rodeada por el Océano, dejó un destacamento de libios pertenecientes á su ejército, y tanto para dirigirlos como para instruir á los escitas indígenas, puso al frente de la colonia á los sacerdotes de Ammón que le habían acompañado. Para infundir en los pueblos que deseaba hacer renunciar á la vida nómada el respeto á la justicia y la obediencia á las leyes, decidió establecer entre ellos el juicio de los muertos, ya vigente á orillas del Nilo, y que parecía entonces la mejor sanción de la ley moral.

En efecto, numerosas pruebas acreditan la presencia en el lugar donde estuvo el Hades, de esta tribu sabia, selección de las sociedades primitivas, que se relaciona estrechamente con la existencia y la autoridad del fundador de la colonia. Según Diodoro, Osiris fué un jefe de la tribu de Amún, cuyo símbolo obstentaba en su casco de oro coronado por unos cuernos de carnero. Los manuscritos funerarios le intitulan primer profeta de Ammón, rey de los dioses (1). Como sacerdote de Ammón Ra—dice el papiro de Nachkem—Osiris es amado por los dioses del hemisferio inferior (2). En los ritos funerarios Ammón preside en los infiernos, donde ocupa el primer lugar después de Osiris. Denomínasele señor de la noche, que reside en el Amenti, donde se cierra la corona del Norte y del Mediodía (3). Amún—dice Jámblico—es el señor de los misterios, y su misión consiste en revelarlos á los iniciados. Las pinturas jeroglíficas suelen ofrecer á Ammón bajo la forma de Chnum con la cabeza de carnero, en una barca tripulada por doce hombres cruzando el río que baña al Eliseo egipcio.

---

(1) Devería, *Manuscr.*, pág 154.
(2) Diod., I Eust, *In Dionys.*, 212. Birch. pág. 319
(3) *Papyrus of Nashkem.* Devería, *Manuscr. égypt.*, página 33.

En la tríada de Tebas, Ammón ostenta la diadema roja, símbolo de la soberanía de la región inferior. El dios tiene á sus pies nueve arcos, emblemas de otras tantas naciones escíticas. Se intitula padre de los dioses, árbitro de los tronos, señor eterno y verídico. Dispone de los reinos de la tierra y los da como presente á los reyes de Egipto (1). Es evidente que estos caracteres se aplican á un Ammón distinto del de la Tebas egipcia, el cual no mandaba sobre las naciones escíticas ni disponía de tronos extranjeros. Este poder lo tuvo en realidad el Ammón asiático en los primeros tiempos de las sociedades, y los egipcios, haciendo de él un mito, han hecho historia.

Ammón tiene por esposa y por madre á Maut ó Muth, regente de los mundos, soberana de la noche. Plutarco la identifica con Isis (2). Según Herodoto, Isis es la misma que Démeter; ambas ejercen con Osiris la autoridad suprema en los Infiernos (3). Isis representa la luna; en otros términos, es la reina de los pueblos lunares de Táuride, como lo fueron los que le sucedieron con los nombres de Minerva-Atenea, de Diana-Hécate, de Persefona y de Venus-Afrodita.

Hathor es una divinidad egipcia más reciente que Isis, cuyos principales rasgos reproduce. Es la misma divinidad con diferente aspecto: Hathor nos parece una Isis táurica retornada á Egipto. Efectivamente, en las pinturas de los monumentos Isis ofrece la completa fisonomía copta, de piel roja y obscura, de pómulos salientes, de ojos pequeños. En cambio, Hathor se distingue entre todas las divinidades egipcias por su color de oro pálido, su óvalo puro, su perfil recto, sus grandes ojos afelpados. Es el tipo oriental, tal como

(1) Rougé *Notice des mon. du Louvre.*
(2) *De Iside*, 58.
(3) Herodoto, II, 123.

le conocemos. No dudamos en ver en ella una diosa de transición con el tipo étnico nacido de la primera mezcla egipto escítica. Como Isis, ostenta los cuernos lunares y preside los ritos de los infiernos. Además, se identifica con Ceres Démeter, que desempeña el mismo papel, y con Proserpina por el haz que, como ésta, lleva en la cabeza (1). Hathor, pues, también es la divinidad del campo de trigo, y este doble carácter de reina de los infiernos y de las cosechas encontró exacta aplicación en las dos riberas del Bósforo cimeriano.

Hathor corresponde también á la Venus de los griegos, no sólo por la belleza femenina de que estas dos diosas son prototipo, sino por una de esas analogías astronómicas en que los egipcios gustaban de erigir el edificio de su mitología. A orillas del Nilo, Isis tenía por emblema sideral particular—además de su carácter lunar—á la estrella Sirio, cuyo resplandor nocturno supera en esta latitud á los demás cuerpos celestes. En la zona boreal donde se estableció la tribu de Ammón, el planeta más brilante después de Júpiter era Venus. Además solía aparecer por la tarde en Occidente, por encima de Táuride, país de Hathor. Desde entonces Venus reemplazó á Sirio y se convirtió en la estrella de las reinas del Poniente. El nombre de Hesperia fué el primero que se dió á Crimea (2); Kertch se llama Vospro ó Véspero en las cartas

(1) Hathor está así tocada en los capiteles del templo de Benderah, que se le consagró, y del que Mariette ha hecho objeto de uno de sus más bellos estudios.

Encuéntrase el símbolo de Hathor y de Proserpina en Servia, en Bosnia y en Herzegovina, donde su traje se conserva con toda pureza desde tiempo inmemorial. Según el testimonio de Plinio y otros autores, Iliria había sido colonizada por emigrantes de la Cólquida. Los sabios están conformes en reconocer el tipo primitivo pelásgico en estos pueblos cetrinos de Montenegro en los que aparece visible el elemento líbico.

(2) La Táuride, además del nombre de Eritia que le da He-

genovesas del siglo XV, y el Bósforo ha recibido sin duda ninguna su nombre de *phósphoros*, nombre griego de la estrella vespertina y no de *bósphoros*, portatoro, como han pretendido los mitógrafos, á causa del rapto de Europa por Júpiter metamorfoseado en toro.

La tercera persona de la triada de Tebas es Chons, hijo de Ammón y de Maut; tiene cabeza humana, provista, como Isis, de cuernos en semicírculo, imitando la luna en creciente. Se le llama entonces *Aah-Chons*, Chons-luna En el sentido étnico que interpretamos este simbolismo, chons representaría al Chus ó Chusch de los libros hebreos, es decir, al etíope asiático.

A veces, á la derecha de Ammón se sienta el dios Num, á quien los griegos llaman Chnum ó Chnubis. Tiene cabeza de carnero. Es el nombre del mismo Ammón en su forma itifálica de generador de los dioses y de los hombres. El huevo, signo de fecundidad, en la boca del Chnubis tebano tiene el mismo sentido.

Los sacerdotes de Ammón, establecidos en la colonia, contrajeron relaciones con los escitas indígenas y se casaron con mujeres de éstos. Esta costumbre, que conservó durante siglos la rara belleza de las vírgenes de raza blanca, explica esta rara denominación de Ammón, marido de su madre, y que significa sencillamente que los sacerdotes de esta tribu, nacidos de padres egipcios y de madres escitas, siguieron tomando esposas en la raza blanca que había engendrado á sus madres; las familias escitas eran consanguíneas, los grados de parentesco no tarda-

---

rodoto (IV), también está designada po- Plinio con las denominaciones de Hesperia y de Afrodisia. Diodoro (III) refiere que la gran isla Hesperia estaba habitada por las amazonas que construyeron la ciudad de Kheronesos. Mela y Arriano vieron los restos de esta ciudad reemplazada por Kherson, que erigieron los heracleotas en el cabo del Quersoneso, cerca de Sebastopol.

ron en confundirse. Miller lo ha comprendido bien al decir que la diosa—madre, hermana y esposa—representa el principio pasivo sirviendo á la reproducción de la raza superior que se digna engendrarse y renacer en su seno. En su aplicación histórica, este principio pasivo fué la mujer escita (1).

El dios cabiro Ftah también figura entre los reyes-pontífices del Amenti. Llámasele señor de la tumba. Con el nombre de Sokari-Osiris, y con la forma del buey Apis (2), otro símbolo de la luna, rivaliza en antigüedad con Ammón. Con su ayuda construyó Osiris el templo Cielo. También es un dios generador: su esposa Pacht, llamada «la gran querida de Ftah,» está representada con cabeza de leona, sobre un cuerpo de mujer, de un modelado joven y elegante: Pacht está designada en los monumentos funerarios como madre de la raza asiática (3).

IV

En otro trabajo hemos indicado la identidad de las islas Atlántidas, cuya descripción ha hecho Platón, con las que formaban primitivamente las dos penínsulas de Crimea y de Tamán antes de que el levantamiento de las tierras y los aluviones las hubiesen aglomerado. Comentando el Timeo, Proclo concede dos de estas islas á Proserpina, tres á Plutón y una á Ammón. Las dos primeras son las islas de los Ghers

---

(1) Memoria sobre seis textos epigráficos recogidos por Mariette. *Acad. des Iinscr.*, 1873.

(2) Apis y Osiris residen en el Amenti, *Textos jerogl.* Diodoro dice que el alma de Osiris pasó al cuerpo de un toro y se manifestó á los hombres bajo esta forma. Este culto de Apis remonta por lo menos, á la segunda dinastía. Mariette considera la pirámide de Saqqarah como tumba común de los Apis del antiguo imperio

(3) Rougé, *Notice des monuments du Louvre*, pág. 112.

y la Táuride, separadas entonces por un brazo de mar: las otras tres formaban el imperio de Plutón-Aidoneo: Hades, Erebo y Tártaro. La última isla, la de Ammón, encerraba los Campos Elíseos, hoy es Tamán (at-Amún) (1).

El nomo sagrado se había reservado naturalmente la isla más grande y agradable, embelleciéndola con ese cuidado que los egipcios aportan á la agricultura, y dejó á los libios que se le habían unido las otras tres islas abrasadas por los volcanes de lava, pero que la humedad del río cubría de ricos pastos, y sembradas de esos asfodelos de que estaban pobladas las praderas de los Infiernos: Ulises—dice Homero—llega á una llanura herbosa donde crecen los sauces y los olmos estériles; por allí vagan las sombras» (2). Las aguas estancadas que la rodean y los vapores de los fuegos subterráneos cubren hoy, como en otros tiempos, á esta comarca con un velo lúgubre. El pueblo de las islas del Hades pertenecía probablemente al nomo egipcio de Khem, el dios con pies de macho cabrío asimilado al Pan de los pelasgos, que los mitógrafos identifican á veces con Plutón. *Khm*, quiere decir negro en jeroglífico. Puede, pues, concluirse que se trata de un pueblo de raza africana, de los que, según Nonnos, siguieron en tropel á Dionisio en su expedición, y así se explica la antigua creencia que presenta al diablo negro y con patas de macho cabrío.

En el ritual se llama Osiris «Khem en sus dos manifestaciones». A veces este dios, con apariencia de un Ammón Ra, está representado en adoración ante otro Osiris, negro de cara y de manos. Es este el Osiris libio ó cimeriano: los *Khem-iri* son, en efecto, esos famosos cimerianos de quienes los celtistas ha-

(1) *Océano de los antiguos*, pág. 124.
(2) *Odisea*, X. V., pág. 510.

cen los padres de los Kimris de Bretaña y de los cimbrios de Jutlandia. En fin, Eusebio confirma estas diversas analogías asimilando á Dionisio cuatro dioses muy distintos entre sí por sus atributos: Ammón, Júpiter, Pan y Plutón (1). Con estos diversos nombres, Ammón pontífice de Júpiter, y Khem, rey de los Infiernos, representaban al dios supremo Osiris.

La islita de los cimerianos, hoy Fontán, estaba en gran parte ocupada por una ciudad que Scylax, Estrabón, Plinio, llaman Cimeris, y que después tomó el nombre de Pontium. Era ésta la sombría residencia de los Príncipes del Hades. Los viajeros han encontrado allí piedras de lava.

Si hay que referirse á los indicios que suministra la mitología helénica, se advierten otras concordancias cuya causa ha quedado ignorada hasta de los antiguos. Los tres jueces ante los cuales comparecen los muertos, se llaman Minos, Eaco y Radamanto. El primero, investido con la presidencia, tiene en sus manos la urna donde se depositan los votos, y él es quien dicta la sentencia. Su nombre, *Men*, derivado del antiguo copto, significa regente, lo que está establecido.

Eaco tenía por misión juzgar los manes de los europeos, y residía en la margen europea del Bósforo, en Táuride. Refiere la fábula que fué rey de un pueblo de hormigas, ó mejor de una nación que había escogido á este insecto por emblema. Ahora bien, los geógrafos colocaban precisamente en el Bósforo, frente á Tamán una ciudad de Mirmekio, μῦρμεκ, hormiga.

En cuanto al tercer juez, el austero Radamanto, con el sobrenombre de ἀνθος, el blando, juzgaba á los africanos y á los asiáticos. Homero lo describe con un

---

(1) Eusebio, *Præp. evang.* I. II. *Cimmer, nigrescere*, según Bochart.

cetro en la mano, sentado en un trono al lado de Saturno, que ocupa el puesto de Minos. Su nombre es significativo sí, como suponemos, se ha formado de *Rha-at-amenti*, señor del país de Occidente.

La tercera región de los Infiernos era el Erebo: esta palabra tiene sentido de poniente en el Génesis como en Homero, y tuvo que aplicarse al conjunto de la región infernal situada al Occidente de Asia. Según la mitología griega, llamábase así la parte del Hades más próxima al mundo de los vivos. Allí es donde los manes esperaban su turno para llegar ante el tribunal. El Erebo, vecino del Cáucaso, fué probablemente la isla de Temruk, donde se colocaban al principio los féretros que contenían á los muertos embalsamados. Acumulábanse un gran número, si se juzga por la fábula de las sombras errantes, insepultas, implorando pasaje del avaro Carón. Cuando un muerto favorecido obtenía su inhumación salía del Erebo, embarcándose en el río Estigio (Kubán), atravesaba la laguna Estigia (lago Aftaniz) para entrar en el Leteo; luego desembarcaba en la llanura de la Verdad, Αληθείαδ (1) en los campos Eleusianos para comparecer primero, entre Thot y Hathor, encargados de defenderles contra el acusador, διάλος, ante el tribunal de los tres jueces sentados á la sombra de la higuera de Osiris. El libro de Nachkem muestra á la momia acostada bajo parasoles, en una barca tripulada por un Ammón con cabeza de carnero y por Ftah en forma de escarabajo. Remolcan la barca doce hombres que marchan á lo largo de la orilla (2).

El difunto es conducido en seguida por la diosa Maat (justicia y verdad) ante el trono de Osiris; Horo pesa su corazón en una balanza; después Thot hierogramático, desempeña las funciones de escribano; «el

(1) Platón, *Timeo*.
(2) Devería, pág. 41.

muerto se acerca luego al árbol As, salido del mar del Norte, que le recibe en paz» (1).

Cuando la sentencia del tribunal es favorable, Carón (nauclero en copto, Diodoro), recibía en su barca el cuerpo provisto del *naule* ó precio del pasaje colocado entre sus labios, y le hacía atravesar el Bósforo, entonces designado con el nombre de Aqueronte; después se transportaba el muerto al templo de Hécate (*Hekté*, la luna).

Al desembarcar era recibido el muerto por Hathor, la regente del país occidental, representada como Isis por una vaca saliendo de la ladera de una montaña. Ella es quien reaparece en Egipto en forma de Pacht, diosa de cuerpo delicado y gracioso, representada en las tumbas de Tebas como madre de la raza asiática. Atenas se acordaba de la dominación egipcia cuando celebraba las fiestas Epachtas en honor de Ceres-Démeter.

Se ve que hasta en los términos se corresponden y confunden los mitos egipcios y griegos. En Palus-Meótide, en el centro mismo de la península de Tamán, había una ciudad, Apaturos (ap-Athor), consagrada á Venus (2) y, siguiendo á Hecateo, se veía en Fanagoria, ciudad del Bósforo cimeriano, un templo dedicado á Afrodita, αταπονρον. En Grecia las fiestas Apaturias se celebraban en honor de varios dioses, Venus y Minerva, según unos, Júpiter y Dionisio, según otros (3).

Después de depositado el féretro en el templo, se le conducía á las innumerables sepulturas que había en los alrededores de Hertch, una de las Nisas que el dios egipcio sembró en su camino. El himno de Calímaco (4) en honor de Démeter, refiere que Proserpi-

(1) Birch, págs 3 y 147.
(2) Estrabón, XI, 195.
(3) *Fragm. hist.*, Didot, pág. 11.
(4) *Poemas homéricos*, pág. 556, v. 17.

na cogía flores en las praderas *niseanas*, cuando Plutón, rey de los Infiernos, apareció súbitamente y la raptó, á pesar de sus gritos y lloros.

Cuando el muerto venía de Táuride, pasaba de la Nisa de Démeter al puerto Hada—que aún hoy lleva ese nombre—y está situado frente á Kertch. Desde allí atravesaba en una barca el lago Averno (bahía de Tamán), y aparecía ante el tribunal acompañado de Hathor, que defendía su causa. Pero cuando el difunto venía del lado de Oriente, de la colonia de Colcos, donde reinaba el regente Horo, debía atravesar el país de los etíopes, cuyo señor Thot le escoltaba á su vez. A veces desempeñaba esta misión Anubis, el dios libio de negro rostro, cuya doradura recuerda en sus imágenes los trabajos de las minas á que su raza se veía obligada. La ciudad de Anapa, situada en la extremidad Norte del litoral de Abasia, al pie de los montes Nifatos, quizás fué la ciudad de Anubis, cuyo nombre jeroglífico es *Anpo*. Pero el introductor titular de los muertos era singularmente el dios Thot, el sabio, el hierogramático, el organizador de los ritos, á quien la identidad de funciones ha sido causa de que se le confunda frecuentemente en un mismo culto con Anubis, bajo el nombre de Hermanubis.

Es probable que cuando lo exigiese el rango ó la importancia del difunto, le sirviese de introductor el mismo Horo. Este personaje representaba al dios-sol de Egipto—así como parece indicarlo su título Hor, que es la traducción en las lenguas de Asia del Ra egipcio: «Los ojos de Horo—dice Rougé—eran objeto de un amplio simbolismo: el ojo derecho se relacionaba con el sol y el izquierdo con la luna» (1). No creemos posible explicar este simbolismo de otra manera que por la misión confiada á este virrey, de vi-

(1) M. de Rougé, *Notice des mon. du Louvre*, pág. 128.

gilar y gobernar á los etíopes de la familia del sol, y á los escitas de la raza de la luna.

Hay que convencerse: el simbolismo primitivo fué político sobre todo, luego se hizo religioso y más tarde metafísico, á medida que el espíritu humano ganó en elevación y en agudeza. Quizás se sorprendan algunas personas de encontrar la patria de los mitos egipcios tan distante de las orillas del Nilo. Lo mismo ha ocurrido con la mayoría de las religiones: la distancia aumenta el misterio y lo sobrenatural de que se rodean sus orígenes. Tebas y Memfis—como Roma politeísta y Roma cristiana—han podido celebrar los ritos de un culto cuya cuna estuvo en otra comarca.

A consecuencia de los grandes cataclismos que devastaron las orillas del mar Negro, el rito infernal se resintió de la deserción de los pueblos que las habitaban y cayó gradualmente en desuso y olvido. Sin embargo, siguió activo en Palus Meótide bajo la dirección de los sucesores del nomo de Ammón, que persistieron fieles á las prácticas religiosas de los días antiguos. De ello encontramos un curioso testimonio en el Argonáutico de Orfeo:

«Los Argonautas—dice el poeta—al dejar el país de los cimerianos, siguieron remolcando sus navíos al través de las aguas limosas. Tocaron en un promontorio, cerca del cual desemboca el Aqueronte, en una negra laguna bordeada de árboles cubiertos de frutos: allí está Hermiona, rodeada de prados y aldeas. La ciudad está habitada por hombres virtuosos y justos que, después de su muerte, son transportados en una barca á la otra orilla del Aqueronte. Cerca de allí están las ciudades y las puertas invencibles de los Infiernos y el pueblo de los Ensueños» (1).

(1) *Argonautícón*, v. 1.125, 1.140.

Hermiona debe ser la misma que Hermonassa, que, en tiempos de la colonia milesia, se elevaba á la entrada de la bahía de Tamán, la *Avernas* de los antiguos.

Los ritos del Hades estaban, pues, en vigor durante el duodécimo siglo en el Palus-Meótide, y probablemente aún más tarde; pues Homero, al conducir á Ulises á la margen del Erebo, donde, después de haber realizado los encantamientos prescritos por la maga Circe, el héroe departe con las sombras de Elpenor y del divino Tiresias, y parece hablar de un hecho contemporáneo de la guerra de Troya. Esta extraordinaria duración contribuyó sin duda á hacer de la región táurica, vecina del Bósforo, una vasta necrópolis, cuyos restos aún no han desaparecido. La tierra que rodea al mar de Azof está saturada de restos humanos: centenares de generaciones están allí enterradas y las sepulturas se superponen, á veces tres ó cuatro. Las llanuras de la antigua Escitia, vecinas del mar Pútrido, están cubiertas en muchas leguas de extensión de túmulos, algunos de los cuales están coronados por un cipo de piedra esculpida toscamente en forma de esfinge (1).

En el Cáucaso Septentrional, separándose de las márgenes del Inguletz, se ve una estepa inmensa sembrada de innumerables colinas, muchas de las cuales tienen una altura y circunferencia considerables, y suelen estar rodeadas de montículos más pequeños, como si tribus enteras estuviesen enterradas alrededor de su patriarca. El viajero Ker Porter ha descrito emocionado el aspecto de esta desconocida necrópolis, que prolonga hasta el horizonte sus infinitas ondulaciones (2).

---

(1) Príncipe Demidoff, *Viaje á la Rusia meridional*, página 327

Véanse las excavaciones realizadas por Dubois de Montpéreux cerca de Simféropol, donde ha descubierto, bajo una tumba escita, algunos esqueletos que tenían al lado el escarabajo de Ftah y los collares de pasta azul egipcia. *Véase alrededor del Cáucaso*, t. V.

(2) *Travels in Georgia*, I, pág. 18.

No es posible á una seria erudición confundir con el Hades Meótide las incompletas y mezquinas copias de los Infiernos, que las emigraciones pelásgicas partidas de las márgenes del mar Negro en diferentes épocas, se complacieron en reproducir donde quiera que fueron, en el Epiro, en el Peloponeso, en Sicilia y hasta en la Campania. Esta conmemoración del gran misterio que había herido la imaginación de estos pueblos durante su infancia, es precisamente el mejor testimonio de su origen. Los cimerianos, que pasaban por el pueblo más antiguo de Italia, daban el nombre de Averno al río Fucino, cerca del cual vivían. Puede concluirse que eran descendientes de los cimerianos del Palus Meótide.

Resulta de lo que precede que el concepto moralizador del castigo y de la recompensa después de la vida, que constituye el fondo de todas las religiones, ha debido su institución á los egipcios. Los demás pueblos le han tomado prestado hasta su aparato terrorífico, y las creencias sobrenaturales de que están rodeados. Una de las fases más interesantes del desarrollo del espíritu humano, por el que han pasado todas las sociedades, es aquella en que los hechos y las ideas sencillas de la primera edad se complican con los mitos maravillosos y se sutilizan en vagas abstracciones. Bajo el imperio del misticismo caldeo, que penetró en Egipto tras la invasión de los huksos y durante el reinado de los Ramessidas, el tema primitivo del Amenti se rodeó de concepciones metafísicas y tenebrosas que consagraron los sacerdocios de Tebas y de Memfis. Al difunto que resucitaba en otra existencia se asoció la idea inmaterial del alma separada del cuerpo, del que aquélla conserva las apariencias, viajando al través de las más extrañas pruebas, escoltada de divinidades favorables ó vengadoras. Este póstumo peregrinaje se convirtió gradualmente en un poema interminable que

multiplicaron hasta lo infinito las pinturas simbólicas, las letanías, las invocaciones á una multitud de dioses nuevos, con que se cubrieron los papiros y los muros de las tumbas. El «Libro de al salir del día» se transformó en una especie de libro mágico, con el que se resucitaba á los muertos y se encantaba al mar y á los vientos.

En Grecia, como en Asia—aunque en forma menos abstracta, más conforme al genio sensual de los pueblos—se extendió una espesa red de mitos sobre el rondo primitivo, de donde surgieron el culto orgiástico de Baco-Dionisio y el de las divinidades telúricas y chtonianas. Sin embargo, algunas fiestas, como las Dionísiacas, semejantes á las Pamilias de Egipto y á las Trietéridas, que se celebraban cada tres años, en memoria de los tres años cumplidos por Dionisio, no perpetuaban menos la idea de la existencia real del Dios bienhechor de la humanidad.

Las nociones teológicas de Grecia sufrieron hacia el séptimo siglo una nueva evolución al introducirse la tradición órfica que penetró en Tracia y Grecia. La extremada analogía de la cosmogonía órfica con la aportada de Asia por los fenicios, ha suscitado un problema que, según creemos, encuentra su solución en el establecimiento por la misma época de las colonias de Mileto y Heráclea, en las orillas del Bósforo, y en el Quersoneso Táurico, donde edificaron sobre las ruinas abandonadas durante mucho tiempo de las ciudades egipcias. Estas colonias recogieron en su mente misma las antiguas creencias conservadas por los hiperbóreos, sucesores de la tribu de Ammón, y difundieron por Grecia los recuerdos del mito de los Infiernos, tales como nos lo ha transmitido el Argonáutico de Orfeo y el onceno canto de la Odisea.

III

EL NOMO DE AMMON

Sin duda ocurre preguntar qué fué del nomo sagrado durante las numerosas vicisitudes que sufrió la colonia del Ponto Euxino. Sería natural suponer que desapareció con su templo derribado por los diluvios, ó dispersada por las revoluciones que llevaron al poder dinastías de raza diferente. Sin embargo, no ocurrió nada de eso. No hay principio tan tenaz como un principio religioso, y el sacerdocio egipcio, al declararse inmortal, se decretó á sí mismo una duración tal, que ninguna religión le ha igualado todavía. Verdad es que tuvo en su abono la veneración y la credulidad de los pueblos en que vivía, y que no tuvo que combatir ninguna creencia rival ni filosófica. Se mantiene respetado como un monumento, por la fuerza exclusiva de una antigüedad sin límites.

Poseyendo ya el hilo no es imposible recoger en los escritos de los antiguos los vestigios de la tribu de Ammón, que aparecen con intervalos, como restos de un naufragio, en la superficie de los siglos.

Este pueblecillo de sacerdotes no parece haberse separado desde su origen de la comarca en que Osiris le dejó de guardián. Cuando Plinio (1) habla del pueblo celeste, *Ætheria gens*, que tomó al principio el nombre de Atlante y luego el de Etíope, alude al

---

(1) Plinio, XXX.

nomo de Ammón, cuyo pontífice Urano, rey-cielo, fué un rey de los atlantes, según Diodoro (1).

Cuando Saturno se apoderó del poder, la autoridad sacerdotal pasó á manos de los etíopes, los cuales la conservaron aún bajo el reinado de Zeus, que se inclinó ante su influencia. Es en el país de estos piadosos etíopes *amumonos* (amun nomos), donde el rey de los dioses iba á banquetear y divertirse amistosamente.

Orfeo celebra la sabiduría de los macrobios que, según dice, viven cerca de los cimerianos. Según Onomácrito, estos hombres virtuosos gozaban de una juventud eterna alimentándose con el jugo de las plantas, y al cabo de los mil años se dormían con un sueño tranquilo. Más adelante se llamaron hiperbóreos. Herodoto, Plinio, Mela, han determinado con toda la deseable precisión, la situación de este pueblo en el Palus y en las márgenes del Kubán (2): «Estos sabios viven mil años y sólo aceptan la muerte por cansancio de la vida; entonces, bien perfumados y comidos, suben á una roca y se arrojan al mar.» Esta longevidad extraordinaria parece una especie de transacción entre la duración normal de la vida y la inmortalidad que la tribu sagrada se atribuyó originariamente. Los patriarcas del Génesis, sucesores de Adán y Set, ofrecen esta misma proporción de novecientos á mil años de existencia.

Desde los primeros tiempos de Grecia se ve á sus pueblos sostener relaciones religiosas con esos mismos hiperbóreos á quienes debían el culto del sol y de la luna, de los oráculos y de los misterios. Cuanto hubo de sagrado en Grecia procedía de este pueblo que se

---

(1) Diodoro, III.

(2) Herodoto, IV, pág. 23; Diodoro, V, pág. 29; P. Mela, I, pág. 19.

decía descender de la raza de los Titanes (1), y que aún existía en tiempos de Hecateo (2). Ahora bien; al afirmar Herodoto que los griegos debían á los egipcios el conocimiento de los dioses y de los ritos usados en su culto, añade estas notables palabras: «Es muy cierto que los griegos recibieron de los bárbaros los nombres de estos dioses». Bárbaro es el término con que los antiguos calificaban á los escitas del Ponto Euxino. No fué, pues, en Egipto donde los griegos aprendieron á conocer los dioses de los egipcios, y se puede concluir que estos primeros príncipes á quienes los atenienses debieron su educación social y religiosa, Cécrops, Erictón, Erecteo, se separaron del nomo sagrado para establecerse en el litoral Sur de la Táuride, entonces llamado Akté, de *Hekté*, sobrenombre de Isis.

Refiere Helánico que la piadosa nación de los hiperbóreos habita más allá de los montes Rifeos (Cáucaso). Enseña la justicia, se abstiene de la carne y sólo se alimenta de frutas. Sin duda es el mismo pueblo de que habla el Edda con el nombre de serpiente Vanir, que reside cerca del río Van, cuyas aguas corren hacia el Hela, el infierno. Este pueblo es sabio; posee la sabiduría y sabe predecir el porvenir. Se reconoce los principales caracteres del druidismo en esa ciencia de las cosas futuras, en el derecho de asilo y en habitar en el fondo de los bosques. La serpiente, símbolo del supremo sacerdocio en Egipto, tenía el mismo sentido entre los druidas, que se llamaban *naddred*, víboras en señal de respeto.

La leyenda de los Infiernos formó la base de su doctrina. *Annoufen* es el abismo tenebroso á donde van á parar los criminales, y *Gwynfid* es el mundo

(1) Píndaro, *Olimp.*, *esc.* III, 28.
(2) *Fragm. hist.*, Didot, 20.

de los bienaventurados (1). Estos indicios y muchos otros que nuestros celtistas podrían poner de manifiesto, atestiguan que los mitos fundamentales del druidismo emanaron en otro tiempo de las enseñanzas que los escitas, padres de los Kimris y los germanos, habían recibido del nomo egipcio en las orillas del mar Negro. César refiere que los galos se decían descender de Dis ó Plutón.

Nada demuestra mejor la inmensa celebridad de que el nomo de Ammón gozaba en tiempo de las primeras sociedades como la difusión del apelativo *num*, nomo, nomía, con el que fué designado simplemente entre los pueblos cuyos antepasados habían recibido el beneficio de sus enseñanzas. En todo el Norte de Asia, en China y en Tartaria, *namum* significa ley (2). *Num* entre los caldeos, *nomos* entre los griegos, tiene el mismo sentido; los siberianos—dice Klaproth—adoran á un dios *Num*. Los parsos—según el Avesta—debieron su civilización á *Amhuma*. Los romanos también personificaron la ley en *Numa*, el segundo de sus reyes míticos, y con el mismo vocablo han formado los términos que expresan las primeras nociones necesarias á toda sociedad civilizada: *numen*, *nomen numerus*.

Los sucesores del nomo de Ammón, sin separarse de la zona en que su fundador Osiris lo había colocado, se retiraron á la cumbre del Nifato caucásico cuando Apolonio de Tiana fué á visitarlos y á conversar con ellos. «Los rifeanos—dice Plinio—son en todo semejantes á los hiperbóreos. Dicen que son dioses é inmortales, porque practican la virtud y conocen el porvenir.»

La existencia del nomo sagrado, transformado en

---

(1) Davies, *Mythol. of Druids*, II.
(2) Abel Remusat, *Lang. tartares*, t. I.

cofradía religiosa, se prolongó más allá de la Era cristiana. Por esta época, ese resto de los primeros días del viejo mundo desapareció, arrastrado quizás por alguna horda que descendió del Oriente, ó disuelto por el cálido rayo de la nueva fe que rejuveneció á la humanidad.

CAPÍTULO SEGUNDO

FENICIOS

Los dioses peces, libios y fineses
Thot-Hermes, Sanchoniathón,
Las cosmogonías, el Olimpo asirio.

CAPITULO SEGUNDO

FENICIOS

I

LOS DIOSES PECES, LIBIOS Y FINESES

Fiados en gran número de indicios, los sabios modernos estiman que los pueblos del Asia Occidental—fenicios, asirios y persas—recibieron su civilización de los egipcios, constituídos en sociedad más de mil años antes que ellos. De ser así, podría inclinarse uno á pensar que las relaciones entre las tribus, madres de estos grandes pueblos, y los egipcios, se realizaron por mediación de las colonias del Ponto-Euxino, donde creemos que esas tribus vivieron primitivamente. Examinemos lo que puede justificar esta opinión.

Dícenos Herodoto que, según creencia de los persas y aun de los mismos fenicios, este último pueblo había venido á Siria de las orillas del mar Eritreo (1). Estrabón, siguiendo á otros escritores mucho más antiguos, repite que los sidonios y fenicios se habían destacado en otro tiempo de un pueblo que vivía cerca del Océano; y añade que su nombre *foiniké*, rojo, se derivaba del mar Eritreo, cerca del cual vivieron sus antepasados (2).

Berosio atribuye idéntico origen á los caldeos, cuando dice que el dios-pez Oannes, que enseñó á

(1) Herodoto, I, 42.
(2) Estrabón, I, pág. 1; VII, 89.

sus antepasados el conocimiento de las letras, el arte de edificar ciudades y el cultivo del suelo, había salido del mar Eritreo.

Este mar se le ha considerado como el Rojo; de donde resultaría que los fenicios, los caldeos y los asirios, procedían del Sur. Sin embargo, Herodoto contradice esta opinión y nos informa de que hubo más de un mar Eritreo: «Los países de Oriente que están más arriba de los persas, de los medos, de los sapiros y de la Cólquida, están limitados de este lado por el mar Eritreo» (1). Más arriba significa al Norte con relación á Grecia, y por otra parte, los sapiros y los colcos están en el Cáucaso; el mar de que habla Herodoto no puede ser, pues, en ningún caso el mar Rojo ni el golfo Pérsico.

El mismo autor aún es más explícito en este otro pasaje: «El mar Caspio no tiene comunicación con ningún otro, pues el mar en que navegan los griegos, que se llama mar de Atlántido ó Eritreo, constituye un mar único» (2). Herodoto parece responder aquí á la idea corriente en nuestros días, de que el Caspio y el Azof comunicaban entre sí. A este último, pues, da el epíteto de Eritreo.

El mismo autor describe cuidadosamente la situación de la isla Eritia, donde reinaba Gerión, y que coloca en Escitia más allá del Ponto Euxino. Es esta la península de Jenikalé, que bordea el mar de Azof, isla roja, ó mejor de los rojos, pues este país y este mar recibieron su denominación de las tribus líbicas que se establecieron allí y que tenían la costumbre de pintarse de rojo el cuerpo y la cara. La transmitieron á sus descendientes, que tomaron de ella sus nombres de fenicios, edomitas, himiaritas, eritreos, que tienen todos sentido del rojo, y que transporta-

(1) Herodoto, IV, 40.
(2) Herodoto, I, 202.

ron al mar Rojo y al golfo Pérsico cuando se establecieron en sus orillas.

Oannes, el dios marino, que civilizó á los padres de los fenicios, cuando aún no formaban sin duda más que una tribu de pescadores, que tuvo al pez como signo característico, debió ser un jefe de las islas Meótides; hasta se decía que hubo cinco Oannes, que se sucedieron en esta misión. ¿Eran egipcios? No puede dudarse cuando se sabe por Rosellini que el término jeroglífico *oan* tenía el sentido de pez (1).

Seguramente fué ese un símbolo nacional que databa de los comienzos de la raza cuchita, anterior á su división en caldeos, fenicios y asirios. M. Layard, en la exposición de las escavaciones que dirigió en la antigua Asiria, describe la figura de un rey-pez esculpido en un bajo relieve encontrado entre los restos del palacio de Nemrod (2). Es un guerrero robusto, en la plenitud de la edad, revestido con la mitra y el manto real y recubierto completamente por un velo de escamas de pez. El dios Dagón, adorado en Tiro, con medio cuerpo de pez, el Bar de los ninivitas, el Adergatis de los fenicios, ó Derketo, gran divinidad de Ascalón, de la que descendió la antiquísima familia de los Derketados que engendró á Semíramis, testifican la veneración particular de los fenicios por ese símbolo de sus antepasados; la ilustre casa de los Barcas, de la que nació Aníbal, se envanecía de igualar

(1) *Monumenti istorici di Egitto*, III, pág. 26.—*Oan* está escrito en el friso del templo de Assoán, friso formado de peces. También es el nombre del padre de Osortasen, que se lee en una columna que le erigió su hijo. El carácter central representa un pez. Los egipcios adoraban muchas especies de peces, y se encuentran tres en los signos fonéticos de sus alfabetos.

(2) Layard's, *Nínive*, XXVI, pág. 638. Ainsworth, *Assyria*, pág. 175.

en antigüedad á la nación misma, ofreciendo como prueba los peces sagrados que los Barcas conservaban en un vivero de su palacio en Cartago, y que decían proceder de la lota primitiva, madre del pueblo tirio.

El Zon fué en otro tiempo el emblema particular de Bizancio. Jenofonte refiere que entrando en Siria, encontró un río donde los peces—según dice—eran sustentados y respetados como dioses. Coquerel ha visto en Dechón, aldea de Siria, una fuente cuyos peces reciben culto de los habitantes, quienes pretenden que la fuente sólo subsiste por ellos (1). Renán también cita una mezquita cerca de Trípoli en que los peces son adorados como divinidades. Sólo el culto de los antepasados es bastante poderoso para triunfar de las prescripciones de una religión tan severa como el islamismo, que prohibió severamente la idolatría de los objetos materiales.

Los mitógrafos explican el signo de los dos peces que figuran en el zodiaco por una fábula, según la cual, Tifeo, habiéndose rebelado contra Júpiter, inspiró tal espanto á los dioses del Olimpo, que huyeron á Egipto disfrazados de animales. Venus y Eros se metamorfosearon en peces, cruzaron el Eufrates y se detuvieron en Siria.

La fábula indica así la emigración de las tribus de Venus Astarté de los países del Poniente. Cicerón dice positivamente que los caldeos (y en este título genérico hay que incluir á los pueblos que más tarde se llamaron fenicios y asirios), eran originarios del Cáucaso. Diodoro afirma por su parte que los caldeos fueron conducidos á Babilonia por Belo, hijo de Neptuno y de la ninfa Libia, hija de Memfis. Ahora bien, esta Libia seguramente no era otra cosa que el Cáucaso, pues Palæfato escribe que

(1) Jenofonte, I, IV. Coquerel, *Voy. en Syrie.*

Libia estaba al Norte de Colcos. Cuando Suidas refiere que para ir contra los bactrianos, Semíramis reclutó un ejército desde el Helesponto hasta Libia, sólo habla evidentemente de las naciones del Asia Menor y del Cáucaso, que, en efecto, estaban sometidas á la Asiria (1).

Estos libios, más conocidos con el nombre de cimerianos, eran hijos de los africanos que Osiris había dejado en el Palus-Meótide para servir y defender al nomo de Ammón. Habiéndose multiplicado, no tardaron en extenderse hasta el Cáucaso por un lado, y por el otro hasta la ribera occidental del Bósforo, donde fundaron varias ciudades, desde Ketch, la Nisa de Dionisio, hasta Caffa, y aun más lejos, hasta el cabo de la Frente del Carnero. Habitaron el litoral en la vecindad de los escitas, antepasados de los pelasgos y de los helenos, que de ellos recibieron sus dioses: «Los libios, dice Herodoto, aprendieron de los pelasgos á adorar á Poseidón». Hesiodo coloca en el rango de los más antiguos dioses de los helenos á Nereo el libio y á Proteo el egipcio, divinidades marinas renombradas por su sabiduría. Si á Ceres Démeter se la denomina frecuentemente *Libussa*, la Libia, nombre que los servios, hijos de los pelasgos, dan todavía á la reina de las hadas, es porque las llanuras de la Táuride, que ella había enseñado á los escitas á cubrir de ricas cosechas, tocaban en los puertos de los libios. No puede explicarse el sobrenombre de libio ó etíope, frecuentemente concedido por los poetas á Minerva, á Juno, á Diana, blondas reinas de los antiguos helenos, sino por las íntimas relaciones que tuvieron sus antepasados escitas con los nomos africanos cuando vivían juntos á orillas del Bósforo.

Además, Nonnos ha caracterizado en breves pa-

(1) Palœf., *De mirabilibus* Suidas, *de Macroceph.* Diodoro, II. Cicerón, *de Divinatione*, I, XIX.

labras el origen de los fenicios y de los caldeos: *Belus Euphrates Libicus vocatur Ammón.* Su antepasado Belo, era el mismo que el Ammón líbico, y añade que á orillas del Nilo se le llama Apis, Saturno por los árabes y Júpiter por los asirios. Es probable, pues, que los caldeos, casta sacerdotal, fuesen al principio una rama destacada del nomo de Ammón que se estableció en el país de Ur ó Georgia. Moisés de Khoreno afirma que á la antigua Caldea hay que buscarla en la meseta que se extiende del Ararat hacia el Norte, y de la que manan el Araxes, el Halis, el Tigris, el Eufrates. Esto también dice Estrabón, cuando observa que los caldeos son los mismos que los calibes que habitan por encima de Trapezus ó Trebizonda (1).

El señor de Ammón había dicho á sus pueblos, como el Jehová del Génesis: «¡Creced y multiplicaos!» Las islas fueron pronto harto pequeñas para contener á las generaciones procedentes de las siete tribus primitivas y refluyeron sobre el continente asiático. El Cáucaso Septentrional se llenó de pastores líbicos, como indica su nombre antiguo de *Niphate*, por el cual, según Champollión, designa á los libios la lengua jeroglífica. Dos afluentes del Kubán, el Laba y el Urop, muestran en estas dos denominaciones que las dos razas, negra y blanca, con los nombres de Libia y Europa, estuvieron en presencia junto á sus márgenes. Atraídos por el instinto náutico, que nació en las islas pantanosas del Palus Meótide, los pescadores del Bósforo se establecieron en el litoral de Abasia y de Cólquida, donde erigieron ciudades marítimas y se convirtieron en mercaderes y piratas. Expulsados del mar Negro por el gran cataclismo conocido con el nombre de diluvio, emigraron hacia el Sur, fijándose

(1) Geogr. de Moisés de Khoreno; Vivien de Saint-Martín, *Mém. sur l'Arménie*, II, págs 392 y 371. Estrabón, I, XII.

unos en Babilonia, otros en las riberas del Asia Menor y de Palestina. Desde allí se difundieron á lo lejos sus colonias; una emigración de los henetos de Sinope fundó á Venecia, en el fondo del Adriático, siendo cimerianos de origen, según Estrabón.

Saturno, dios supremo de los fenicios, se llamó entre éstos *Keuan* ó *Keruán*, cuya radical es la misma que Oannes, y significa señor del pez. Observemos de pasada que este título no difiere de Gerión (Gheruon), ese rey de Eritia mencionado por Herodoto. Por otra parte, el Argonáutico órfico y muchos geógrafos están de acuerdo en dar al mar de Azof el nombre de *Mare Cronium* ó *Saturnium*.

Al mismo período primitivo se refieren esos diosecillos ventrudos llamados *Pataikes* y *Pugm* (de donde se deriva *Pigmeos*), cuyas figuras colocaban los fenicios en la proa de sus barcos. Eran los Penates que recordaban sus más antiguas tradiciones; pues existe una evidente relación entre esos dioses y el enano burlesco Ftah, que se adoraba en el gran templo de Memfis. Los egipcios rendían culto á otra divinidad aún más ridícula, el dios Bes, especie de enano guerrero, de rostro aplastado, de color amarillo claro, de frente deprimida y coronada de plumas como un héroe mejicano, blandiendo la lanza ó el hacha. Suele representársele bailando. El Museo del Louvre posee un colosal ejemplar, de los más curiosos.

Los egipcios y los fenicios trataban con veneración todo lo que se refería á sus orígenes. No dudamos, pues, en considerar á estos dioses extranjeros como tipos de una raza desaparecida, al lado de la cual vivieron antaño. Por su color claro no puede ser más que asiática. Ahora bien, solo existe una que se parece á Bes y á Ftah por los rasgos y la estatura, y es la raza laponą, que los etnógrafos relacionan con los pueblos fineses.

Desde luego habría que suponer que esta raza

tendría originariamente su residencia en el Cáucaso y á orillas del Bósforo cimeriano. En efecto, numerosos testimonios revelan las íntimas relaciones que mantuvieron durante mucho tiempo los pueblos del Mediodía y del Norte en una región intermediaria. Estudiando las lenguas del Cáucaso, Klaproth ha formado un vocabulario en el que se encuentra cierto número de términos recogidos por un lado en los idiomas de los fineses, tonguses, wogules, samoyedos, cuyas familias están dispersas al Norte de Asia y de Europa, y, por otro lado, en las lenguas habladas por los negros del Bambara, del Darfur, del Sudán y de Abisinia. Klaproth pone de manifiesto las numerosas analogías que existen entre estos idiomas. Las más importantes se revelan entre el finés, el tongú y el copto, que, según Champollión, procede directamente de la antigua lengua de los jeroglíficos, y de los que este sabio se ha servido con éxito para descifrar las inscripciones. Oppert y Lenormand han observado la misma analogía entre el finés y la antigua lengua de los sumires, predecesores de los asirios. A propósito de esto haremos una observación que confirma las conjeturas de estos sabios, y es que los fineses llaman á sus padres *Suomi*; el calificativo *iri*, guardián, es caldeo.

Los lapones, no obstante su especial tipo físico, están considerados en lo referente al idioma, á la religión, á las costumbre, como una rama de los antiguos fineses. En su lengua la palabra rojo es *puna*, como en fenicio, de donde se deriva *púnicus*, *puniceus*. Los sabios suecos han reconocido curiosas semejanzas entre los signos egipcios y los que los brujos lapones pintan en sus tambores mágicos. Tampoco es un hallazgo fortuíto la semejanza entre la costumbre de estos brujos de vender á los navegantes vejigas hinchadas de buen viento para servirse de ellas como quieran, y el regalo que hace el rey Eolo á Ulises de

unas odres donde están encerrados los aquilones. Según el itinerario del héroe, la isla de Eolo debió ser una de las islas Meótides, puesto que llegó á ella al dejar los Infiernos.

El viajero Von Ledevour ha encontrado en Siberia, á orillas del Jenisei, tumbas chudes que contenían figuras esculpidas con cuidado, entre las cuales se encontraban algunas esfinges. ¿En qué lugar habrían recibido de Egipto este raro símbolo, si no es en Táuride, donde según Herodoto (1) un rey de los escitas había rodeado su palacio con esfinges de mármol blanco?

Gran número de tribus chudes se han extinguido ya. Bayer ha escrito una memoria para inquirir el origen de la que los analistas rusos llaman Jemén ó Jamén. Lehrberg pretende que es el mismo pueblo siberiano, notable por su civilización, que se llamaba *Hamé* y que vivió antes en el Altay, donde explotaba las minas, y aun más al Sur (2).

Un escritor ruso afirma que los kumanos de las márgenes del Kuma, río del Cáucaso Septentrional, son de origen ismaelita. Los Kwalissos, los búlgaros y otros muchos pueblos eslavos, se dicen descendientes de Lot. Por semejanzas análogas á la del finés con el fenicio, Grimm ha demostrado que el glagolito eslavo—antiguos caracteres aún empleados en Iliria y en Dalmacia—reproduce el alfabeto fenicio. Wolanski ha encontrado letras fenicias en muchas inscripciones eslavas, y aun inscripciones eslavas escritas enteramente en caracteres fenicios (3). También las inscripciones siberianas tienen gran número de letras eslavas.

Estas curiosas relaciones no prueban, como se ha

(1) Libro, IV.
(2) Klaproth, *Mem. asiatiques*, I, 132.
(3) Revista de Posen, t. I, 1851.

creído durante mucho tiempo, que los fenicios habían viajado y establecido colonias hasta en las más distantes regiones del Norte. Más lógico y natural es admitir que los antepasados de las naciones finesa y escandinava, conocidos por los antiguos con el nombre de escitas, se encontraron con las tribus etíopes llevadas por Egipto á las márgenes del mar Negro y á las montañas del Cáucaso, se aliaron con ellas y engendraron familias mixtas, que se convirtieron por una parte en los eslavos y por otra en los fenicios, y que estas familias vivieron juntas bastante tiempo para prestarse mutuamente sus usos y tradiciones: el menos civilizado es el que más tomó prestado. Por su parte, egipcios y cuchitas conservaron con cierta desdeñosa ironía el recuerdo caricaturesco de un pueblo enano y contrahecho, al que divinizaron como solían hacer con todo antepasado. Los griegos también lo conocieron y le concedieron un puesto en su mitología con la fábula de los pigmeos (1), pueblo de enanos, al que las grullas hacen una guerra encarnizada, que tienen cascarones de huevo por casas y siegan el trigo con hachas.

El lugar donde se realiza esta fusión de las razas del Norte y del Mediodía, que quizás explica la estatura desmirriada y relativamente menuda de los semitas en general, sólo ha podido ser el Cáucaso superior y la costa de los abases. Esta comarca, así como la Cólquida, estuvo en otro tiempo ocupada por numerosas tribus con el nombre colectivo de Kur (2) (sol); esta denominación persiste en las del Enguri, del Kora, ríos de la provincia de Guriel, cuyas montañas llaman Plinio y Ptolomeo *Koraxii montes*. Los tártaros designan á los circasianos, desde el Mquinvari al Elburz, con el nombre de *Kurdj*, y Estrabón

(1) *Pigman*, en finés, niño.
(2) «¿No hice yo subir á los sirios de Kur?» Amós, IX, 7.

nos dice que los curetos eran originarios de la Cólquida. Ahora bien, esta misma denominación de Kuros se daba en el siglo noveno á las tribus de los libios y estonianos, de origen finés, que vivían á orillas del Vístula. La isla Œsel, desde la que lanzaban las flotillas que iban á saquear las riberas del mar del Norte, se llama en finés *Kurre saar*, isla de los Kuros, y han dado su nombre á Curlandia.

Thor, uno de los doce dioses de los escandinavos, descendientes de la gran familia escítica, es también el dios supremo de los lapones y de los fineses. Tiene por sobrenombre defensor de las ciudadelas de los Ases, que es también, según Rosellini (1), el sentido de la palabra jeroglífica *Tohor*. Había en el Palus-Meótides dos ciudades, Toricos y Turrisas, que recuerda Rudbeck, al escribir que los finns adoraban al dios Turrisas De estas conexiones resulta que las denominaciones Tiro y Tauro las aportaron los fenicios de la Táuride, en otros términos del país de Thor ó de Hathor.

El Edda menciona frecuentemente á los Jotun. Son estos hombres negros, sabios magos, temibles guerreros; poseen bellas mujeres é inmensos tesoros; ponen collares de oro á sus perros y caballos. Las altas montañas donde viven están separadas de la morada de los hombres por una fuerte muralla. En esto reconocemos el *murus validus* de los abases, y estos jotun son los etíopes, hijos de los libios del Cáucaso. Aparecieron en Dinamarca mucho antes que los celtas y los godos. Sulm afirma que los jotos fueron los primeros habitantes de la Europa septentrional, y que habían partido de las comarcas vecinas del Tanais, del mar Negro y del Caspio. Aliados con

(1) Rosellini, *Mon. di Egitto*, III, 195, 259.

los godos, se dividieron en dos ramas principales (1). Esto confirma la doctrina de los arqueólogos, que atribuyen á emigraciones más antiguas que los celtas, los galos y los germanos, los ritos y los monumentos religiosos de la Europa occidental, á los que se ha dado el nombre de druídicos.

El Kalewala, libro de los orígenes de la nación finesa, dice expresamente que los *Kawe* estuvieron sometidos al principio á unos hombres de cabello negro. Su dios supremo, Ukko Wanamoinen (*Huk*, rey en jeroglífico) es un Vulcano del Norte, que vive en las entrañas de la tierra; es el rey de los gnomos condenados por los gigantes á excavar eternamente para extraer el oro, el cobre y el hierro. Puede inducirse de estas primeras reminiscencias de los finns que su raza, inferior en fuerza y en inteligencia á los egipcios y cuchitas, fué reducida á servidumbre y empleada en los trabajos de las minas. El Cáucaso, cuyos ríos arrastraban en otro tiempo pepitas de oro, ofrece innumerables vestigios de antiguas explotaciones mineras abandonadas. Lo mismo se observa en Crimea, y el Chatir-dagh muestra en sus laderas ricos filones de oro y de cobre, cuya extracción realizaban sin duda los Cíclopes bajo la dirección de los Cabiros egipcios. Las grandes hormigas de que habla Herodoto, que hurtaban el oro confiado á la custodia de los grifos, caracterizan á los habitantes de Myrmekium, ciudad del Bósforo, que iban en expedición á saquear el producto de las minas.

Todo induce, pues, á creer que la raza fino-lapona, rechazada sucesivamente hasta el Extremo Norte por las invasiones de las naciones del alto Oriente, habitaba hace cincuenta siglos en las orillas de los mares Caspio y Azof. Cuando los colonos africanos

---

(1) *Afhandling om de Nordiske folks*, 124, 132.—Artisk, *Hist. af Danmark*, t. I.

fueron á establecerse en el Palus-Meótides, se casaron con mujeres de esta raza, designada quizás en la mitología griega por Cloris, la pálida hija de Arturo, la estrella polar, que Bóreas, el dios con piernas de serpiente, se llevó al monte Cáucaso (1). De la unión entre los libios cimerianos y de los fineses nació la familia mixta de los etíopes eritreos, de la que á su vez nacieron, á consecuencia de nuevos cruzamientos con la raza blanca, las once familias cananeas, que vivieron al principio en Crimea, luego en el litoral abaso y que, desalojados de las orillas del Euxino por el diluvio, emigraron en masa hacia las riberas del Eufrates, del Oronto y del Mediterráneo.

Los abasos de nuestros días han conservado notables rasgos de semejanza con los antiguos cuchitas. Su cara es larga y morena, su nariz saliente y el pelo rojo ó negro. Su estatura poco elevada en general, y su lengua no tiene ninguna analogía con las lenguas actuales de Asia y Europa.

Su soberano se llamaba en otro tiempo Abkhas—Mephé, término que reproduce sin alteración el calificativo de *M'phé*, cielo en jeroglífico, con el cual, según Champollión y Rougé, las incripciones designan un soberano muy antiguo que había dado leyes á los egipcios.

---

(1) También una Cloris se casó con Céfiro, el viento del Noroeste, á la que hizo reina de las flores. Todos esos pequeños dioses secundarios, los Panes, los Sátiros, los Faunos griegos los Elfos, los Trolls, los Dwerg del Norte, pertenecen á la raza fino líbica qne nació en Crimea y el Cáucaso.

Klaproth, Guldesntæt, *Voy, an Caucase*.

II

THOT HERMES

Si es exacto inducir de las indicaciones precedentes que los pueblos fenicios, asirios y caldeos se han derivado desde el punto de vista étnico de una mezcla egipcia, libia y finesa; si hay derecho á pensar que sus primeros padres habían vivido cerca del mar Negro, bajo el gobierno y tutela de los pontífices de Ammón, sucesores de Osiris, los primeros documentos de estos pueblos deben ostentar el sello de su educación original y mencionar los principales acontecimientos que determinaron su infancia. Estos documentos, compuestos con elementos cuya brevedad y estado fragmentario harían ya bastante obscuros, han sido profundamente alterados por los intérpretes que los han traducido, y representan lo que se ha llamado con bastante impropiedad Cosmogonías ó exposición de la creación del mundo. Sin embargo, examinándolos de cerca se discierne como por escape un sentido muy diferente, y asociando al copto antiguo cierto número de expresiones cuya significación se ha alterado evidentemente, se llega á singulares resultados que quizás merezcan ponerse de manifiesto. Comenzaremos por el Sanchoniathón ese análisis, al que la idea de síntesis, que ha sugerido nuestro trabajo, hará más sumario de lo que hubiésemos deseado.

El documento fenicio, traducido al griego por Filón de Biblos, era, si hay que creer á su autor, la tra-

ducción de otro mucho más antiguo, anterior al diluvio y obra de Thot, secretario de los dioses. Importa, ante todo, estudiar la personalidad de este dios, ó de este héroe deificado.

La mitología de Egipto es mucho más asiática de lo que puede figurarse, en el sentido de que gran número de símbolos introducidos en Oriente por sus colonias las recibió después en forma de mitos. Tal es el caso por lo que toca al dios múltiple que los egipcios llamaron Thot, los griegos Hermes, los latinos Mercurio, los indios Budha, los sirios Gigón, los árabes Idris, los judios Henoch, los galos Gwyón. La identidad del personaje, á pesar de los caracteres muy distintos que le presta el genio de los diferentes pueblos, se reconoce en el signo astronómico que le ha consagrado el miércoles.

Ningún dios, después de Osiris, obtuvo un culto tan universal como este representante del arte y de la ciencia en los tiempos mitológicos. Thot figura en la mitología egipcia entre los ocho dioses primitivos anteriores á los doce dioses. Pasa por ser el inventor de las letras y de la astronomía. Según Diodoro, Thot fué un ministro de Osiris que le dejó gobernar á Egipto con Isis durante el curso de su gran expedición al Asia. Se atribuye á éste una observación astronómica que colocaba el ojo de Tauro en el 25° 17 de Piscis. Bailly la sometió al cálculo y cree que la estrella debió ocupar esa posición tres mil trescientos sesenta y dos años antes de la Era cristiana, lo que, á razón de un grado por cada setenta y dos años, da en 1750, cuando escribió Bailly, un lapso de tiempo de cinco mil ciento doce años. Esta fecha, que pareció entonces de exorbitante antigüedad, se acerca mucho á las fechas aproximativas suministradas por los monumentos para el reinado de Osiris.

Jámblico atribuye á Thot la paternidad de 20.000 escritos, y, según Clemente de Alejandría, produ-

jo 42 volúmenes. Además, Manethón cuenta dos Hermes; el primero escribió antes del diluvio en caracteres jeroglíficos figurativos; el segundo, hijo de Agatodaimón, el buen genio, tradujo esas inscripciones en letras fonéticas. Manethón considera á ambos personajes como seres vivientes.

En este papel mítico, Thot tiene algunas veces en sus manos el ojo de Horo. También se identifica con el dios Chons, hijo de Ammón, personificación de la raza etíope de Asia. Represéntasele frecuentemente con cabeza de Ibis ó con cabeza de perro, coronada del disco y de la media luna de Isis. Entonces es *Thot-Lunus,* es decir, un jefe de las naciones lunares.

Pero también hubo un Thot asiático, cuyo papel histórico fué importantísimo. Sanchoniathón le llama Taut (Tot), y refiere que había sido ministro de Saturno. Su existencia no es dudosa: honrado por su saber y por sus útiles inventos, Tot fué colocado en la categoría de los grandes dioses, y su culto, propagándose igualmente en Oriente y Occidente, revela el punto central de donde ha irradiado, modificándose según el carácter y las costumbres de sus adoradores, con el nombre de Theuth ó Teutales entre los germanos, con el de Tuiston entre los sajones; es un Marte feroz al que se inmolan los prisioneros. Los escandinavos han hecho de él Woden ú Odino, dios de las ciencias ocultas, y por su poder, un Júpiter del Norte. En cuanto al Tot original, tipo de estas diferentes divinidades, vivió en tiempos de Urano, y según Sanchoniathón, fué el jefe de los Elohim, que se sublevaron contra el rey-cielo; le condenaron á muerte y proclamaron soberano en su lugar á Saturno. «Tot, dice el escritor fenicio, excitó al combate á los Elohim, compañeros de El (Saturno), cantándole himnos guerreros». Saturno, convertido en rey, tomó á Thot (Taut) por consejero y ministro. Este ejecutó entonces las imágenes de los dioses, escribió en carac-

teres sagrados, é instituyó los emblemas y los signos de la realeza. Habiendo venido en seguida el monarca con Tot al Mediodía, le dió el gobierno de Egipto; en otros términos, le cedió la autoridad sobre Caldea, Armenia y parte de Siria, que formaban entonces el Egipto asiático.

Sanchoniathón nos dice que Tot era hijo de Misor, ó lo que es lo mismo, de Misr ó Misraim, nombre de las colonias egipcias del mar Negro, la principal de las cuales fué Colcos, donde residió el gobierno en tiempos de Saturno y de sus sucesores. El dominio de Tot era vecino, pues una de las más altas cimas de esta región del Cáucaso, ostenta el nombre de montaña de Tot.

Con las dos formas que hemos indicado reviste Thot una individualidad bien definida; pero en su tercera forma, con el nombre de Mercurio, que nos es mejor conocido, parece revestir un carácter nacional. Su nombre, *Her Kure*, el señor de los Kuros, se deriva evidentemente de la apelación colectiva de Kur, sol, que designaba á los pueblos reunidos bajo el patronato del astro, padre de los egipcios. Los curetos y los coraixitos habitaban la Cólquida. El río Kur, Dioscurias, Enguri, Guriel, recuerdan esta denominación genérica. *Herkure*, en la tradición, fué el dios y el tipo de estos pueblos de traficantes y navegantes, agrupados bajo el emblema del pez, y entre los cuales figuraban los antepasados de los fenicios. Los pies alados del dios representan sin duda las barcas de vela de que se servían los kuros en sus expediciones. La rama de olivo que lleva Mercurio y que fué el emblema de la paz que necesita el comercio para florecer, había sido probablemente en su origen una enseña de los mercaderes de aceite. Los de Roma inmolaban a Mercurio el 15 de Mayo, día que le estaba consagrado, una cerda bien cebada en el templo que se le había erigido cerca del Circo Máximo, pues se

bañaban en el agua de una fuente á la que se atribuía la virtud de hacer favorable al dios á las empresas mercantiles é indulgente con las supercherías. Cerca de la estatua nadaban los peces sagrados. Desde los tiempos más remotos se asoció este emblema al símbolo sideral de Mercurio. En efecto, existe una relación sensible entre el Tot (Taut) fenicio y el *tewt* que, en copto, significa pez.

Los kuros, sirviéndose de sus navíos, que visitaban las diversas regiones del mar Negro, fueron los agentes activos y los portadores de las órdenes del señor de los dioses. Hermes, *internuncius deorum*, tenía en la mano como insignia de sus funciones una varita de oro, ú otra enlazada con dos serpientes, que recibía el nombre de caduceo. Cuando había que tratar de la paz ó resolver alguna diferencia, el dios interponía su caduceo, y ambos partidos tenían que reconciliarse. Baco está algunas veces representado como portador del caduceo, porque con su virtud mágica decíase que había restablecido la buena armonía entre Júpiter y Juno en tiempo de sus grandes pendencias.

Los coribantos (kurubant), según Estrabón, eran originarios de la Cólquida. Se les atribuía la invención de las *curbeis*, piedras plantadas, llamadas más adelante estelas, en las que estaban grabadas las leyes y los actos públicos (1).

Pero hay un punto en el que Thot, Hermes y Mercurio se reunen y confunden: es su función común de *psícopompos* ó conductores de las almas. La situación que ocupaban los pueblos de Mercurio en el litoral de Abasia, que se dilata más de 600 kilómetros, confinando al S. E. con la Cólquida, y al N. con las islas del Hades y de Ammón, obligaba á los convoyes de muertos que habían de comparecer ante los tres jue-

(1) Ecol. Aristof., *las Nubes*, 447.

ces, á atravesar el territorio de Hermes. Este los escoltaba hasta el tribunal acompañado de Anubis el líbico ó de Horo, regente supremo que residía en Colcos.

En resumen, Thot-Hermes Mercurio se nos ofrece con el triple aspecto de un sabio astrónomo, de un príncipe guerrero y político y de un pueblo comerciante y navegante. Evhemero y otros mitógrafos, fijándose exclusivamente en el aspecto vivo é individual, refieren que Hermes, hijo de Júpiter y de Maya (en copto, la bien amada) hija de Atlas, se hizo célebre entre los principales Titanes por su genio astuto y disimulado. Habiendo viajado por Egipto para instruirse y estudiar la historia de los dioses y la magia, conquistó reputación de hábil adivino; y los Titanes no hacían nada sin consultarle. Júpiter debió el éxito de muchas negociaciones á su habilidad y elocuencia. Sin embargo, por su ambición se atrajo la enemistad de otros jefes, que formaron una liga para abatirle. Vencido en la guerra que tuvo que sostener, Hermes se retiró, según unos á Egipto, según otros á Iberia, lo que es igual, puesto que Georgia ó antigua Caldea, tomó en tiempos más modernos el nombre de Iberia. Pallas refiere que en Baku, á orillas del Caspio, en la desembocadura del Kur, los guebros invocan á la divinidad con el nombre de Tot (Taut).

Fué en esta comarca, reinando con el nombre de Saturno, cuando Tot recibió el sobrenombre de Hermes (Arames, el Armenio), con el cual le han conocido los griegos. Pero lo que constituye el título más preciado de este personaje al agradecimiento de los hombres es de ser autor de la primera tradición escrita. Los egipcios le atribuían la redacción del Ritual de los Muertos, que ya hemos mencionado en el capítulo precedente, y que les procedía en ese caso de Caldea. Según los fenicios, también sería autor de la Cosmogonía conocida con el nombre de Sanchoniathón. Este

último origen no es muy dudoso, pues ese documento termina con las siguientes palabras: «Los siete cabiros y su hermano Eschmún han escrito la historia de la primer edad por orden de Thot». De estos términos resultaría que cada jefe de tribu había suministrado los informes que poseía á Thot, el cual los reuniría y grabaría en una estela. Así se explicarían las variantes del documento fenicio en que los sabios alemanes y franceses han reconocido muchas cosmogonías parecidas en el fondo, pero diferentes en la forma; esta circunstancia que ha inspirado al principio dudas sobre la autenticidad del documento, se convertiría así en una prueba más en su abono.

Pero sea cualquiera el origen de las múltiples versiones de la primera parte del escrito fenicio, es difícil de no considerar al mismo Thot como autor de la segunda parte en que se refieren la usurpación del trono de Urano por El ó Saturno, el reinado de éste y diferentes detalles en que Thot desempeña el papel principal. La personalidad del escritor está traicionada por la legítima ambición de transmitir su nombre á la posteridad.

El descubrimiento de los escritos de Thot, después del diluvio, en Sippara de Caldea, le dió inmenso renombre. Con el nombre de Hermes Trismegisto se hizo tres veces grande como príncipe, como pontífice y como maestro de las ciencias ocultas, padre de toda ciencia. Sus escritos sirvieron de base á las cosmogonías en que los sacerdocios resumieron sus ideas sobre la formación del mundo. Alrededor de su nombre vino á agruparse el pueblo de los astrólogos, de los alquimistas, devorados por la sed de conocer, siendo Caldea su primera patria. De Hermes se ha derivado el gnosticismo y la cábala, que los judíos y los árabes herederos de la ciencia hermética, difundieron en sus peregrinaciones por Occidente. Transformado por lo sobrenatural en una entidad mítica, Hermes se en-

cuentra así colocado al frente de todas las mitologías. Pero creemos que su mayor magia consiste en la invención de la escritura alfabética, que llenó la laguna de los signos figurativos, y más tarde los sustituyó completamente. Tal fué el destino de dos hombres, Thot y Fausto, que, á cinco mil años de distancia, realizaron los más útiles progresos del genio humano, la escritura y la imprenta, pasando uno y otro por hechiceros.

III

EL SANCHONIATHON

El único monumento escrito que los fenicios nos han dejado, es el fragmento atribuído á ese autor llamado Sanchoniathón que, según Filón, su traductor, fué un sacerdote de Tiro (1) Este nombre debe de tener un sentido, y no es en el griego ni en el caldeo donde hay que buscarlo, sino más bien en el copto antiguo que hemos empezado á conocer por los jeroglíficos, y que seguramente fué la lengua oficial y sagrada que hablaron los pueblos educados bajo la tutela de Egipto. En esta lengua, *Koniath* significa la morada santa, el colegio sacerdotal donde residían los sacerdotes y se custodiaban los archivos. Los de Egipto eran célebres. En el colegio de Memfis estudiaron Tales y Demócrito; Pitágoras fué á Tebas, Solón á Sais, y Platón á Heliópolis. En cuanto á la primera sílaba del nombre Sanchoniathón, creemos que no podría traducirse con mayor verosimilitud que por la palabra Σαγχωυ propuesta por Renán como muy cercana del fenicio y con sentido familiar, el que habita con (2). Luego *Sakkoniath* significaría sacerdote ó discípulo del sagrado colegio.

---

(1) También se encuentran en Eusebio, *Preparación evangélica*, extensos fragmentos. Existe de este libro una traducción en armenio publicada gracias al celo del ilustre italiano Angelo Mai.

(2) *Mém. de l'Académie des Inscriptions*, vol. XXIII, página, 297.

Después de haberlo acogido los sabios del último siglo, discutiéndolo con un ardor pronto extraviado por la falta de suficientes conocimientos, el fragmento del Sanchoniathón se declaró apócrifo y se arrumbó considerándolo como de fecha más reciente. Sin embargo, Movers, Ewald, Bunsen, Renán, han reconocido después que los elementos eran muy antiguos y poseían gran importancia arqueológica. Sus sabios é ingeniosos trabajos han devuelto á este documento su valor injustamente discutido.

Filón vivió en una época posterior al reinado del Emperador Adriano. Aunque fuese sirio, es muy probable que no poseyese mejor que la mayoría de los filósofos y los teólogos el secreto del simbolismo oriental. Sin duda, ha traducido lo más literalmente que le ha sido posible, pero con la convicción de que se trataba de una cosmología semejante á la del Génesis. Se limita á mencionar ciertos documentos intitulados *Ammonéon grammata*, escritos de Ammón, que se conservaban en los archivos de los templos de Fenicia, y que por su título no podría dudarse de su carácter. Cuesta trabajo suponer que estos escritos de Ammón hayan pasado de la Tebas egipcia á Caldea y de ésta á Fenicia. Admitida la existencia del nomo de Ammón en el Palus-Meótides, en cambio, es fácil comprender que esta transmisión se haya realizado de N. á S. por intermedio de la misma emigración fenicia, bajo la dirección de los sacerdotes de Ammón, jefes espirituales de los pueblos del mar Negro. En efecto, el autor fenicio nos dice que debía el conocimiento de las cosas que revelaba á Hierombaal, pontífice de Javo ó Júpiter. Sin duda, estos sacerdotes habían guardado hasta entonces, con monástica fidelidad, el uso del idioma copto de que son expresión los caracteres sagrados de Egipto y los escritos que sirvieron de texto á Sanchoniathón, ese libro de Thot presentado como la tradición de los tiempos primiti-

vos, tuvieron que escribirse en ese lenguaje. Sólo, pues, con ayuda de la lengua jeroglífica se puede esperar encontrar la clave del documento fenicio.

Aunque el Sanchoniathón sólo es una traducción, es lícito pensar que, habiendo debido introducirse el uso del copto antiguo en las colonias de Asia, al menos en lo concerniente á la lengua religiosa, el caldeo y sus derivados tuvieron estrechas relaciones con esta lengua, y la mayoría de los vocablos del documento primitivo pasaron al escrito fenicio. Filón, inseguro de su exacto sentido, los transportó al griego ó bien los tradujo con términos casi idénticos por el sentido y la forma; pero revistiendo una significación abstracta ó general.

Bajo el imperio de las preocupaciones cosmogónicas, los comentadores se han detenido en esa significación al interpretar el documento fenicio. Le han impreso un carácter sobrenatural y han arrastrado los espíritus á un laberinto de vagas sutilezas, del que aun no se ha salido. No podía ser de otra manera en tanto que el conocimiento de la lengua descifrada por Champolión y sus hábiles sucesores permaneció ilegible.

Aquí sólo podemos ofrecer un ensayo de esa nueva interpretación. Quizá deje en los espíritus no prevenidos, la idea de que en lo referente á la cosmogonía fenicia y aun en los que se le parecen, ha existido un documento, el más antiguo seguramente que existe, y el más grande por sus consecuencias. Sin duda parecerá extraño que creencias cinco veces milenarias reposen en cuatro ó cinco contrasentidos, y que la verdad y el error tocante á los puntos más importantes, se reduzcan en último término á un problema de gramática. Ha habido grandes cismas que no han tenido fundamentos más sólidos.

Se ha convenido en que las cosmogonías tienen por objeto referir la formación y comienzo del mun-

do. Ahora bien, ningún término es tan discutible por el empleo que de él se ha hecho en los poemas primitivos. En los Vedas suele tratarse de muchos mundos. Los tibetanos cuentan nueve, los rabinos cuatro, el Avesta cita tres. Es claro que en otro tiempo se entendía por este término una cosa muy distinta que el Cosmos ó el Mundus de los antiguos. Clemente de Alejandría, cuya ciencia era profunda, no duda en decir: *Per Ægyptum intelligitur mundus*, el mundo es Egipto. Los pitagóricos pretendían que el número treinta y seis representaba al mundo, y tal fué el de los nomos de Egipto. Al principio se contaron doce correspondientes á las doce casas del sol ó constelaciones; luego se duplicó y triplicó este número. Puede conjeturarse que las doce tribus del Nilo tuvieron el doble ó triple en Asia; quizás doce á orillas del mar Negro y otras doce en Bactriana. Cada nación formaba un mundo ó gobierno, y la suma de estas treinta y seis grandes tribus constituía el mundo Egipcio. Cuando se desintegró este imperio la denominación Mundo, que había quedado en el vocabulario religioso, tomó poco á poco la acepción vaga y abstracta que aún se le da en nuestros días.

Así, estas vagas expresiones, *peto* en copto antiguo, *toesch* en zendo, *akbé* en pelvi, *dunia* en parsi, que se traducen habitualmente por mundo en un sentido cosmogónico, significaban en realidad el imperio, el territorio sometido á la dominación de un rey ó de un pontífice. Frecuentemente se lee en los libros de los persas, de los indos, de los árabes este calificativo: Señor de los tres mundos ó de los siete mundos; y designa simplemente el número de pueblos que formaban el reino del monarca fabuloso. En cuanto al vocablo *mundus*, parece derivarse, como *mond*, luna en germánico, *mahn* en frigio, *moon* en inglés, de un término que expresaba la extensión del país ocupada por los pueblos lunares y cuyo sen-

tido, agrandándose por su expansión, tomó á la larga un carácter de indefinida inmensidad.

Según el rito etrusco, el *mundus* era un hoyo en forma de cielo invertido, es decir, de cúpula al revés. La parte inferior estaba consagrada á los dioses manes. Cuando se fundaba una ciudad, se comenzaba por abrir este hoyo, se depositaba en él las primicias de los campos y los vergeles, y cada asistente, arrojaba un puñado de tierra de su país natal. En seguida se trazaban los límites de la ciudad tomando al *mundus* por centro. Se ve, pues, que el Mundo fué originariamente un lugar consagrado que representaba á la patria.

La misma interpretación debe darse á la palabra tierra, en griego antiguo *gaia*, del copto *kai*, que tiene idéntico sentido. Por este término sólo se entendió al principio la pequeñísima región ocupada por los primeros pelasgos. Cuando el Génesis dice «la tierra», es evidente que sólo quiere hablar del país que habitaban los primeros padres del pueblo judío.

Según Eusebio y los comentadores antiguos y modernos, el principio del Sanchoniathón se traduciría así literalmente del texto griego de Filón: «Al principio del mundo había un aire tenebroso y el espíritu ó soplo del aire tenebroso, y también había el Caos turbulento y sumergido en la noche.»

Suponemos que habiendo tenido que caminar al azar, Filón habrá procedido frecuentemente en su interpretación por medio de la aliteración, y servirse de las palabras griegas que más se acercaban al texto fenicio. ¿No pasaba el fenicio por ser el padre de la lengua y de la escritura de los helenos? Pero creemos que estos términos procedían de una lengua más antigua del idioma que entonces hablaban los egipcios, y cuyas palabras, bajo el imperio de las ideas cosmogónicas del traductor, adquirieron una significación

ostensiblemente distinta de la que tuvieron al principio.

Si se entresacan cuatro vocablos principales que determinan el sentido del pasaje, *æther*, *khaos*, *pneuma*, *erebodes*, para acercarlos al copto jeroglífico, se llega á las siguientes deduciones: *æther* (aire, cielo), se deriva de *Her*, dios, *at her*, morada de dios ó del señor. Es el equivalente de Hathor, morada de Horo ú Hora. En cuanto al griego *pneuma*, soplo, espíritu, es un compuesto: «*ap-noum*, el nomo padre». Es muy notable que el vocablo Noum exista en el caldeo, el persa, el griego, con el sentido uniforme de ley. Ammón, con la forma de carnero, se llama *Noum*. Creemos que en este caso personifica la tribu, el nomo sacerdotal al que los pueblos de Asia debieron sus primeras enseñanzas y que asimilaron á la ley. Los arcadios adoraban á un Júpiter Æther, al que daban el sobrenombre de *Nomios*, y Plinio nos dice que el pueblo Æther, el nomo cielo, tomó al principio el nombre de Atlante, y después el de Etíope (1). Pneuma, en copto *ap-noum*, es, pues, el nomo celeste, el antepasado de los Atlantes, de los etíopes y de los pelasgos de Arcadia.

«Pneuma domina sobre el Caos». ¿Qué es el Caos? En el texto latino se califica de *turbidum*, turbado, perturbado; pero el griego le llama δολερον, astuto, epíteto que sólo se aplica á las personas. Además, el Caos es *erebodes*, que se traduce por negro. ¿Cómo el Caos, en el sentido que se le asigna, tendría color? Por otra parte, esa traducción no es exacta, pues *ereb* en hebreo, como en Homero, significa poniente, anochecer (2). Observando Plutarco que Hesiodo coloca al pincipio el Caos, la Tierra y el Tártaro, dice que hay que considerar al Caos como un sitio parti-

(1) Plinio, XXX.
(2) *Odisea*, XII, 81.

cular del universo (1). En fin, á Plutón se le llama *Rex Chaus*, lo que nos sugiere la idea del Erebo, una de las cuatro regiones de los Infiernos.

Caos ó Kahus ofrece, pues, los caracteres de un país del poniente y de un pueblo negro. Inquiriendo el origen de este término, se advierte que está compuesto de dos palabras empleadas frecuentemente en los calificativos reales de las inscripciones jeroglíficas: *Kah-us*, guardián de la tierra ó del país. Ahora bien, esa era la misión de los etíopes adjuntos al nomo de Ammón. Caos tendría, pues, el mismo sentido que Cus ó Cusch, nombre de los etíopes en la Biblia como en los monumentos egipcios. Caos es *erebodes*, es decir, negro y habitante del país del poniente (2). En fin, el término *dominaba*, *estaba seguro*, indica que Caos estaba sometido á Ap-num, el nomo padre.

El párrafo siguiente de la cosmogonía fenicia ofrece una falta de sentido que toda la metafísica del mundo no ha logrado explicar: «Pneuma sintió intenso amor por sus propios principios, ἰδίων αρχῶν». Es evidente que hay que buscar fuera del griego el sentido de estas palabras. Arkón debe ser el nombre de un pueblo, del que quizás proceden *Arki*, una de las familias madres de la nación fenicia, *Argos* y la sacerdotisa *Arghé* que, según Olén de Licia, aportó á los griegos desde el país de los hiperbóreos el culto del sol y de la luna (3).

Ya hemos indicado la atracción que la rara belleza de las mujeres escitas ejercía sobre los colonos africanos. De su unión nació una raza todavía más bella, en la que siguieron tomando esposas. La oscura

---

(1) *De Iside*, 58.

(2) La larga península de 100 kilómetros al Oeste del mar de Azof, llamada flecha de Arabat, podía haber guardado muy bien esta denominación primitiva de *Ereb-at*, país del poniente.

(3) Herodoto, IV, 33.

frase del texto corresponde, pues, á los calificativos atribuidos á Ammón por las inscripciones, en las que se le titula «marido de su madre».

—«De la unión entre *Pneuma* y *Arkhé* nació *Pothos*, y éste fué padre de toda generación». El sentido de deseo que se da á la palabra griega, nada hace al caso. Trátase simplemente del pueblo *Put (puont, pontos)*, el *Put* de los profetas hebreos, aliado á Cus y á Gog. Es el pueblo del Ponto que, según Diodoro, Belo, hijo de Poseidón y de Libia, condujo á Babilonia. En vez de Pothos, Eusebio escribe *Apasou*, que se aplica á los ases, otra familia importante de la Escitia Meótide mencionada por Plinio y por la mayoría de los geógrafos

Lo que tiende á confirmar esta interpretación es que se adapta sin dificultad á las demás cosmogonías, de las que el Sanchoniathón ofrece una colección, y que casi son la repetición de la primera. Así se lee más adelante: Al principio fué el Caos, y Pneuma dominó sobre el Caos. Uniéronse ambos, y nació Mot» (1).

A Mot se le califica «de elemento limoso, de mezcla acuosa y pútrida». Se trata de una región y no de una persona. No es posible designar más claramente la laguna Mæotis y el mar Pútrido que forma parte de ella. La teogonía egipcia aporta aquí su decisivo testimonio. Ammón ó Noum, en las triadas divinas donde figura, suele colocarse al lado de su esposa llamada Mot, Maut ó Muth, término absoluto idéntico al vocablo del Sanchoniathón. Según Plutarco, Isis tan pronto se llama Muth como Hathor (2).

Ahora bien, Mot tiene el sentido de madre en el egipcio antiguo, y esta significación precisamente se

---

(1) Renán, *Memoires de l'Acad. des Inscript.*, t. XXIII. *Assemani bibl.*, t. I, 45. Estrabón, t. XI, 495.

(2) *De Iside*, 56.

ha asociado siempre á la región de que hablamos. Los escitas, dice Plinio, llamaban en su lengua al Palus Meótides, *Temerinda*, es decir, madre; Fanagoria, ciudad principal del país, situada en el Bósforo, se llamó en otro tiempo *Matrica*, y en las cartas de los siglos XV y XVI designa á este país la palabra *Matrega*; en fin, P. Mela dice que el Hipanis ó Kubán nace de una gran laguna llamada *Mater maris*. Además, no es dudoso que los términos *mother*, *mutter* se derivan de esta fuente (1).

El sentido general que se desprende del texto de Sanchoniathón, ya no parece desde entonces difícil de comprender. De la unión de Kahus ó Cusch con Apnoum, nacen las primeras familias del Palus-Méotides, y Pot ó Mot representan las ramas que se desprendieron en su crecimiento. Las dos cosmogonías tienen, pues, idéntica significación.

«Mot, semejante á un huevo, engendró á todas las generaciones». El carácter generador de que el nomo de Ammón se enorgulleció en sus pinturas, está aquí celebrado: *Ouho*, germen en copto, ha sido, evidentemente, la radical de *oon*, huevo en griego; los dioses Amun, Noum, Cnef, Ftah, suelen ostentar en la boca el huevo original. Según Porfiro, el autor de todas las cosas se llamaba Cnef ó Knufis, símbolo ordinario de Ammón. «Este dios, dice, está representado por una figura de hombre, cuyo rostro, que tira al negro, está pintado de azul; en la mano tiene las insignias de la realeza, y está cubierto como los cabiros, con un gorro de piel coronado del distintivo real».

---

(1) Así como *mud*, ingl. barro. Aquí se a vierte el conjunto de estas diversas significaciones procedentes de una misma raiz.

....Mæotidis alta paludis
Æquora prorumpunt; Scythiæ latè barbarus oras
Incolit et Matrem ponti cognominat undam.
F. Av.énus, v. 242.

Cnef, así como Noum, también está representado con cabeza de carnero, y forjando en un torno de alfarero tan pronto un huevo como una figura de hombre (1).

El simbolismo del huevo tiene un puesto importante en los escritos cosmogónicos. Plutarco refiere que, habiendo producido Osiris el huevo del mundo, encerró en él doce figuras blancas; pero Tifón, el dios etíope, genio del mal, introdujo otras doce figuras negras, de donde resultó la mezcla del bien y del mal. Más fácil es reconocer en eso un sentido étnico que expresa la fusión de las razas blanca y negra. Los jeroglíficos suelen colocar el huevo del mundo en la boca de la víbora Hof, emblema de la soberanía de Egipto. Según los poemas órficos, el huevo original lo creó Akmón, y esta doctrina fué adoptada por los filósofos jónicos.

En la mayor parte de las cosmogonías el huevo primordial está flotando en las aguas. Sólo la situación insular de Mot puede explicar esta singularidad. Las aguas primitivas, anteriores á cualquier creación, se mencionan en los más antiguos escritos. «El señor de todas las cosas, dice Hermes, hizo salir del agua el fuego puro, y la orden dada á la masa de las aguas de retirarse, hizo aparecer á la tierra fangosa y trémula. Habiéndola secado el sol, se endureció en medio de las aguas que la rodeaban, y dijo Dios: «Creced en fuerza y multiplicaos, pues el tiempo ha llegado».

Sanchoniathón dice también que Mot era fangoso y trémulo. Estos informes atestiguan suficientemente que las cosmogonías se han inspirado en un texto único ó se han copiado unas á otras. Adviértese que aquí se trata de trabajos de desecación y filtración de las aguas, de que estaba en parte cubierta la isla

(1) Eusebio, *Præp. evang.*, III, XI.

pantanosa de Mot, resquebrajada á veces por sacudidas volcánicas.

«Mot se hizo brillante, y al lado de ella aparecieron el sol, la luna y los grandes astros y planetas». Este pasaje, considerado como el equivalente del principio del Génesis, tiene, sin embargo, un significado mucho más restringido. Nos hace comprender que el nomo de Ammón aumentó en esplendor y en autoridad, y que las dos familias del sol y de la luna se agruparon á su alrededor en las siete islas colocadas bajo el patronato de los siete planetas.

El progreso intelectual de los pueblos bárbaros de la Escitia, bajo la influencia de las enseñanzas de los sacerdotes de Ammón, está indicado en el siguiente pasaje:

«Entre los seres nacidos de Mot los ha habido desprovistos de inteligencia que engendraron á otros seres llenos de saber, llamados *Zophasemin* (raza de Occidente), y hechos á semejanza de Chemán; luego, empezaron á moverse los hombres, varones y hembras.»

Estos seres, formados á imagen de Khem, Egipto, demuestran que por la instrucción se hicieron semejantes á sus maestros. El segundo párrafo indica los primeros movimientos de las familias, que encontrándose estrechas en las pequeñas islas del archipiélago Meótides, se desparramaron por el continente. En una tercera cosmogonía, la unión de Pneuma y de Caos engendra á Bóreas, viento del Norte. En otra parte hemos estudiado á este personaje complejo, que es dios, hombre y fenómeno. Es un príncipe de los ases hiperbóreos que reina en el Cáucaso, puesto que es allí donde transporta á Cloris ú Oritia, hija de Erecteo, rey de Atenas. Los navegantes daban su nombre al viento del Norte que soplaba en las cimas nevadas del Nifato.

Según la cosmogonía, Bóreas desciende del nomo

egipcio y de los etíopes. Pero Cusch, por su parte, se unió á Kolpia (*Col-Apia*, la tierra de Col, Colcos), y engendró á Ulom y á Kadmón.

Según Ptolomeo, hubo en otro tiempo, en la costa de Abasia, una ciudad de Kolpia ó Kolpos, más tarde Kerketo, la ciudad de los circasianos, y estaba situada á poca distancia de Akaia-vetus. El viento que soplaba de Kolpia debia de ser, pues, el viento Sudeste. En otra variante, Kolpia y su mujer Bâan engendran á Aiônê (Aônes ó Jonios).

Ulom y Kadmón se establecieron en Fenicia y engendraron hijos que se llamaron luz, fuego y llama. Este paraje parece corresponder al de Hesíodo, en que hablando de los cíclopes, les da el poeta los nombres del trueno, del relámpago y de la llama, prestados á su función de forjadores del rayo. Los hijos de Kadmón y de Ulom fueron gigantes que transmitieron sus nombres á los montes Kasio, Líbano, Antilíbano y Tabor.

Estas dos denominaciones, Ulom y Kadmón, tienen una significacióu importante, que sugiere otros varios puntos de vista. Creemos que la primera representa á los *Olum-pé*, Olímpicos, confederación de doce tribus que, bajo el gobierno de Zeus, ocupó todo el litoral del mar Negro. Kadmón es el epónimo de los Kadmonim, las once tribus madres del pueblo sírio: Sidón, Heth, Jebus, Emor, Ghergassi, Ewi, Arki, Sin, Arward, Semari, Hemath. Trátase de la división en dos ramas, ária y semita, del tronco egipcio-escítico. Según otra variante, *Chusor* (Orco ó Plutón, señor de Chus), organiza el mundo, y engendra á Kaín y á Adam. Luego aparece Chamaín Upsistos al altísimo, señor del Cielo, el Urano de los helenos, al que sucede Misor, ó mejor Mesré, Misrain, los egipcios de la Cólquida; luego Suduk ó Saddik, un Júpiter cuchita.

Según todas las apariencias, el Génesis ha inspi-

rado en la misma fuente la lucha de Shamirúm, que habita en las tiendas, con Usu, el cazador velludo: pasaje que recuerda la rivalidad de Jacob y de Esaú, históricamente israelitas y árabes edomitas.

Después de muchas generaciones vienen *Amún* y *Magos*, que señalan la aparición en Caldea de los grandes sacerdocios, uno representando el sabeismo egipcio, otro el magismo persa. Después de esto el documento fenicio, al desarrollarse, toma un aire narrativo y reune los diversos elementos que se encuentran dispersos en las tradiciones de los hebreos, de los persas y de los griegos.

En él se ve figurar á los Elohim del Génesis, á Tamuras, el héroe de las crónicas del Irán, á Atenea y Persefona de la mitología griega. La usurpación del trono de Urano y el triunfo de El, el dios Saturno, se refieren conforme á la mitología helénica; pero á Urano se le acusa de adulterio y luego de divorcio con Ghé, su esposa. El relato está consagrado íntegramente á la gloria de Saturno y de Thot.

Por los consejos de éste se abisma á Atlas bajo tierra, pasaje que alude probablemente á la inmersión de la Atlántida. En cambio, no se menciona la caída de Saturno ni el triunfo de Zeus. Tal omisión de hechos tan importantes, si no es resultado de una laguna, quizás sea efecto de un espíritu de hostilidad tácita por parte del antiguo ministro del rey etíope. De cualquier manera, de las leyendas mitológicas resulta que Thot no tardó en someterse al vencedor. Esta conducta nada tiene de opuesta á la sutileza política, propia del carácter de Thot-Hermes y que, en algún tiempo, no fué inconciliable con un gran saber y una alta inteligencia.

Ignoramos si la interpretación que ofrecemos de Sanchoniathón tuvo adeptos en los tiempos antiguos. En todo caso tuvo que borrarse prestamente por el sentido cosmogónico que le dieron las religiones

cuando se apoderaron de la tradición. La necesidad de dar solución al problema de los orígenes, suscitada por los pueblos, á los que la ignorancia y vaguedad de los recuerdos dejaban en una penosa incertidumbre, y encontrar la razón de los fenómenos extraordinarios que les habían impresionado, inspiraron los Génesis compuestos por los sacerdocios en el decurso de los dos ó tres siglos que siguieron al diluvio.

IV

LAS COSMOGONÍAS

Durante el brillante período de exégesis sagrada, cuyo principal hogar estuvo en Alejandría, los escoliastas de genio compulsaron laboriosamente los documentos referentes á la primera edad de la humanidad: unos los explicaron en sentido metafísico, otros se esforzaron en ponerlos de acuerdo con la tradición bíblica; bajo el peso de tantos ingeniosos comentarios desapareció la débil trama histórica, desnaturalizada por una acumulación de sutiles inducciones y alteraciones de los textos primitivos antiguos, con el fin de adaptarlos á la interpretación teológica, sin alejarse per eso del tema primitivo. En suma, cuando se comparan los relatos cosmogónicos con que se ha explicado la creación, admira la poca variedad de los procedimientos empleados y se llega necesariamente á la opinión de que estos documentos, tan semejantes entre sí por el fondo, han debido emanar de un texto único, primitivo, que sólo puede ser el de Thot, puesto que es el más antiguo, el más sencillo y que interpretado á la letra, no tiene nada de sobrenatural.

Según los libros herméticos, cuya doctrina tiene un origen egipcio, la génesis inicial se compone de cuatro seres primitivos: Knef, símbolo de Ammón, calificado de espíritu de los dioses; Neith (la Noche, *nott night*), representada entre los griegos por Minerva-Atenea; luego Seb, ó Saturno-Cronos, y Pacht ó

Isis-Démeter. Estas cuatro divinidades se encarnan, se unen y engendran á los cabiros, padres, á su vez, de la humanidad.

La alianza de las tres razas en el Palus-Meótides, está perfectamente caracterizada por estas cuatro divinidades; dos de ellas, Ammón y Seb, representan á los egipcios y á los etíopes, mientras que en Minerva y Ceres-Démeter se reconoce á la reina y á la sacerdotisa que reinaron sobre los pueblos de Akté, antiguo nombre del litoral de Táuride, la primera al Sur, la otra á orillas del Bósforo.

La cosmogonía órfica está profundamente influída del misticismo egipcio. Reproduce el símbolo del huevo generador, y declara que el Eter, el Tártaro, la Tierra, el Océano, los dioses inmortales y las diosas han salido del seno fecundo de Júpiter, el primero y el último, el principio y el fin. Estas palabras, que siempre se han interpretado en sentido abstracto, son la simple confirmación de un hecho: que la fundación de la colonia, la institución del rito de los Infiernos, de los Campos Elíseos y del templo cielo, fueron obra del nomo del Júpiter egipcio, creador de la nueva raza.

La mayor parte de las cosmogonías recogidas y expuestas por los autores antiguos, participan más ó menos de este dato primero. Jámblico cuenta nueve órdenes de dioses: los invisibles, los visibles, los arcángeles, los ángeles, los genios, los príncipes de primera fila, los de segunda, los héroes y las almas de los astros. Los negocios del cielo están dirigidos por un agente que resume todas las virtudes y ciencias; su nombre es *Emef*, en el que se adivina fácilmente al *Emfé* de los jeroglíficos, el rey-cielo. Sobre él está *Ichtón*, el sér indivisible que se adora en silencio; luego vienen los agentes activos de las cosas visibles. El arquitecto divino, el que preside á la verdad engendrada por la fuerza de la sabiduría, es Am-

món según los coptos. Ftah es el patrono de los artesanos; Osiris es el autor de los bienes de que gozan los hombres. Añade Jámblico que también hay, según la creencia de los egipcios, un prefecto de los dioses, jefes de los poderes elementales, de los cuales cuatro son varones y cuatro hembras (1). Se les llama vasallos del sol, en copto antiguo *Horschesou*. Parte del gobierno del mundo está asignada á la luna. El cielo se divide en dos partes, luego se subdivide en cuatro, en doce y en treinta y seis regiones, y á cada una la preside una divinidad.

No hay que hacer malas interpretaciones: esta gerarquía celeste es la fiel reproducción de la organización sideral, según la cual los egipcios y después los caldeos establecieron su orden político.

La cosmogonía de los indos se acerca bastante al mito caldeo, aunque influida por el genio ensoñador y sutil propio del dogna bramhánico. La creación está referida por el Manava Sastra en el mismo orden que el Génesis y, como éste, empieza con el espíritu de Dios flotando sobre las aguas: «El mundo era obscuro, confuso, como abismado en un sueño profundo». Existiendo Dios por sí mismo, se manifestó en los cinco elementos y dispersó las tinieblas. Por una emanación de su poder, produjo ante todo las aguas, las dotó de movimiento por el fuego y creó un huevo brillante como mil soles del que surgió Brahma, padre de todos los seres que razonan. Llámanse las aguas *nara*, de donde vino á Brahma su sobrenombre de Narayana, que va sobre las aguas, porque tal fué su primer movimiento. Habiendo permanecido este dios durante muchos años en el huevo, meditando sobre sí mismo, se dividió en diez partes iguales con las que formó la tierra y los cielos, colocando al éter en el

(1) Jámblico, *De mysteriis*, VIII, c., II, III.

centro, los ocho puntos del mundo y el receptáculo permanente de las aguas».

Si quiere seguirse el desarrollo abstracto que sufrió el gérmen histórico depositado en la cosmogonía fenicia, hay que sumergirse en las amplificaciones innumerables y obscuras que los gnósticos y los cabalistas han ingertado en estos simples elementos. Sin duda poseían informes bastante precisos sobre los tiempos que llamamos mitológicos, cuya tradición habían recibido con las impresiones de amor y de veneración, de odio y de miedo que habían sentido sus antepasados. Los nomos egipcios, protectores de la raza blanca contra el celo malévolo de los jefes libios, conviértense en sus libros en Eonos, arcángeles guerreros, mientras que los etíopes están representados como demonios negros y gigantes malhechores. La cábala explica la creación por una serie de seres intermediarios entre el principio divino y el mundo de las criaturas. Esos seres son los diez Sefiroth. Esta década se compone de los números siete y tres, que recuerdan el *septem trio*, las diez estrellas de que se componen las constelaciones del cielo ártico y las diez provincias que Platón atribuye á la Atlántida: siete islas y tres distintas en el continente. Estos Sefiroth fueron la primera manifestación del místico Ensof y le sirvierón de intermediarios para producir el mundo visible. Uno se llama la corona, otro la inteligencia, y su asociación constituye lo que los cabalistas llaman el Adán Kadmón (el padre de los kadmonios), de quien emana la organización de los cuatros mundos, *Akilah*, *Beriah*, *Yézirah*, *Asiah*.

Así como la cosmogonía persa cuenta siete *keschwars* ó provincias gobernadas por los Amschaspands en nombre de Ormuz, en la mitología de los indos son siete *varshas* donde reinan los siete Richis salidos del huevo de oro criado por Brahma secundado por Mahat. El dualismo original de las dos ra-

zas egipcia y etíope está claramente indicado por Manú: «Los Pitris ó padres, exentos de cólera, perfectamente puros, depusieron las armas, dotados de más altas virtudes, y nacieron antes que los Devas. De ellos nacieron los Devas y Denavas ó gigantes, y por los Devas se han producido los seres de que se compone el mundo (1).

Los libros herméticos pertenecen por su redacción á una época muy reciente, si se les compara con los documentos que acabamos de indicar; pero contienen preciosas informaciones recogidas en los archivos de Egipto. Isis revela á Horo la iniciación que ha recibido del gran antepasado Kamefes y de Hermes, el escriba de los dioses. Isis es aquí la personificación de la raza lunar instruída por el nomo celeste (Emfé).

Uno de los caracteres esenciales de los libros herméticos y que refiere los elementos de que están compuestos más allá de la época en que se formaron las religiones, es que la idea de la divinidad es en ellos muy diferente de la que se ha propagado después. Como en los oráculos de la sibila judía, los dioses sólo son hombres deificados, en otros términos, dioses mortales (2).

Como en Sanchoniathón, Hermes repite que la tierra salió de las aguas limosas y trémulas... «La inercia duró hasta el momento en que Dios, implorado por los dioses inferiores, se decidió á ordenar el mundo. Dios sonrió y, á su voz, la mujer se presentó en su perfecta belleza» (3).

De ahí la elegante paráfrasis de Pneuma, enamorado de su propia creación, y de Ammón, desposándose con su madre. «Después se formó el cielo en siete círculos y los dioses se manifestaron con sus

(1) Leyes de Manú, trad. de Loiseleur de Longchamp.
(2) L. Ménard, *Hermes Trismegisto*, pág. 282.
(3) Estobeo, *Eccl. phys.*, VI, 14.

atributos en los astros». No puede decirse más claramente que cada jefe de tribu ó cabiro se colocó con su atributo, caballo, carnero, león, pez, etc., bajo el patronato de un planeta ó constelación. Este comentario es tanto más importante, porque también se aplica á los versículos del Génesis referentes á la creación del sol y de los astros.

Luego, cuando las tribus se hicieron más numerosas, adoptaron un signo del zodiaco: este número se duplicó, se triplicó después. Así lo expone Hermes en estilo astrológico: «Los treinta y seis horóscopos de las estrellas tienen cada cual un Usiarca ó regente. Zeus es el Usiarca soberano del cielo. Los decanos, jefes de las siete esferas, velan en las cumbres del mundo como atentos centinelas. Se les llama demonios ó genios. Sus servidores y soldados pueblan el espacio». Aquí recaemos en el simbolismo sideral de los parsos y caldeos.

El libro de Enoch, compuesto en tiempos del gnosticismo con materiales muy antiguos, también es un derivado de los escritos de Thot. En forma simbólica expone el libro de una curiosa manera el origen, la agrupación y unión de las tres razas antes del diluvio (1).

«He aquí que una vaca nació de la tierra, y esta vaca era blanca. Después siguió una ternera y con ella otra ternera. Una era negra y otra era roja. Después, una de estas terneras fué á las vacas blancas y las enseñó un misterio. Mientras que la vaca temblaba se convirtió en un hombre que construyó un gran barco donde vivió con tres mujeres».

Luego sigue la descripción del diluvio: «Habiéndose disipado las tinieblas, el barco se quedó en tierra. Entonces la vaca blanca, que se había transfor-

(1) *Libro de Enoch*, traduc. de Lawrence.

mado en hombre, salió del navío y las otras vacas salieron con él».

Cuando la filosofía quiso reformar la teología, sólo cambió los nombres, reemplazando lo sobrenatural por lo abstracto; *pneuma*, el nomo padre, se convirtió en el soplo ó espíritu de los dioses; luego el espíritu se llamó *nous*, el entendimiento, y en fin, *logos*, la palabra, es decir, la ciencia transmitida por el lenguaje. Pasando al latin *verbum*, este término se convirtió en fuente de una nueva serie de interpretaciones místicas: «Al principio, según San Juan, era el Verbo y el Verbo era con Dios y este Verbo era Dios».

Ferécides, que vivió hacia el séptimo siglo antes de nuestra Era, fué el primero que intentó extraer de la mitología un sistema filosófico. Según él, tres príncipes gobiernan el mundo: Zeus, dios del cielo superior; Cronos, dios del cielo inferior, del tiempo y de las estaciones; Chthonia, la tierra ó la materia fecundable; luego, un genio subterráneo, Ofioneo, que corresponde al Tifón egipcio, al Arimán de los persas, representa al dios del mal.

Epiménides de Creta, contemporáneo de Solón, conoció, evidentemente, la cosmogonía fenicia, pues comienza como ella por dos principios: uno varón, el aire ó el soplo, y otro femenino, negro, el Erebo ó la noche. Estos dos principios engendraron el Tártaro, luego dos seres, cuya unión produjo el huevo del mundo, el Mot de Sanchoniathón. Para estos filósofos, como para Orfeo, Homero y Hesiodo, el universo material representa un esferoide; el cielo forma la parte superior y la inferior es la tierra, recubriendo al Tártaro y al abismo infernal.

Los estóicos, de quienes Varrón fué el más culto representante, confundieron estas distinciones en un vasto panteísmo, en que Júpiter representaba el alma del mundo, y los demás dioses eran las manifestacio-

nes de este Júpiter universal (1); pero arrastrado irresistiblemente á la idea cosmogónica, este libre espíritu admite un principio generador, el eterno femenino, caracterizado por la tierra-madre, hecha para engendrar. De ahí el dualismo de las dos fuerzas, una fecundante, otra fecundada, que ha servido de base á los sistemas materialistas, y que procede, igualmente, como las teorías espiritualistas, del hecho original de la conjunción del nomo de Ammón con la mujer escita.

¡No nos riamos de los alquimistas! Este poderoso alambique, llamado cerebro humano, donde se han elaborado tantas concepciones teológicas y filosóficas, ¿qué ha producido durante treinta siglos, si no es la incesante transmutación de los mismos elementos? Encerrado en el círculo inmutable del tema cosmogónico, cuyo sentido ideal se le escapa, reducido á jugar con palabras, á crear equívocos para llegar á lo incomprensible, el hombre no ha avanzado un poco en el conocimiento de sí mismo y del mundo, hasta el día en que, rompiendo el encanto, dejó los ensueños de su imaginación para buscar á Dios en su obra y remontarse más cerca de El estudiando el universo.

---

(1) San Agustín. *De Civit. Dei.* III, IV, 27.

V

EL OLIMPO ASIRIO

Los fenicios están unidos por muchos lazos de origen á los pueblos helénicos. La emigración llamada de Cadmo en el décimo quinto siglo, es un hecho importante en la etnogenia de Grecia, y en la Teogonía de Hesíodo vemos que los orígenes de ambas naciones han debido de confundirse en un símbolo común. Considerable número de testimonios acreditan que los pelasgos y los helenos han tenido por cuna á Escitia y al Cáucaso, y de esta comunidad del símbolo nacional había que concluir que los fenicios eran originarios de la misma región. Procedentes como los griegos de la unión de los egipcios y de los libios, con la raza blanca, escítica, los fenicios se acercaban más á la rama etíope, y los pelasgos á la rama escítica. La hostilidad que dividió á las dos familias tras el período de unión, y que las hizo multiplicarse separadamente, cada cual en su medio, no tardó en determinar la diferencia entre estas ramas de un mismo tronco.

Por su situación en Táuride, los padres de los helenos eran los más expuestos á la irrupción de las aguas del Océano escítico y según Platón y Diodoro, fueron de tal manera extermidados y dispersos por esta calamidad, que perdieron el hilo de sus tradiciones y hasta la inteligencia del lenguaje en que estaban escritas. Los cuchitas, padres de los sirios, refugiados en el Cáucaso, mejor preservados del azo-

te, conservaron el recuerdo de los tiempos que lo habían precedido, y que Thot, ministro de Saturno, uno de los reyes antidiluvianos, había tenido cuidado de anotar. En efecto, el Sanchoniathón dice expresamente que el documento que transcribe contiene la historia del comienzo. Ese relato, que se ha considerado como una exposición del comienzo del mundo, sólo sería en realidad la historia de los principios de la nación y de su formación en el seno de la colonia egipcia establecida en las islas pantanosas del Meotis.

De la unión de las tres razas salen nuevas familias que se desparraman por la Táuride y el litoral del Cáucaso, donde se establecen. Se construyen ciudades, se difunde la cultura, la industria metalúrgica y textil debida á las enseñanzas de Egipto, aumenta y se desarrolla; se construyen navíos que surcan el mar Negro y facilitan las relaciones entre los pueblos y los cambios que engendran el comercio. El genio humano ha tomado impulso, y ya no se parará.

Durante el reinado del etíope Saturno, usurpador del trono de Urano, la raza cuchita domina en el vasto territorio que se extiende desde Crimea al Caspio y á Caldea. El centro del imperio está en Colcos, donde Júpiter-Zeus lo conservará después de derribar á Saturno. A contar de este hecho, que coincide con el diluvio de Ogiges causado por el hundimiento en el mar de Azof de la isla Atlántida, á consecuencia de un volcán submarino, hasta ese otro diluvio todavía más terrible indicado por los documentos primitivos con los nombres de diluvio de Noé, de Xisutros ó de Deucalión, transcurren poco menos de doscientos años. Este período, aislado así entre dos cataclismos, ha adquirido un carácter fantástico: es la edad de los prodigios en que reinan los dioses inmortales, los pontífices egipcios y los patriarcas bíblicos, y en la que los sacerdotes y los poetas acumularon más tarde los mitos y las fábulas.

El reinado de Júpiter-Zeus, soberano de los dioses y de los hombres, corresponde al más remoto período de este ciclo divino. Un atento examen de las fábulas de Grecia, permite discernir en época más reciente otros Júpiters pertenecientes á otra raza. El que la Mitología llama Asterio, parece ser—como explicaremos más adelante—un jefe de la tribu Astur ó Assur, que ocupó el trono y dió á los cuchitas del Cáucaso el ascendiente que habían perdido. Un Olimpo asirio sucedió al Olimpo pelásgico.

Diodoro también menciona á un Júpiter-Belo, hijo de Neptuno y de Libia, hija de Memfis, que condujo los caldeos á Babilonia, donde instituyó el sacerdocio sobre el modelo del de los egipcios. Estos dos reyes deificados, figuran con los nombres de Ashur y de Bel-Merodach, grabados con letras cuneiformes en la tabla redonda descubierta en las excavaciones de Nínive, en que los doce dioses están representados con sus atributos.

Ashur, con el sobrenombre de *Ilu*, el santo, es el rey del círculo, juez supremo del cielo y de la tierra. Maury, que ha completado sabiamente el estudio de Layard, observa que Ashur es para los monarcas de Nínive lo que Ammón fué para los reyes del Nilo, el protector de la nación. De él reciben vida, fuerza y autoridad.

Bel-Merodach, el astro Júpiter, tiene un rango superior y se sienta al lado de Ashur. Se le llama el sabio, el señor de los oráculos. Su culto, secundario en Nínive, fué en cambio importantísimo en Babilonia, donde se le consideraba como uno de los más grandes dioses. Calificábasele como señor del horóscopo, y estaba representado con los rasgos de un guerrero marchando con la espada desnuda en la mano.

La Venus lunar se encuentra en Ashtoreth, que Fenicia adoraba con el nombre de Astarté-Karnaim, reina del cielo, y ofrece una completa reminiscencia

con la Athor de los egipcios. Aun reaparece durante la dominación de Tanit, virgen guerrera, en quien también se personifica al cielo nocturno, y que recuerda á Artemisa y á la Diana táurica. Como Iris, lleva en la cabeza cuernos en forma de cuarto creciente.

Apolonio de Tiana vió en Nínive una estatua vestida á la manera de los bárbaros, y llevando en la frente dos cuernecillos nacientes. Se le dijo que era Io, hija de Inaco. Ahora bien, este nombre de Io, es precisamente el de la luna en jeroglífico, y este curioso testimonio acredita que, aun en una época tan cercana, la denominación egipcia se empleaba en la lengua sagrada de Asiria (1).

Nebo ó Mercurio, guardián é inspector del cielo, está calificado de espíritu de los dioses. Es el protector especial de los reyes de Babilonia, y á él representan en la tierra. Corresponde á Thot Hermes, primer patriarca de la nación.

Adar, el fuego, llamado también Samdam, el poderoso, nos parece corresponder al Djemschid de los parsos, que también tiene por sobrenombre Adar, porque quiso ser adorado bajo las especies del fuego eterno. Como se verá más adelante, es el mismo que el Urano de los griegos. Figura entre los dioses asirios, frecuentemente al lado de Júpiter-Merodach y revestido con las mismas insignias. Se le da por sobrenombre Melkardt (*malek ardi*), señor de la ciudad.

El dios Sin era una denominación masculina de la luna y del mes; la diosa Nana tenía el mismo carácter y, además, pasaba en Babilonia por esposa del Dios Nebo, el Thot-Luno de los egipcios. El otro dios llamado Kur ofrece seguramente la reminiscencia de la región del sol, que habitaron las tribus á orillas del Mar Negro y del río Kur.

Ao está considerado por los asiriólogos como el

(1) *Vita Apollon.*, I, XIX.

impenetrable señor de los misterios. Tal es el título que Jámblico da á Amún. Taoth, madre de los grandes dioses, no difiere de Mot, mujer de Ammón; aquí es la esposa de Bel-Dagón, el rey-pez, el Oannes de los caldeos, señor creador y arquitecto del mundo.

Las divinidades asirias se agrupan por tríadas, como las egipcias: Ammón, Mot y Chons del templo de Tebas, están representadas en Babilonia por Oannes, Ao y Bel. Iris generadora, llamada miriónima, reaparece con el nombre Melita ó Bilit y con otros muchos nombres.

Una divinidad cuya imagen es rarísima, Nergal, atestigua la parte de escitismo en los orígenes de los asirios. Este dios está representado con pies de gallo, tiene una cuchilla en la mano, y, como el Tor de los escandinavos y fineses, se intitula señor de los combates, defensor de los dioses, y corresponde al planeta Marte. Su afinidad con el *gallus* latino es evidente. El símbolo del gallo ha pasado á Europa con los nombres de *gog*, *gauk*, *coq*, traído sin duda del fondo del Cáucaso donde San Jerónimo y otros autores árabes colocan á Gog y Magog, pueblos escitas que serían así los padres de los galos, á quienes sirvió el gallo de emblema popular (1).

Independientemente de estos principales dioses, los asirios—como los griegos y los latinos—honraban á una infinidad de dioses subalternos, cuatro mil por lo menos, que presidían á los días del año, á los cuer-

---

(1) El Gog de los profetas es pobablemente el mismo que los Caucons de Homero, situados en el Cáucaso, entre Cólquida y los Mariandinianos. Tácito menciona á los Caukes, pueblo justo, que habitaba en su tiempo en la desembocadura del Elba. Leibnitz pretende que los cattos, sus vecinos, recibían su nombre de *cat*, gato. La misma inducción podría hacerse del nombre de Cauk, y establecer de esta manera la filiación asiática de los pueblos occidentales. Tac., *Mor. Germán.*, 30, 35.

pos celestes, á los fenómenos de las estaciones, á los productos del suelo. Así habían divinizado á la madre patria, cuyo recuerdo celebraban en todas las formas. Además del simbolismo real del toro, que se relaciona estrechamente con el Apis menfítico, representación de Osiris, tenían otro signo interesante, la paloma, que se remonta á los primeros tiempos de la nación. Este animal, consagrado á Venus, estrella de la tarde, fué también el atributo de los colegios de vírgenes, sabias adivinadoras, semejantes á las sacerdotisas, πελῆιαι (término que también significa paloma), las cuales, según Herodoto, fueron á Tesalia á fundar el oráculo de Dodona. «Estas palomas, dice, eran negras y procedían de Libia» (1). Refiere la fábula que, en su infancia, Semiramis fué criada por las palomas, y Jenofonte dice que estas aves eran reverenciadas en Siria como divinidades, y que estaba prohibido hacerles daño (2).

Según Berosio, se contaban diez monarcas caldeos que reinaron antes del diluvio. El primero fué Aloro, cuyo nombre recuerda al Horo de los egipcios, regente de Asia. El segundo, Urchám, dedicó al dios Sin—la luna—y á Ur—el sol—templos piramidales á los que se cree contemporáneos de los monumentos egipcios de la tercera y cuarta dinastías. Otro soberano, Alaspar, parece pertenecer al pueblo parso, entonces designado por el zendo *asp*, caballo, emblema genérico de las naciones escíticas. Se ha admitido con verosimilitud que estos diez príncipes correspondían á los diez patriarcas de los hebreos, el último de los cuales fué Noé. Como éste, el décimo de los reyes caldeos, Xisuthro, habiendo sido advertido durante el sueño por Saturno de la próxima destrucción del mundo, hizo construir un navío y entró en él con sus

(1) Herod., II, 55.
(2) Jenof., I, IV.

parientes y amigos. Después del diluvio desembarcó con su mujer, su hija y el piloto en una montaña elevada, donde erigió un ara y adoró á la tierra; luego desapareció con sus compañeros. Los que siguieron en el navío salieron después dirigiéndose á Babilonia. Conforme á la orden del oráculo, recogieron los escritos en que se había consignado la historia del principio del mundo, y que Xisuthro, conforme á la orden de Saturno, había enterrado en Sippara (1).

No se ha podido determinar exactamente el emplazamiento de esta localidad, pero nos inclinamos á creer qne es la Sispira de Estrabón (2) y la Hispiratis de Plinio, situada en el país de los sapiros, que Herodoto coloca entre Media y Cólquida. Allí es donde se yergue el monasterio de Séfar, á orillas del Araxes. Este nombre indica *libro* en hebreo y por la frecuente sustitución de la *ph (f)* por *p*, reprodujo la Sippara de Berosio. Se sabe con qué constancia se ha conservado en todas partes el respeto de los lugares consagrados, no obstante los cambios de las religiones.

Los escritos depositados en Sippara ó Séfar de Georgia, eran los de Thot, grabados sin duda por él en una estela ó en esos cilindros de bronce tan comunes en las minas de Nínive y de Babilonia. Transportada al gran templo de Tiro esta preciosa tradición de los tiempos que precedieron al diluvio, se tradujo á la lengua fenicia por uno de los sacerdotes del colegio sagrado; luego al griego—en el segundo siglo de nuestra era— por Filón de Biblos, que hizo de ella una cosmogonía, y en fin, dada á luz en nuestros días por los sabios más eminentes. Aún tenía que ser examinada desde el punto de vista histórico, con el que se relaciona más que ningún otro monumento de las primeras edades.

---

(1) Sinc., 31.
(2) Estrab., XI, 531.

CAPÍTULO TERCERO

HEBREOS

ORÍGENES HEBRÁICOS
EL PARAÍSO TERRESTRE, ÉLOHIM-JEHOVÁ,
ADÁN Y EVA, CAÍN Y ABEL, LOS ÁNGELES,
COSMOGONÍA GENÉSICA.

CAPITULO TERCERO

HEBREOS

I

ORÍGENES HEBRÁICOS

Quererse remontar hasta los orígenes del pueblo hebreo después de tantos eruditos de todos los tiempos y países, cuyos esfuerzos no se vieron coronados por el éxito, sin duda parecería una tentativa quimérica. Sin desconocer los riesgos de tal empeño, hemos creído que entrando por un camino completamente distinto del seguido hasta ahora, teníamos alguna posibilidad de descubrir un aspecto nuevo de la cuestión y, en todo caso, de llamar la atención de los sabios sobre este punto, esperando que el descubrimiento de textos decisivos resolviese el problema.

Al tratar de este asunto los teólogos de Bizancio y Alejandría, y después de ellos esos agudos investigadores que se llaman Bochart, Michaelis, Jahn, Gesenio, Winer, se han dedicado sobre todo á buscar la situación del paraíso terrestre, cautivados por la curiosa topografía del Génesis, que parece suministrar los más preciosos puntos de mira. Hay otros textos en los autores profanos, como Tácito y Flavio Josefo en los cuales hubiese sido conveniente apoyarse; pero hay que confesar que su interpretación se

aleja tanto de las actuales nociones geográficas, que se necesita un previo estudio bastante complicado para poderlos utilizar.

Josefo es un autor de gran sentido, instruidísimo en las cosas de su nación; y en cuanto á Tácito, su genio prudente y perspicaz no hubiese admitido, sin atribuirles cierto valor, las informaciones que nos ha comunicado. Pues bien; estos dos autores están acordes en un punto importante: «Juda—dice Josefo—fué el padre de la nación de los judíos que habitaron mucho tiempo entre los etíopes occidentales» (1).

Según Tácito, los judíos fueron en su origen una raza etíope á la que el temor y el odio obligó, bajo el reinado de Cefeo, á salir de su patria. Y añade el historiador: «Otros pretenden que fué una colonia de egipcios que partió en tiempos de Isis; otros, en fin, refieren que los judíos salieron de la isla de Creta para establecerse en los límites extremos de la Libia *finitima Lebyæ*, por la época en que Saturno fué despojado de su reino por Júpiter (2).

Creemos que la historia de los orígenes del pueblo hebreo está íntegramente en estas breves palabras; pero ante todo hay que aclarar los términos.

La Etiopía ó pais de Cusch, tal como la representan los escritos de los geógrafos, estaba situada al Sur de Egipto y comenzaba en las cataratas del Nilo. Libia, separada del valle del río por la cadena líbica, la prolongaba hasta el lago Mareotis, vecino del Mediterráneo. Según las ideas actuales, los antepasados de los judíos habrían pasado de Etiopía á Creta y de allí volverían á Libia. La inverosimilitud de esta deducción demuestra que ninguna de estas denominaciones se aplica á las comarcas que hoy designan. Además, habría que concluir que los judíos fueron

(1) F. Josefo, *Hist. de los judíos*, III.
(2) Tácito, *Hist.*, V, 2.

originariamente un pueblo africano, y hay potísimas razones que contradicen esta opinión.

Es cierto que ninguna nación de raza blanca es originaria de Africa. Pues bien, los judíos pertenecen á esta raza y sus antepasados, los hebreos, han sido clasificados por algunos autores en la familia llamada aramea, y según otros en la familia semítica, como sus amigos los sirios y los árabes. Sin duda, se observa entre estos pueblos una mezcolanza con familias de color más obscuro, pero seguramente que el tipo primitivo es el blanco. Por otra parte, una gran dificultad geográfica se ofrece: cuando las primeras claridades de la historia hacen entrever la existencia del pueblo hebreo, éste habita la Caldea, el *Ur-Casdim* del Génesis, que los arqueólogos colocan con razón en la región al Sur del Cáucaso, que comprende la actual Georgia v parte de Armenia. La ciudad de Ur, la Orchoé de Ptolomeo, es hoy Orfa. La comarca circundante, dice M. Layard, aún se la llama *Urrhœ* por los árabes beduinos (1). De allí partió Abraham al frente de un pueblo numeroso para fijarse en Palestina (2).

Admitidos estos hechos, parece muy difícil explicar cómo un pueblo etíope que residió en las fronteras de Libia hubiese podido transportarse súbitamente al Norte de Armenia, sin que nada indique en sus anales esta importante emigración.

Fué doscientos noventa y dos años después del diluvio, según el decir de los más eruditos padres de la Iglesia, cuando se realizó la emigración á Palestina del pueblo hebreo. El diluvio desempeña un importante lugar en sus recuerdos. Ahora bien, en el Timeo leemos que los sacerdotes de Sais se envanecían de que Egipto jamás había sufrido el azote del diluvio,

---

(1) *Nínive*, XIII, pág. 297.
(2) F. Josefo, *Ant.*, I VIII.

y á esta ventaja atribuían la conservación de sus antiguas tradiciones. En efecto, nada ha hecho presumir en la lectura de sus inscripciones que Egipto ó la Libia sufriesen tal cataclismo. Si se quiere que los hebreos sean originarios de Africa, es cosa de preguntarse en qué lugar pudieron ser sorprendidos por un desastre—bastante grande para que se le haya creído universal—sin que los pueblos vecinos lo sufriesen.

No insistiremos más sobre una hipótesis abandonada hoy. No obstante, si como dice Tácito, los hebreos eran un pueblo de origen etíope, es claro que había que buscar esa Etiopía en otro sitio distinto de Africa. Herodoto menciona á los etíopes orientales que figuraban en la gran revista pasada por Jerjes y que—según dice—marchaban con los indos. Como Josefo afirma, también había etíopes occidentales (1). ¿Dónde estaban situados? Evidentemente en Cólquida, donde Heredoto vió á unos hombres negros, de crespo cabello, á los que llama egipcios. Homero, que según grandes probalidades no conoció á los etíopes del Nilo, nos dice que los etíopes están situados en los extremos límites de la tierra habitada, y que se dividen en occidentales y orientales (2). Lo que mejor conoce Homero son los pueblos de la cuenca del mar Negro. Ahora bien, así como Hesíodo mezcla á los etíopes y á los libios con los escitas hippomolgos, Homero habla frecuentemente de los etíopes, de los sidonios, de los libios, hasta el punto de que Estrabón se pregunta qué etíopes son esos á quienes Menelao visitó á su regreso de Egipto.

Ya hemos hecho observar que el Cáucaso entero, principalmente en el litoral de Abasia y de la Cólquida, tuvo antiguamente, y aun en tiempos posteriores á la

---

(1) *Hist. de los Judíos*, III.
(2) *Odisea*, I, pág. 22.

Era cristiana, el nombre de Etiopía (1), y es evidente que esta comarca sólo pudo recibir tal denominación de los pueblos africanos conducidos allí por los reyes de Egipto. Las numerosas inscripciones líbicas de Babilonia y de Asia Menor, deponen en favor de este aserto, y creemos no rebasar los límites de la verosimilitud histórica expresando la opinión de que la Etiopía de la primera antigüedad, el Cusch de la Biblia y de las inscripciones del primitivo Egipto, es muy posible que fuesen la Etiopía asiática, llamada en seguida Cáucaso por los griegos y los romanos. Estudiado desde este punto de vista, quizás ganará en claridad el sentido de los documentos jeroglíficos, con tan admirable penetración traducidos. Sólo citaremos un ejemplo:

Se lee en el catálogo de los manuscritos egipcios descifrados por Devería (2), que Xonsu-mes había sido receptor de los tributos de Siria y de Etiopía. El sabio intérprete, impresionado sin duda por la distancia que le parecía separar á estas dos comarcas, supone que los tributos de los pueblos de Asia y de Africa eran conducidos á Tebas, residencia de Xonsu-mes, y puestos á su disposición.

Esta inducción no resuelve la dificultad, pues habría entonces que preguntarse por qué estando centralizados en Tebas los tributos de todos los países, aquel funcionario sólo recibía los de Siria y Etiopía. En efecto, la vigésima dinastía — al principio de la cual vivía este funcionario--corresponde á las grandes conquistas de Ramsés III, que sometió á Palestina y

---

(1) Benjamín de Tudela llama *Etiopía* á toda la comarca al Oriente de las fuentes del Araxes ó Djihon Rabí Petacha de Ratisbona dice que, en Babilonia, se cuentan más de seiscientos mil judíos, y que *Etiopía* y Persia contienen otros tantos, IX, 288.

(2) *Manuscr. del Louvre*, papiro funerario, III, 95.

parte de Asia Menor. Desde el momento en que Xonsu-mes desempeñaba en Tebas las funciones de ministro de Hacienda, hubiese tenido que recibir los impuestos que se recaudaban de la mayor parte de las naciones vasallas. Luego si sólo fué encargado de percibir los tributos de Siria y Etiopía, es que, como los cobradores de impuestos de todos los tiempos y países, había residido en estas comarcas para asegurar con más precisión el ingreso de esos tributos, que luego pasaban á Egipto. ¿Pero no parece poco racional que un mismo hombre tuviese el encargo de recibirlos en dos países tan distantes entre sí como la Etiopía del Nilo y Siria? Esto, aunque en muy pequeña escala, es como si el gobierno confiase en Francia á un mismo agente el cuidado de percibir las contribuciones en el departamento de Finisterre y en las Bocas del Ródano.

Los egipcios, inteligentísimos y metódicos en materia de administración, no han podido obrar así. Tuvieron un perceptor para cada grupo de países tributarios; uno de ellos, Xonsu-mes, quedó encargado de Siria y de Etiopía, porque estas dos comarcas eran adyacentes, pues una estaba entonces representada por la tierra de Sur ó Fenicia, y la otra por la de Cusch ó Cáucaso.

Creemos, pues, poder admitir como un hecho establecido, la existencia antiquísima de una Etiopía asiática, dividida en dos regiones: la de los etíopes orientales que, según todas las apariencias, fué la Bactriana y el nudo montañoso llamado todavía hoy Hindo-Kusch, y la de los etíopes occidentales, que ocupaban el Cáucaso y el Palus Meótides. Flavio Josefo y el Génesis van á informarnos ahora de que los antepasados de los árabes y de los israelitas formaban parte de estos pueblos.

Joktan, patriarca de los árabes, dice Josefo, tuvo trece hijos: Elmodad, Salef, Azermón, *Israel*, Aduram, Uzal, Dahel, Hebal, Abimael, Seba, Ofir, Havi-

lah y Jobel, que habitaron *desde el río Kofen, que está en el país de los Sindos, hasta Asiria* (1).

El Génesis reproduce los mismos nombres, excepto Israel, que está sustituído por Jerah (2), y añade que el límite de estos pueblos estaba á partir de Mesa, cuando se viene hacia Sefar, montaña de Oriente. Trátase aquí del límite meridional y, en efecto, aun se encuentra en el valle del Araxes la llanura de Moessa y el monasterio de Sefar, lugar santo desde los tiempos más antiguos, que fué muy probablemente el Sippara de Caldea, donde Xisutro escondió el libro en que se refería la historia del principio de las cosas. En cuanto á la fórmula, montaña de Oriente, frecuentemente empleada por el Génesis, indica el Cáucaso, detrás del cual veían los primeros padres de los judíos salir el sol.

Pero el Génesis no menciona el límite septentrional del territorio de las trece tribus, y ese límite es el que nos ha revelado Josefo: «Era el río Kofen», dice. Ahora bien, en tiempos del historiador se denominaba así al Kuban, gran río que corre al Norte, no lejos de los últimos contrafuertes del Cáucaso. En el sexto siglo de nuestra era, el río aún se llamaba así. El historiador bizantino Menandro, dice que enviado Zemarkh por el emperador Justino á Disabul, gran Kan de los turcos, que residía entonces en la mantaña de oro ó Altai, terminada su misión volvió por la estepa Kirghize. Llegado á orillas del Attilia ó Volga, Zemarkh supo por los hunos-oiguros, acampados cerca de este curso de agua, que los persas habían apostado soldados *en el río Kofen* para apoderarse de él y matarle. El enviado bizantino, que se proponía seguir el litoral del Cáucaso hasta Trebisonda, donde le esperaba un navío para conducirle al

(1) *Hist. de los Judíos*, III.
(2) *Hist. de los Judíos*, X, 26.

lado del emperador, cambió entonces de camino, y siguió la orilla Norte del mar Negro para encontrar otro punto donde embarcarse.

De este pasaje resulta que el Kofen es el mismo río que el Kuban. Verdad es que Josefo añade que el Kofen corre hacia el país de los Sindos; pero es un indicio más, puesto que evidentemente se trata, no de la India, sino de la isla de los sindos ó Síndica, mencionada por Herodoto y Estrabón que denominan así á la península de Tamán, especie de delta formado por el Kuban en su desembocadura.

De estas indicaciones puede concluirse que en los tiempos que precedieron al diluvio, los judíos ó hebreos primitivos formaron parte—con los árabes y los padres de los fenicios y de los cananeos—de una confederación de tribus de origen libio que ocupaba la parte septentrional del Cáucaso con el nombre genérico de etíopes occidentales.

Estos pueblos se multiplicaron rápidamente por fecundos cruzamientos con la raza blanca indígena de esta región. Antiguos autores han pretendido que los Tchudis ó fineses eran próximos parientes de los jehudim ó judios, y esta opinión ha servido de burla á los filósofos del siglo XVIII. Sin embargo, Canuto Leems, distinguido escritor danés, no duda en hacer descender á los lapones de los primitivos hebreos: «Como entre éstos—dice—el sábado es el día de reposo», é indica grandes analogías entre los centros religiosos de los lapones y la notación de los salmos hebráicos; las modulaciones que los acompañan se asemejan muchísimo á las de los judíos cuando cantan en la sinagoga.

Desde el momento en que se admite la existencia de una colonia egipto líbica, derívase naturalmente la idea de unión con la raza blonda nacida en el país, Esta alianza parece haberse consumado principalmente en los valles y márgenes del Cáucaso. El caballero

Gamba, que visitó la Abasia en 1826, indica la profunda diferencia que observó entre los tártaros, altos y robustos, establecidos recientemente en este país, y una raza mucho más antigua, redùcida durante mucho tiempo á la servidumbre, viviendo de la pesca y apacentando sus rebaños en tres ó cuatro valles del interior. Los hombres de este pueblo son de baja talla, la nariz aguileña, los ojos azules, la apostura delgada, nerviosos y cetrinos. Gamba declara que le sorprendió su parecido con los israelitas. Su nombre Azra, lo mismo que Azer, sobrenombre que los autores judíos dan al patriarca Terach, padre de Abraham, se añade también á esa semejanza. Hay otra que no carece de interés: es el del nombre de ese Terach, jefe de la tribu terachita, con el Terek, gran curso de agua que desciende de las altas mesetas del Nifato caucásico para desembocar en el Caspio.

El texto de Josefo: «Judá, padre de la nación de los Judíos, habitó entre los etíopes occidentales», encuéntrase, pues, justificado, y la segunda tradición referida por Tácito, que menciona una colonia egipcia fundada en tiempos de Isis y Osiris, de la que emigraron los Judíos, fortifica la tesis que sostenemos, pues esta colonia no ha podido ser otra que la del Palus Meótides.

Como ya hemos dicho, allí estuvieron el Amenti y los Campos Elíseos. Ahora bien, de aquí surge la consecuencia: si la isla de Tamán, con sus admirables jardines, fué la mansión de los bienaventurados, ¿no podía también haber sido el paraíso terrestre de los hebreos? La cuestión vale la pena de ser examinada.

El jardín que el Génesis llama Edén, tomó el otro nombre de esos parques agradables que los persas llamaban *Faradi*. Las tradiciones de Oriente contaban cuatro principales: uno, construído por Semiramis, se extendía por el monte Baghistan, y Diodoro lo describe. Otro tuvo por autor á Scheddad, rey del pueblo

de Ad, antepasado de los árabes del Yemén, y se llamó Iram. El tercero estaba situado en Balkh, de Bactriana. El cuarto fué el de los hebreos, cuya situación se ignoraba. Estos parques, sembrados por árboles magníficos, multiplicáronse en Asia por los cuidados de los soberanos á ejemplo de los egipcios, renombrados por su industria hortícola. Los colegios sacerdotales se complacieron en rodear así sus viviendas y, con el tiempo, hicieron maravillas en la vegetación y el cultivo. Lo que prueba que el término Paraíso se aplicó especialmente á los jardines reales ó sagrados plantados por los egipcios, es la descripción que Estrabón hace de la ciudad de Apamea, en Siria, rodeada por el río Orontes: «Allí está — dice— el παραδεισος y el castillo egipcio» (1).

«El Eterno plantó un jardín en Edén, á la parte de Oriente». Tantas veces se ha hecho inútilmente la pregunta de dónde pudo estar situado este paraje, á pesar de que el Génesis comunica tan detallada topografía de él, que se ha concluído por clasificarlo entre las regiones quiméricas á que han sido relegadas la Atlántida y los Infiernos. Ciertas locuciones que no se han tomado en cuenta, han contribuido á extraviar las investigaciones, entre otras, las de *Oriente*, *montaña de Oriente*, *lado de Oriente*, frecuentemente repetidas en la Escritura y que, como hemos hecho observar, deben designar el Cáucaso. Sin duda, los judios sabían muy bien que este monte estaba para ellos al Norte; pero al reproducir las tradiciones primitivas de los Jehudim, para quienes estaba situado al Levante

(1) Este castillo se llama hoy *Aphion Karahissar*, el castillo negro; *phiom* es un antiguo término copto que designaba á Memfis, hoy Fayum, y cuyo sentido es *cerca del agua*. Estrabón, XVI, 756. Apamea fué una ciudad antiquísima y una residencia sagrada; su otro nombre *Kibotus*, arca, se dice que lo recibió porque el arca se detuvo allí cuando descendieron las aguas del diluvio.

cuando habitaban á orillas del mar Negro, los autores de los escritos sagrados conservaron escrupulosamente la expresión original, debida probablemente á los judíos del Meotis que, designando al Quersoneso con el nombre *ement*, Occidente, dieron, como es natural, á la región opuesta el apelativo de Oriente.

«Un río manaba del Edén para regar el jardín, dividiéndose en cuatro brazos».

He aquí el famoso pasaje que, durante muchos siglos, ha suscitado entre los teólogos y arqueólogos las más animadas controversias. Ningún texto ha sido tan eficaz como éste para engañar la sagacidad y estraviar la inducción.

Los investigadores han creído poder colocar el Paraíso donde quiera que han encontrado cuatro ríos, sea en Bactriana como en el reino de Kashmir, y aún más lejos, en el país de Ava. La más reciente de estas hipótesis pertenece á un inglés, Mr. Obry, el cual cree que el Edén estuvo situado en la meseta de Pamir, tras los montes de Buckaria. Según este sabio, Adán y Eva, al salir del Paraíso, entraron en el país de Belor, y el desierto de Gobi sería el país de Nob, donde Caín se retiró tras la muerte de Abel; la ciudad de Enoch, que él construyó, sería la actual ciudad de Guinnac.

Otros eruditos, haciendo de Asia entera el jardín de Jehová, han creído reconocer los cuatro ríos que la surcan en el Nilo, el Ganges, el Eufrates y el Tigris. Sin embargo, la mayoría de ellos, con el sabio Reland al frente, han supuesto que se trataba de los cuatro ríos del Cáucaso y de Armenia: el Faso, el Araxes, el Eufrates y el Tigris, y esta interpretación se sustenta en sólidas probabilidades.

«El nombre de uno de los brazos se llama Fisón, —dice el Génesis—y es el que rodea todo el país de Havilah, donde se encuentra el oro; y el oro de este país es bueno. Allí está también al *Bédolach* y la

gema *Schoham*. El nombre del segundo río es Ghihón y rodea todo el país de Cusch. El nombre del tercer río es Hiddekel, y es el que corre al Oriente de Asiria, y el cuarto río es el *Frat*».

Es de suponer que por Fisón (Pischóun), el texto bíblico quiere indicar el Faso, célebre por el oro que arrastraba en su corriente. Beroaldo y Benjamín de Tudela opinan que el Bedolach es la perla, y Diodoro nos dice que en Cólquida había abundantes pesquerías de perlas. La gema Schoham sería la esmeralda, según San Jerónimo. Suponen otros que se trata del ónice. Estas piedras se encontraban en otros tiempos en Cólquida,

El Ghihon ó Geón parece ser el Kur, al que se dió la antigua denominación de Nilo, que se encuentra igualmente aplicada al Oxo y al Ganges. Esta identidad ha contribuido mucho á engañar á los comentadores. Para nosotros es prueba segura de que algunas colonias egipcias se habían establecido en las orillas de estos diversos ríos, aportando esa denominación de su primera patria. Como el resto del Cáucaso, Georgia fué al principio el país de Cusch ó Etiopía. Aún hoy se la nombra *Kusdagh*, montaña de Cusch.

En cuanto á los dos últimos ríos son demasiado conocidos para que necesiten designación especial, y el texto se limita á nombrarlos. El nombre del Tigris, Hiddekel, se encuentra en el profeta Daniel; el vizconde Pollington y el general Chesney aseguran que, una parte considerable de los habitantes de la margen del Tigris, aún le reconocen por aquel nombre. El de Diglath le procede de los caldeos, y Plinio le llama *Diglito*: cuando adquiere rapidez toma el nombre de Tigris, en médico *flecha* (1).

---

(1) Daniel, x, 4. Ross, *Geographical journal*, v, x, 3. Plinio, vi, 27 y xi. Relandi, *De situ paradisi*; Miscel., I. Walter

La interpretación de Reland ha parecido hasta aquí la más satisfactoria. Sin embargo, hay que reconocer que está lejos de acordarse con la formal enunciación del primer versículo: «Del Edén nacía un río que se dividía en cuatro brazos». Según estos términos tan explícitos, sólo puede tratarse aquí de un solo curso de agua dividido en varias ramificaciones que rodeaban á algunas islas fluviales. Este primer versículo hasta se encuentra en contradicción con los siguientes, puesto que no puede aplicarse á ninguno de los ríos mencionados por el Génesis. Luego se siente uno inclinado á admitir la idea de una interpolación hecha para explicar á los lectores del Pentateuco dónde estuvo situada la cuna de la familia judía. En efecto, esta explicación es exacta sí se aplica al Cáucaso y á la tribu de Israel, como hemos visto antes por el pasaje en que Josefo confirma la existencia de esta tribu entre los etíopes establecidos entre el Kubán y Asiria; pero es evidente que el Génesis se remonta más arriba y que, en el primer párrafo de la descripción del Edén, habla de muy distinto país. Luego el río único que lo riega sólo podría ser Kubán, el cual desembocaba aún hace pocos siglos en el mar de Azof, en el Bósforo y en el mar Negro, por cuatro brazos que encerraban cuatro islitas, la mayor de las cuales sería la isla de Tamán, donde estaba situado el jardín de Jehová.

Hay, pues, derecho á pensar que el primer versículo de la geografía edénica pertenece solamente al documento original sobre el cual se redactó el Génesis, en el octavo siglo, por el escriba Esdrás ó cualquier otro, al cual hay que atribuir la adición explicativa hecha en el texto; por otra parte, nada hay tan natural como la ignorancia que demuestra sobre la

---

Raleigh, *History of the world*, III, 1. Véase también sobre lo mismo á Volney, Huet, Michaelis, Gesenius, Winer, Munk.

verdadera cuna de la nación, puesto que en la época precitada la región que se extendía allende el Cáucaso, estaba ocupada durante siglos por naciones bárbaras, y la posición del Paraíso terrestre desapareció muy pronto de la memoria de los pueblos, cuyos monumentos escritos destruyó el diluvio. No obstante, los doctores se acordaban del país en que la tribu, ya numerosa, había vivido entre los etíopes, como ha dicho Josefo, y no tuvieron inconveniente de colocar en el Cáucaso los cuatro ríos del Paraíso, por la explicación inserta en el texto. Esta errónea explicación ha sido fatal á los comentadores que, no encontrando en ninguna parte una localidad que se pareciese al texto del primer versículo, se han apoyado en los otros, cuyos términos abrían ancho campo á su imaginación.

La interpretación que el historiador Josefo da de la topografía edénica, ofrece una mezcla singular de exactitud, debida á las fuentes en que se ha inspirado, y del error resultante de sus propias inducciones: «El primer río—dice—es el Fisón, que los indos denominan Ganges, y que atraviesa la India para descargar en el mar. El segundo, es el Eufrates, ó Fora, y el tercero, Diglath ó Tigris, que desembocan en el mar Eritreo. El cuarto tiene de nombre Geón; los griegos le llaman Nilo (1), y corre por Egipto.»

Se ve que ni el mismo Josefo tiene en cuenta el primer versículo que, sin embargo, es el único decisivo. Se deja extraviar por los versículos siguientes, así como por ciertas denominaciones de doble sentido, tales como la India y Eritrea, que demuestran, no obstante, que tuvo que recurrir á otros documentos bien informados. Más arriba hemos reconocido que ese epíteto de Eritrea se aplicó al mar de Azof, como

(1) *Chron. Alex.*, 66, 6; edic. de Munich. Champollión, *Egypte sous les Pharaons*, I.

más tarde al mar Rojo y al golfo Pérsico, cuyas márgenes fueron habitadas por los cuchitas tatuados de rojo. Además, el nombre de *Síndica*, ó isla de los sindos, que llevó durante mucho tiempo la isla de Tamán, habrá hecho creer al historiador judío que se trataba de la India, y, por consecuencia, que uno de los ríos debía ser el Ganges.

Este descuido ha engendrado singulares equívocos en los escritores orientales: refieren que cuando Adán fué arrojado del paraíso terrestre, cayó en la India. Encareciendo sobre este dato, pretenden los árabes que descendió sobre la cumbre más alta de la isla de Serendib ó Ceilán, dejando allí la huella de su pie. Para probar este hecho se muestra á los viajeros un pie gigantesco, esculpido en la roca, cerca de la cima del pico de Adán.

Aquí, como en la mitología griega, las semejanzas de nombre entre países muy remotos, han engañado á los comentaristas, y el mito, implantándose en este error, lo ha perpetuado como artículo de fe. Se ve que esta topografía genésica, en lugar de fijar las ideas, las ha desviado cada vez más, de manera que la situación del Paraíso terrestre se ha hecho más incierta que nunca, ante tantos equívocos y soluciones quiméricas.

Sin embargo, los autores europeos de la Edad Media, menos dominados que los orientales por sus preocupaciones, y guiados además por obscuras reminiscencias ahora desvanecidas, se acercan bastante claramente al lugar que nosotros indicamos. La crónica de San Dionisio, que data del siglo XIV, coloca el Paraíso en una isla vecina de Gog y de Magog, al Norte de Nínive y de Babilonia. Estos indicios denotan bien al Cáucaso, donde, según San Jerónimo y los autores árabes, habitaban Gog y Magog. Al hacer mención de una isla, la crónica se muestra más instruída que los geógrafos posteriores.

Los mapa mundis del siglo XV colocan siempre el Paraíso al Norte, rodeándolo de muros. Fra Mauro lo circunda de una muralla almenada con cuatro puertas. Ya en el noveno siglo, Jacobo de Vitay hablaba de las fuentes abundantes que lo riegan y del círculo de fuego que lo proteje; alusión evidente á los volcanes de lava que rodean á la península. En fin, en el siglo XVII, Thevenot publicó un mapa representando al país de los lubianos (libios), en el cual, según él, colocaban muchos grandes doctores el Paraíso terrestre.

También puede citarse el tratado de los cuatro ríos del Paraíso, traducido del armenio por M. de Saint Martín, y que Letronne creía una traducción de San Epifanio (quinto siglo). El geógrafo desconocido coloca el Paraíso cerca del país de las Amazonas y de la tierra bañada por el Tanais y el Ponto, que no es otra que el Palus Meótides.

Trátase, pues, de los mismos lugares en que los griegos colocaban los Infiernos y los Campos Elíseos, en esas mismas islas bienaventuradas, situadas, según Dionisio el geógrafo, al Norte del Ponto Euxino, donde se encontraría el Edén del Génesis, continuación del Amenti egipcio. Que la escritura no diga nada de los abismos de fuego, del juicio de los muertos, de la transmigración de los manes, es muy sencillo: estos mitos pertenecían al paganismo y formaban la base de las religiones, proscritas por el monoteismo; pero no es menos cierto que las creencias que formaban el fondo de la teología hebráica, tales como los limbos, el suplicio por el fuego, el juicio final en que los muertos comparecen ante Dios para ser castigados en el infierno si han vivido mal ó ingresar en el paraíso de los elegidos cuando han practicado la virtud, ofrecen verdaderas imitaciones ó, según nosotros, el palmario recuerdo de los ritos egipcios del Amenti y del Hades.

II

JEHOVÁ, ADÁN

Hay que transportarse á la época remotísima en que los sacerdotes de Ammón eran señores de las islas Meótides y del Bósforo Cimeriano. Su pontífice mandaba al nomo sagrado, á las tribus libias y á los escitas de raza blanca, cuyas familias habitaban las grutas del Quersoneso y del Cáucaso. Estos sabios Piromis, semejantes á los de Tebas, cuya ciencia y virtud exalta Herodoto, conocían la marcha y las influencias de los astros, sabían tejer la lana y el lino, hacer instrumentos y armas con el oro y el cobre, extraer el pan del trigo y el vino de la vid, grabar signos en piedra y en bronce. Los pastores vestidos con pieles de bestias, armados con hachas de sílex, que aprendieron de estos venerables personajes á ejercer las artes, á cultivar la tierra y á vivir congregados en ciudades, sometidos á las leyes equitativas, los honraron naturalmente como á seres de naturaleza superior. Todas las mitologías están de acuerdo para representar así á esos primeros bienhechores de los hombres á los que se dió el nombre de dioses, denominación cuyo sentido se amplificó á medida que la veneración y el temor añadieron lo sobrenatural al poder que se les atribuía.

El Jehová de los primeros capítulos del Génesis podía, pues, haber sido uno de esos pontífices. En efecto, no cede en antropomorfismo á los dioses de Homero y Hesíodo. El libro nos ofrece al Eterno pa-

seándose en su jardín y respirando el aire fresco de la mañana. Busca á Adán, y no viéndole le grita: «¿Dónde estás?» El diálogo que sigue acaba de colocar á Adán en la situación de un siervo respecto á su señor. Los pintores de todos los siglos han figurado al Señor del Paraíso con los rasgos de un hombre en la madurez de la edad, con la barba gris, que desciende por el pecho, y vestido con larga túnica blanca. Algunos de los más antiguos artistas hasta le han representado con el éfodo sagrado que los pontífices hebreos habían recibido del sacerdocio egipcio.

El nombre de Jehová ha preocupado mucho en todo tiempo á los sabios. El médico francés Astruc fué el primero en llamar la atención sobre esa denominación. Eichorn y Vater, han proseguido en seguida las investigaciones con hipótesis de escasa solidez: han creído que había dos tribus entre las cuales el Señor Dios se designaba por dos nombres diferentes. Como ha observado justamente Michel Nicolás, los pasajes 4 y 24 del Génesis, en que á Dios se le denomina *Jehová-Elohim* destruyen esta conjetura.

Otros autores han supuesto que el elohismo había sido la religión anterior á Moisés y que el jehovismo fué introducido por éste poeta en Israel. Cælin y Bohlen han llegado más lejos, y pretenden que la forma plural de la palabra Elohím revela un origen politeista, y que el nombre de Johová indica el establecimiento del monoteismo. Al contrario, el Génesis demuestra que, hasta Abrahám, los hebreos adoraron á los ídolos, y el testimonio de todo Oriente acredita que este patriarca fué el primero cuyo genio se elevó al concepto de un solo Dios.

Wilkinson, de acuerdo con Hoffmann, ha puesto de manifiesto el hecho capital de la relación existente entre el calificativo de Jehová y *Javo*, forma primitiva del vocablo *Jovis*, Júpiter. Según Champollión, el planeta que así denominamos ostentaba en copto el

nombre de Ho, denominación original de la ciudad de Dióspolis. *Ho aba*, padre Júpiter, tal habría sido el título del pontífice representante en la tierra del astro brillante que el nomo de Ammón había escogido por patrono.

Jao era el nombre que el oráculo de Claros daba á un dios que en invierno se llamaba Orco ó Plutón y Júpiter en primavera:

> Dic omnium deorum supremum esse Jao
> Quem hieme Orcum dicant, ineunte autem
> Vere, Jovem....

Ausonio afirma que Baco-Dionisio era el mismo dios que los árabes llamaban *Adonaí*, uno de los sobrenombres de Jehová. Esta asimilación induce á pensar que el grito de las bacanales *Evoheh*, cuyo sentido no es bien conocido, pudiera no ser más que una ligera inversión de Jehová. Como se ve, éste es siempre y en todas partes el mismo Dios primitivo: Osiris, soberano pontífice de Júpiter-Ammón.

Según los rabinos, Jehová es una de las diez formas llamadas *Sephiroth*, del nombre del Eterno: *Joh*, *Elioh*, *Elohim Jehová*, *Jehová-Sabaoth*, *Elohhaí*, *Adonaí*, etc.; dos de estas denominaciones merecen particular examen.

Sabaoth, el Jehová de los gnósticos, recuerda de cerca al Júpiter Sabazio de la antigüedad, que, al decir de Valerio Máximo, adoraba la colonia judía de Roma en el año 139. Por este culto fueron expulsados los judíos de la ciudad y aun de Italia. Según un mito muy antiguo, Júpiter y Proserpina engendraron á Baco Sabazio, llamado también Jao. En monumentos muy antiguos, al Mitra de los persas se le denomina *Sabazios*, y el origen arameo de este mito lo han reconocido los sabios modernos. Ahora bien, Sabazio y Sabaoth se derivan ambos de una radical única, de Seb, Saturno, astro protector de los etíopes, de quie-

nes fueron los judíos una rama colateral. Eusebio refiere que Jehud ó Judá nació de la unión de Saturno con la ninfa Anobreth. Bajo el velo de estos casamientos míticos suele esconderse el secreto de los orígenes. Este Júpiter Sabaoth ó Sabazios parece, pues, indicar un pontífice de Júpiter de familia etíope, que sucedió á los egipcios de Ammón y fué jefe de los que Homero llama los piadosos etíopes.

Una importante variante del nombre de Jehová es la de Elohim con que el Génesis designa al Creador. Esta denominación es un plural, lo que contraría á la idea de un creador único, como quiere la creencia monoteista. No obstante, es el término de que se sirve el libro en el primer versículo. Algunos sabios han hecho de él un vocablo especial indicando que la obra es entonces colectiva, mientras que Jehová significaría que el Señor obró sólo. En efecto, á esta interpretación conduce el sentido puramente humano que se asocia á muchos pasajes en que se emplea. Jehová se dirige á los Elohim cuando les consulta sobre el castigo que conviene infligir á Adán. «Pues ha gustado—dice—del árbol de la ciencia, y héle aquí *semejante á nosotros*, conociendo el bien y el mal».

Además, la historia de Israel nos informa que la palabra Elohim sirvió para denominar á los jueces, que formaban una de las más altas clases de la nación (1). Mas para volver á los tiempos remotos de que nos ocupamos, encontramos en Sanchoniathón la significación que aquí conviene dar á este término. En el documento fenicio, Elohim designa á los jefes de las tribus que se rebelaron contra Urano. El más importante de ellos, Thot, los excitaba al combate con himnos bélicos. Por su parte, los árabes designan así á una familia de genios, á los que dan el título de *beni-Elohim*, ó Aulad-Alah, hijo de Dios. Parece, pues,

(1) Munk, *Palestina*, pág. 195.

que no había ninguna temeridad en reconocer bajo esa denominación á los cabiros ó jefes de las tribus establecidas en las márgenes del mar Negro, bajo la supremacía de un pontífice que, como indica el Génesis, los reunía en consejo para pedirles su opinión en los casos difíciles.

Todavía queda un calificativo frecuentemente usado en el Pentateuco, el de *Eterno*. Este término encuentra su interpretación en las ideas reinantes por esta época entre los pueblos asiáticos, y que procedían de la creencia egipcia, en virtud de la cual, el monarca deificado creían que no podía morir. A Osiris se le califica habitualmente en las inscripciones: «Dios eterno, Señor de la perpetuidad». También dice Totmés: «Estoy establecido en el trono de Horo por millares de años, siendo tu imagen viviente por la eternidad» (1).

Esto es lo que ha hecho decir á los antiguos que los egipcios creían en la inmortalidad del alma (2). Pausanias (3) declara que los caldeos y los magos son los primeros, según sus noticias, en afirmar que el alma es inmortal, y añade que esta opinión la habían adoptado muchos autores, sobre todo Platón, hijo de Ariston. Sin insistir sobre este punto, se observa la esencial diferencia que existe entre la creencia egipcia, consistente en una simple supervivencia del sér en otra vída, y la doctrina espiritualista del filósofo ateniense. Los sacerdotes de la colonia egipcia del Ponto-Euxino, para asegurar su autoridad sobre el espíritu de los pueblos escíticos, no dejaron de atribuirse esta eternidad de existencia de que los caldeos y los magos hicieron en seguida un dogma. A ejemplo suyo, los dioses olímpicos se declararon inmorta-

(1) Rongé, *Insc. de Karnak.*
(2) Herodoto, II.
(3) *Pausan.*, IV, XXXII.

les; luego se convirtieron en uno de estos calificativos laudatorios, cuya habitual exageración en otro tiempo registrada en las inscripciones jeroglíficas y cuneiformes, no ha dejado de ser la expresión oficial de las cancillerías de Oriente.

¿Quién es Adán? ¿Qué se ha de ver en esta personalidad que es la primera en aparecer en las más antiguas tradiciones conocidas? ¿Es simplemente una alegoría, una abstracción teológica, ó hay en él un sér real que, para hacerle revivir, bastaría abstraerle del medio sobrenatural en que se mueve? Las informaciones que es posible recoger en otros documentos que el Génesis, tal vez nos acerquen á una solución racional.

Los rabinos y los doctores árabes pretenden que Adán significa tierra, y que se dió al hombre esta denominación por el barro de que fué hecho. Sin embargo, es verosímil pensar que, como el *ghé* de los griegos, este término tenía el sentido de autóctono, nacido del país, por contraste con los colonos extranjeros que se habían establecido allí. Esta tierra era roja—se añade—lo que induce á creer que se alude aquí al ocre rojo de que los hombres de entonces tenían costumbre de embadurnarse el cuerpo, así como dice Herodoto hablando de los etíopes del ejército de Jerges. «Dios, dice el Corán, hizo al hombre de arena, mientras que los Genios fueron hechos de un fuego muy ardiente». En efecto, éstos habían nacido con pasiones indomables, bajo el cielo ardiente de Africa, mientras que el hombre blanco era originario de la estepa arenosa.

Aun reconociendo á Adán por el primer hombre, los árabes pretenden que setenta Solimanes habían reinado antes de él en la montañas de Câf, país de las maravillas. Estos Solimanes mandaban á los ángeles que se llaman Peris, Dives y Djinns, los cuales se mostraban harto insumisos, y el Altísimo los casti-

gó muchas veces por su desobediencia. En fin, no pudiendo soportar ya sus rebeliones, se decidió á crear al hombre y á nombrarle su vicario en la tierra. Ordenó á los ángeles que le rindiesen homenaje; Surkhrag obedeció y reconoció al nuevo soberano, pero Eblis, también llamado Lucifer ó Satán, se negó á inclinarse. Parte de los ángeles hicieron como él, y escogieron á Eblis por rey. Este hizo entonces la guerra á Adán y á sus descendientes.

Esta leyenda constituye un precioso elemento histórico. Lucifer, estrella de la tarde, es lo mismo que Plutón, señor del Hades y de los países del Poniente. Su denominación de Satán recuerda el título *suten*, omnipotente, de las inscripciones faraónicas. Estos Solimanes antidiluvianos, soberanos del Cáucaso, ¿quiénes pueden ser sino los regentes del dios-sol de Egipto, que gobernaban en su nombre? A estos beni-Solimanes, y no al Salomón de la Biblia, se refieren las frecuentes alusiones de los cuentos árabes á los Djinns, señores de los elementos, á los negros Afritas, esclavos del anillo donde está grabado el nombre del Altísimo, signo de la delegación de su poder. En ellos se reconoce á los jefes cuchitas, Aditas ó Titanes mitológicos, y por la grandeza del poder sobrenatural que se les atribuye puede apreciarse el respeto y el temor que inspiraban.

Estos etíopes, descendientes de los libios, se creían iguales á los jefes egipcios, cuya sangre se mezcló á su raza, y aspiraban como ellos al mando de la colonia. Concíbese, pues, que los pontífices Ammón-Ra ó Jehová, cansados de la ambición ó de la turbulencia de sus vasallos etíopes, buscasen un apoyo en la raza escítica, inteligente y valerosa, cuyas mujeres se habían convertido en sus compañeras. A este fin, se decidió escoger un jefe en las tribus indígenas, y para hacer de él un dócil instrumento, el pontífice de Júpiter aún le tomó adolescente y le educó bajo

su vigilancia en la soledad del parque sagrado.

Esta interpretación encuentra una confirmación inesperada en la tradición que se ha perpetuado entre los pueblos del Norte. Sus poemas, despojados de las galas que les presta la brillante imaginación de los poetas de Oriente, nos la han transmitido, por decirlo así, en su desnudez primitiva.

Los poemas escandinavos dan á Adán el nombre de Niord, en lengua norrena, *iord* también quiere decir tierra. «¿De dónde vino Niord cuando apareció entre los hijos de los Ases? Hoy manda en muchos templos y á muchos dioses, y, sin embargo, no ha nacido entre los Ases (1). Las sabias divinidades le han creado en el mundo de los Vanir y le han dado en rehenes á los dioses. Al término de los tiempos, Niord volverá á la morada de los sabios Vanir» (2).

La Saga del Norte repite la leyenda como eco de un pasado remoto, y no puede por menos de sorprender su concordancia con la tradición musulmana, de la que sólo es una repetición.

Entre los doctores judíos hay varios que han emitido la opinión de que Adán no fué colocado en seguida en el Paraíso terrestre, y que sólo fué admitido allí cuarenta y seis días después de la creación del mundo. El 14 del mes Pachon—9 de Mayo—dice el Sincello, Dios hizo entrar á Adán en su Paraíso. Era éste un hombre hecho, lo que da por otra parte á entender la palabra de Jehová: «No es bueno que el

---

(1) *V fthrudnis-Vâl*, *Edda*, I.

(2) «Niord divus et filius ejus Freyer Odino et Asis a Vanis fuerunt obsides traditi. Constituit sacrificiorum antistites et apud Asas dii vocati sunt» *Yngling saga*, *Edda sœmunda*.

Orígenes, *Philosophumena*, 108, ha observado que el sobrenombre de Adamas se aplicaba á veces á Plutón-Aides. El historiador persa Khondmir dice á propósito del rey Kaiomors, el Adán de los persas, que esta denominación sólo es honorífica.

hombre esté solo, démosle una compañera semejante á él».

El Génesis ha conservado algunos detalles de curiosa ingenuidad: así, se dice que Dios enseñó los nombres de todas las cosas á Adán, lo que supone que Jehová habló un lenguaje particular. Más adelante vemos que Jehová hizo que se acercasen á Adán los animales de los campos y los pájaros de los cielos, para ver cómo éste los nombraba. Adán, pues, también tenía su lengua, que Dios no conocía. Estos dos pasajes, contradictorios en apariencia, se completan á pesar de eso, pues significan que el pontífice de Ammón enseñó á su discípulo cómo se llamaban en copto todas las cosas, y para instruirse á su vez, pidió á Adán que le dijese los nombres que la lengua escítica daba á los animales y á las aves (1).

El 25 de Junio, dice el Sincello, fué introducida Eva. La creación de la mujer está mencionada por dos veces en el Génesis, primero de una manera general, en el primer capítulo, donde está escrito: «Dios crió al hombre, macho y hembra», y luego les dijo: «Creced y multiplicaos, poblad la tierra y sojuzgadla» (2).

Este pasaje termina el poema de la creación, mientras que el segundo capítulo, en que Eva aparece, nos pone en presencia de una leyenda particular, con todo el carácter ingenuo y anecdótico de los relatos hechos bajo la tienda, por el abuelo á los niños de la tribu. Sábese que mientras Adán dormía en profundo sueño, el Eterno tomó una de sus costillas é hizo con ella una mujer que colocó á su lado.

El Edda refiere que Niord, el primer hombre, vivía en Jotunheim ó Gettelandia (país de los getas),

---

(1) Génesis, II, 18, 19.
(2) Cap. I, 27 y 28.

y que habiéndose dormido cierto día, nació una mujer debajo de su sobaco, *succrevit sub ala*. Puede suponerse que el pontífice de Júpiter, para distraer al joven escita en la soledad del parque sagrado, quiso darle una compañera y la colocó á su lado mientras dormía. Viendo al despertar Adán aquella joven preguntó al Señor cómo se encontraba allí, y le contestó que la había extraído de su costado. Este último detalle da la clave del misterio: la respuesta de Jehová es de las que se dan á los niños curiosos, y nadie pensaría tomarla en serio si no estuviese consagrada por seis mil años de antigüedad.

Según unos, Eva recibe su nombre de *aba*, madre, considerada como madre de todos los vivientes; pero Bochart, con más verosimilitud, la ha buscado en el caldeo, donde *Euam* tiene el sentido de serpiente (1). Los que celebraban los misterios orgíacos se coronaban de serpientes y gritaban: *Euam! Euam!* Si se añade á esta observación que una de las once familias madres de los pueblos fenicios, se llamaba *Evvi*, en caldeo serpiente, se sentirá uno inclinado á admitir que la joven de que Adán hizo su esposa, pertenecía á una de las familias nacidas de Ammón. Es probable que si el tentador se dirige primero á la mujer, es porque ambos hablaban la misma lengua, y preferimos esta explicación á la de ciertos comentaristas que pretenden que, para seducir á Adán, la serpiente emprendió un camino tortuoso por conocer la fragilidad de la mujer (2).

---

(1) Hevæus Syris est serpens. *Geogr. sacra* I. 1, 19.—Jam si accurate vox spectatur Hebraica, nomen Heua adspiratum exponitur serpens fœmina.

(2) «Non est magnun discrimen inter serpentem et fœminam quod fuit facilius serpenti seducere fœminam». *Adhort. ad Græcos*, pág 15.

La tribu Evvi habitaba en el monte Libano en los tiempos

La leyenda adamita se menciona en los libros santos de los parsos, cuyos padres vivieron en la vecindad de los lugares habitados por los hebreos: «Yima —se dice—hijo de Vivaghao, fué el primero de los mortales á quien Ormuz reveló su ley encargándole de propagarla entre los hombres. Ormuz le hizo construir un parque inmenso lleno de plantas y animales que él había producido, y donde irán á vivir en la beatitud todos los servidores de Ormuz».

Es sorprendente que, fuera de ésta única mención, ya no se trata del Var de Yima en los libros de los parsos, como tampoco vuelve á hallarse del Edén en los del Antiguo Testamento (1). En los poemas del Norte la mujer de Niord se llama *nott*, la noche, *colore juxta genus suum nigra et fusca* (2), lo que confirma nuestra opinión de que Eva era de raza etíope. Los pintores modernos cometen, pues, un error haciéndola rubia.

El culto del árbol es uno de los más antiguos y difundidos en el mundo entero. Al principio tuvo su razón de ser en el carácter sagrado de que se hubo de revestir á los vegetales útiles ó notables por su belleza para preservarlos de los estragos de la guerra. Así es que cuando Jerjes marchó al frente de un ejército para atacar á Grecia, habiendo encontrando á orillas del Meandro una arce real lo adornó de collares y brazaletes de oro y puso al pie para protegerlo á uno de los inmortales de su guardia (3).

Odino, Haner y Lodur, los tres dioses generado-

---

históricos, *Jueces* III. Selden le da por ídolo un perro armado de grandes garfios que recuerda al Cerbero Los soldados de Cadmo, dice Diodoro, se llamaban *Hevéens*, y se sabe que eran fenicios.

(1) Mr. Nicolás, *Rev german.*, 1859.
(2) *Edda snorro*, II.
(3) Herodoto, VII, 31.

res de los escandinavos, indicaron la creación de los primeros hombres plantando dos árboles á orillas del mar (1). El brahmanismo y el budhismo han adoptado igualmente este mito. Bajo el árbol de Siva, como bajo el de Vischnú, se celebran en la India los casamientos y las grandes solemnidades religiosas. En la frontera de Birmania se ve una higuera viejísima, al lado de la cual velan día y noche santos yoguis. La higuera es el árbol sagrado de Budha Gautama, y á su sombra enseñaba la moral á sus discípulos. También es el árbol de Osiris, y su hoja, dice Plutarco, representa el país original (2).

Como todo lo demás, este culto se remonta al dios egipcio. Se lee en el libro de Al Salir del Día: «Homenaje á tí, padre del árbol Bek» (la higuera), y más adelante: «El árbol *as* ha salido de Osiris, salido del mar del Norte; el difunto se acerca á él cuando entra en el país de los bienaventurados (3). Es de suponer que, durante su permanencia en las islas Meótides, mientras que con el dios Ftah hacía construir el templo del cielo, el monarca egipcio plantó esta higuera que se convirtió en árbol sagrado, y al que el sacerdocio atribuyó virtudes mágicas (4).

El Edda habla frecuentemente del gigantesco árbol Igdrasill, al pie del cual están sentadas las tres Nornas (las Parcas de los griegos), que saben todas las cosas. Allí también se sientan los dioses Ases, cuando dictan sus sentencias.

El árbol que crece en el Paraíso de Jehová tam-

---

(1) *Edda junior*, pág. 862.
(2) *De Iside*, XIII.
(3) Bunsen, págs. 146, 147.
(4) El mito del árbol lo mencionan frecuentemente los profetas: Ezequiel, XXXI, págs. 10-16; Daniel, IV, pág 10; Apocalipsis, XXI, pág. 22; Job, XXVI; Josué, XXIV, pág. 20. Igualmente se le encuentra entre los chinos, mogoles, tibetanos, calmucos.

bién es una higuera, y está guardado por una serpiente, como el árbol de las Hespérides, y como el fresno del jardín de Colcos, del que se suspendió el toisón de oro. Ese reptil era entonces entre los egipcios el signo de la autoridad, como lo demuestra el *urœus* ó víbora sagrada que adorna el *pschent* de los faraones. Caracterizaba particularmente al sacerdocio de los druidas, que se calificaban entre sí de *naddred*, serpientes. Creíase generalmente en la antigüedad en la superior sabiduría de la serpiente; de la que habla la escritura, sólo puede ser un sacerdote etíope encargado de velar por el árbol de la vida. Para asegurarse de la exactitud de esta explicación, bastaría visitar en el Louvre la sala funeraria del museo egipcio; allí se verá pintada en una caja de madera colocada en el centro una serpiente erguida sobre la cola, y ofreciendo á un personaje divino un fruto que acerca á su boca. Del cuerpo escamoso del reptil salen las piernas semicubiertas con una túnica, y brazos y manos de hombre.

El Génesis califica á la serpiente del «más astuto de los seres animados», *callidior animantibus*, epíteto sorprendente tratándose de un animal tan estúpido como peligroso. Ahora bien, existe una singular relación entre el epíteto de *astuta* que la Escritura da á la perpiente y el de *doléron*, del mismo sentido, que el Sanchoniathón aplica al Caos. Creemos tener aquí una prueba que justifica suficientemente nuestra traducción de éste término por *Kah us*, *Cusch*, etíope.

Había dos árboles en el jardín de Edén, el árbol de la ciencia y el árbol de la vida: el fruto de éste hacía inmortal: Jehová dice á los Elohim reunidos en consejo: «He aquí que el hombre es como nosotros; conociendo el bien y el mal, hay que temer ahora que no dirija su mano hacia el árbol de la vida y coma el fruto y viva para siempre».

La creencia es un alimento que da la inmortalidad,

es común á casi todas las religiones antiguas. El politeismo griego tenía la ambrosía que servía de alimento á los dioses del Olimpo, y los poemas sagrados de la India celebran el *amrit* reservado á los dioses del paraíso de Brahma y de Vischnú. El Edda habla frecuentemente de los frutos de vida, *vitalia poma*, que concede una eterna juventud. Entre los celtas, el caldero de Ceridwén servía para preparar el agua de Juvencia. Desde el principio de las religiones, los sacerdocios, para aumentar su prestigio, se atribuyeron el poder de vencer las dos fatalidades que pesan sobre el hombre, la ignorancia y la muerte. Presentábanse á los ojos del vulgo como poseedores privilegiados del doble talismán que comunicaba la ciencia y la inmortalidad.

Para la autoridad que el pontífice de Ammón había de ejercer sobre las tribus escitas, era importantísimo que nada desmintiese sus oráculos. Por otra parte, ¿cómo realizaría su deber el misionero que destinase á propagar sus enseñanzas, si no tenía fe en el poder sobrenatural de sus superiores? Así, Jehová ordenó á Adán y á su mujer que no tocasen al fruto del árbol que está en medio del jardín, sopena de morir inmediatamente.

El etíope astuto, guardián del árbol, dice entonces á la mujer: «De ningún modo moriréis; pero el Señor sabe que el día en que comáis de ese fruto se abrirán vuestros ojos y seréis como los dioses; conociendo el bien y el mal».

Como se ve, el guardián del árbol estaba en el secreto de los dioses. Pensando imparcialmente su manera de obrar sería cosa de asombrarse de la maldición eterna que le ha valido ese consejo que, en definitiva, la humanidad no ha dejado de observar, puesto que lucha contínuamente por saber más y tal parece ser su destino. En otro tiempo hubo una secta judía, la de los ofitas, que extrajo de la leyenda una mora-

lidad completamente opuesta: en la serpiente honraba á la madre de la ciencia, y consideraba como el mayor servicio prestado á la sociedad el conocimiento del bien y del mal que ilustró el espíritu de Adán y Eva al comer del fruto prohibido.

III

CAÍN, LOS ÁNGELES

En castigo de su desobediencia—dice el libro santo—Adán y Eva fueron condenados, ella á servir al hombre y el hombre á vivir de su trabajo. Ellos y su familia fueron después expulsados del paraíso, y el Señor colocó Querubines, espada en mano y al lado de Oriente, para guardar el camino del árbol de la vida.

Sin embargo, según el Corán y los rabinos, las consecuencias del delito no fueron tan rigurosas, y el Señor sólo desterró á Adán por tiempo limitado, al cabo del cual obtuvo su perdón, y el ángel Gabriel le enseñó los ritos que necesitaba realizar para obtener la expiación (1).

---

(1) Pausanias, IX, xxx, dice que Orfeo instituyó la expiación, que puso término á las venganzas particulares. Como principio religioso estableció que cualquier hombre que hubiese cometido una muerte sufriría destierro, por lo menos un año, aunque la muerte fuese involuntaria, y por mucho más tiempo según las circunstancias. En ciertos casos al matador se le castigaría con la esclavitud. Terminado el destierro el culpable se hacía expiar. Los padres del muerto estaban obligados á entrar en arreglos y recibir una indemnización. La misma costumbre está en vigor entre los circasianos y se encuentra entre los árabes, los corsos y, en general, en todos los pueblos de origen pelásgico y semítico.

> sylvestres homines sacer interpresque deorum
> Cædibus et victu fœdo deterrit Orpheus
>
> *Ars poet.*, 391.

Orfeo pasaba por haber recibido su ciencia de Egipto Es de presumir, pues, que recibió de él la institución de la expiación como la de los misterios que importó en Grecia.

Después de reconciliarse el Señor con él, Adán, según la doctrina del Islám, fué electo vicario de Dios y jefe espiritual de las tribus. La tradición musulmana refiere que Jehová concertó un pacto con los hombres por el cual se comprometieron á reconocer á Adán por soberano. El Corán menciona frecuentemente este pacto: «Cuando Dios propuso á Adán por rey á los hombres, respondieron todos: ¡Sí! Estaban entonces congregados en el valle de Nomán, cerca del monte Arafat». Pero ciertos autores, asegura Ebn-Abbás, pretenden que fué en la India, en la llanura de Dahía.

Esto se refiere á la tradición, bastante difundida en Oriente, según la cual, Adán cayó en la India al salir del Paraíso terrestre. Como hemos hecho notar, se trata de la isla de los Sindos ó Síndica, nombres con que Herodoto, Estrabón y Plinio, designan á la isla de Tamán. Este valle de Nomán fué, sin duda, el lugar donde el nomo sagrado tenía costumbre de reunirse, quizás la llanura *Aléthéia* de los Campos Elíseos, en la cual, según Platón, se reunía el tribunal de los Infiernos.

Los profetas, los rabinos, los musulmanes, han repetido en múltiples pasajes que habiendo querido Dios hacer de Adán su vicario en la tierra, los ángeles Elohim se mostraron celosos significando muy alto su descontento.

«Quiero crear—dice el Señor Dios á los ángeles—un vicario para representarme en la tierra. Y respondieron: ¿Colocarás tú mismo como señor de la tierra al que la manchará y derramará la sangre, mientras que nosotros estamos ocupados en celebrar tu gloria y santificarte? Yo sé—dice el Señor—lo que vosotros no sabéis. Había enseñado á Adán los nombres de todas las cosas que les explicó á los ángeles,y Dios dijo á éstos: Decidme los nombres de todas las cosas que he creado, si los sabéis. Ellos respondieron: Loor á

tu divina Majestad, sólo sabemos lo que nos has enseñado. Sólo tú eres sabio y prudente. Luego dijo Dios á Adán: Declárales los nombres de las cosas que he creado, y después de hacerlo el Señor dijo á los ángeles: Humillaos ante Adán, y ellos se humillaron, excepto Eblis, que ya era orgulloso y figuraba entre los malos (1).

Los relatos de los árabes no merecen para el arqueólogo menos crédito que los de los judíos. Todo, pues, induce á creer que asistimos aquí á una elección en la que fueron consultados los pueblos. El conocimiento de las lenguas dió á Adán el escita la superioridad sobre sus rivales etíopes. Sabiendo en copto, así como en escita, cómo se llamaban todas las cosas, era más apto que nadie para hacer conocer las voluntades del Altísimo, para difundir sus enseñanzas entre los pueblos y representarle ante ellos como su vicario. Por otra parte, ¿no parece que así debe entenderse las palabras: «Jehová quiso que Adán fuese su imagen y semejanza?»

En la traducción armenia de la cronología de Manethón, el término egipcio *nekuas*, que designa á los jefes ó semi dioses que sucedieron á los grandes dioses, está traducido por *uruagan*, que significa semejanza de los dioses, «figuram et imaginen deorum» (2).

Es absolutamente el texto del Génesis; *celem* quiere decir forma exterior, según los hebraizantes. Ahora bien, representarse á la divinidad como nosotros la concebimos es cosa imposible,pues es concederle un cuerpo, humanizarla, y está escrito en la Biblia: «No

---

(1) *Corán*, sura de la vaca.

(2) Eusebio, *Chronicarum*, xx, 93; Angelo Maio, ex Halcano codice a doctore Joh. Zohrabo annotato.

harás la imagen del Eterno» (1). Esta parte del Génesis debe, pues, pertenecer á un fragmento, no sólo extraño á la doctrina monoteista, como la mayoría de los que preceden, sino con carácter claramente realista. No puede por menos de concluirse que, en este documento, la palabra imagen ha sabido significar representación viviente ó sea vicario, en estilo sagrado.

Además, es de notar que el *nekuas* de Manethón, ha pasado al griego, νηκυες, en el que adquiere el sentido de manes. Así es como Homero designa á las sombras que Ulises evoca en el Erebo. El texto latino de Eusebio traduce el término de Manethón por Héroes Manes. Vémonos, pues, transportados á la región sagrada del Hades, y se siente uno inclinado á reconocer que debió de haber varios Adanes, instituídos sucesivamente en pontífices y jefes de las tribus. Efectivamente, en el Génesis como en el Corán, vemos que su hijo Seth fué su sucesor en esta dignidad.

Esta elección, impuesta por el soberano pontífice de Ammón, fué causa de la sucesión de varias tribus etíopes que se negaron á reconocer por jefe religioso á un hombre procedente de una raza que consideraban como inferior, por el estado de salvajismo en que aún estaba sumida. Esta desigualdad se hace más evidente en las mitologías por el rango asignado á los Dives, á los Djinns ó genios, á los Telchines, calificados de *Daimonos*, á los Titanes, que Estrabón llama príncipes, y que están colocados en la jerarquía celeste como intermediarios entre los dioses y los hombres.

A contar del nombramiento de Adán como vicario del Eterno, se declara la guerra entre las tribus obedientes y las que se rebelan contra Dios y su criatura: esto es lo que los teólogos distinguen por ánge-

(1) E. Saisset, *Philosophie des Juifs.*

les fieles y ángeles rebeldes, de los que Satán es el jefe supremo (1).

Este antagonismo de las razas es el hecho dominante al principio de las sociedades antiguas, y atestigua de nuevo su unidad original. En el primer período, alianza y unión entre los pueblos de una misma región; en el segundo, rivalidad, rebelión y lucha. La hostilidad de Arimán contra Ormuz, de Tifón contra Osiris, de los Titanes contra Júpiter, de los Jotuns contra los Ases, se ofrecen como tantas otras fases diversas de un solo suceso. El austero principio monoteista que ha presidido á la redacción del Pentateuco, excluyó del relato á los demonios y á los ángeles, que sólo se entreven al principio, en la intervención de los Elohim, y el Eterno reina sólo en este vasto poema teológico. Sin embargo, el odio original de las dos ramas, derivadas de la mezcla de las razas en los personajes de Adán y de Eva, no podía pasar en silencio. El Génesis hace decir por el Señor á la serpiente: «Pondré la enemistad entre tu posteridad y la de la mujer». Estas palabras hacen ver perfectamente que entonces había dos razas distintas: la raza etíope, de la que fué símbolo la serpiente, y la raza mezclada, á que pertenecía la mujer.

El odio de ambas familias está igualmente personificado en la figura de los dos hermanos Caín y Abel, éste pastor, aquél labrador y artesano. Caín, al que por un instinto tradicional se ha representado siempre de color obscuro, crespo el cabello y de robustos miembros, caracteriza al cuchita; mientras que el rubio Abel, á quien su belleza y piedad granjean la ternura de sus padres y la benevolencia del Altísimo, representa al escita favorito de Ammón. Creemos

---

(1) *Mantó*, uno de los sobrenombres de Plutón, el Satán de los griegos, pertenece al copto puro. Este término designa regente del mundo.

que existen grandes probabilidades para considerar la muerte de Abel como un hecho real, cuya resonancia fué inmensa en esta época de paz y de concordia. Este crimen causó entre las tribus de las orillas del mar Negro un movimiento de indignación y de dolor general, tanto más vivo, por ser la primera sangre derramada desde la fundación de la colonia. La emoción que este crimen suscitó se ha exteriorizado en muchas leyendas, diferentes en la forma, pero idénticas en el fondo.

Entre los griegos es la muerte de Adonis (*Adonai*) cuyo mito, uno de los más antiguos de Asia, se celebraba en Siria, en Frigia y en Grecia con un duelo anual de varios días. En el Norte es Heimdall, el más blanco de los Ases, traidoramente asesinado por el dios Loki, y del que los escandinavos lloran su pérdida cada año, el 25 de Junio, día de San Juan, en que encienden hogueras en el monte, recordando las que encendieron Caín y Abel en honor del Señor. También es el bello Siahmak, hijo de Djemschid, monarca de los primitivos parsos, el muerto en un combate contra el rey de los Dives negros. Sin duda no es posible determinar cuál de estas versiones se acerca más á la verdad. Pero en el fondo, importa poco; lo esencial es poner de manifiesto esta comunidad de impresión que atestigua la comunidad de origen.

El sumo pontífice tuvo que castigar al asesino: «¡Sé maldito!—le dijo—cuando trabajes la tierra ya no te dará fruto, y andarás errante y fugitivo por la tierra».

Caín responde: «Mi castigo es más grande de lo que yo puedo soportar. Me has expulsado de esta tierra, y me ocultaré de tu presencia, y mientras vaya errante por la tierra cualquiera que me encuentre podrá matarme».

Caín comprende muy bien que en saliendo de la comarca habitada hasta entonces por su padre y por él, ya no estará bajo la protección inmediata del

Señor y que su vida correrá peligro entre los pueblos que no le conozcan.

Y el Eterno le dice: «El que matare á Caín será castigado siete veces», y el Eterno marca á Caín para que no le maten.

Este pasaje es uno de los más obscuros del libro. Cierto que el Señor no tiene la intención de reducir á Caín á los extremos de la desesperación. Por criminal que sea, el Eterno no quiere que permanezca sin ayuda en su destierro; ¿qué marca será entonces esa que ha de hacerle respetar? El Génesis no da ninguna explicación sobre este punto, y los comentaristas permanecen mudos. Ni siquiera parece que hayan pensado en resolver el problema. Dado el parentesco original de los mitos de Egipto y Judea, quizás sea posible hallar en él una solución.

La administración de un imperio tan vasto y compuesto de elementos tan heterogéneos, como el de Asia en los primeros siglos del reinado egipcio, exigía una vigilancia local muy asidua. Esta vigilancia, uno de los primeros cuidados del gobierno, se ha simbolizado en las inscripciones por el ojo abierto, que se convirtió así en uno de los principales atributos de la autoridad suprema. Horo, el rey-sol de Asia, ejercía por sus ojos un simbolismo muy amplio, dice M. de Rougé (1): el ojo derecho se relacionaba con el sol, el izquierdo con la luna, lo que quiere decir que la vigilancia del soberano se extendía lo mismo á los pueblos de la familia del sol (egipcios, etíopes, libios) que á los de la luna (escitas, fineses, pelasgos).

El ojo abierto es el signo jeroglífico dominante en el nomo de Osiris. Ahora bien, muchos pueblos del Palus-Meótides ostentan este signo pintado ó tatuado en su persona; los Cíclopes tenían en la frente este ojo, que Ulises saltó á Polifemo; los Arimaspes

(1) *Notice des monuments du Louvre*, pág. 122.

monoculi lo llevan en medio del estómago (1); entre los gorgonos, el ojo y el diente eran los emblemas de la autoridad, que cada reina pasaba á la otra, después de terminar el tiempo de su reinado. Podría, pues, suponerse que el ojo vigilante de Osiris ha sido el signo exterior que servía para marcar á los vasallos de Egipto, el cual, á cambio de sus servicios, extendía sobre ellos su mano protectora.

Sabido es que el ojo abierto en un triángulo radiante, simboliza á Jehová. Admitida su asimilación con Ammón Ra, no hay inverosimilitud en suponer que el signo impuesto á Caín fué este mismo emblema. Una vieja fórmula, empleada á veces para hablar del desterrado: «Y el ojo de Dios estaba sobre él», tomada siempre en sentido metafórico, podría interpretarse desde entonces como expresión de un hecho material.

La palabra Cíclope (κυκλῶπες, *Huk el opis*, ojo del Señor) se referiría á esta interpretación, pues ese término ha sido seguramente tomado de una lengua más antigua. Como Caín, los Cíclopes fueron constructores de ciudades.

«Caín salió de ante la presencia del Eterno y habitó en el país de Nod, al Oriente del Edén».

Aquí encontramos la explicación de la segunda tradición recogida por Tácito: «Los judíos etíopes fueron expulsados de su patria bajo el reinado de Cefeo» (2). No se trata del rey de Etiopía, padre de Andrómeda, sino del rey-cielo, Emphé ó Kephé, sobrenombre del pontífice de Ammón. La semejanza que hemos establecido entre Jehová y este personaje parece, pues, plenamente justificada por el pasaje de Tácito, que sólo puede referirse al destierro de Caín y de su familia.

---

(1) Super Mæotim Arimaspi, Plinio, IV, XII.
(2) *Hist.*, V.

Al salir de la isla de Ammón ó Tamán, el desterrado se encamina con su familia hacia el Este. La primer tierra que encontró fué la costa del Cáucaso, que ha tomado el nombre de litoral de Abasia, del pueblo de los abases, que la ocupa en gran parte. Clemente de Alejandría da á esta comarca el nombre de Naid, traducido por *fluctus* (1). Por consecuencia, se trata de una región marítima.

Nod ú Hud fué el nombre de Tot-Hermes y á la vez el del pez que los antiguos egipcios llamaban *not*, *hut*, *teut*. Este término designaba, pues, el doble símbolo sideral y animal de los pueblos establecidos en estos parajes (2). Thot aún es el nombre que se da á la más alta cima de la costa de Abasía, vecina de la Cólquida, y las montañas que prolongaban el litoral desde Anapa hasta Ghelindjick se llamaban también Merk-tot. Como hemos reconocido más arriba, allí estuvo la primer residencia de los cananeos ó fenicios, nacidos de las tribus líbicas unidas á los escitas de la Táuride. Los hebreos, nacidos en la isla de Ammón de algunas familias cimerianas, se les incorporaron. Estos pueblos, que algunos siglos después se convirtieron en naciones con los nombres de fenicios, adomitas, israelitas, árabes, asirios y caldeos, estaban entonces reunidos con el nombre colectivo de Cusch ó etíopes, unos en los montes Nifatos (Libia), donde se dedicaban al pastoreo, los otros en las orillas de Abasia y Cólquida, donde construyeron ciudades, laborearon minas, establecieron talleres para la fundición y fa-

---

(1) Clem. Alej , *Strom.*, II, v.

(2) *Fomalhaut*, en copto, es la constelación de piscis austral. *Hut* es el signo del pez en el calendario parso, Hyde, *de vell. Persarum*. Hygin, *Poetic. Astronom* , II, 41, escribe: *piscis qui Not appellatur*.

Odios fué el antiguo nombre del Hermes de las encrucijadas. Los adomantes de Tracia se llamaban así porque pronunciaban los oráculos en nombre de Mercurio-Odios.

bricación de los metales, construyeron grandes barcas de vela con las cuales costearon el litoral para comunicar con la Táuride, entregándose activamente á la invención y al trabajo, y preparando las brillantes civilizaciones que habían de ilustrar á sus descendientes.

Los cainitas (1) formaron parte de esta numerosa confederación y, como dice muy bien Tácito, se establecieron en las extremidades de Libia. Añade que ocurrió esto cuando Saturno fué despojado de su reino por Júpiter, lo cual establece un curioso sincronismo entre la tradición bíblica y la fábula helénica.

El viajero Pallas y M. de Montpéreux han reconocido en la ribera de Abasia las fundaciones ciclópeas de una ciudad de Acaya, de la cual hablan Arriano y otros muchos geógrafos. Los griegos pretendían que esta ciudad la fundó una colonia de aqueos. Es de presumir que era mucho más antigua que la formación de los estados de Grecia, y, al contrario, que fué de esta Acaya de donde partieron los pelasgos acayos ó aqueos para establecerse en la Hélada.

Según la escritura, Caín fundó en el pais de Nod una ciudad que llamó Henoch. Por singular fortuna ha sobrevivido ese nombre. Era el de un pueblo renombrado, que ocupaba parte del litoral de Abasia, al Norte de la Cólquida (2). En tiempo de Arriano, los henoch estaban divididos en cuatro grandes tribus sometidas al rey Anquialous. Entre ellos buscó al principio Mitrídates un refugio contra el odio tenaz de los romanos. Los griegos, cuya manía sistemática fué

(1) O cayanianos, de *Kay*, t erra, hijo de la tierra ó de' pais, como los Títanes, Adán, etc. En Georgia se celebra la fiesta de una santa Caiana, que no pertenece á ningún calendario.

(2) A lo largo de la orilla del Cáucaso se encuentra á los colqüi, que habitan desde el Faso hasta el país de los henochi; remontando al Norte se llega al de los acayos. *Periplo del Euxino.*

de cambiar los nombres extranjeros para vestirlos á la griega, hicieron del pueblo de Henoch ηνιοχος, conductores de carros y pretendieron que Rhecas y Amfistrato, cocheros de Cástor y de Póllux, se separaron en la expedición de los Argonautas para establecerse en este lugar. En este cuento hay una pequeña dificultad; y es que los henochs figuran entre los pueblos del Cáucaso ante los cuales pasan esos mismos Argonautas huyendo de la Cólquida, y Orfeo los coloca al lado de los Kerketos ó circasianos. En segundo lugar, la nodriza de Medea se llama Henochea. Es de presumir que el sobrenombre de Heniochea, dado á Juno, procedía también del pueblo de Henoch. Con este nombre se sacrificaba á la diosa, cuando se consultaba el oráculo de Trofonio, el más antiguo de Grecia. Creemos que no se necesita más para convencerse de que también sobre este punto se ha incurrido en engaño por la ingeniosidad de los mitógrafos, y que los henoch del Cáucaso eran infinitamente más antiguos de lo que pretendían.

En resumen, Henoch, que los orientales asimilaban á Thot Hermes, (1) fué un jefe de las tribus lunares, *Thot Lunus*, como lo acredita su título, An-Ok, señor de la luna. Esta identidad del patriarca Henoch con Thot Hermes conduce á una interesante confirmación: el Génesis, en el capítulo quinto, da una enumeración de ocho patriarcas, sucesores de Adán, cada uno de los cuales vive de nuevecientos á mil años y, en esta genealogía, la misma fórmula está empleada uniformemente, excepto en lo que concierne á Henoch, donde se dice: «Habiendo Henoch engendrado á Methuselah, marchó con Dios durante trescientos años y ya no apareció porque Dios le tomó.»

El sincronismo de las mitologías induce á creer que Henoch es aquí el mismo que Thot, de que habla

(1) D'Herbelot, *Biblioth. orientale.* Voz Henoch.

Sanchoniathón, el cual, después de haberle ayudado á Saturno á apoderarse del trono de Urano, fué su ministro. Saturno—dice el escrito fenicio—le tomó consigo, y habiéndoselo llevado al mediodía, le dió el gobierno de Egipto.

Si Thot y Henoch sólo son uno, es fácil explicarse estas palabras: «Marchó con Dios y ya no reapareció (en su tribu), porque Dios le tomó.» Por la palabra dios, entendían entonces rey ó pontífice, el que poseía la autoridad suprema, fuese Saturno ó Jehová. Pero el sentido mítico no tardó en prevalecer; pues los rabinos pretendían que Henoch había sido transportado al cielo por los ángeles, y Hesiodo se expresa análogamente: «Illustren Maía et Atlantide natum Mercurium Juppiter cœlo sustulit.»

Es probable que, cuando contribuyó á elevar á Saturno al poder, Thot-Henoch era pontífice de Ammón; pues los esenios pretendían que Henoch había vivido en un paraíso terrestre situado al Occidente, cerca del Océano. Ahora bien; no hubo dos paraísos terrestres, y la situación de éste indica que se trata de la isla de Tamán, donde reside Jehová. Esta inducción nos conduce á otra más importante, de donde resultaría que los patriarcas del Génesis representan otros tantos grandes sacerdotes de Ammón, vicarios de Jehová. Según los árabes, estos patriarcas eran poderosos soberanos. Tabari refiere que Jared, hijo de Mahaleel, gobernaba al mundo por virtud de un anillo, como los Solimanes, que reinaron en la montaña de Kaf antes del diluvio. Al decir de los rabinos, Seth fué promovido á la dignidad de vicario de Dios, tras la muerte de su padre Adán, y que después de nacer su hijo Enos comenzó á dársele el nombre de Eterno, lo cual quiere decir que Seth fué entonces elevado á la dignidad de soberano pontífice.

Enos sucedió á su padre, y después, siempre de padre á hijo, vinieron Kenan, Mahaleel, Jared, He-

noch, Methuselah, Lamech y Noé. La totalidad de sus años, inclusos los de Adán, es de siete mil doscientos veinte, que son evidentemente años lunares de un mes, ó sea seiscientos un año solares y ocho meses (1). Este período, cuyo comienzo no puede estar muy distante de la época en que se fundó la colonia, principia en el momento en que los pontífices egipcios juzgaron conveniente delegar su autoridad en un jefe de raza indígena, más para conciliarles el apoyo y la adhesión de los pueblos etíopes, que el de sus jefes, cuya ambición turbulenta se hacía temible.

Si se buscan los sincronismos que se refieren al documento bíblico, siéntese uno inclinado á asimilar el Mahaleel, cuyo nombre significa muy alto señor, el *elion* de los sirios, el *upsistos* de los griegos, al Djemschid Urano que, según el Schah-Nameh, se hizo proclamar soberano monarca. Jared, es cierto, se diferencia de Henoch, pero refiriéndose al capítulo IV, 18, se ve que Hirad ó Jered es hijo de Henoch y padre de Methuselah.

Thot-Henoch marca, pues, en la serie de los patriarcas la época del advenimiento de Saturno. Cuando siguió á su señor tenía sesenta y cinco años, si se toma por referencia el Génesis que, en esta ocasión, parece haber adoptado el período solar. Henoch permaneció á su servicio trescientos años lunares, ó sea veinticinco años, que es aproximadamente la duración atribuída al reinado de Saturno. Si á contar del término de este reinado se reduce á años de trescientos sesenta y cinco días, los dos mil doscientos cuarenta y seis años de Methuselah, Lamech y Noé,

---

(1) En los primeros capítulos del Génesis, los años son meses. La costumbre de contar así el tiempo está indicada en los Salmos (104, 19): «Jehová ha hecho la luna para los tiempos y las épocas» De ahí la costumbre de comenzar el día por la tarde. «Fué tarde y fué mañana». Gén. I; Levit., XXIII, 32.

hasta el diluvio, se obtiene el número redondo de ciento ochenta años solares, que forman el período que hemos llamado ciclo de los dioses y que ha servido de base á las mitologías.

El sabio orientalista Herbelot ha conservado una leyenda árabe que sólo es una variante fabulosa de la historia de Henoch: «Surkhrag, el más poderoso de los Dives, reinaba en toda la montaña de Kaf. Siendo dilatadísimo su imperio, rogó al patriarca Seth que le enviase á su hermano Rocail ben-Adán, para ayudarle á gobernar sus estados. Este accedió, convirtiéndose así en el visir del monarca. Administró admirablemente el reino por medio de las ciencias ocultas y de los talismanes que poseía.

Según los musulmanes, Schict ó Seth fué el jefe de la tribu sagrada de los Beni-Elohim, que los árabes denominan Aulad-Alá, hijo de Dios, y otros los Beni-Alkiam. La crónica de Cayamors, el Adán de los parsos, dice que el patriarca Seth declaró la guerra á los cainitas, y que el dive Husdasch, que se puso á su servicio, fué nombrado gobernador del país de Kaf (1).

Los hombres—dice el Sincello—ocupaban antes del diluvio una comarca situada entre el Paraíso y el Océano. La raza de Caín habitaba la tierra de Nod, que temblaba, mientras que Seth, por orden de Adán, se estableció en la tierra alta de Edén, frente al Paraíso, κατέναντι. Su descendencia siguió residiendo en esta región para impedir que se mezclase con la línea del fratricida. Toda esta raza de Caín era pequeña de cuerpo y deprimida en su aspecto, mientras que los hijos de Seth, á los que también se llamaron gigantes ó hijos de Dios, eran notables por la elegancia de sus proporciones y la belleza de su rostro.

Estos piadosos servidores del Altísimo son los que

(1) D' Herbelot, *Kaiomors*.

los teólogos han llamado Angeles y Egregores. Ἄγγελος, enviado, correspondía sin duda, al principio á esos *missi dominici* de la Edad Media, encargados de ir á remotos países á conservar la paz de Dios. «Son los poderosos de la tierra», dice Josefo (1). Clemente de Alejandría refiere que los ángeles están clasificados por tribus y por ciudades, y que fueron enviados á los hombres por el Señor, para que los gobernasen. Añade que «Dios dividió el territorrio entre los pueblos según el número de sus ángeles» (2).

Las tradiciones hebráicas y musulmanas se relacionan en muchos puntos á la de los parsos. Y tal fué, entre otros, la doctrina de los fariseos. La jerarquía angélica constituye en el parsismo un gobierno regularmente organizado. Por debajo de Ormuz, seis Amschaspands, presiden al fuego, á los metales, á las bestias, á los árboles, á la tierra, al agua, á las estrellas. Estos ministros mandan á los Feruers y á los Izeds, genios guerreros que combaten con la lanza y la espada como los arcángeles de los judíos.

Los caldeos contaban nueve esferas guardadas por las inteligencias ó espíritus celestes. Los esenios y los gnósticos colocaron arcángeles al frente del ejército angélico, dividido en nueve coros ó jerarquías. Los principales coros fueron los *Querubines* y los *Serafines*. Se los representaba en los templos por figuras de animales con cuerpos emplumados. Los Querubines tenían cabezas de león y de toro; el cuerpo de los Serafines se componía de dos serpientes rematadas en la parte superior por un torso de joven. Esto es, precisamente, lo que describen los mitógrafos de Grecia cuando dan á los Titanes y al Dios Boreas piernas de serpientes, *crura serpentina*. Es difícil no sentirse impresionado de la estrecha relación que existe entre el

(1) *Hist. Judæor.*, I, II.
(2) *Stromata*, VI, VIII.

término *ángelus*, el *anguis* latino y el *schlange* alemán.

Las alas de que estaban provistos los ángeles y ciertas divinidades paganas, parece haber sido el signo de una dignidad. Según Sanchoniathón, cuando el dios Tot hizo el retrato de Saturno y de Dagón, dió al primero cuatro alas, mientras que á los otros dioses sólo dió dos, una en cada espalda. Hasta añadió á la efigie de Cronos otras dos alas en lo alto de la cabeza, para indicar su rango supremo. Las del casquete de Mercurio Hermes tuvieron, sin duda, el mismo sentido. En consecuencia, los teólogos y los poetas, al ver alas en los ángeles y en los dioses, les han atribuído, naturalmente, la facultad de volar (1).

El sobrenombre de Egregoros, que se daba á los ángeles, significa guardianes. Ἐγρήγορες de los Setenta se traduce efectivamente por *vigil insomnis*, que es también el sentido del símbolo del ojo abierto, *iri* de los jeroglíficos egipcios: «Beati qui se assimilant angelis quos Egregoros, hoc est vigiles, vocamus» (2). Sin embargo, podría proponerse una mitología todavía más antigua y con sentido más local: *Egher-Hor*, los jefes de Egher; tal fué, en efecto, el primer nombre de la Cólquida, según Moisés de Khoreno (3).

Aunque la severidad del dogma monoteista repugna evidentemente á la intervención de los ángeles, se les encuentra en el Génesis, primero en la forma de los Elohim colaboradores de Jehová, tan pronto identificados con él como separados. Después, tres ángeles anuncian á Loth la destrucción de Sodoma; uno de estos mensajeros divinos, detiene el brazo de

---

(1) Los Sobieski estaban representados con alas en sus retratos, sin duda como los sucesores de los jefes bárbaros, que las imágenes romanas nos trazan con las alas desplegadas sirviendo de cimeras á sus cascos. De ahí proceden los penachos y los plumeros distintivos de los grados militares.

(2) Clem. Alej., *Ielasgogi*, II, IX.

(3) Saint Martín, *Mém sur l'Armenie*, II.

Abraham, dispuesto á inmolar á su hijo; otro lucha con Jacob; un tercero salva á Agar en el desierto; un cuarto acompaña á Tobías. Pero es evidente que este elemento mítico está lejos de conservar en el Antiguo Testamento el puesto importante que desempeña en el Nuevo, y los más doctos hebraizantes consideran la aparición de los ángeles en muchos capítulos del Génesis como prueba de la relativa modernidad de estos textos.

La creencia en la existencia de los ángeles, admitida por los parsos y los árabes, apenas disfrazada por la diferencia de los nombres en las regiones politeistas de Persia, de Grecia y de Roma, debía, en efecto, parecer demasiado impregnada de paganismo para ser aceptada sin examen por los judíos. Habiéndola introducido el cristianismo en los Evangelios, tuvo que mostrarse tolerante con los tiempos anteriores. De esta divergencia de opiniones resultó un verdadero cisma entre los teólogos conspicuos. Los más eruditos Padres de la Iglesia, Clemente de Alejandría, Lactancio, Cipriano, Ireneo, Tertuliano, Arnobio, Ambrosio reconocen, lo mismo que Filón y Atenágoras, la existencia de los ángeles, y se apoyan, para establecer su ortodoxia en el pasaje bien conocido del Génesis; pero por otra parte, Orígenes, Celso, Crisóstomo y Epifanio han protestado enérgicamente contra tal creencia, á la que consideran como tocada de heregía. Esta última doctrina parece haber prevalecido durante la Edad Media. Desde los tiempos de Eusebio, la iglesia griega se asoció á ella y la iglesia latina siguió su ejemplo. En general, los autores de rigurosa ortodoxia rechazan la leyenda angélica y los otros procuran no decidir en este punto.

Lo que ha contribuído poderosamente á desacreditar la creencia en los ángeles es la leyenda realista de sus amores con las hijas de los hombres. Sin embargo, el hecho estaba tan aceptado en los tiempos

antiguos, que el Génesis no ha creido deberse dispensar de mencionarlo explícitamente en su capítulo VI, donde se dice: «viendo los hijos de Dios que las hijas de los hombres eran bellas tomaron por esposas todas las que escogieron. De su unión nacieron los gigantes y los hombres de renombre».

Los escritos de los gnósticos están llenos con los detalles de esta aventura. El detalle más curioso de esos relatos es el que da el libro de Henoch, documento mucho tiempo desdeñado por una crítica superficial, pero sobre el que han atraído la atención recientes investigaciones (1). Aunque la redacción no parezca muy antigua, el texto original debía remontarse seguramente á una fecha remotísima, pues Santiago habla de él en sus epístolas canónicas y Tertuliano le concede grandísima autoridad entre los primeros cristianos. Esta leyenda, cuya redacción se atribuye á Henoch, el Idris de los árabes, el Thot Hermes de los paganos, suministra un complemento interesante al documento fenicio de Sanchoniathón (2).

Según este libro, los ángeles Egregoros vivían en las montañas haciendo vida piadosa y ejemplar, absteniéndose de la injusticia y de la mentira. Siete generaciones de ellos vivieron así en la práctica de la virtud. Sólo juraban por la sangre de Abel, á quien querían vengar en la raza del fratricida; pero el autor del mal, para consumar su caída, les inspiró el deseo con la belleza de las hijas de los hombres. Llamábase así á los descendientes de Caín, porque su origen nada tenía de divino (3).

Cuando éstos se multiplicaron, tuvieron hijas de tan gran belleza y tan seductoras que, en cuanto los ángeles guardianes las vieron concibieron por ellas

(1) Bruce, *Voyage en Abyssinie*, I, 573, in 4.°.
(2) Tert., XV. Daniel, IV, 10.
(3) Eusebio, *Præp. evang.*, IX, XVII.

ardiente pasión; uno de ellos habló á los demás, y después se dijeron: «Vamos á ver á las hijas de los hombres y escojamos esposas entre ellas.» Sólo Semiaxas dudó. Luego veinte de los principales Egregoros se dirigieron al monte Hermón y allí se comprometieron con mutuos juramentos á sostenerse. Esto ocurrió en tiempo de Jared.

Otra versión hace recaer la culpa sobre las jóvenes cainitas. Estas formaron un grupo y al son de las flautas y cinnors, subieron en busca de los bienaventurados á su serena mansión, y luego se los llevaron con ellas. Los veinte principales Egregoros distribuyeron mujeres entre los demás y todos vivieron en el desor den hasta el día del diluvio (1). Según Tabari, fué entonces cuando la idolatría se difundió y realizó tan considerables progresos que, cuando vino Noé, sólo ochenta personas habían permanecido fieles á Dios.

Los hijos que nacieron de la unión de los ángeles con las hijas de los hombres se dividen en tres generaciones sucesivas: Los gigantes, los nefelim y los eliud. La perversidad, dice el libro de Henoch, se hizo luego grande en la tierra. Los ángeles se olvidaron de practicar la ley y, de exceso en exceso, cayeron en la antropofagia. Los gigantes se pusieron á devorar la carne de los otros hombres, cuyo número disminuyó de día en día. Los hombres, oprimidos y exterminados por los Egregoros, elevaron entonces sus manos al Señor y le suplicaron que se acordase de ellos. Los ángeles que le permanecieron fieles, lo invocaron para que cesasen estos crímenes. Entonces el Altísimo envió á Miguel, Uriel, Rafael y Gabriel, que descendieron del Santo de los Santos entre los hombres. Viendo la sangre que cubría la tierra, los arcángeles volvieron para informar al Dios de los dioses

(1) *Libro de H-noch*, trad. del etiope por el Rev. Richard Lawrence, obispo de Cashel.

y de los siglos, que les dió orden de marchar y combatir á los Egregoros. Vencidos éstos fueron atados y encerrados en el fondo de la tierra.

Empleando una fórmula pagana, el Apóstol Pedro refiere que los ángeles culpables fueron arrojados al Tártaro para ser atormentados hasta el día del juicio (1). La creencia en los infiernos, completamente idéntica á la de los politeistas, encuéntrase frecuentemente en los escritos de los judíos. Tenían—dice Renán—la vaga y obscura idea de la existencia de los manes en el Scheol, donde están abismados los gigantes Rafaim en castigo de su rebeldía é impiedad (2).

La fábula griega indica en tiempo de los dioses, ejemplos de canibalismo semejante al de que habla el libro de Henoch. Tántalo, rey de Libia, ó mejor de los Ludim, pueblo caucásico, vecino de Cus y de Put, acogió á Júpiter y á los dioses que le demandaron hospitalidad durante un viaje, les sirvió de comer, entre otras cosas, la espalda de su hijo Pelops, de la que Ceres comió con voracidad. Indignado Zeus le precipitó en los infiernos. Licaón, hijo de Pelasgo y de la Tierra, contemporáneo de Kékrops, sacrificó á Júpiter Liceo víctimas humanas, y también ofreció en una comida dada á los dioses la carne de un esclavo inmolado. En castigo de este crimen fué cambiado en lobo. Así se cumplía la ley de Osiris que, desde el comienzo, había abolido la costumbre de que los hombre se comiesen.

Según la mitología, después del infame festín ofrecido por Licaón, Júpiter congregó á los dioses y les manifestó que su indignación contra las hombres no era menor que en los tiempos en que tuvo que combatir á los Titanes de piernas de serpiente, y había de-

(1) Epist. II, II, pág. 4.

(2) Jeremías, XLVI, 9; Ezequiel, XXVII, 10, XXX, 5.—*Libro de Job*, introd. E. Renán.

cidido que por su perversidad el género humano sería destruído y enterrado bajo las aguas. «Disfrazado de humano—dice Zeus en el consejo del Olimpo—he recorrido la tierra. Sería demasiado largo describiros el número y la variedad de los desórdenes que he descubierto: lo que se me ha dicho estaba muy lejos de la verdad. La casa de Licaón ha sido aniquilada; pero muchas otras también han merecido serlo. La feroz Erinna se ha apoderado de la tierra entera. Los hombres se han empeñado entre sí con un juramento impío. Tiempo es de que sean heridos con el cataclismo que se merecen».

Como se ve, la mitología helénica reposa en los mismos elementos que el Génesis, el Corán y los gnósticos, y suele emplear las mismas expresiones. Una fábula griega bastante obscura refiere que Ixión era hijo de Flegias, que reinaba en una nación perversa. Esta fué exterminada por el fuego del cielo y, después de violentos temblores de tierra, Neptuno sepultó en un diluvio á todos los flegianos.

Lo que el Corán refiere de la familia impía de Ad, pueblo de gigantes, que «removían fácilmente las piedras más pesadas» tiene mucha analogía con la fábula de los flegianos. Los aditas fueron exterminados como ellos por un viento de fuego que les entraba por las narices, les consumía y les derribaba como palmeras desarraigadas. Seguramente se trata de una erupción de los volcanes del Cáucaso y de la lava que enterró parte del país de Nod que experimentó—según dice el Sincello—temblores de tierra (1). Los árabes legendarios pretenden que los aditas fueron transformados en monos como los kercopos que insultaron á Júpiter. Sábese que aquel animal es uno de los emblemas del dios Thot.

A pesar de los vicios de los Egregoros, la actividad

(1) Tabari, XLV. El Sencello, III.

intelectual parece haberse desarrollado rápidamente durante este período. El libro de Henoch refiere que aprendieron de sus mujeres la mágica y los encantamientos. Se perfeccionaron en la construcción de las ciudades y en la fabricación de los metales. Azael forjó espadas y corazas, batió el oro y la plata, logró pulir las piedras y pintar los muros. Otro inventó los signos de la escritura. Simiaxas supo extraer los venenos del zumo de las plantas. Faraomano enseñó la hechicería. Otro estudió el curso de los astros y apreció la marcha del sol y de la luna.

Al designar el Génesis la posteridad de Caín indica igualmente ciertos progresos, y señala á Túbal como inventor de los instrumentos de música, violines y órganos. Tubalcain, que forjó toda clase de instrumentos de hierro y de bronce. Josefo hace de Túbal, padre de los iberos ó georgianos (1) y Ezequiel le asocia á Mesech, los mesghes caucásicos de Herodoto.

Josefo pretende que los hijos de Seth inventaron la astrología. Habiendo sabido de Adán que el mundo perecería por el agua y el fuego, no quisieron que se perdiese esta ciencia para los hombres y erigieron dos columnas, una de ladrillos y otra de piedra en las cuales grabaron las nociones adquiridas (2). Una de ellas la derribó el diluvio y la otra fué transportada á Siria donde, según el historiador, aun se veía en su tiempo.

La individualidad de la familia hebráica comienza á desprenderse aquí de la masa de tribus etíopes, y se distingue ya por esa tendencia á la abstracción religiosa que la sirvió de nexo nacional y le granjeó el nombre de pueblo de Dios. Mientras que Caín, tipo del semita cananeo, raza de constructores, de nave-

(1) *Hist. de los judíos*, I, v°.
(2) *Hist. de los judíos*, II.

gantes y comerciantes, abre las vías del perfeccionamiento material por un trabajo incesante, Seth y su tribu, depositarios de la supremacía religiosa transmitida á Adán, permanecen pastores de rebaños en la montaña, practican las virtudes tranquilos y pasan sus días orando y honrando al Señor. Esta tradición denota un momento decisivo en la historia de la humanidad. La escisión surge entre el principio contemplativo, esencia de las creencias religiosas que se desprenden de la tierra, y la actividad material de las sociedades afectas á la persecución de la ciencia y del bienestar.

A consecuencia de la catástrofe geológica que se llama Diluvio, las alturas del Nifato caucásico y las orillas del Terek fueron invadidas por las muchedumbres arrojadas de las tierras bajas por la inundación. Terach, descendiente de la tribu santa, de los hijos de Seth, abandonó la alta región que habitaba para establecerse con su pueblo en el país de Ur-Casdim, Caldea, donde ya se habían reunido en gran número los etíopes y egipcios, los parsos y los pelasgos acayos, eolios y jonios, hijos de Xuto.

Allí nació Abraham. Habiendo enseñado en el templo la doctrina de un Dios único, los Nemrods le obligaron á salir del país. Según Nicolás de Damasco se fué con mucha gente, estableciéndose en Damasco, donde fué rey de la ciudad, y permaneciendo allí algún tiempo antes de dirigirse á Palestina.

El Génesis nos dice que al llegar á este país, lo encontraron ocupado por los cananeos. La emigración de éstos fué, pues, anterior á la de los hebreos. Es difícil determinar la época de la emigración de los hebreos á Palestina. Para apreciarla, la mayoría de los comentaristas y teólogos, San Jerónimo, Beda, Escaligero, Dionisio de Padua, G. Herwart y los rabinos modernos han contado las edades de los nueve hijos de Sem, hasta Abraham, y la totalidad de dos

cientos noventa y dos años, la han considerado como representativa del lapso de tiempo transcurrido desde el diluvio hasta la partida de Abraham, por el año 2100 próximamente.

Si se adicionan estos doscientos noventa y dos años á los seiscientos un años que precedieron al diluvio, según el cálculo de las edades de los patriarcas, se llega á un total de ochocientos noventa y tres años, remontando de Abraham á Adán, ó sea con relación á éste, tres mil años antes de nuestra Era. Dos ó tres siglos añadidos á esta cifra conducirían probablemente al tiempo en que vivió Osiris, según la cronología egipcia propuesta por Bunsen.

Según los rabinos, el mundo fué creado el 23 de Marzo El Sincello refiere que Dios colocó á Adán en el Paraíso terrestre el 14 del mes Pachon, ó 9 de Mayo, cuarenta y seis días después de la creación. A pesar de todas las concesiones de la razón, no es posible tratar la obra de la creación con tan poca seriedad. Sin embargo, estas ideas han circulado y han sido expresadas de buena fe por sabios doctores. Hay, pues, que suponer que existe aquí algún contrasentido, que no por muy antiguo es menos real.

IV

COSMOGONÍA DEL GÉNESIS

El autor del primer capítulo del Génesis ha tenido seguramente la intención de referir la creación del mundo y del hombre. Brevemente lo dice en el primer versículo. ¿Pero de dónde ha podido tomar la idea de la división en seis días y ciertos detalles que no conciertan con el plan indicado? Aún es esto objeto de investigación por parte de los eruditos.

Los trabajos de la ciencia moderna han establecido que la redacción del Pentateuco pertenece á una época mucho más reciente de la en que vivió Moisés, á quien se le ha atribuído mucho tiempo. Según algunos sabios, cuya autoridad es indiscutible, ese libro sería obra de muchas personas y de un largo lapso de tiempo, y los documentos que los componen debieron reunirse tras el cautiverio de Babilonia por el escriba Esdrás, á quien San Jerónimo califica de *instaurator Pentateuchi*. Esta colección parece haberse terminado y aun haber existido en su forma actual desde el reinado de Josías (quinto siglo), y por esta época fué cuando debieron recibirlo los samaritanos. En fin, sufrió importantes retoques cuando la composición de la famosa versión de los Setenta por orden de Ptolomeo Filadelfo (1).

---

(1) Hieronymi, *opera*, IV, parte 2 ª.—Eichorn, *Enleitung in alte Testament*, § 416.—Michel Nicolás, *Travaux critiques sur le Pentateuque*; *Rev. germ.*, Abri, 1859 —Cœlin, *Biblische Theologie*, t I.—Bohlen. *Die Genesis histor* —Vater, *Com. über Pentateuch*, 1805, t. III.—Renán, *Langues semitiques*.

En lo que concierne al Génesis, y especialmente á los primeros capítulos, agrupados sin arte ni sutura, son evidentemente producto de un empalme de documentos de diverso origen y que se remontan á épocas distintas. Al menos tal es la opinión de Ewald, el cual ha observado que muchas obras anteriores al Pentateuco se han perdido: algunas hasta se citan en la Biblia, como el libro de las guerras de Jehová (números, XXI, 14), un libro del Justo (Josué, X, 13), el libro de la victoria sobre los amalecitas (Exodo, XVII, 14).

Cuando se estudian las cosmogonías que han llegado hasta nosotros impresiona su aire familiar, y si se abstrae la parte del lirismo hebráico, adviértense las relaciones entre el Génesis y el Sanchoniathón. No es, pues, inverosímil que los dos temas cosmogónicos procedan de una misma fuente. Durante su estancia en Babilonia, los sabios de Israel no dejaron de instruirse al lado de los sacerdotes caldeos que conservaban en sus templos los archivos de los tiempos primitivos. Esdrás, ó cualquier otro, conoció, pues, los libros de Thot-Hermes, y tuvo que servirse de ellos cuando habiendo reingresado Israel en sus hogares y ascendido al rango de las naciones, hubo que formar un cuerpo de doctrina que resumiese los principios y la historia del monoteismo desde la creación del mundo y el nacimiento del hombre.

Uno de los más admirables esfuerzos de la fe tenaz del pueblo hebreo, tan enérgicamente refractario á toda influencia extraña, es esta asimilación de las tradiciones caldeas modificadas y transformadas para uso de Israel para la mayor gloria de la nación y de su Dios. Desde el principio del Pentateuco, Jehová es el Dios único, universal, y es el creador, el juez supremo, el señor de los ángeles, el que recompensa y castiga. No hay más dios que él; él es el dominador de la naturaleza, cuyas leyes cambia ó suspende á su

gusto: «A Jehová—dice el Deuteronomio—pertenecen la tierra y los cielos; pero ha sentido placer en amar á los antepasados de Israel y ha elegido su posteridad entre todas las naciones.» El antiguo Testamento no es, á decir verdad, más que un vasto drama con dos personajes, Jehová y el pueblo judío. Las demás naciones sólo aparecen de largo en largo y á título de comparsas, y la historia, sometida al yugo teológico, sólo es ya una continua manifestación de la voluntad del Altísimo, *gesta Dei*. Desde la primer línea hasta la última, esa voluntad se manifiesta en la forma autocrática absoluta de los monarcas de Oriente, obrando á veces independientemente de la justicia, inexorable como la fatalidad antigua.

Se ve el camino que ha recorrido el pensamiento religioso, iniciado en el culto egipcio de los reyes antepasados, para elevarse á la adoración del fuego y de los astros, y alcanzando en seguida, de un solo vuelo, al concepto sublime de un creador único del universo.

Pero á este gran pensamiento faltaba la ciencia, y los sabios de Judea, impotentes para darse cuenta de los actos de la voluntad divina al engendrar el mundo material, tuvieron que recurrir á los documentos caldeos, quizás á esos *Ammoneon grammata* de que habla Filón y creyeron descubrir en ellos la solución que buscaban.

Así, á pesar de las revisiones hechas en diferentes momentos, el fondo politeísta apunta en más de un pasaje. En la exposición de la creación es, singularmente, donde el Génesis muestra visibles adaptaciones extrañas. Ha repudiado el huevo cosmogónico; pero se le encuentra en las aguas primitivas anteriores á toda creación: «El espíritu de Dios se movía sobre la superficie de las aguas»—dice al principio. Ahora bien, ya hemos observado que todas las mitologías expresan esta singular idea de las aguas coexis-

tiendo con Dios sólo, antes de la formación del mundo, é inmediatamente nos hemos referido al Ritual egipcio descifrado por Champollión, donde se lee este pasaje, que quizás haya servido de texto á la primera línea de las cosmogonías:

«Soy yo—dice Osiris—quien ha navegado sobre las aguas con el nomo celeste *(pnum phé)* y me he manifestado» (1).

Hasta el término de espíritu de Dios, empleado por el Génesis, es de origen egipcio. M. de Rougé nos dice que Num, una de las formas del dios Ammón, llamado también Knef, representado por la serpiente con el huevo del mundo en la boca, suele ostentar el nombre de *espíritu de los dioses* que le pertenece especialmente (2). Este calificativo indicaba, sin duda, que la sabiduría y la inteligencia de las cosas divinas era atributo del nomo de Ammón, fuente primera de la civilización asiática. Así πνεῦμα del texto griego, aliteración del copto *ap num*, le corresponde igualmente por el sentido, pues *pneuma*, soplo, también significa espíritu, y con este término designa la Escritura al Espíritu Santo. El doble sentido se ha conservado en el latín, *spiritu divino afflari*, inspirado de un soplo divino ó del Espíritu Santo.

Según la analogía de los textos inclínase uno á pensar que esta circunstancia, reproducida en todas partes, de un dios conducido sobre las aguas antes de la formación del mundo, sólo es la reproducción del texto jeroglífico que celebra el viaje de Osiris y su paso del Bósforo en una nave acompañado de los sacerdotes y de los jefes egipcios Así como Cristóbal Colón cuando fué recibido por los indios de Haití, el monarca, presentándose con el esplendor de sus ves-

---

(1) *Gramm. egypt. Rituel funéraire*, parte 2 ª

(2) M. de Rougé, *Notice des mon égypt. du Louvre*, página 106.

tidos blancos y su diadema de oro á los escitas bárbaros de la isla de los Ghers, tuvo que ser acogido como un sér divino procedente del cielo.

Nada es tan frecuente como la analogía de los comienzos en las tres cosmogonías del Génesis, del Sanchoniathón y de Hesíodo. La identidad, no sólo está en el sentido general, sino también en los términos. Así, estas palabras de la Biblia *chauth ereb*, tinieblas negras, que la Vulgata traduce con estos términos: *et fuit caligo super faciem abyssi et fuit Ereb*, corresponden al aire tenebroso, *erebodes*, del escrito fenicio. Hesíodo escribe á su vez: «Del caos nacieron el Erebo y la negra noche». Existen, pues, grandes presunciones para considerar esta palabra *Ereb*, que aparece en los tres idiomas, como un vocablo primitivo que figuraba en el documento original. Si se investiga su sentido hebráico, vemos en Bochart que significa poniente, atardecer, y así, precisamente lo entiende Homero: «Πρὸς ζοφου εἰς ἔρεβος, *versus occasum*, *ad Erebum*» (1). Tal es también el significado del término jeroglífico *Ement*, *Amenti*, que designa el sol poniente conduciendo al país de la noche donde reina Osiris. Existe, pues, una indiscutible relación, tanto por el sentido como por los términos mismos, entre las cosmogonías de los fenicios, de los hebreos, de los griegos y el mito egipcio, cuya más remota tradición nos la transmite el Libro de los muertos.

Si ahora buscamos una aplicación á las localidades se consigue sin dificultad: ese término, que el latín traduce por *caligo vespertina*, es el nombre mismo de la Táuride, Hespéria, de que Vésper, estrella de la tarde, fué el astro protector. Bósforo es *phosphoros*, nombre griego del planeta; la ciudad de Kertch se llamaba Vospro en la Edad Media. También allí se encuentra el Amenti ó el Erebo, es decir, el poniente

(1) Bochart, *Geogr. sacra*. Odisea, XII, pág. 81.

por oposición al Cáucaso, «montaña de Oriente», detrás del cual sale el sol.

Las pinturas de los monumentos representan habitualmente á Osiris conducido en una nave; el dios atraviesa los canales en una barca arrastrada á la cuerda por doce hombres (1). A veces la remolcan los mismos dioses en las aguas bajas. El dios va acompañado de personajes con cabeza de gavilanes y serpientes, representando guerreros y sacerdotes.

Si hemos creído, pues, encontrar en el Libro de los muertos y en el Sanchoniathón la exposición de la formación de la colonia Meótide, debemos llegar al mismo resultado en lo que concierne á la cosmogonía hebráica, que parece una paráfrasis de estos dos documentos, sea que sus redactores se hayan inspirado en ellos, sea que tuviesen conocimiento de otros textos más antiguos que habían servido de fuente común.

Estos dioses que servían de auxiliares á Osiris están caracterizados en el Génesis por el vocablo *Elohim* que designa al Creador. Esta locución, *Elohim bara* implicaba varios en uno sólo, y ha podido traducirse exactamente por *Dii creavit*, y encuentra en el Ritual egipcio una fórmula muy semejante (2).

Elohim sacó al mundo del *tohu wabohu*, que se ha traducido por Caos, término que corresponde al Caos del Sanchoniathón, y que traducimos por Kahus, el pueblo etíope; luego «hizo la luz», es decir, escogió un jefe para mandar á las tribus, conjunto confuso y sin orden de razas y familias, y les impuso un Horo (*Aur*) rey-luz. Esta interpretación no es tan extraña como parece á simple vista. También San Agustín, al indicar en su Ciudad de Dios lo que denomina *divini sermonis obscuritas*, emite la opinión de que *fiat lux*

(1) Devería, *Man. egypt. du Louvre*, pág. 23.
(2) Champollión, *Gramm. égypt.*

significa la creación de los ángeles que son hijos de luz (1).

«Élohim se ocupa en seguida en separar la tierra de las aguas que la cubrían. El agua se dividió en dos partes: una colocada en lo alto fué retenida por una bóveda llamada cielo» (2).

Según los arqueólogos, la palabra hebrea crear, significa igualmente tallar, construir (3). ¿Y no parece que este pasaje se haya inspirado en el del Ritual: «Yo soy Osiris, el que ha construido la bóveda del cielo con el dios Rá y el dios Ftah»?

El cielo—tomando esta palabra en su más antigua acepción—era un edificio. Κοῖλος y *Cœlum*, significaron al principio una bóveda, *tectum*: en otros términos, la morada sagrada, residencia de la casta sacerdotal. La palabra *sky*, que ha adquirido en inglés el sentido de cielo, significa en el Edda, tienda, *tegmen*; *nef*, cielo en cambro-bretón (sin duda del copto *neifiui*, cielo, y del jeroglífico *éphé*), ha pasado al francés, donde este término significa navío é interior de Iglesia, conservando así su sentido primitivo que se aplicaba al templo y á la barca de Osiris.

Es muy difícil admitir que pueblos tan eternamente observadores como los egipcios y los griegos del movimiento de los astros, hayan podido creer por un solo momento que el firmamento era una bóveda sólida y, por consecuencia, inmóvil.

Hubiera sido negar la marcha de los cuerpos celestes que tan bien conocían, el asimilarlos á clavos

---

(1) La palabra latina *lux*, *lucem*, se refiere á la radical egipcia *Huk*, rey; Huksos, reyes pastores (Manethón *contra Apión.*), de donde igualmente *dux*, *ducem*. El calificativo de luz se ha hecho oficial en Oriente: el Califa era la luz de los creyentes.

(2) Munk, *Palestina*, III, 426.

(3) Renán, *Langues semit.*, t. I, pág. 23.

de oro fijados en una bóveda. Trátase aquí de un equívoco muy antiguo, y consagrado por la veneración de los siglos.

Efectivamente, en esto vemos una consecuencia del sistema primordial de asimilación de la tierra al cielo, que era el fondo de la religión de Caldea, y según la cual, los reyes y los príncipes estaban designados por los planetas y los pueblos por constelaciones. Para hacer sensible á los ojos la denominación de celeste, el simbolismo atribuyó al pontífice supremo el color azul. El dios M'fé de los egipcios tiene rostro azul, y lo mismo ocurre con el dios-cielo de los chinos. Los tártaros del Altay también tienen un dios azul, *Kauk tengri*. El más ilustre de los Budhas, Sakia-Muni, está pintado con el pelo azul, conforme al rito budista. Para completar esta asimilación de la humanidad con el cielo, el techo del gran templo reproducía el cuadro del firmamento sembrado de constelaciones, indicadas con puntos de oro, como el palacio de Osimandias descrito por Diodoro (1). Ahora bien, á este templo ó castillo, residencia del pontífice-rey, se llamó cielo, y al cual se refieren las descripciones de las cosmogonías.

Cuando Heraclio conquistó á Persia, sus soldados encontraron en el magnífico palacio de Cosroes, en Istagard, un trono de maravillosa riqueza, encima del cual estaban suspensos en forma de globos de oro, los siete planetas y los doce signos del zodiaco (2).

Elohim-Jehová emplea el primer día en separar el cielo de la tierra. Según los Génesis indiano, persa y egipcio, el huevo cósmico se dividió en dos: una mitad formó el cielo y la otra la tierra. Según las inducciones que preceden, esta separación debe de entenderse de un muro aislador construído en torno

(1) Diodoro, l. I.
(2) Ritter, *Erdkunde*, t. IX.

de la morada celeste para separar la residencia de los jefes y de los sacerdotes, de las habitaciones de los hombres.

Una sabia previsión encierra el depósito de las aguas: «Que las aguas se reunan y que lo seco aparezca». Estas palabras indican los trabajos de desecación y de canalización á que se entregaron los colonos para hacer habitables las islas Meótides, que Sanchoniathón llama Mot y califica de pantanosas.

El Señor da luego nombres á la tierra y al mar, y «vió que esto estaba bien»; en otros términos, aprobó lo hecho; pero, cualquiera que sea la forma dada á esta frase, es difícil nó sacar la conclusión de que Elohim-Jehová hace trabajar, y que expresa su satisfacción de lo hecho.

Terminados estos primeros trabajos hubo que pensar en el sustento de la colonia: la tierra se sembró y plantó de árboles frutales. El Génesis dice expresamente: «Las yerbas tienen simiente y los árboles tienen fruto», sin mencionar plantas ó árboles que no son útiles para el sustento del hombre.

«Y Jehová—dice el Génesis—creó dos luminarias, el sol para dominar sobre el día, la luna para dominar sobre la noche».

Se observará esta expresión, dominar, que es también la de Sanchoniathón: «Y *pneuma* dominó sobre el Caos». Aquí vemos á dos jefes principales nombrados por el Señor para gobernar, uno á las tribus etíopes del día, el otro á los escitas de la noche, designadas en adelante con los nombres de razas del sol y de la luna. Hemos visto que Mot—correspondiente á Isis ó Démeter—se intitula reina de la noche, mientras que Horo, el sol, gobierna al día. Según la tradición órfica, Dionisio-Osiris confió el mundo á su hija la Noche, para gobernarlo después de él. En los sarcófagos se ve con frecuencia á la diosa Nute encorvar su cuerpo por encima de la momia. Athor, reina

del país de los manes, acude al encuentro del difunto al entrar en el Amenti. Nute, de donde quizás procede el vocablo *noche*, es la esposa de Sev, ó Saturno, lo que corresponde á la situación de Rea, esposa de Cronos.

No hay nadie á quien no haya impresionado la contradicción que coloca en el relato del Génesis la creación del sol y de la luna en el cuarto día, tras la aparición de la luna y los vegetales, contradicción tanto más manifiesta, porque desde el primer versículo, el libro sagrado tiene cuidado de decir: «Y esto fué el día, y esto fué la noche.» Lo mismo ocurre en el Sanchoniathón, y Diodoro refiere que Hiperión, hijo de Urano, fué padre de Helios y de Selené, el sol y la luna. Este enigma sólo puede encontrar solución en el simbolismo sideral. La creación de un señor para los pueblos del sol y una reina para los pueblos de la luna, sólo debió realizarse cuando el número creciente de las tribus lo hizo necesario.

Entre los pueblos antiguos fué creencia general que la serie de los días y las noches, comenzó por la noche. En el Edda se lee que, habiendo creado el señor de todo á *dag* y *nott*, el día y la noche, les dió un carro y dos caballos para recorrer la tierra alternatimente; Nott fué la primera en partir. Luego habría que concluir que la reina escita obtuvo la prioridad, encargada de vigilar al reino alternando con un jefe egipcio.

El quinto día—dice el Génesis—fueron creados los grandes peces y los pájaros; el sexto día, los animales, los reptiles y las bestias de la tierra, según su especie. Luego, se dijo el Señor: «Hagamos al hombre á nuestra imagen, para que domine sobre los pájaros, sobre las bestias y sobre toda la tierra».

Hé aquí la aplicación del simbolismo animal ya empleado en tiempos de Osiris, y que servía para distinguir á cada familia ó tribu por un animal, cuyo

nombre y efigie adoptaba. Los cosmogonistas se habrán servido de una nomenclatura de estos emblemas para completar el cuadro de la creación.

«Y el hombre fué creado macho y hembra, *ischo* é *ischa*. Llamaremos la atención sobre este término, el cual, como otros muchos antiquísimos, parece pertenecer á las lenguas arias. En la situación que colocamos á los padres de los hebreos entre los pueblos escíticos, no hay nada de sorprendente en que los vocablos de su lengua hayan entrado en la lengua primitiva de los hijos de Adán. *Ischo* es un vestigio de ella, y recuerda el *ich* escítico, pez, del que se han derivado: *ich*, alemán; *fits*, sueco; *ichtuos*, griego; *piscis*, latino; *pesk*, bretón; *fish*, inglés. El interés de tal observación consiste en esto: Hemos observado más arriba que el pueblo fenicio tuvo por primer símbolo al pez, como lo demuestran sus dioses Oannes, Dagón, Derketo, etcétera. Ahora bien, este término *ischo* probaría que Adán debió de nacer en esta misma tribu del pez; la fraternidad original de las dos ramas semíticas, encontraría así una nueva confirmación. Es notable que, en la mitología del Edda, Niord ó Adán, corresponda al signo de piscis (1).

«Hagamos al hombre á nuestra imagen»—dice Jehová. En el capítulo precedente hemos manifestado que estas palabras eran equivalentes al texto árabe, donde Dios declara que quiere hacer de Adán su vicario, es decir, su representante en la tierra. Esta misma expresión de imagen de dios se ha aplicado á San Pedro y á sus sucesores.

---

(1) Longperier ha disertado en la Academia de las Inscripciones sobre una estatuilla del museo galo-romano de Saint Germain, representando á un dios de tres cabezas sobre un cuerpo de pez, y ostentando en cada mano una cabeza de carnero. Este mismo simbolismo, que nada tiene de romano, ¿no recuerda las directas relaciones que los padres de los galos tuvieron con la colonia de Ammón?

Pero la más importante modificación introducida por el libro hebreo para sustituir la unidad del creador al politeismo harto visible del texto caldeo, es la división en seis días de la obra de la creación.

Esos seis días ó seis luces representan á los jefes de las tribus de las islas, excepto la de Ammón. Corresponden, pues, á los seis Cabiros ó jefes guardianes que personificaban á los cinco planetas y al fuego. Diodoro ha conservado sus nombres: Hera, Juno, Isis ó Mot; Hefaistos-Vulcano ó Ftah; Hermes ó Thot; Júpiter ó Amun; Venus ó Athor; Saturno, Cronos ó Seb.

Ahora bien, cada uno de estos dioses astros correspondía á un día de la semana: al lunes la luna; al martes Marte, que reemplaza al fuego; al miércoles Mercurio; jueves, viernes y sábado fueron los días de Júpiter, de Venus y de Saturno; el séptimo día pertenece á Helios, Ammón-Rá ó el sol. Los dioses de los sabios, auxiliares del soberano, no podían subsistir en presencia de un Jehová, único autor del universo. El Génesis los suprimió, no conservando más que los seis días, entre los cuales distribuyó la obra sucesiva de la creación. El término *Elohim*, que servía para designar á estos jefes, se convirtió en un calificativo de Jehová represado así uno y múltiple.

En cuanto al reposo del séptimo día es posible—como ha supuesto Munk—que se haya introducido en el texto bíblico para dar una consagración divina á la institución del *sabbat* (1); como cae en el sábado, podría creerse que data del reinado de Saturno.

Los persas han adoptado sin modificación la tradición primitiva; sus libros sagrados nos informan que Ormuz creó seis Amschaspands, cuya misión fué regir al mundo: Ormuz es el rey supremo de los planetas y de las estrellas; Ardibechescht el guardián del

(1) Munk, *Palestina*, III, 125.

fuego; Schahriver de los metales; Sapandomad de la tierra; Khordad del agua; Amerdad de los árboles; Bahmán de los animales. En vez de regir, poned crear y tendréis á Elohim engendrando al mundo.

Macrobio ha recogido entre las antigüedades egipcias, un tema genetíaco de la creación del mundo, que coloca positivamente esta obra bajo el patronato del nomo de Ammón. «El carnero ó tauro—dice—ocupa el primer rango entre las constelaciones, porque al principio, cuando los elementos salidos del caos adquirieron su forma brillante, en ese día que puede llamarse el día natal del mundo, Tauro se encontraba en medio del cielo (1).

No puede hacerse comprender mejor que el nomo de Ammón, que tuvo por símbolo el carnero, había presidido á la creación, y, por lo tanto, que Jehová sólo fué un Osiris Ammón-Ra.

---

(1) Macrobio, *Sueño de Escipión*, I, XXI. Plotino, *Del poder de los astros*.

CAPÍTULO CUARTO

GRIEGOS

Orígenes pelásgicos, Teogonía de Hesiodo, Urano, Saturno, Zeus, leyenda de Djemschid, Zonak y Feridum, Júpiter-Asterio, Júpiter-Belo

CAPITULO CUARTO

GRIEGOS

I

ORÍGENES PELÁSGICOS

Los lazos que incorporan á Egipto los orígenes de los pueblos griegos, son bien conocidos é indiscutibles. Herodoto y Diodoro repiten que los pelasgos debieron á los egipcios el conocimiento de los dioses y el de los ritos y misterios, conforme á los cuales se les adoraba. Ogiges, primer rey del Akté, se casó con Tebé, hija de Júpiter, personificación del nomo tebano de Ammón. Kekrops, egipcio de Sais, dió leyes á los atenienses, reunió en la ciudad que hizo construir, á sus familias, errantes hasta entonces, y puso la fortaleza Kekropia bajo la protección de Saturno. Antes de Perseo, los dorios tuvieron á egipcios por reyes. Danao y sus cincuenta hijas pasaron de Egipto al Peloponeso. En fin, en un notable pasaje recogido por Eusebio, Teopompo afirmaba que los antepasados de los atenienses formaban parte de una colonia de egipcios, cuando fueron sorprendidos por un diluvio, del que sólo escapó un pequeño número (1).

---

(1) *Præp. ev.*, X, 19.

Por los anales de Egipto se sabe que esta comarca no sufrió jamás ninguna catástrofe semejante. Sólo, pues, puede tratarse aquí de una de las colonias que, al decir de sus sacerdotes, habían llenado el mundo. Todo induce á creer que este cataclismo es el mismo que abismó á la Atlántida, cuya dramática leyenda nos ha narrado Platón. Según este filósofo los padres de los atenienses habitaron las islas Atlántidas, pereciendo gran parte en el desastre. Los de la Hélade, eran descendientes de algunas familias que sobrevivieron.

No reproducimos aquí (1) la serie de pruebas con que nos ha sido posible establecer que la isla Atlántida estaba situada en el mar de Azof y que ocupaba toda la parte occidental, llamada hoy Sivasch ó mar Pútrido, por los inmensos bajos fondos que lo llenan, y que parecen ser los restos de la isla sumergida. Bastará recordar que, del conjunto de estas pruebas, resulta que la Atlántida, cuya precoz civilización celebra Platón, había sido una colonia egipcia; en segundo lugar, que los padres de la familia ateniense habían tenido desde entonces que habitar originariamente la Táuride, de donde, expulsados por una subversión geológica, pasaron á la Héladé.

Platón refiere que, cuando los dioses se repartieron el mundo, Neptuno Poseidón se estableció en la Atlántida, casándose con la hija de un jefe del país, convirtiéndose así en señor de las islas Atlántidas, que distribuyó entre diez jefes, siete en las islas y tres en el continente adjunto. Herodoto completa esta tradición al decir que los pelasgos habían aprendido de los libios á honrar á Neptuno (2).

La fábula de las siete Atlántidas, hijas de Atlas, que se casaron con dioses ó héroes, y que fueron

---

(1) *Océano de los antiguos*, II.
(2) *Timeo*, Herod., II, 50; VI, 53.

madres de la mayoría de los pueblos de Grecia, «y aun de muchas naciones bárbaras» (1), también relaciona los orígenes helénicos á esa comarca atlántida, que la descripción geográfica identifica con el Palus-Meótide de los antiguos.

La familia pelásgica ha sido calificada de caucásica por la convicción general de que sus tribus descendieron de las alturas del Cáucaso para desparramarse por Armenia y por Asia Menor, y de allí por el Archipiélago. Sin embargo, no dudamos en colocar su verdadera cuna más al Occidente, en Crimea, donde nació bajo el patronato de los pontífices egipcios, y de la unión de los escitas blancos del país con los coptos rojos y los libios negros que allí estableció Osiris.

La existencia de la Atenas de la Hélade, es mucho más reciente para concertar con estas indicaciones. Es evidente que Platón habla de otra ciudad del mismo nombre, cuando afirma que Atenas se erigió mil años antes que Sais, ciudad en el delta del Nilo, cuya creación se atribuía á los pastores que se hicieron dueños del bajo Egipto, por el siglo xx. La Atenas de Platón era, pues, anterior á nuestra era en tres mil años, y más de dieciocho siglos con respecto á la guerra de Troya.

En el litoral meridional de Crimea, en una región fértil y favorecida, donde crecen abundantemente la viña y el olivo, descúbrese al fondo una hermosa bahía, el burgo de Sudak, que Arriano designa en su Periplo con el nombre de Athæneum. No existe inverosimilitud en conjeturar que allí estuvo la primitiva Atenas, erigida por el egipcio Kékrops, embellecida y poblada por Minerva-Atenea, reina de los escitas de la luna. La hermosa ribera que se extiende de Sebastopol á Kaffa, se llama Aktiar, denominación que recuerda al Akté ateniense. Según todas las apa-

(1) Diodoro, III.

riencias, este término se deriva del jeroglífico Hakté, reina del país, uno de los sobrenombres de Isis, honrada como diosa de los países de la familia lunar. Virgilio califica de *Aktias* á Oritia, hija del egipcio Erecteo, rey de Atenas, que fué esposa de Boreas, dios de los vientos (1).

Si es exacto pensar que la Atlántida yace en el fondo del mar de Azof, se debe inducir que Atenas, víctima del mismo azote, debía estar situada en su proximidad.

Ahora bien, la ribera meridional de la Táuride sólo dista quince ó veinte leguas del mar Pútrido, y la erupción del volcán submarino, así como la sublevación de las aguas del mar Negro, que produjo, aún debieron de extender mucho más lejos sus estragos. La existencia de una Atenas primitiva en la Táuride se sustenta en otras pruebas que ya hemos expuesto en otra parte. Sólo recordaremos la invasión de las Amazonas del Cáucaso que, para libertar á una de sus reinas raptada por Teseo, cruzaron el Bósforo Cimeriano sobre el hielo y sitiaron á Atenas (2).

Urano pasaba por haber sacado de la vida salvaje á los pelasgos, antepasados de los pueblos griegos. Ahora bien; Diodoro hace de él un rey de los atlantes. Esta leyenda de la Atlántida, que parece un suceso aislado en el pasado, cuando se quiere colocar esta gran isla en el Atlántico, sin tener de ninguna manera en cuenta las indicaciones de Platón, se une en cambio por muchos lazos á la mitología de los griegos. Neptuno Poseidón, su primer soberano, asignó á Atlas el país donde residía su madre «y que era el mejor». Ahora bien; Atlas, cuyo nombre significa señor de los As, pueblo poderoso del Palus-Meótide, que Plinio llama *Asiæi* ó *Asiani*, es uno de esos gi-

(1) *Georg.*, IV, 463.
(2) *Hellanicus*, ap. Tzetzés, *ad Lycoph.*, 1332.

gantes míticos que, sin reunir el poder y majestad de los dioses, son más viejos que ellos. Atlas, según Homero, es el guardián del estrecho, donde vigila por la conservación de las columnas del cielo, y va á reunirse en los Infiernos á su padre Japet, esposo de la ninfa Asia.

Gadir en fenicio significa estrecho: Platón nos dice que *Gadir* fué la región que tocó á Eumelos, uno de los diez jefes electos por Neptuno. Avieno, por su parte, dió precisamente esta denominación de Gadir á la isla Eritia, de la cual ha dicho Herodoto con mucha precisión que estaba situada más allá del Ponto-Euxino, cerca de Escitia, allí donde están las columnas de Hércules (1). Luego no puede ser otro que el estrecho de Jenikalé, que conduce del Bósforo al mar de Azof, en otro tiempo un golfo del Océano, y donde Dionisio-Osiris plantó las dos estelas que recibieron después el nombre de columnas de Hércules (2).

En otro trabajo hemos expuesto las pruebas de la transposición geográfica de esas columnas al estrecho de Gibraltar.

El nombre de Atlas, transportado á Africa por las emigraciones cuchitas, ha quedado asociado á la abrupta cadena que separa del desierto la región del litoral; pero es indudable que con anterioridad se había aplicado á otra comarca. Los musulmanes confundieron el Atlas con la montaña de Kaf ó Cáucaso, que han convertido en teatro de su mitología, mientras que ninguna de sus fábulas ó tradiciones se refiere al Atlas africano. Máximo de Tiro coloca esta montaña en la Hesperia, «vasta tierra rodeada por el mar, cuyos habitantes profesan culto á Atlas. Es una monta-

(1) Herod., IV, 8.

(2) Hic adstare procul Bacchi fert fama columnas,
Ultimus oceani qua terra adluit æstus.
F. Avienus, 824.

ña altísima, y horadada» (1). Puede ser que se trate del Tehalir-Dagh, montaña de Crimea, que alcanza más de cinco mil pies, y en cuya ladera se abre un abismo profundo, de donde brota entero el río Salghir (2).

La totalidad de los testimonios y su correlación nos conducen invariablemente á la Táuride, y no es posible encontrar en otro sitio esa patria original donde los helenos conocieron á los egipcios, soportaron su dominación y recibieron de ellos la instrucción civil y religiosa que los inició en la civilización.

El error cometido á este propósito por los autores antiguos reposa principalmente en el equívoco del término que designa á Egipto en las lenguas de Asia. Creyeron constantemente que se trataba del Egipto africano, por más de que la radical diferencia del tipo físico de los helenos se oponía absolutamente á la idea de un origen común. Así como la palabra Cusch, Etiopía, se aplicaba en otro tiempo á todas las comarcas de Asia ocupadas por etíopes: Babilonia, Cáusaso, Paropamiso, también se llamó Egipto á todas las localidades donde se establecieron los egipcios. Por eso los nombres de Scham, Kham ó Zam (nombre jeroglífico de la Tebaida) son tan comunes en Asia. Scham es aún el nombre oriental de Siria; Edrisi llama Elkiám á toda la cadena del Demavend. Resulta que, cuando estas comarcas tomaron los nombres de los nuevos pueblos que las ocuparon, y Egipto se encontró reducido á la cuenca del Nilo, los autores refirieron á ella los hechos y sucesos ocurridos en regiones á veces muy distintas. Cuando los escritores de la antigüedad están de acuerdo en afirmar que Danao procedía de Egipto, han sido víctimas de un equívoco de ese género; pues, como ya demostrare-

(1) *Disset*, c. 38.
(2) Dub. de Montpireux, t. V.

mos, Danao ó Armais, como le llama Manethón, partió indudablemente de Armenia. En una palabra, los poetas y los historiadores, poco cuidadosos de la verosimilitud geográfica, han visto á Egipto donde quiera que se trataba de egipcios, y sobre todo, han confundido el Egipto del Palus-Meótide con el de las orillas del Nilo.

El ejército que condujo Dionisio componíase—dice Nonnos—de gran número de pueblos negros. Así es que hubo muchas Etiopias y muchos Egiptios, como también hubo muchas Libias. Ptolomeo distingue dos; «Libyam propriè dictam et aliam Libyam majorem». La Libia donde habitan los espéridos, dice Máximo de Tiro, es una tierra estrecha y larga, rodeada de agua (1). Y Suidas, escribe: «Libya este suprá Colchos» (2). Esta designa sin duda el Cáucaso septentrional, que los griegos llamaban Rifeos ó Nifatos: este último término se deriva evidentemente de *Niphaiat*, que sirve en los jeroglíficos para denominar la cadena líbica.

Hesperia, según el sentido que ha adquirido este nombre, era el país del poniente. Diversos mitógrafos dan á las Hespérides el calificativo de ninfas atlántidas. Se llamaba así á las sacerdotisas, πελιαὶ, que conservaban el fuego sagrado, como lo prueba el nombre de Hestia concedido á una de ellas. Criaban abejas, como las Musas, alimentaban palomas, socorrían á los enfermos y á las parturientas, y entonaban con voces deliciosas el elogio de los dioses. Apolodoro las coloca en Libia cerca de los Atlantes, y añade: «en el país de los hiperbóreos» (3).

Herodoto nos comunica aquí un informe curio-

(1) Dissert., c. 38.
(2) Suidas, *de Macrocephalo*.
(3) Apolodoro, II, 5

so (1). Refiere que las sacerdotisas que fundaron en Tesalia el oráculo de Dodona, y que denomina *Peleiai* como las Hespérides, es decir, sacerdotisa ó paloma, procedían de Libia. No es de presumir que se trate de la Libia africana, de la que tan lejos está Tesalia, mientras que resulta cerca de la Libia Meótide que habitaban las Hespérides. Su situación también está determinada por la leyenda de Hércules: el héroe llega al jardín de las Hespérides después de haber libertado á Prometeo encadenado en una roca del Cáucaso, y, hurta las manzanas de oro de su jardín, antes de dirigirse á los Infiernos donde arrastra al dogo Cerbero.

Según Avieno las Hespérides residen en la isla de Eritrea, cerca del mar de los Atlantes (2); Hesíodo nos dice que las Hespérides astutas, hijas de la Noche, residen cerca del Océano. Estos diversos informes se conciertan para conducirnos á la Táuride, la Eritrea de Herodoto, y hay derecho á pensar que el *Hesperón-Keras* de los geógrafos no es otro que el cabo de Jenikalé donde se eleva una de las columnas de Hércules cuya custodia se confió á Atlas y de la cual han hecho los mitógrafos el sostén del mundo.

Las Hespérides eran hijas de Forco y de Keto, divinidades marinas. Estos nombres acusan su origen (Horco, jefe de Cus, Cusch, es también el título de Plutón, señor de los Infiernos; Keto, Kheta, designa á la familia gética ó escítica). Consignamos aquí esta alianza de las razas etíope y blanca que recuerdan sin cesar las fábulas, los símbolos y los mitos primitivos.

---

(1) Herodoto, II 54.

(2) Propter Atlantei tergum salis Æthi pum gens
Hesperides habitant; dorsum hic tument Erytheia
Hicque sacri montes. Aviénus, v. 738.

Herodoto también asimila el Mar Eritreo con el Atlántido, I, 202.

Es el fondo de la Teogonía de Hesíodo y de esa dinastía de los Héroes Manes registrada por Manethón al final de las generaciones de los dioses egipcios, donde se encuentran mezcladas de tan curiosa manera las divinidades del Nilo con las de los pelasgos.

Un ejemplo entresacado de la Teogonía helénica nos ayudará á comprender mejor el sentido del mitismo con que se ha envuelto este hecho primordial, no menos interesante desde el punto de vista de la etnología que de la historia; pues revela el origen de la mezcla de los tres tipos: rojo, negro y blanco de que se ha formado la raza asiática, y en la que aún se reconocen los elementos, matizados en diverso grado, en el griego, el persa, el circasiano, el kurdo, el armenio, como en el judío y sobre todo en el árabe, que contiene tan numerosas variedades, desde el árabe blanco de Siria hasta el Tuareg de África.

II

TEOGONÍA DE HESÍODO

Las cosmogonías de los Griegos son un eco de las de Oriente. Dícese que la cosmogonía de Orfeo la introdujo este personaje, cuyo nombre se acerca bastante á *erphei*, templo en copto antiguo, para hacer suponer que, como el de Sanchoniathón, personifica la tradición conservada en los colegios sacerdotales. Se dice que Orfeo la había recibido de los egipcios. No obstante, él procedía de Tracia cuando introdujo en Grecia los ritos y los misterios, y regresó á este país salvaje donde fué condenado á muerte por las Menadas en medio de los furores de la orgía sagrada. La fábula de Eurídice la representa errante durante siete meses en torno del Hades, donde su esposa está encerrada, y Virgilio da á entender claramente que la morada de Plutón no es otra que el Palus-Meótide, teatro del mito de los infiernos (1). El rapto de Eurídice y la trágica muerte del poeta, indican, según todas las apariencias, el castigo que se le infligió por haber revelado los misterios de Dionisio-Osiris, en los que fué iniciado en la isla de Ammón, y cuyo recuerdo

---

(1) Solus hyperboreas glacies, Tanaïmque nivalem
Arvaque Riphæis nunquam viduata pruinis
Lustrabat.

Georgicon, IV, 517.

nos lo han transmitido discretamente los mitógrafos en forma de leyenda amorosa.

La cosmogonía órfica también fué un misterio; pues se decía que Pitágoras fué iniciado en ella por Aglaofamos. Su fondo es antiguo seguramente. El dios supremo es Cronos ó Saturno; él es quien engendra el Eter ó el Caos, con los cuales forma el huevo del mundo. Orfeo había encontrado entre los sacerdotes etíopes del Meotis una doctrina más antigua que el Júpiter-Zeus de los griegos, pero más reciente que el Ammón-Ra de los egipcios. Sin embargo, Orfeo reconoce á Fanes como el más antiguo de los dioses, y un verso de los himnos dice que el poderoso Fanes y Dionisio sólo son una misma divinidad. El quinto himno invoca á Fanes, Priapo ó el Sol, que difunde la fecundidad. Todavía es Osiris generador, á quien se adoraba con el nombre de Priapo, *Phré-apa*, padre de los pueblos del Sol, como el de Pan (Ap-an), padre de los pueblos de la luna.

A Fanes sucedió Metis, divinidad muy poco conocida, pero de la cual ha dicho Apolodoro que, su sabiduría era tal, que Zeus la consultaba y seguía sus consejos en todos los actos de su autoridad. Metis, diosa de doble sexo, personifica á Mæotis, la Maut de los jeroglíficos, la Mot de la cosmogonía fenicia, la tribu de Ammón renombrada por su prudencia y saber. Es probable que se escogiese en su seno al jefe civil encargado de la administración del imperio, pues la fábula le da á Metis por hijo á Poro, dios de las riquezas, cuyo nombre responde al del Horo egipcio.

La fórmula de la invocación órfica que nos ha conservado Nonnos se dirige á un Júpiter, que es verosímilmente el Júpiter-Ammón, más antiguo que el Zeus de los griegos. En la variedad de sus personificaciones se reconoce á los diferentes pueblos cuyos antepasados le estuvieron sometidos. «Rey del fuego, príncipe del mundo, sol eterno, se te llama Belo en el

Eufrates, Ammón entre los libios, Apis á orillas del Nilo, Cronos en el Araxes, Zeus en Asiria» (1).

La teogonía que Aristófanes ha colocado en su comedia las Aves, ofrece un poco más de orden: «Al comienzo—dice—era el negro Caos y la Noche, el negro Erebo y el Tártaro. La noche produjo un germen del que Cronos hizo salir á *Eros*, el cual engendró á *Himeros*. Eros se ayuntó á Caos y engendró á *Urano*, *Okéanos*, *Ghé* y la raza de los dioses» (2).

Si, como se supone, Cadmo y sus fenicios transportaron de Asia á Grecia la escritura y las ciencias, hacia el siglo XV, se tendrá para el desarrollo de las ideas y el progreso del lenguaje un período de setecientos ú ochocientos años á contar del diluvio. Es esto más de lo necesario para una raza tan bien dotada. Sin duda, los helenos de Agamenón no estaban más civilizados que los germanos del siglo X de nuestra Era, y, en cuanto á las costumbres, los Nibelungos corresponden á la Iliada; pero la lengua de Homero, el sentido poético y estético que revela, atestiguan un progreso maravillosamente rápido, y para explicarse tal fenómeno, hay que recordar que los poemas homéricos, según todas las apariencias, fueron compuestos en Asia Menor, en el seno de una civilización refinadísima, si se juzga por los monumentos que ha dejado y la admiración que inspiraba.

La Teogonía de Hesiodo ofrece un carácter asiático mucho más acentuado. El estilo está lleno de fórmulas orientales, y el engranaje contiene términos cuyo origen siriaco apenas están velados por el helenismo de la forma. Ahora bien; como la lengua de los jeroglíficos egipcios fué en la primer edad, y según todas las probabilidades, la lengua oficial y religiosa em-

---

(1) *Dionisiaca*, cap. XI.
(2) Aristófanes, Ὄρνιθες v., 695 y sig.

pleada entre las naciones de Asia, nada habría de sorprendente de encontrar el lenguaje de Egipto en el fondo de los poemas de Hesiodo como en los mitos que forman el motivo de ellos.

La tradición para los escitas de raza blanca, sólo data desde el momento de su constitución en sociedades sedentarias. Su anterior existencia errante en las estepas y los valles, no les dejó ningún recuerdo. Poco diferentes de los osos y los lobos á quienes usurpaban sus cubiles, el mayor esfuerzo de su inteligencia inconsciente consistía en tallarse armas de piedra y madera endurecida, en fabricar pesados carros de plenas ruedas, en construirse aquí y allá chozas de caña, ó en abrirse cuevas en las faldas de los montes. Unos eran cazadores, otros pastoreaban grandes rebaños de bueyes y borregos, los del litoral vivían de la pesca, y algunas tribus hasta fueron caníbales.

Este estado cambió cuando los colonos egipcios y libios fueron á establecerse en el Bósforo. Los pueblos acudieron á fijarse en torno de estos nuevos huéspedes aprendiendo de ellos á forjar instrumentos de metal, á tallar y reunir las piedras, á hacer ladrillos para construir murallas, á sembrar los campos, á recoger el trigo y cultivar la viña para formar el pan y el vino, á tejer los filamentos de las plantas y hacerse vestidos; en fin, á someterse á las leyes y honrar á los reyes-pontífices con el título de dioses.

¿No es, pues, una verdadera creación esta súbita fecundación de los gérmenes intelectuales, y esta rápida eclosión del genio de una raza favorecida con los más felices dones de la humanidad? Este hecho memorable se convirtió en motivo de la epopeya sagrada de la primera edad, y en punto de partida de los mitos y las fábulas. No hay nación civilizada sin teodicea; y es que la vida de un pueblo no ha comenzado realmente hasta el momento de aparecer la ley

religiosa para ordenar su existencia y registrar sus recuerdos.

Hesíodo ha expuesto en forma genealógica la serie de las dinastías divinas que se sucedieron durante los tiempos mitológicos. Es probable que habiendo recogido el poeta las tradiciones hiperbóreas transportadas de Tracia á Grecia, las combinó con los mitos que por el Asia Menor llegaron de Oriente. ¿Estaba bien versado en el conocimiento de la lengua copta ó caldaica en que se transmitieron esos mitos? Es lícito dudarlo cuando se disciernen las frecuentes aliteraciones, de ordinario desprovistas de sentido, de que se compone la Teogonía. Es ésta una compilación de vocablos sacados del copto, del fenicio, del persa, y Hesíodo ha buscado sus equivalentes en los términos griegos que más se le acercan por la forma. Es trabajo perdido querer sacar de este poema una idea cualquiera, moral, religiosa ó aun astronómica. En él, sólo podemos ver las genealogías de los príncipes y las tribus descendiendo gradualmente de los dioses ó semi-dioses y de éstos á los héroes y á los primeros pueblos de Grecia.

Las nociones conservadas por los exégetas de los templos de Efeso, de Delfos, de Olimpia, de Dodona y de Eleusis fueron reunidas por Hecateo, Feréc-ides, Acusilao y otros menos célebres, cuyos escritos se han perdido para nosotros. Homero, Hesíodo, Apolodoro, inspiraron su ciencia en ellos, y ordenando esas leyendas, dándoles un giro poético, han solido incorporarles cuentos populares de infantil ingenuidad. Hay mucho que eliminar en la fábula para encontrar lo que valga la pena de ser estudiado. ¡Pero una vez hecha la selección, qué rica mina para explotar! Hé aquí lo que Herodoto escribía cuatro siglos y medio antes de nuestra era: «Los griegos han ignorado siempre el origen de los dioses, su figura, su naturaleza, y si habían existido de todo tiempo. Sólo es

de ayer, por decirlo así, lo que se sabe por Homero y Hesíodo, que sólo vivieron cuatrocientos años antes de mí. Ellos son los primeros que han escrito en verso la Teogonía, y nos han enseñado los sobrenombres de los dioses, su culto, sus funciones y nos han trazado su imagen» (1).

La región donde se desarrollan las generaciones divinas de Hesíodo, es la misma que sirve de teatro á las cosmogonías de los fenicios y hebreos. El Cáucaso, el Palus-Meótide y la Táuride están ocupados por tres grupos: los dioses del cielo, los de los infiernos y los de la mar. Júpiter, en su Olimpo, truena sobre una cima de la Cólquida en el seno de las nubes; Plutón-Hades reina en los bajos lugares, entre los lagos sulfurosos de las islas de Tamán; Neptuno-Poseidón manda en el Bósforo y en las grandes islas del Oeste.

Eter, el Erebo y el Caos aparecen primero. Era una vieja creencia muy difundida en la antigüedad que los primeros dioses eran negros. Eter, como ya hemos hecho observar, representa al nomo-cielo; el Erebo al poniente y á los hombres del poniente; el Caos (Kah us, Cusch) caracteriza á los dioses-padres libios y etíopes (2).

Ghé, la tierra, viene en seguida. Su nombre primitivo en griego fué *éra*; Homero se sirve de la palabra ερας, á tierra, con bastante frecuencia. El latín *terra* que, según Varrón, se escribía *tera* en los libros de los augures, no es, pues, menos antiguo que el γή de los griegos. Este se deriva evidentemente del copto *kai*, tierra. La transición se encuentra en Homero que escribe γαῖα (3).

Tera procede del jeroglífico *ter*, dios. Con este

(1) Herod, II, pág. 53.
(2) *Teogonía*, 116.
(3) Hersequio, vox ερα. Varrón, *de lingua latina*, IV, 8.

calificativo se designó á la reina de los escitas, casada con el jefe del nomo celeste. Luego, cuando los poemas teogónicos dicen que el Cielo se unió á la Tierra, no hacen más que casar dos calificativos.

El término escítico y germánico *her*, señor, tiene la misma radical, y los grandes escitas que Herodoto llama *basileos*, reales, sin duda se titulaban así en su lengua, y dieron al país que habitaban el nombre de *Gher*, de donde procede Kersoneso, isla de los Ghers, y la antigua denominación de Kertch *Gherséti* (1).

Establecido este punto de partida, es interesante observar que en la mayoría de los nombres de las divinidades de la Teogonía de Hesíodo domina la sílaba *er: Eter*, *Erebos*, *Eros*, *Hemera*, *Hera*, *Hésper*, *Démeter*, *Erinna*, etc.; Atlas tuvo por esposa á *Etera*, hija de Tetis y del Océano. Para convencerse de que el sentido alegórico de las palabras no entra para nada en esta enumeración, en la que se ha creído encontrar el amor, el deseo, y que una aliteración muy poco disfrazada ha sido la única en dictar la forma, bastará observar que en la teogonía latina donde está casi reproducida la de Hesíodo, *Eter*, el aire ó el cielo ocupa el lugar de *tera*. En la lengua egipcia estos dos términos sólo formaban uno, *at er*, país de los dioses.

Eros, el Amor, que Hesíodo califica de dios poderoso, es una creación completamente mitológica cuyo origen histórico es imposible descubrir. Volcker y Maury han reconocido que su culto, ligado primitivamente á Ghé y á la diosa Cora ó Proserpina, sólo se asoció mucho más tarde al de Afrodita, cuando

---

(1) Los *Kerketi* ó circasianos pasaron de Crimea al Cáucaso. Además, muchos nombres de pueblos se refieren á esta raiz: *Gherman*, *Gherai*, de donde se derivan *Graiai* y *Graicos*, los griegos. Gherai ha sido el nombre de una línea eslava que reinó en Crimea, los *Krim-Gherai*.

esta última se apropió parte de los atributos de la divinidad pelásgica, cuya identidad con Hator ya hemos establecido.

Hemera, el día, *Imeros*, el deseo, designan la misma cosa: los *Khem-eri* ó cimerianos. Cuando Hesíodo ha hecho nacer de Ker á *Thanatos*, la muerte, á *Hupnos*, el sueño, *Oneiroi*, los ensueños, á *Momos*, la censura, á *Oizus*, la desgracia, á *Apaté*, el fraude, á *Geras*, la vejez, á *Eris*, el combate (1), en fin, á las Hespérides, no ha pretendido dar una significación moral á esta teoría híbrida, y esos vocablos, tomados á otro idioma en el que denominaban familias y tribus, no tienen otro valor en griego que el de una asonancia más ó menos aproximada al texto original.

Ghé, la tierra, corresponde en las genealogías divinas á Mot de la cosmogonía fenicia y á Maut, esposa de Ammón, señora de la noche y del Occidente. Ghé representa á la vez la reina del país y la raza que nació de la alianza de los colonos con los escitas. Se casó con Urano, el rey cielo; de esta unión nacen seis Titanes, *Okeanos*, el Océano, *Krios*, Aries, *Kœos*, *Hyperión*, *Japetos*, *Kronos*, y seis Titánidas, *Rea*, *Teia*, *Temis*, *Mnemosina*, *Febé*, *Tetis*. Ghé concibió también á Tifeo, el gigante de cien brazos con piernas de serpiente.

Aquí asistimos á la división de la población en doce tribus, unas etíopes, gobernadas por jefes Titanes ó Cabiros; otras escíticas, mandadas por reinas. Júpiter-Zeus adoptará la misma clasificación cuando sea señor del imperio.

Okéanos *(ok-ann*, señor de la luna) representa los

---

(1) *Upnos* es el nombre de un rey egipcio de la quinta dinastía. Tlas se encuentra igualmente en la segunda. De Eris hace nacer el poeta toda una generación de seres malhechores. M. Grote la considera como una interpolación muy posterior á Hesíodo.

pueblos ribereños del mar de Azof, entonces un golfo del Océano escítico. Esta denominación tiene su inversión en *Anuké*, divinidad egipcia que ofrece todos los atributos de Hestia ó Vesta (1). Ahora bien, Hestia fué una de las sacerdotisas Hespéridas cuya residencia creemos haber podido determinar. Homero califica al Océano de río. *potamos*, por el río Kubán, cuya desembocadura, cortada por islas y lagunas, se confunde con el mar de Azof.

Okeanos se casó con Tetis y tuvo tres mil ninfas oceánidas y otros tantos hijos. También fué padre de las fuentes y de los ríos. Hiperión y su hermana Teia engendraron al Sol, á la Luna y á la Aurora. Keos y Febé á Leto y Asterio. Krios, Aries, concibió á Astreos, Palas y Perses. Entre las localidades de Crimea, hay una que responde al nombre de Titán, y es el *Criometopon*, frente del carnero, el promontorio más saliente de la costa meridional.

Ghé, personificando á la raza indígena, se unió también á *Pontos*, el pueblo libio del Ponto (*Put*, *Phut*, nombre de Tifón ó Pitón en jeroglífico), establecido en las orillas del Bósforo, donde se consagró á la navegación. Una serie de dioses marinos nace aquí y forma el empalme con que la famila semítica se reune al tronco ario. Los principales son Nereo, del que se decía ser libio de origen, y Proteo el Egipcio, dotados ambos del don de conocer lo porvenir. Luego vienen Taumas, Forco, padre de las Gorgonas, nación de Amazonas piratas que fué aniquilada por Perseo; Keto, la divinidad mitad mujer mitad pez; los Tritones, habitantes del Lago Tritón, hoy mar Pútrido; las cincuenta Nereidas, hijas de Nereo y de la blanca Doris, que pueblan los mares y sirven de escolta á su diosa Anfitrite.

Encuéntrase una serie análoga de divinidades ma-

(1) Camp., *Pantheon egyptien*, t. I.

rinas en la teogonía de los fenicios, que representa á las tribus primitivas. A esa serie hay que añadir Ino, hija de Cadmo, madre de Melicerto, en quien se reconoce al Melkarte de los tiros.

Del Titán Astræos, el mismo que Asterios, nacieron, como en el Sanchoniathón, los vientos del Sur y del Oeste, Notos y Céfiros. Júpiter (Ammón) tuvo de la Oceánida Climena toda una dinastía de pontífices, Prometeo, Epimeteo, Menecios y Atlas. Cronos se unió á su hermana Rea y engendró á Hestia, Déméter y Flora, y á tres hijos, Hades, Poseidón y Zeus.

La confusión que reina en estas genealogías, atestigua ante todo que Hesíodo no comprendió su sentido, y en segundo lugar, que su Teogonía sólo es una compilación sin orden de documentos pertenecientes á diversas épocas, inspirados sin duda en las tradiciones aportadas por la colonia de Cadmo, donde los nombres de los lugares y ciudades se confunden con los de los héroes y los dioses. Pero la sucesión de los tiempos está allí indicada: se ve que se trata del período que precedió al reinado de Zeus, durante el cual se consumó tranquilamente la unión de las razas diferentes de que nacieron las dinastías de los dioses.

En su poema de los Trabajos y de los Días, Hesíodo reproduce en otra forma el mismo asunto: la raza de oro (ανρὸς, *aour*, sol), primera de todas, estaba exenta de la vejez y de la enfermedad. Se dormía en la muerte como en un dulce sueño. Después de la vida, los hombres se convertían en δαίμονος, genios ó manes, que velaban invisibles por los vivos.

Los dioses produjeron en seguida la raza de plata, αργυρίον, muy inferior á la primera. Los hombres se excitan unos contra otros y desprecian á las divinidades á las que no quieren dedicar sacrificios. Zeus los fulmina y soterra.

La raza de bronce, χαλκος, es belicosa y terrible. Su fuerza es enorme; su corazón duro como la encina,

No cultiva ni come pan. Las armas, las casas, los muebles de los hombres son de bronce No se sirven del hierro. Los de esta raza perecen á manos de sus semejantes, y descienden sin nombre propio á los horrores del Hades.

Una cuarta raza, la del hierro, es la raza de los héroes y semidioses que combatieron en los sitios de Troya y de Tebas. Esta raza se extinguió en las guerras. Los más virtuosos fueron transportados á las islas de los Bienaventurados, donde residen en paz bajo el gobierno de Cronos, recogiendo tres veces al año los productos de la naturaleza.

No es difícil reconocer en esta exposición los tres períodos principales de la existencia de la colonia del mar Negro: la primera, la del oro ó del sol, corresponde á la dominación de los Ammón Ra egipcios; la segunda ve comenzar la hostilidad de las razas etíope y pelásgica; la tercera describe las luchas y desórdenes de los etíopes de la Cólquida, los Egregoros de los judíos. La cuarta marca la edad heróica en que, tras la emigración de los pueblos cuchitas á consecuencia del diluvio, los escitas helénicos se hicieron señores de los países del Norte del Euxino, que abandonaron después para establecerse en Tesalia y el Peloponeso.

III

URANO

Según Apolodoro, Urano fué el primero en gobernar el mundo. Habiendo tomado á Ghé por esposa engendró á los Hecatónchiros, Briareo, Giges y Cotto. La Tierra dió á luz en seguida á los Cíclopes, Arges, Esteropo, Brontes, que tenían un ojo en medio de la frente. El Cielo los encadenó á todos y los encerró en el Tártaro, lugar tenebroso situado en los Infiernos, tan distantes de la tierra como ésta del cielo. Urano tuvo luego de la Tierra á los Titanes, Océano, Coios, Hiperión, Crios, Japet, Saturno y siete Titánidas. Ghé excitó á sus hijos para atacar al padre. Habiendo destronado á Urano, los Titanes libertaron á sus hermanos aprisionados en el Tártaro y entregaron el imperio á Saturno. Pero éste no tardó en encerrarlos de nuevo.

Sanchoniathón le da á Urano por padre á Akmón, sobrenombrado *elión* ó *upsistos*, el Atísimo, hijo de Manes (*man*, regente en jeroglífico), que fué muerto cazando. Su hijo le sucedió, casándose con su hermana Titeya. Ya es sabido que no deben de tomarse estos parentescos al pie de la letra. Titeya recuerda las inscripciones de Tebas, donde suele leerse el calificativo de *suten teitei*, esposa real (1).

Diodoro refiere que Urano fué el primer monarca

---

(1) Rosellini. *Mon. istorici*, III, 247: *Tumba de Amunof.*

que reinó sobre los hombres. Sus súbditos eran los atlantes, pueblo civilizado en el que nacieron los dioses, y que, según parece, estaba rodeado de naciones bárbaras, pues se decía que Urano reunió las familias errantes por los bosques y llanuras, les enseñó á erigir ciudades, á cultivar la tierra y á conocer el curso de los astros. El calificativo de Urano, cielo en griego, corresponde al geroglífico *M'phé*, que tiene el mismo sentido y designa á un personaje que ni Champollión ni Rougé clasifican entre las divinidades ni en las dinastías reales de Egipto. Sólo dicen que M'phé ó Anhour (inversión evidente del nombre de Urano), fué un soberano muy antiguo que dió á los egipcios sabias leyes (1).

Es muy notable que esta singular denominación de M'phé sea precisamente, bajo la idéntica forma de *Méphé*, el título que ostentaban los reyes de los abases y los de los georgianos antes de ser gobernados por sus propios *Eristavis* ó patriarcas. No puede indicarse más claramente que estos soberanos eran extranjeros y egipcios (2).

El término latino cœlus no es menos antiguo que el griego Urano; Co-el (Ho el, Júpiter sagrado) se ha convertido por contracción en Col, y de éste se ha derivado *Col-cos*, el cielo de Chus ó de Cusch. Col es un personaje de las tríadas célticas. Considérasele como uno de los tres bienhechores de la raza címrica, pues le hizo el presente de la cebada y el trigo, que como es sabido, deben los hombres á Osiris. Col preside á

---

(1) Rougé, *Notice des mon. égyp. du Louvre*, III.

(2) Moisés de Koreno, *Geogr.*, Vakhtang, *Hist. de Georgia*. El término jeroglífico *phé* ha pasado á todas las lenguas con el sentido de jefe, señor: *pé*, en chino príncipe; *bey* en egipcio; en lengua tártara vulgar *bek* ó *beg* tiene el mismo sentido. Los reyes Khazars del noveno siglo se llamaban *pex*. En otro tiempo, como hoy entre los persas, la *p* se cambiaba en *f*. La palabra *jefe* es uno de los nombres derivados de este término.

los grandes misterios del druidismo; él es quien condujo el águila y el lobo á la morada de los hijos de Beli, llamada *Dinas affaraon*, la ciudad del Omnipotente (1). Los griegos también hablan de un Coloenus, rey del Akté, que fué más antiguo que Kekrops, y de un Colayes, hijo de Júpiter y de Ora.

Urano fué padre de cuarenta y cinco hijos, dieciocho de los cuales los tuvo de Titeya, y fueron llamados Titanes; lo que quiere decir que el regente egipcio se convirtió por su casamiento en jefe de otras tantas tribus, y que dieciocho de ellas eran escitas. Diodoro los llama príncipes titanes (*teiti an*, jefes de la luna). Los mitógrafos distinguen á estos primeros Titanes de los que eran hijos de Saturno, es decir, cuchitas.

Según otros autores, los Titanes se identificaron con los astros; lo cual está conforme con las cosmogonías en las que los seis ó siete Cabiros corresponden á un planeta y á un día de la semana. La vida agreste que hacían los jefes escitas antes de la venida de los egipcios la atestiguan los epítetos de *halieus* y de *agreus*, pescador y cazador, que Sanchoniathón da á los Titanes. Orfeo celebra estos hijos del Cielo y de la tierra «temibles—dice—para sus antepasados, que habitaban unos retiros sombríos vecinos del Tártaro, y de quienes habían nacido todos los pueblos del universo».

Estas sombrías moradas, próximas á los Infiernos, hacen pensar en las criptas de Mankup y de Balaklava en Crimea, abiertas en la roca. La ausencia completa de signos ó escritura atestigua que sirvieron de refugio á una raza todavía salvaje. «Los hijos de Cusch, dice la crónica de Axum, abrieron cómodos albergues en las faldas de las montañas de mármol».

Rea representa á Egipto con el nombre de su sím-

(1) Davies, *Mythol. of Druids*, t. II.

bolo Rá ó Ré, sol en jeroglífico. Los mitógrafos están acordes en decir que Rea había descendido del cielo en tiempos de la edad de oro para aportarles la concordia y la paz. Instituyó los ritos y los sacrificios religiosos. Sabia en las cosas del cielo, inventó la astrología y el arte de predecir. Lo que demuestra que se trata de reinas y de jefes de raza es que se ha dicho que Basilea se casó con su hermano Hiperión y engendró al sol y á la luna. Hiperión, como Abel, fué asesinado por sus hermanos los Titanes.

En la mitología escandinava Urano se llama Gimer, hijo de Bor; también se le llama Egher, fundador de Asgard, la ciudad de los dioses Ases. El Edda le intitula creador y rector del mundo, de los astros, del día y de la noche, de la tierra y de los primeros humanos. Gimer tuvo tres hermanos, Ve, Odino y Vili, que le condenaron á muerte por celos. El cuerpo de Imer sirvió para rehacer el mundo destruído por el diluvio. De sus huesos se formaron las montañas y su sangre engendró las fuentes y los ríos. Una fábula análoga se ha aplicado á Urano: de la sangre de este patriarca vertida por Saturno nacieron las Erinnas, las Ninfas, y esta sangre, mezclada á la espuma del mar, dió nacimiento á Venus. Este mito lo ha sugerido probablemente el nombre del mar Eritreo (*Saturnium mare*), que se aplicó primero al mar de Azof por los cuchitas pintados de rojo que habitaban en sus orillas, y de los que Venus, reina del Bósforo cimeriano, fué el astro protector.

Según la mitología, Urano tenía á los Titanes y Cíclopes encerrados en las profundidades de la tierra. Sin duda los hacía trabajar en las minas. Es posible que desde esta época, los Faraones explotasen las riquezas auríferas que contenían los montes de Crimea y del Cáucaso. Pero los escitas etíopes, raza ardiente é indomable, no se resignaron á sufrir esa dura servidumbre. Se sublevaron, y habiéndose apoderado de

la persona del monarca, le mutilaron. Urano murió poco después y fué enterrado, según dice Diodoro, en la isla Océana, cerca de la ciudad Aularia.

Hesíodo refiere que Ghé, indignada de los tratos infligidos á sus hijos, produjo el hierro y fabricó una hoz, que les entregó, dándoles prisa para vengarse de la opresión en que les tenía su padre. Sólo uno, Cronos, osó intentar esta empresa. Era el más joven y el más audaz. Una noche, armado de la *harpé* (1), lo escondió Ghé, y sorprendiendo á Urano durante el sueño le cortó los órganos genitales y los arrojó al mar. En seguida se apoderó de la autoridad sobe rana y devolvió la autoridad á los Titanes, que fueron omnipotentes bajo su reinado. Los Cíclopes y los Hecatónchiros encerrados en el Tártaro fueron condenados á permanecer en él, lo que demuestra que eran de raza escítica.

No obstante la incoherencia aparente de estas fábulas, adviértese que reposan en un fondo real. Sin embargo, sería temerario emprender una restitución histórica con tal indigencia de informes. Por fortuna otro pueblo, cuyo origen se relaciona con el de los pelasgos, pero que retirado pronto al centro de Asia, tuvo la fortuna de conservar sus tradiciones más remotas sin ser desnaturalizadas por los cuentos maravillosos de la primera edad, el pueblo parso nos ofrece en el libro de los Reyes, de Ferdusi, compuesto evidentemente conforme á los documentos más antiguos, relatos del más alto interés, en los que se reconoce por la extremada analogía de los hechos principales, que se trata de los mismos sucesos referidos en la mitología helénica. La triple leyenda de

---

(1) La *harpé* es la espada egipcia, especie de cimitarra curva. Tres veces se la menciona en la fábula helénica. Perseo estaba armado de ella cuando cortó la cabeza de Medusa y con ella mató Hércules á Arg s.

Djemschid, de Zohak y de Feridún reproduce con detalles de indiscutible realidad toda la trama con que los griegos han bordado las fábulas de Urano, de Saturno y de Júpiter. El lector podrá juzgar por los siguientes extractos.

LEYENDA DE DJEMSCHID

Conformándose al uso oriental, el autor persa ha dividido su libro en dinastías y en reinados. Kayomors, primer soberano de los persas, es para éstos lo mismo que Adán (1). Es un califa bienhechor, al que hombres y bestias estaban igualmente sometidos. Primero reinó en las montañas, y Mirkhud afirma que fué en el Aderbidján, situado entre Armenia y el Caspio. Kayomors era blanco, y se crió brillantemente. Fué instituído soberano cuando el sol entraba en el signo de Aries. Este signo, en persa antiguo *hamal*, se consideraba como rey de las constelaciones.

En tiempos de Kayomors, los Dives que Dios había sometido á su mando, comenzaron á sublevarse. Kayomors hizo marchar contra ellos á su hijo Siahmak, príncipe dotado de todos los encantos y virtudes, que pereció en el combate contra el Dive negro, hijo de Arimán y jefe de los rebeldes. El dolor del mundo fué extremo. Los hombres y hasta los animales vinieron á lamentarse al pie del trono del rey. Este duelo de los pueblos primitivos ocupa un lugar importante en todas las mitologías.

Siahmak tenía un hijo, Huschenk, que vengó la muerte de su padre, y sucedió á Kayomors. Fué aquél un gran príncipe. Enseñó á los hombres á servirse del hierro, á distribuir las aguas en canales, á fertilizar las llanuras, á sembrar y recolectar. Cada cual

---

(1) *Schah-Nameh*, trad. de Mohl., I. Hide. *De veterum Persarum relligione.*

preparó su pan y se determinaron los límiles de los campos.

Después de él, Tehmurasp tomó el *Tag* y la maza con testa de carnero. Ordenó esquilar las ovejas é hilar su lana. Fuera de los libros parsos y árabes, Sanchoniathón es el único que menciona á Tehmurasp, haciendo de él un sucesor de Saturno. Téngase en cuenta que no podría contarse con un sincronismo exacto entre las leyendas míticas de los diversos pueblos. Ya es bastante advertir que todas hablan de la misma cosa.

«Tehmurasp recibió el sobrenombre de *divbend*, porque los Dioses fueron sus esclavos. Los arrojó de entre los hombres, relegándolos al desierto. Estos Dioses pertenecían á la raza antigua que habitaba la montaña Kaf: vencidos y atados, pidieron gracia á Tehmurasp: «No nos mates—le dijeron—y aprenderás de nosotros un nuevo arte que te será útil». El rey les concedió el perdón, y ellos le enseñaron la escritura. No sólo una, sino treinta escrituras aprendió: el rumi, el tazi, el parsi, el soghdi, el chino, el pelvi, y á representar los sonidos como se pronuncian» (1).

Como es costumbre en todos los relatos primitivos, la nación que habla se atribuye la soberanía; siempre es la más antigua, la más poderosa: las otras descienden de ella y le están sometidas. En el estudio de los relatos originales, hay que tener en cuenta este amor propio nacional, que los poetas é historiadores de todos los países han tenido buen cuidado de halagar, suprimiendo ó desnaturalizando los hechos que podían lastimarles.

En lo que concierne á los monarcas primitivos, cuya historia refiere Ferduci, no es dudoso que reinaban en los pueblos del Cáucaso y del Quersoneso, y quizás aun más al Sur. Como cada nación—entonces

(1) Tabari, XXXIX, *Schah-Nameh*, t. I.

tribu más ó menos importante de esta aglomeración de razas diversas—sólo hablaba de ella en sus tradiciones, llegó á considerar cada uno de esos príncipes como su soberano particular, lo que contribuye á que, los mismos hechos y personajes, considerados desde diversos puntos de vista, se haya podido desconocer hasta aquí la unidad del fondo histórico en que reposan las mitologías.

En fin, aparece Djemschid, el más ilustre de los reyes míticos del Irán. Como vamos á ver, los puntos principales de su leyenda se adaptan á los de la fábula de Urano.

En el calendario zendo, *schid* caracteriza al planeta Júpiter. La sílaba *djam*, *djem*, que se pronuncia *Kham*, *Khem*, ha designado siempre á Egipto en los idiomas de Oriente. El nombre del Djemschid significa, pues, Júpiter Egipcio, y no puede ser otra cosa que un pontífice de Ammón, el Urano de Hesíodo. Su reinado se ha pintado como una era de paz y de felicidad: la edad de oro en que el mundo no vió la discordia, y los Dives, los peris, los pájaros obedecían á Djemschid. Instituyó las castas entre los hombres y agrupó á los que ejercían la misma profesión. En su tiempo se empezó á fabricar las telas de lino, de brocado, de lana y de pelo de castor. Djemschid recorrió el mar en un barco, inventó la medicina y los perfumes, extrajo de la tierra los metales y enseñó el arte de hacer ladrillos. Ordenó á los Dives que le construyesen palacios y casas de baños. Los sonidos de la música llenaron el mundo y los Dives estaban atados como esclavos.

Diodoro refiere que Urano fué venerado por los hombres que había civilizado, recibió el título de rey eterno, y añade que en vida se le otorgó la apoteosis. Sanchoniathón también dice, que después de los Cabiros vino Akmón, que fué llamado *Elión*, el Altísimo. En fin, se lee en el Génesis, que después del

nacimiento de Enos, hijo de Seth, se le empezó á llamar el Eterno.

Es posible, pues, que el pontífice-regente tomase entonces los títulos de la soberanía, recibiendo el calificativo copto, reservado hasta entonces á los monarcas del Nilo, Dios supremo, *Eter noute*, del que se ha derivado Æternum, Æternitas.

En efecto; la tradición parsa nos dice que Djemschid se hizo orgulloso. Recibía frecuentemente mensajes de Dios; pero habiendo querido prescindir del homenaje que debía al Altísimo, ordenó á sus súbditos que le adorasen: «Yo soy—dice—quien ha creado el mundo; no hay más rey que yo; sólo los que pertenecen á Arimán no se inclinan ante mí».

El imperio caucásico estaba bastante alejado de Egipto para que este virrey de los Faraones no tuviese que temer en sus aspiraciones de independencia. Pero encontró en su reino obstáculos imprevistos: el poema sánscrito Harivansa refiere una leyenda que se parece á la de Ferdusi, exceptuando el sello de devoción que caracteriza á los escritos de la India:

«Vena, hijo de Atri, rey de los hombres, se complació en la impiedad. A mí hay que proclamar; á mí hay que adorar. Los Maharchis, con Casyapa al frente, acudieron á hacerle observaciones: ¡Oh, Vena, no olvides las reglas de la justicia! Pero Vena replicó riendo: ¿Quién si no yo ha creado la ley? ¿Quién es mi semejante en la tierra por la instrucción y la virtud? Ciegos, ¿no véis que yo soy superior á todos los seres y á todas las leyes? Viendo que no podían iluminar su espíritu, los Maharchis irritados le cogieron y golpearon la pierna izquierda, de donde salió un hombre rechoncho y negro» (1).

«Entonces—continúa la crónica parsa—el favor divino abandonó á Djemschid. El mundo se llenó de

(1) *Harivansa*, t. I, lect. VI.

discordia, ninguno de sus señores quiso permanecer á su lado, y se congregaron en la frontera para alzarse contra su autoridad (1).

»Por aquel tiempo había en el desierto caballeros armados de lanzas y un jefe que mandaba diez mil guerreros. Llamábase Zohak el Beusrasp ó el Tazi, y era muy ambicioso. Eblis le buscó y le echó su red por la cabeza».

Los nombres de este personaje son significativos: Zohak no es otra que la palabra *Hakso* invertida, que según Manethón, significaba en la lengua sagrada de los egipcios, rey de los pastores (2).

En cuanto al sobrenombre de *Beourasp*, significa en zendo jefe de los caballeros del sol. Zohak es constantemente la serpiente, es decir, el pontífice de los etíopes. En cuanto á su ordinario calificativo de *Tazi* así es como los persas aun designan á los etíopes y árabes que habitan las montañas del Irán septentrional.

Djemschid cayó en demencia, y grandes trastornos conmovieron el imperio y los jefes pidieron un rey. Entonces vino el hombre serpiente y recibió el mundo como anillo al dedo. Djemschid desapareció durante mucho tiempo. Luego apareció de improviso cerca del mar de Sin; Zohak le hizo amarrar y serrar entre dos tablas. «Todo esto, añade Tabari, ocurrió antes de Noé» (3).

El género del suplicio difiere del que sufrió Urano; pero en estos asuntos es en los que más campea la imaginación. Los detalles coinciden: así, según

---

(1) Hyde, *Rel. vet. Pers.*, XIV, 183.

(2) He aquí lo que Josefo dice de los pastores que invadieron á Egipto: «Gens eorum universa *Huc Oussos* vocabatur, hoc est reges pastores. *Huc* in sacra lingua regem sonat. Sane quidem Huc et *Hac* si cum aspiratione scribatur». *Contra Apion.*, I, I.

(3) Tabari, ch. XLI.

Sanchoniathón, cerca del mar es donde Saturno preparó la emboscada contra Cœlus. El nombre de Sin hace suponer que el antiguo pontífice de Ammón buscó asilo en el templo situado en la isla que más adelante se llamó *Síndica*, y cuyos sacerdotes gozaban del derecho de asilo, como sus sucesores los hiperbóreos.

Los egipcios recogieron esta misma leyenda y la incorporaron á la de Osiris, lo que era tanto más natural porque los pontífices del Palus Meótide ostentaban este nombre como título honorífico. Así se refería que, tras un reinado, que fué la edad de oro de Egipto, Tifón, por otro nombre Set (la serpiente) sorprendió traicioneramente á su hermano Osiris, y, luego de apoderarse del trono, le mató y cortó su cuerpo en veintiséis pedazos. Isis, hermana y esposa de Osiris, recogió piadosamente esos trozos, excepto el órgano viril, que no pudo encontrar, y en honor del cual instituyeron los sacerdotes egipcios los ritos fálicos que formaban parte de los misterios de Baco. Añade la fábula que Isis, secundada por su hijo Horo, reunió tropas. Atacaron á Tifón, le vencieron y vengaron la muerte del monarca egipcio, cuya dinastía continuó Horo apoderándose del cetro. Una interesante particularidad relaciona esta leyenda con la de Zeus: decíase que con ayuda del caballo combatió y obtuvo Horo la victoria. Así sabemos que en la batalla de las razas los escitas de la tribu del caballo, en otros términos, los parsos (*pharis*, caballo) y los demás pueblos del Quersoneso, pelasgos, tauros, celtas, de los que era el corcel atributo distintivo, fueron los aliados de Zeus, y se explica cómo este príncipe figura entre los reyes primitivos del Irán con el nombre de Feridún (señor de los Peris ó Paris).

El Avesta nos dice que Djemschid determinó las divisiones del tiempo. Además del año ordinario de trescientos sesenta días, estableció un período civil de

ciento veinte años, intercalándole un mes. Luego un gran ciclo de mil cuatrocientos sesenta años, que no es otra cosa que el ciclo sótico de la misma duración, instituído por los egipcios y que recomenzaba con la aparición heliaca de la estrella Sirio (1).

Según Hyde, el Neuruz, fiesta del equinocio de primavera, se fijó por el colegio de los astrónomos durante el reinado de Melikschah, en 1032 de Cristo, en el momento de entrar el sol en el signo de aries (2). Ahora bien, asegurábase que el rey Djemschid inauguró solemnemente la ciudad de Ishtakar, que había fundado, precisamente en las mismas circunstancias astronómicas (3). Si, como hay derecho á suponer, transcurrió entre el primero y segundo Neuruz uno de esos ciclos de mil cuatrocientos sesenta años equivalentes á mil cuatrocientos sesenta y un años solares, habría que establecer hacia el año 2492 la época aproximada del reinado de Djemschid.

El Avesta refiere que Djemschid instituyó el culto del fuego, y que hizo construir en distintas partes del imperio los Atesch gah, donde él, Djemschid, era adorado bajo la forma del fuego eterno.

Tras la caída de este monarca, su sucesor Zohâk, el cuchita, restableció el culto de los reyes-astros, según el rito astronómico de los egipcios, que continuó Feridún. Caldeos, pelasgos, asirios, árabes, adoran á sus doce jefes primitivos reunidos en un Olimpo ó grupo divino; pero en el politeismo, como en el monoteismo, el culto del fuego no se conservó menos y en los ritos sagrados ha desempeñado siempre un puesto importante.

En resumen, excepto algunos rasgos generales, los griegos conocieron pocas cosas del reinado de

---

(1) Chardin, *Notas*, t. II, p. 254.
(2) Hyde, XXIX, 240.
(3) Prideaux. Abulfaradj, *Hist. dyn*, 282.

Djemschid que, con la denominación de Urano, había sacado á sus padres de la existencia nómada. Los clanes, de donde había de salir la familia helénica, apenas se habían reunido, y aún no conocían la vida civil. Mientras que los egipcios y los cuchitas escribían sus anales, los escitas semi-salvajes transmitían á sus descendientes cuentos parecidos á los que se dicen á los niños. Este carácter pueril de las primeras leyendas de los pueblos es el testimonio más seguro de su antigüedad, pues revela el estado embrionario de su inteligencia. Vamos á ver desarrollarse rápidamente esa inteligencia en los reinados siguientes, á medida que se establece la cohesión nacional y el drama político, exaltando las pasiones, marca á la tradición con un sello más profundo.

IV

SATURNO Y JÚPITER

Aquí salimos de la vaguedad de las divinidades epónimas pertenecientes á las razas y las tribus, para encontrarnos en presencia de individualidades caracterizadas, de personajes poderosos por la categoría y el genio. El usurpador del trono de Urano, llamado Cronos por los griegos, Saturno por los latinos, es también el Moloch de los fenicios (del etíope *Melek*, señor), de quienes fué el dios supremo. Sanchoniathón habla de él largamente y con respeto: le hace un rey absoluto y victorioso, y le designa con el nombre *El*, el santo. Eusebio le tiene por un soberano asiático que gobernó sabiamente durante veinte años y le da el título de Bel. Sus calificatívos son otros tantos títulos reales: Saturno es probablemente una contracción de *Set Urann*, serpiente, rey del sol y de la luna. Este monarca inicia la era de las teogonías de Oriente: aunque aparezca en la noche de los mitos, semejante al oscuro planeta que describe su órbita en los confines de nuestro sistema sideral, la personalidad de este gran antepasado de las naciones cuchitas se distingue claramente por un tipo particular de habilidad y de resolución. Es un verdadero semita que, para conquistar el trono, despliega la astucia y la audacia políticas, y que, luego de conquistarlo, demuestra que sabe reinar.

Apuleyo pretende que el planeta Saturno se llamaba en otro tiempo *Phœnon*. Ostentaba el nombre

de *Keuán* entre los caldeos, que le atribuían una influencia malhechora por afinidad de ideas con la cruel raza cuchita, que le tuvo por signo astronómico. La colosal estatua de bronce que en Sidón figuraba á Keuán, recibía en sus brazos inclinados á los niños que se le sacrificaban y que se deslizaban en un horno. Los cartagineses hacían sacrificios absolutamente análogos á su dios Cronos (1), y los tirios inmolaban á las víctimas encerrándolas en las cavidades de la estatua de bronce de Keuán, que se ponía al rojo.

Este hábito, excepto la diferencia entre un pueblo que ha conservado sus bárbaras costumbres y la nación que ha adquirido habilidad en las artes metalúrgicas, recuerda muy de cerca los sacrificios de los tauros de Crimea, que encerraban á sus prisioneros en una gran figura de mimbres, representando á su dios Saturno, y en seguida le pegaban fuego.

Si se compara ahora el nombre fenicio de Keuán ó Keruán con Gerión *(Gheruón)*, el gigante de tres cabezas que reinaba en una isla de la Escitia, más allá del Ponto Euxino, cerca de las columnas de Hércules, costará menos trabajo concebir la idea de que las primeras familias cuchitas, nacidas de la mezcla de los libios y de los escitas, nació en la isla Eritia, en la que hemos reconocido á la Táuride (2).

Keroán, si se admite la significación de pez atribuído por Rosellini y Champollión á la palabra egipcia *Oan*, tendría el sentido de señor del Pez, como el *Oannes* de los sirios. Así se siente uno inclinado á reconocer en estas variadas interpretaciones de un mismo vocablo, el doble simbolismo que distinguía á la nación fenicia: Saturno como emblema sideral y el pez como atributo terrestre.

---

(1) Munk, *Palestina*, pág. 91. Diodoro, l. XX, XIV.
(2) Herodoto, IV, 8.

El Avesta menciona á Zeruán: «Vivid mucho tiempo—dice—así como el rey Zeruán» (1). Le pinta como señor del universo, tan poderoso como Orınuz. Saint Martín, juez erudito y sagaz, ha hecho observar que el nombre de Zeruán se cita muy raramente en los libros modernos de los sectarios de Zoroastro, y que sólo se le encuentra una vez en los libros atribuídos á este legislador. Añade que este personaje corresponde perfectamente á Cronos, y no parece haber sido en el Irán objeto de gran veneración. En efecto, Saturno es el dios por excelencia de los cuchitas y semitas, como Júpiter Zeus es el de los pelasgos y helenos. En la lucha de razas que estalla bajo su reinado, es el señor de los etíopes y el adversario encarnizado de las familias helénica é irania.

Para Cronos como para Urano, el grado de información varía mucho según estos pueblos. Los primeros habitantes del Lacio confundían á los dos soberanos, y colocaban la edad de oro bajo el reinado de Saturno: «En esta época, dice Justino, los hombres vivían iguales, nadie poseía nada propio; todas las cosas eran comunes como si todos los hombres no tuviesen más que una sola herencia». Dionisio de Halicarnaso afirma que entre los romanos no se decía que Cœlus hubiese sido mutilado por los Titanes, y parecían ignorar que Saturno hubiese aniquilado á sus hijos temiendo sus emboscadas. No se hablaba de la guerra de los dioses contra los Titanes, y no se sabía que Júpiter hubiese encerrado á Saturno en el Tártaro, luego de haberle destrozado. Los romanos no celebraban ninguna de esas fiestas fúnebres en que las mujeres lloran á los dioses de que se les ha separado. No conocen el rapto de Proserpina, ni las aventuras de Baco, ni otras muchas fábulas introducidas

(1) *Afrin du Miezd*, Zend Avesta, t. III, 90. Malcolm, *Hist. of Persia*, I, pág. 496.

más adelante por los griegos y de las que los romanos, siguiendo su ejemplo, formaron su mitología (1).

Este importante pasaje no puede explicarse de otra manera que por una diferencia de épocas entre las emigraciones de los pelasgos que poblaron á Grecia. Los pelasgos itálicos serían más antiguos que la mayoría de los pueblos de Grecia y contemporáneos de los primeros arcadios. Sin duda salieron de la Escitia, su cuna común, en tiempos de Urano, cuyo reinado fué universalmente conocido con el nombre de edad de oro.

Divinizado por sus pueblos, Saturno se mostró á los griegos en forma mítica muy diferente de su tradición legendaria. Asimilado al tiempo lleva en la mano un reloj de arena y una guadaña. Creemos que este atributo proviene de que durante el reinado de este monarca se estableció una nueva división del tiempo. El Sincello dice que, hasta Henoch, se contó por años de siete días, luego por años de un mes, después las fases de la luna, y en fin, hasta los ciento cincuenta años de la vida de este patriarca no se empezó á medir el tiempo conforme á la marcha del sol. Siendo Henoch, según los doctores, el mismo Tot-Hermes, ministro y consejero de Saturno, es posible que datase del reinado de este monarca tan importante reforma, cuya impresión debió de ser vivísima en el espíritu de los pueblos habituados á medir su existencia por el curso de la luna.

El hombre ingenioso y sabio que se llama Thot, pasaba por un hábil astrónomo. Es, pues, muy natural atribuir á este personaje la introducción de la nueva división del tiempo, cuyos honores recayeron en el monarca ante los ojos de la posteridad (2).

---

(1) Dionisio de Halicarnaso, *Ant. rom.*, II.

(2) Según Champollión, Egipto estaba ya en posesión del calendario con los cinco días complementarios, tres mil doscien-

La invención del reloj de arena como medida de la hora debió de coincidir con la del año. También se atribuyó á Saturno, como la clepsidra á Harún al-Raschild. El reloj de arena, colocado en la mano del monarca, recordó esta útil invención, y decidió de su función entre los dioses cuando la exégesis pagana se ingenió en hacer de las divinidades otros tantos personajes alegóricos. El segundo atributo, la guadaña, ofrece más dificultades á la interpretación; los mitógrafos dicen que el tiempo todo lo siega y destruye. Sin embargo, de él tambien nace y se desarrolla todo, y los alegoristas no han pensado en esto. En realidad, la guadaña fué uno de esos cetros primitivos que los príncipes cuchitas ostentaron mucho tiempo como reminiscencia de la vida de sus antepasados pastores, á quienes servía la guadaña para cortar las hierbas de la estepa que sustentaban á sus rebaños. Lo mismo sucedió con el tridente de Neptuno, arma de los pescadores, y con la horca de Plutón, que aún sirve en los países del Mediodía para aguijonear á los bueyes. La tradición pastoril se ha conservado fielmente en los monumentos de Egipto, donde treinta dinastías de reyes están representadas con el cayado del pastor y la honda de los boyeros.

Un oráculo dictado por Urano y Démeter había predicho á Saturno que uno de sus hijos le usurparía el imperio, como él hizo con Urano. Para eludir este destino, dícese que el dios se tragó á todos sus hijos á medida que venían al mundo. Vesta, Ceres, Juno, Plutón y Neptuno, fueron ya devorados. Sólo Júpiter fué salvado de igual destino por su madre.

Este cuento de ogro lo ha repetido seriamente

---

tos ochenta y cinco años antes de nuestra era. En cambio parece demostrado que el año solar se observó en Asia mucho más tarde que en Egipto. En el Génesis se emplean corrientemente ambas maneras de contar en la genealogía de los hijos de Sem.

toda la antigüedad, que en el fondo no creía en él; pero sus escritores tenían sobrado tacto para discutir unas fábulas que tan de cerca tocaban á lo que había de más sagrado en los orígenes. Además, quizás no se trate más que de una forma del lenguaje; Homero hace decir á Aquiles que quisiera poder comerse á Héctor, y Hécuba desea comer los hígados de Aquiles (1) Esta forma de expresión era entonces familiar á la raza helénica, pues Júpiter tampoco disimula á Juno que tendría mucho gusto en comerse á Príamo y á toda su familia.

Es tanto más natural que en tiempos de Saturno se hablase así, porque la antropofagia se practicaba en muchas naciones del Cáucaso y de la Táuride. Se puede, pues, admitir que habiendo considerado necesario el rey cuchita aprisionar muchos jefes de las grandes tribus cuya hostilidad temía, hizo circular el rumor de que se los había comido. Lo que hace más verosímil esta suposición es que la fábula añade que Saturno fué obligado más tarde á vomitar los dioses que se había tragado, es decir, que tuvo que devolverles la libertad.

La mitología no añade más sobre este personaje. Así, para conseguir algo, volveremos á la fuente oriental de la que hemos extraído el complemento de la historia de Urano. En la tradición persa Djemschid es destronado por Zohâk, como Urano por Saturno, y Zohâk es derribado á su vez por Feridún, como Saturno por Júpiter.

LEYENDA DE FERIDÚN

Un autor árabe, citado por Herbelot, da á Zohâk el sobrenombre de Cus, y afirma que reinó en Etiopía. Los persas le representan como un tirano, con

(1) *Ilíada*, XXIV, pág. 212, etc.

rasgos odiosos. En los poemas del Irán, Zohâk el Taci es siempre el hombre serpiente, el reptil de las diez mil formas. Su nombre modificado se ha convertido en el caldeo *Dahak*, del que ha salido *Drak* y luego *Draco*, dragón. Para explicar este símbolo religioso y real, los persas referían que cuando Zohâk se apoderó del trono, dos serpientes negras salieron de sus espaldas, quedando unidas á éstas. Para alimentar á las serpientes necesitaba todos los días la sangre de dos jóvenes. Las víboras sagradas, ó *uræus*, bordadas en el manto real, engendraron sin duda este cuento acreditado por el odio.

Como á Saturno, al que un oráculo predijo que uno de sus hijos le expulsaría del trono, á Zohâk se le anunció que Feridún, hijo de Ahtin y de la reina Firanek, le heriría un día con su maza rematada por una cabeza de toro. Aun estaba el niño en el seno de su madre, cuando cogieron á Ahtin y le condenaron á muerte por orden del tirano. La reina Firanek se dió á la fuga, y habiendo parido en secreto, confió el niño á la vaca Purmajeh, que le amamantó durante tres años.

Según la mitología griega, queriendo Rhea salvar de la voracidad de su esposo al niño qne llevaba en su vientre, se refugió en el antro de Dicté, en Creta, donde parió á Júpiter. El niño fué amamantado por la cabra Amaltea, cuyo nombre, tomado del zendo Hamal (signo de Aries), recuerda al nomo sagrado de Ammón, al que se confió el niño. El texto decía sin duda que había sido «amamantado por Aries». Los mitógrafos, á los que se les escapó el sentido del lenguaje elíptico de los símbolos, creyeron hacerlo mejor sustituyendo la cabra al carnero. Otros decían que el principito fué criado por las abejas *melissæ*: era éste un sobrenombre de las Musas. Myro pretende que fueron las palomas quienes tuvieron este honor. Así se calificaba á las Hespérides. En resumen, todas

estas fábulas tienen el mismo sentido: la reina confió su hijo á una de las congregaciones egipcias que gozaban del derecho de asilo, sea á los sacerdotes de Ammón ó á las vírgenes Hespérides.

Diodoro refiere que el cordón umbilical del recién nacido cayó en un lugar vecino del río Tritón, y que este sitio se hizo sagrado con el nombre de *Omfalos*, ombligo. Homero califica de Omfalos á la isla Ogigia, donde reside Calipso, hijo de Atlas. Los antiguos llamaban así los límites ó mojones elevados en el centro de la ciudad, que se designó primero con el nombre de *Nusa*, Nisa, denominación única de las ciudades que Osiris erigió en su camino durante su viaje de tres años. Es probable que se contentó con plantar esas piedras, señales de su paso, y que las casas se agruparon en torno. Ahora bien, el himno de Calímaco nos informa que Proserpina fué raptada en la pradera vecina de Nisa. Para apoderarse Plutón de la ninfa cruzó el Bósforo, que sólo puede ser el cimeriano. La ciudad de Nisa, donde reinaba Keres Démeter, sería en ese caso la actual Kertch, y el templo de las Hespérides debía estar situado en el promontorio de Jenikalé, en otro tiempo Cabo Sagrado.

Allí, pues, es donde el pequeño Júpiter sería recogido y escondido en una gruta, ante cuya entrada los Curetos y Coribantos, especie de levitas guerreros, ejecutaban belicosas danzas, golpeando con sus lanzas los escudos de bronce para acallar con el ruido los vagidos del niño.

Reanudemos ahora el relato de Ferdusi: «Al cabo de algún tiempo, la reina Firanek recogió inquieta al niño: Huiré—exclamó—de este país de magos. Me iré con mi hijo á la India, y desapareceré de los lugares habitados».

La inverosimilitud geográfica, sólo es aparente. Habiendo retirado la princesa al pequeño Júpiter del asilo en que le colocaron las sacerdotisas, pasa á la

isla de los Sindos (Tamán). Pero aún no le cree en seguridad, pues añade: «Le llevaré hasta el monte Elburz (nombre persa del Cáucaso). Como una cierva agreste, la madre traslada al hijo á la alta montaña. Un piadoso solitario vive en la cumbre. La reina le entrega su hijo, suplicándole que haga de padre. Sabe—le dice ella—que este niño ha de ser un día rey y que arrancará á Zohâk la cabeza con la corona. El hombre piadoso tomó al niño, lo crió y no exhaló jamás un suspiro de disgusto».

Como se ve, esta topografía es acertada en todas sus partes. Era tiempo de abandonar el asilo, cuyo secreto habían revelado á Zohâk: «Oye hablar de la selva, de la vaca Purmajeh, del jardín donde estaba escondido Feridún. Lleno de rabia, se precipita como un elefante furioso, mata á la vaca, destrúyelo todo y hace un desierto. No habiendo encontrado á nadie en el templo, le pega fuego».

Feridún permanece oculto durante dieciséis años. ¿Qué es de él en este tiempo? La crónica persa no dice nada; pero la laguna quizás pueda rellenarse con ayuda de los relatos sacados de las mitologías. La fábula de Apolo, comparativamente reciente, constituye una pequeña novela ingeniosa, cuyo fondo no es otro que la historia de Zeus Feridún. Como Rea, Latona se ve perseguida por un odio implacable; sólo que tiene otro motivo, y los celos de Juno sustituyen al odio político del rey cuchita. Perseguida Latona, se refugia en una isla móvil (sujeta á los temblores de tierra), y allí da á luz dos gemelos, el sol y la luna. Durante su adolescencia, Apolo se ve obligado á guardar los rebaños del rey Admeto (*Kméti*, en eslavo, jefe de cantón) y en seguida á fabricar ladrillos con Neptuno. En su larga servidumbre se consuela con el amor de las encantadoras ninfas Clicia, Dafne, Coronis, Climena. Cuando llegó á la edad de hombre, combatió y dió muerte á la serpiente Pitón,

monstruo gigantesco, que Estrabón cree haber sido un tirano extranjero, opresor de un pueblo libertado por el dios. Durante el combate, la muchedumbre batía palmas y gritaba *Io Pœan*, el grito de las bacanales, para alentar á Apolo.

La misma fábula se encuentra exactamente en los poemas de la India. Krishna es el héroe; como Apolo, vive obscuramente entre los pastores para sustraerse al odio del tirano Kansa. Le aman las jóvenes pastoras, *gopis*, cuya ocupación consiste en ordeñar las vacas y las cabras. Como Apolo inventó la lira, el el dios indio inventó la flauta. Cuando se encontró en la fuerza de la edad, Krishna atacó y mató á la serpiente de mil cabezas, Kaliya. Kali es el nombre de la negra esposa de Mahádeva-Siva, el Plutón y el Saturno indo.

«Cuando Feridún tuvo dieciséis años—continúa Ferdusi—descendió del Elburz, fué en busca de su madre y le hizo algunas preguntas. Al saber que era por su origen heredero legítimo de Djemschid, sublevó contra el usurpador á los pueblos de las montañas y de la llanura. Un herrero llamado Kaweh fué el primero en sublevarse, y, colocando al extremo de su lanza el mandil de cuero, lo convirtió en bandera y arrastró á la muchedumbre en pos del príncipe. Ese mandil, conservado entre los tesoros de los reyes persas como preciosa reliquia, se enriqueció de pedrerías y siguió siendo el estandarte sagrado, el oriflama del Irán, hasta la caída de la dinastía de los Sasánidas (1).

Este relato ofrece curiosas relaciones: la mitología

---

(1) Los persas llaman *Mihirgian* al día en que Feridún venció á Zohák precisamente en el equinocio de otoño. Como veremos más adelante los antepasados de los iranios-persas y de los jonios helenos se confundían entonces en un mismo pueblo egipto-escítico. La famosa bandera desplegada en la insurrec-

griega nos informa de que los Cíclopes que trabajaban bajo tierra á las órdenes de Vulcano fueron los primeros en abandonar las forjas para unirse á Júpiter-Zeus, cuando declaró la guerra á Saturno y á los Titanes. Estigía acudió en seguida con sus belicosos hijos, y la defección de Hermes y Pan decidió la victoria.

Lo que no es menos digno de observarse es el nombre de *Kaweh* que el autor persa da á su herrero y que resulta ser el nombre original de la raza finesa. El Kalewala, poema cosmogónico de esta nación, la representa en su origen sojuzgada á los gigantes y trabajando bajo tierra en extraer de las rocas los metales preciosos.

Igualmente resulta de este pasaje que Ferdusi no ha tomado, como pudiera creerse, á la fábula helénica ciertas nociones con las que se hubiese complacido en forjar una novela oriental, sino que se inspiró realmente en las tradiciones locales transmitidas probablemente por los magos de Caldea á los del Irán, y mucho más precisos de seguro que los confusos recuerdos conservados por la exégesis de los griegos.

Feridún marcha contra Zohâk y ataca á la ciudad de *Beit-Mukaddu*. La primera sílaba revela el origen semítico de esta denominación, *beth*, ciudad. La capital de los cuchitas debió de ostentar el nombre de su ascendiente protector. Ahora bien, un puerto de la Cólquida, Ghelindjick, que fué rico y célebre con la denominación de Dioscurias en los tiempos heróicos, se había llamado antes *Sebastu*, la ciudad de Saturno. Ferdusi la califica, en efecto, de «residencia del dra-

---

ción se llamaba *Dirfesch Giavani*, el estandarte de Javán ó de los jon os Los reyes persas se complacieron en enriquecerlo con tantas joyas, que resultó de un precio inestimable cuando los jefes de los árabes se la repartieron en la época de la conquista.

gón, más alto que Saturno y brillante como Júpiter». El historiador persa debió traducir con este contrasentido un texto caldeo que no comprendió.

El tirano estaba entonces ausente. Se apresura en volver con un ejército compuesto de dives y peris. Se empeña una sangrienta batalla, se combate de calle en calle, hasta en las terrazas de las casas. Zohâk se atrinchera en su palacio, pero lo asaltan y cae prisionero. Presentado á Feridún, lo manda amarrar en el lomo de un camello y transportar al monte Cáucaso. Buscan en él un lugar angosto donde había una caverna, llevaron pesados clavos y Feridún clavó él mismo á su rival en la roca. Zohâk permaneció así suspenso (1).

Este hecho está confirmado por el Bundehesch pelhvi, traducido por Anquetil: «Se ha dicho de Zohâk, llamado *Beurasp*, que Feridún combatió contra él y le ató al monte Demavend».

Vakhtang, en su crónica de Georgía, también refiere que el rey Afridún se apoderó del rey-serpiente y le ató con dobles cadenas á un monte inaccesible.

En la mitología de los griegos se aplicó este trato á Prometeo. Hesíodo nos muestra á Júpiter atando él mismo al hijo de Japet á una columna sobre el Cáucaso. En Esquilo se ató á Prometeo á una roca: «¡Ten cuidado, le dice Hermes, que el Padre no destroce este monte con un rayo y te entierre bajo los escombros!»

En fin, Filostrato, conforme en esto con la crónica persa, asegura que Prometeo fué encadenado en el fondo de una caverna que enseñaron á Apolonio en la falda de una montaña del Cáucaso (2).

La situación es idéntica; el lugar también. Una analogía tan evidente induciría á pensar que los dos

(1) *Schah Nameh*, trad. de Mohl, I, 119.
(2) *Vita Apollonii*, II, III.

personajes Saturno y Prometeo, bien podrían no formar más que uno solo que se identificase con Zohâk. Esto no es imposible, pues los mitógrafos han hecho con frecuencia varios dioses de uno solo, y Cicerón dice que Saturno fué encadenado por Júpiter.

El mito de Prometeo ha ofrecido á los sabios modernos un vasto campo de interpretaciones. La alegoría filosófica se ha apoderado de él, viendo el símbolo de la inteligencia humana en lucha con la fuerza bruta. Los indianistas, inquiriendo las relaciones de la mitología griega con los mitos védicos, han creído reconocer en la fábula de Prometeo la leyenda del descubrimiento del fuego (1). Sin embargo, los antiguos lo atribuyeron á Vulcano, y jamás interpretaron la fábula de Prometeo en ese sentido. Este mito ha seguido la marcha ordinaria de las ideas; después de religioso se hizo filosófico. Prometeo nunca ha sido tan ilustre como desde que se aniquiló su personalidad para hacer de él un tipo abstracto de la libertad moral. No obstante, Esquilo, en el cuadro sobrehumano en que le ha colocado, infundió vida tan potente á la gloriosa víctima, que leyendo su drama nos interesamos por Prometeo como por un hermano de nuestra raza, ó un antepasado. Quizás tomando de cerca la leyenda é iluminándola con nueva luz, se podría aprehender la realidad.

Según Hesíodo, Prometeo es hijo de Japet, hermano de Saturno, y, por lo tanto, sobrino de éste. Sin duda no hay que conceder mucha importancia á estas filiaciones, que cada mitógrafo arregla á su gusto; pero lo que queda demostrado es que, como Saturno, este Titán pertenece á la generación de los primeros etíopes. Es un pontífice: la sílaba *prom* es contracción de un término egipcio, *piromi*, que, según Hero-

(1) Ad. Kuhn, *La descente du feu*, 1859.

doto, designaba á los grandes sacerdotes del templo de Ammón, en Tebas. Cuando Hecateo lo visitó le enseñaron ciento cuarenta y cinco estatuas de madera, representando á otros tantos Piromis que se habían sucedido en el pontificado. Esta denominación significaba virtuoso, excelente. La desinencia *theos*, dios, añadida por los griegos, completa el sentido, pues este título caracterizó al principio al sacerdocio. *Pirometheos*, pues, significaba excelente pontífice. Así se explica que á Deucalión, que fué un Gran Sacerdote y rey de Escitia, se le llamase hijo de Prometeo.

Esquilo pone en boca de Prometeo encadenado, una palabra que sugiere algo interesante Cuando Hermes le aconseja la sumisión, el cautivo reprocha su cobardía al astuto político: «La defección de Hermes—dice—ha causado mi pérdida». Ahora bien; vemos en Homero que Pan y Hermes habían estado antes al servicio de Saturno, y se pasaron luego del lado de su rival en la guerra de los Titanes, decidiendo la victoria en favor de Zeus. Verdad es que Esquilo hace decir á Prometeo: «He visto expulsar á dos tiranos, y no tardaré en ver caer al tercero». Pero esto sólo prueba que el poeta, así como los demás mitógrafos, consideraba á Prometeo como una personalidad distinta de Saturno.

Prometeo tiene por madre á la ninfa Asia, según unos, y según otros á Temis; pero están de acuerdo en hacerle príncipe de la Escitia, confirmado por el coro de las Oceánidas, que se lamentan al pie de la roca donde está encadenado. Las jóvenes de las tribus vasallas del gran jefe, que había reinado en las márgenes del Océano escítico, debían rendirle homenaje y mostrarle su sentimiento.

Prometeo era hábil escultor. Hizo una estatua que fué muy admirada por Minerva Atenea. Esto nada tiene de extraordinario. Los egipcios mostraron desde

sus primeros ensayos gran habilidad en imitar la naturaleza, como puede juzgarse por las estatuíllas del Louvre de la segunda y tercera dinastías. La cosmogonía fenicia nos informa que Thot, ministro de Cronos, hizo imágenes de los dioses y los retratos de Urano y de Saturno. «Cronos—añade—inventó los betules ó piedras animadas». Decíase, pues, de este monarca, como se decía de Prometeo, que imitaba la forma humana con tanta facilidad que sabía hacer vivir á la piedra. De estos indicios resultaría que la fábula griega tomaría de una y otra parte para componer ese personaje. He aquí un hecho más decisivo que parece haberlo tomado directamente á las tradiciones del Irán. El célebre mito de Prometeo, robando al cielo el fuego, ha ejercitado muy diversamente la sagacidad de los arqueólogos. Los griegos refieren que el príncipe Titán, guiado por Minerva, se elevó hasta el cielo, y que habiéndose acercado al carro del sol donde brillaba el fuego celeste, fuente de la vida universal, tomó de ese fuego llevándoselo á la tierra en un tallo de cañaheja. No sabiendo á qué motivo atribuir esta rara acción, los mitógrafos han pretendido que deseaba animar á la estatua que hizo.

Acudiendo á las crónicas del Irán se obtiene una solución más verosímil: Djemschid, como ya hemos dicho antes, instituyó el culto del fuego, y ordenó á las tribus que, á ejemplo de Egipto, venerasen á los astros identificados con sus monarcas, adorándolos exclusivamente bajo las especies del fuego. El Bundehesch refiere que distribuyó en diversos lugares de su imperio el Atún Gah ó fuego sagrado: «Estableció en el monte Kharesem un *Atesch-Gah*, ó santuario, donde ardía el *Ferobum*. Bajo el reinado de Gushtasp, cuando se publicó la ley, el fuego se trasladó al Cabul, donde aún está» (1).

(1) Anquetil, *Avesta*, III, *Bundehesch pehlvi*.

«El fuego sagrado—añade el libro—se preservó de las manos de Zohâk.» Luego hubo una tentativa de éste para profanar ó robar al Atun-Gah. Ciertos mitógrafos decían también que Prometeo intentó robar el fuego divino, pero sin conseguirlo. Otros refieren que se llevó ese fuego en un tallo de cañaheja. ¿Por qué esta planta y no otra, y cómo lo consiguió?

La planta ombelífera llamada cañaheja tiene un tallo meduloso, recto y ligero, de seis ó siete pies de altura. Los griegos la designaban con el nombre de *narthex*, y los emperadores del Bajo Imperio se hicieron con ella un cetro rematado por una piña, como puede verse en las medallas. En esto seguían la costumbre de los antiguos príncipes helénicos llamados por eso mismo, *arthex phoros*. Estos la recibieron de los reyes de Asia, pues la palabra *arthex* es, seguramente, un derivado del zendo *Arthakshéeta*, rey de la tierra, que se lee en las inscripciones cuneiformes, y del que se ha formado el nombre de Artagerges.

El empleo de la cañaheja ó férula como emblema de la autoridad real, debe, pues, de remontar á los orígenes de la raza helénica que lo importó de Asia. Ahora bien, lo que resulta más característico es que ese arbusto estaba especialmente consagrado á Plutón y á Baco. Este suele estar representado con una caña de narthex; se puede, pues, concluir que los sacerdotes de Ammón y los príncipes del Hades-Meótides habían hecho de ese tallo el signo exterior de su poder.

Según la tradición en que se ha inspirado la fábula, el Piromi pudo obtener permiso gracias á la amistad que sus talentos inspiraron á la reina del Quersoneso, para entrar en el santuario donde se conserva el fuego sagrado. Este pontífice del culto de los astros tuvo la audacia de encender en el fuego eterno que ardía en el altar la piña que coronaba su narthex. Descendiendo luego de la santa montaña, ofreció este

trofeo á la muchedumbre, envaneciéndose de haber robado el fuego puro, el fuego celeste que Djemschid impuso á la adoración de los pueblos.

Estas indicaciones quizás bastarían para hacer comprender que en la leyenda de Prometeo hay algo más que un símbolo. En efecto, parece muy poco verosímil que pueblos diferentes se entendiesen para dar forma antropomórfica al mito abstracto de la libertad humana. Además, podría ser que esta leyenda hubiese tenido sobre todo por fin una rehabilitación de la raza cuchita vencida, á la cual no escatimó la raza victoriosa el desdén ni el ridículo. La anécdota del sacrificio de Sicione, en el que Júpiter, engañado por su rival, desempeña un papel bastante triste, vendría en apoyo de esta suposición.

Un rasgo particular de la leyenda de Prometeo es el cuervo que cada día acudía á devorar el hígado sin cesar renaciente del héroe mártir. La fábula se ha apoderado de tal manera de este punto que no deja lugar á las suposiciones. ¿Para engañar á su enemigo, el cautivo se complacía en alimentar con su propia mano á los grandes cuervos y águilas que revolaban en torno de su aérea prisión? ¿O no se tratará aquí de uno de esos equívocos tan frecuentes en la mitología análogos al de la serpiente guardiana del jardín de las Hespérides? En efecto, αἰγυπτιος, que significa águila ó cuervo, también quiere decir egipcio. La vigilancia del prisionero debió confiarse á un guerrero de esta nación. En los monumentos del Nilo se ve con frecuencia á una divinidad que lleva en el peinado el cuerpo de un cuervo, cuyas negras alas, pintorescamente caídas, encuadran un rostro de finos y nobles rasgos. Es la diosa *Suan*, protectora de Ramsés. Ahora bien; aún existe en el fondo de las montañas de la Cólquida un pueblo circasiano llamado Suano, famoso por su belleza, nacido sin duda de la unión de los egipcios con los rubios escitas. El cuervo pudo ser su

emblema, y la apelación común al hombre y al pájaro explica la confusión de los mitógrafos, cuya fantasía, bordando sobre esta tela, engendró la célebre fábula.

Lo cierto es que la antigüedad entera no dudó jamás de la existencia ni del suplicio de Saturno ó Prometeo. En su expedición al Cáucaso, Pompeyo se desvió de su camino, acompañado por el filósofo Teófano, para contemplar la roca donde el Titán fué encadenado. Cuando por orden de Adriano visitó el pretor Arrio el litoral del Cáucaso, vió en el mar, por encima de Dioscurias, la roca Estrobilo, donde en otro tiempo dice que estuvo sujeto Prometeo. Los habitantes de Imerethi, antigua Cólquida, enseñan á los viajeros esta roca, que llaman Chamli.

Los mitólogos sólo hablan vagamente del fin de Prometeo. En ninguna parte se dice que murió de su suplicio. El *immortale jecur* demostraría lo contrario. Es, pues, de presumir que su martirio se exageró grandemente, limitándose á una prisión solitaria en una de las cavernas del monte Cáucaso vecinas de la Cólquida. Hesíodo dice expresamente que Júpiter consintió en libertarle pasados algunos años. Hércules fué el encargado de esta misión; pero el señor de los dioses exigió un juramento de Prometeo, y para que éste no lo olvidase jamás, quiso que el Titán llevase siempre un anillo de hierro que tuviese engarzado un fragmento de la roca en que estuvo encadenado.

Cuanto á Saturno, vencido y humillado, se dice que fué arrojado á los Infiernos y encerrado en el Tártaro con los Titanes que habían combatido á sus órdenes en la guerra contra Júpiter. Más tarde fué sin duda puesto en libertad, y un simulacro de magistratura consoló al viejo monarca del rango que había perdido. Homero representa á Saturno sentándose en los Infiernos al lado del blondo Radamanto, y

juzgando á los manes de los asiáticos, mientras que Eaco juzga á los europeos.

En el libro de Sanchoniathón, cuya primera redacción se atribuyó á Taut, ministro de El ó Cronos, relatándose como hechos históricos el destronamiento de Urano, la usurpación de Saturno, el reinado de éste (1), este relato, dictado por un espíritu muy favorable á Saturno, no menciona su caída ni el triunfo de Zeus. Lo que mejor se grabó en la memoria de los griegos es precisamente lo que calla el documento fenicio. Pero, en cambio, se extiende sobre los hechos en que Taut desempeña un papel importante, y puede concluirse que, en efecto, él es el autor del documento ó al menos de la parte que le concierne.

En el texto fenicio, Él es un monarca poderoso, soberano de Persefona y Atenea; ésta le enseña el uso de la lanza y de la maza egipcia con arpones. Construye á Biblos, donde coloca á Baalti ó Dionea (Venus), y da Beruth á Poseidón y Sidón á los Cabiros. En fin, habiendo ido al país del Mediodía, Él confía á su ministro Taut el gobierno de Egipto. Por estos nombres de dioses, que son nombres de pueblos, se ve que este príncipe extendió su imperio de la Táuride hasta la Siria. La pretendida seducción que ejerce sobre las hijas de Urano, Astarté, Rhea, Baalti, Imarmené y Hera, significa que por su hábil política atrajo á su obediencia estas tribus de otra raza.

Todas las teogonías de Oriente han impreso su sello á este curioso fragmento del Sanchoniathón. La crónica del Irán está representada por Tamuras, que desempeña el puesto del Feridún de los parsos y del Zeus de los griegos. Su nacimiento, que constituyó su principal fuerza como heredero legítimo del monarca egipcio Urano, está en ella claramente expuesto: «Una de las mujeres del rey destronado—dice

(1) Eusebio, *Præp. ev.*, I, x.

Sanchoniathón—que fué prisionera de El, dió á luz á Tamuras, que había concebido de Urano».

Diodoro refiere la caída de Saturno siguiendo á autores que nosotros no conocemos. Consigna detalles tan diferentes de los otros relatos, que se ha omitido el suyo permaneciendo ignorado. Sin embargo, algunos rasgos aclaran los sucesos con luz bastante viva (1).

Júpiter se llama aquí Baco (Baal chus, señor de los cuchitas): «Sustraído á la crueldad de Saturno lo crían secretamente en la ciudad de Nisa, en Hesperia, por los ciudadanos de su padre Ammón, rey de un país de Africa. Esta Nisa estaba situada en una isla formada por el río Tritón. Llamábasela Hesperón-Keras, cabo de las Hespérides».

Hoy es el cabo de Jenikalé, donde estaba la morada de las Hespérides, y el río Tritón era un brazo de mar que ponia en comunicación la bahía de Caffa, en el Ponto-Euxino, con el mar Pútrido ó lago Tritón, formando la parte Oeste del mar de Azof. Este brazo de mar, de unos veinte kilómetros de longitud, hoy relleno, separaba la parte que se llama península de Jenikalé del resto de Crimea (2). La Nisa de que se habla, era, pues, la Nisa de Keres Démeter, que ha reemplazado á la ciudad de Kertch.

Cuando el niño hubo cumplido la edad de hombre fué sitiado en Nisa por Saturno, hecho dueño del reino de Ammón. Baco movilizó un ejército y llamó en su ayuda á las Amazonas, que acudieron mandadas por Minerva. Al mismo tiempo que Baco, atacaron al ejército de los Títanes. Derrotados éstos, se retiraron al país de Ammón.

«Baco volvió á Nisa con gran número de prisioneros Habiéndolos reunido los arengó, recordándo-

(1) Diodoro, III, 36.
(2) *Océano de los antiguos*, 250.

les la injusticía y las violencias de sus jefes los Titanes; luego les dió á escoger entre abandonarle ó alistarse á su servicio. Todos prefirieron abrazar su causa. El príncipe hizo entonces que trajesen vino en las copas y que jurasen, derramando libaciones, de sólo combatir en su favor. Estos soldados se llamaron hipospondos, aliados voluntarios, y los descendientes de Baco han llamado desde entonces *spondos* á los tratados concluídos en tiempos de guerra.

«Baco se puso en seguida en marcha para atacar á Saturno. Luego de haber atravesado una comarca sin agua, llegó ante Zabirno, ciudad de los etíopes. Ante esta ciudad mató un mónstruo llamado Campé, que vomitaba llamas, y mandó construir en este lugar una gran colina que aun subsistía no hace mucho.

»Habiéndose presentado Baco ante la ciudad de Ammón, Saturno aceptó la batalla. Fué derrotado, y al retirarse incendió la ciudad. El vencedor le persiguió é hizo prisionero.»

No necesitamos insistir sobre los puntos de vista topográficos que ofrece este relato; se ve á las amazonas del Quersoneso y del Akté helénico acudir ante los muros de Nisa y dar la batalla á los etíopes, que se ven obligados á repasar el Bósforo y volver á la isla de Ammón. El mónstruo Campé (Pé Cham), se encuentra en Hesíodo, que hace de él guardián de los Cíclopes encerrados en el Tártaro. Καμπος significa pez, de donde se derivan hipocampos, caballos marinos uncidos al carro de Neptuno, señor de los tauros del caballo y de los libios del pez. Plutón Aides reinaba entonces en este último pueblo, y fué al principio enemigo de Zeus. Después cedió con trabajo al ruego de los Parcas, que deseaban que reconociese los derechos de Júpiter Zeus. A su llegada á las islas del Hades, los Cíclopes rompieron las puertas del torreón donde estaban encerrados, y se desparrama-

ron por las montañas, convocando á la rebelión á sus hermanos los obreros de las minas.

Según otra versión, fué en la isla de Creta donde los Titanes se reunieron para realizar un postrer esfuerzo. Varias veces hemos indicado este continuo desprecio de los autores antiguos que confunden á Tamán, isla de los curetos, con Curetis, isla del Mediterráneo.

Como se ve, cada leyenda, aunque diferente en algunos sucesos, concurre á fortificar nuestra tesis, aportando detalles que la confirman y precisan. Diodoro observa «que tal era la versión de los libios». No hay que asombrarse, pues, si el fin de la leyenda se modifica completamente en favor de Saturno. «Baco hizo prisioneros á Saturno y á Rea, los trató con mucha consideración y les dejó el trono.» El cronista añade que Saturno tuvo un hijo, llamado Júpiter, que le sucedió y fué señor del mundo.

La batalla entre los escitas y etíopes, comenzada en las islas de Tamán, continuó en el Cáucaso, adonde los saturninos se retiraron combatiendo. El recuerdo de esta gran lucha todavía vive en la memoria de las gentes del país, y los ancianos de los Tcherkesses afirman que la guerra de los Titanes fué en sus montañas (1). Por otra parte, ¿no es curiosa tradición la recogida por Estrabón, según la cual el pastor Cáucaso, que apacentaba sus rebaños en los montes Nifatos, fué muerto por Saturno, cuando se refugió en esta montaña desde donde fué precipitado en el Tártaro por Zeus?

Hesíodo ha descrito el combate de los Titanes con gran fuerza y color. Pero el elemento maravilloso que en él interviene, tiene rasgos particulares en que se revela la aparición de un gran fenómeno que vie-

(1) Hommaire de Hell, II, pág. 238.

ne á mezclarse súbitamente en la lucha de los hombres.

La batalla es encarnizada; los cronidas están á punto de vencer. Zeus llama entonces en su ayuda á los gigantes Hecatónchiros, libertados de la prisión del Tártaro, donde Saturno los tenía encerrados. «El combate recomienza; el rey del Olimpo despliega todas sus fuerzas; un estrépito formidable resuena sobre la extensión de los mares; la tierra se queja, el cielo se quebranta y el vasto Olimpo tiembla bajo el paso de los inmortales. La horrible sacudida de la marcha de los dioses, del choque de las Horas, de las rocas que lanzan los combatientes, resuena hasta el fondo de los Infiernos. Los dioses, los Ciclopes, los Titanes se provocan entre sí; sus clamores hienden el éter... El señor de los dioses se lanza á la tierra, la inflama con su rayo; los bosques abrasados crujen con espantoso ruído; el fuego devora el mundo y la mar hierve. El fuego se apodera hasta del Caos; un negro vapor surcado por los rayos envuelve á los Titanes; una llamarada inmensa se eleva hasta la cúpula etérea. El Erebo también arde; el ojo descubre los misterios ocultos en las entrañas de la tierra que se entreabre. Los elementos se confunden, los vientos se mezclan con los rugidos del trueno; inmensos torbellinos de fuego obscurecen el centro de la pelea... *Hesper*, *Eus*, *Hora*, todo queda invadido; la luna se siente lanzada contra el sol; Tifón precipita á las montañas y los mares; descuaja islas enteras y lanza sus fragmentos contra el cielo». En fin, los Titanes vencidos son arrojados en las entrañas de la tierra, donde viven sumergidos en noche eterna.

Esta descripción no es, como pudiera creerse, un vano amasijo de frases, producto de una imaginación rica en hipérboles. Como todo lo demás, ha debido inspirarse en relatos más antiguos escritos en fenicio ó en caldeo, idiomas que tenían por base el

copto jeroglífico. Hesíodo, poco versado en el conocimiento de estos idiomas, ó lo que es más probable, habiendo recogido de tercera mano la tradición, como Platón la de la Atlántida, confundió nombres y términos, los interpretó por aliteraciones cuyo sentido es atinado algunas veces y formó una mezcolanza poética poco inteligible. No obstante, la mar que hierve, el haz de fuego elevándose hasta el cielo, los bosques abrasados, el Caos y el Erebo, las islas descuajadas, ofrecen los signos de una catástrofe muy semejante á la en que desapareció la Atlántida. Los términos *Hesper*, *Eus*, *Hora*, representan otras tantas localidades, la Táuride, Cólquida y el país de Ur ó Georgia. La luna lanzada contra el sol expresa á las tribus lunares precipitándose contra el país del sol.

La Volospa, poema cosmogónico de los escaldas, mezcla como Hesíodo el prodigio en la batalla de los dioses (1). Hrym viene de Oriente con la serpiente; los Muspell, Loki y todos los padres del lobo les acompañan. Surtur viene del Mediodía, trayendo la llama; vuelan las rocas, los gigantes se arrojan en tropel, los hombres marchan por la senda de la muerte; Odino comienza el combate contra el lobo, el brillante Beli ataca á Surtur.

Los hombres abandonan sus residencias, el sol comienza á obscurecerse, la tierra se sumerje en el mar, las estrellas desaparecen del cielo, un viento de fuego sopla en el árbol que alimenta al mundo, la alta llama toca en los cielos.

«... Luego se ve á la tierra surgir del fondo del Océano, bella y verdeante. Las cataratas se cierran; el águila vuela por los montes recogiendo los peces...»

El Avesta describe con entusiasmo la lucha de las razas y la derrota de los viejos etíopes: «Arimán se

(1) Edda Sæmunda, III.

mide con el cielo. Durante noventa días y noventa noches, los Izeds celestes combatieron contra él y todos los Dews. Ormuz, desde lo alto del cielo inmóvil, donde reside, sacudió al cielo móvil con ayuda de sus Feruers, sosteniendo la lanza y la maza. Arimán acabó por emprender la fuga y fué arrojado en el Duzakh (el abismo) con todos los Dews» (1).

El eco lejano de esta célebre lucha resonó hasta el Ganges, en los himnos del Rig Veda. El terrible Asura Calanemi, gigante parecido á Briareo, con cien cabezas, que agitaba sus cien brazos en los cielos, vence á cuatro regentes del mundo. Usurpa el imperio y recibe el homenaje de los Detyas, como lo hacía su antepasado en el mundo, pues á su vez es vencido por Vischnú.

El Harivansa cuenta que el Deva Kal-Javana atacó á Krishna al frente de los pueblos septentrionales y fué rechazado *por el fuego* y *por el agua*; en otra parte, los dos Asuras, Madhu y Ketaba, combaten á Vischnú en los tres mundos cubiertos por un diluvio universal (2).

Las tradiciones de los parsos hablan de una terrible inundación ocurrida en el Occidente durante el tiempo de Tehmurasp. El Bundehesch, que sólo se expresa por símbolos astronómicos, refiere que «Taschter (el planeta Júpiter), al entrar en la constelación de Cáncer, formó la lluvia y condujo el agua en el aire por la fuerza del viento. La tierra se cubrió de agua hasta la altura de un hombre. Los Kharfesters (malvados), que estaban en la tierra, perecieron todos por esta lluvia... Taschter lanzó el rayo contra el Dew Apevesch, que sólo desea el mal» (3).

La coincidencia de la guerra contra los Titanes

---

(1) Anquetil, III, *Bundehesch*.
(2) *Harivansa*, 507, *Asiat. researches*, VI.
(3) Anquetil, *Avesta*, II, 363.

con el súbito cataclismo en que pereció la Atlántida, parece haber sido generalmente observada y señalada. Diodoro todavía es más explícito cuando observa que los que adoptaron el partido de Saturno, figuraban en el número de estos primeros etíopes, que los orientales llamaron *Daimonos* ó genios (divos y djinns), y entre los cuales se dice que había gigantes. Los griegos los designaron con los nombres de Titanes, Telchines, Curetes, Coribantes, Heliades ó hijos del Sol, y reconocían que á ellos se debían las primeras nociones de las ciencias. Estos demonios, genios ó gigantes, practicaban la magia, echaban la suerte, anunciaban el porvenir, hacían descender á voluntad la lluvia y el granizo. Neptuno quiso castigarlos por sus excesos y abismar su vergüenza en las entrañas de la tierra. Los Telchines previeron una próxima inundación y se dispersaron; pero los que permanecieron en la isla que habitaban, perecieron por las aguas que cubrieron todas las llanuras (1). «No obstante, algunos—especialmente los hijos de Júpiter—lograron salvarse en las montañas».

La adulación y la política no dejaron de aprovecharse de la desaparición en un abismo de fuego de la isla de los Atlantes etíopes (2), para honrar con este prodigio la omnipotencia de Zeus. En adelante se convirtió en señor del rayo, que le había servido para exterminar á sus enemigos. Cuando los autores antiguos hablan del rayo, alúdese con más frecuencia á una erupción volcánica que al rayo que surge de la nube, y confunden ambos fenómenos. Apolonio de Tiana refiere que sintió en Creta un temblor de tierra seguido de un trueno que procedía de la tierra (3). Hesíodo pretende que el rayo emplea diez días en des-

(1) Diodoro, V, 34, 35.
(2) Plinio, XXX.
(3) *Vita Apoll.*, IV, 34.

cender á la tierra, lo que no podía entenderse del rayo propiamente dicho, sino de la lava que corre con lentitud de la cima de los volcanes (1). El nombre griego del rayo que lanza Júpiter es *akmon*, que también significa yunque. Ahora bien; en otro tiempo se formaban los yunques con piedra de lava para más resistencia. También el martillo de Thor, que los poemas rúnicos comparan á una masa de hierro ardiente, se llama *hamar*, que igualmente quiere decir roca. No es dudoso que en ambas mitologías se refiere el rayo al fuego terrestre.

Cuando dicen los poetas que Vulcano fabricaba el rayo de que se armaba el señor de los dioses, esta fábula expresa una de las cándidas supersticiones de aquellos tiempos remotos. Los talleres de los Cíclopes estaban instalados en el fondo de los antros que se abrían en las laderas de los altos volcanes caucásicos, hoy apagados. Al ver de lejos irradiar los hornos en las sombras de estas montañas, cuyas cimas llameantes parecían servirles de chimeneas, los pastores de los valles y los navegantes del Euxino pudieron creer fácilmente que los negros herreros extraían el rayo de su fuente misma, trabajando en extraerlo, como el oro, de las entrañas de la tierra.

El símbolo del rayo, tal como está figurado en las imágenes de Júpiter, ofrece carácter asiático. Como los reyes de Nínive y de Persépolis, el dios tuvo primero en su mano un cetro rematado en cada extremo por una piña, emblema del fuego sagrado, y en la otra mano un manojo de flechas, caracterizando á las naciones escíticas que le estaban sometidas. En época mucho más reciente, cuando en los hermosos tiempos del arte griego esculpió Fidias al Júpiter de Olimpia, esos atributos se reunieron en uno solo en la mano del dios, y el artista dió á las flechas la forma en zig-

(1) *Teog.*, 722.

zag del rayo para realizar las descripciones de los poetas.

Según los mitógrafos, Zeus tiene el color blanco y el pelo negro, mientras que la mayoría de los dioses y diosas del Olimpo son rubios ó castaños. Sin duda pertenece al tipo caldeo, arameo ó parso, tres ramas del tronco egipto escítico. Las antiguas pinturas de Persia representan á Feridún de color ligeramente obscuro, vestido de khan, con barba negra bien cuidada y teniendo en la mano un cetro rematado por una cabeza de carnero. En esto reconocemos el símbolo de Ammón. Los griegos atribuían el águila á Zeus, y este emblema debió de serle especial, mientras que la dinastía de los reyes parsos permanecieron fieles al Júpiter egipcio. Decíase que Djemschid mandó erigir á Istakhar, é hizo su entrada en ella el mismo día en que el sol hacía su entrada en el signo de Aries, y Ammiano Marcelino nos dice que el rey sasánida Sapor se cubría en la guerra con un casco de oro representando una cabeza de carnero.

Los antiguos contaban muchos Júpiters, y es indudable que un solo monarca no puede ser el héroe de todas las aventuras que se le atribuyen; pero aquel cuya gloria se ha extendido por Oriente como por Occidente, que fué á la vez el Hu Gadarn, emperador de la tierra, del que se acordaban los kimris y los prithu de los autores sánscritos, es el mismo que el Feridún de los persas y árabes y el Zeus de Homero y Hesiodo, el Carlomagno pelásgico que abrió la era de las civilizaciones.

Independientemente del renombre que le han granjeado á título de dios nacional los poetas, cantores de alabanzas, es cierto que después de haber dado pruebas de valor en la guerra, Zeus reveló gran habilidad en retener bajo su autoridad tantos pueblos de razas diversas, turbulentos y enemigos. Las alianzas que concertó con las grandes tribus vecinas del Euxi-

no, se han interpretado por los mitógrafos, más curiosos de anécdotas galantes que de hechos históricos, como otros tantos casamientos ó seducciones. Decían que Io había sido su primera amante y Alcmena la última. Tan largo período, que conduce á los tiempos de Hércules y de los héroes, supone, pues, la existencia de varios príncipes del mismo nombre.

Apolodoro dice que Zeus se casó con Metis, divinidad cuya ciencia y sabiduría superaba á la de los hombres y aun á la de los dioses; él no hacía nada sin los consejos de ella, y á ella le debió la prudencia que reveló en todos sus actos: esta sabiduría, carácter predominante del sacerdocio egipcio, y la conformidad de μῆτις, μήτιδος, con Meotis, Meótide, indican suficientemente que el rey de los dioses escuchó siempre con deferencia los consejos de los pontífices de Ammón y de las sacerdotisas, apreciando su sabiduría y sentido político. Apolodoro dice que sólo después de consultar á Metis emprendió Júpiter la guerra contra Saturno y los Titanes. De ella tuvo á Poro, dios de las riquezas, lo que hace suponer que, bajo su reinado, el regente Horo (ap Horo) fué escogido en el nomo de Ammón.

Zeus también tomó por esposa á Temis, diosa de la Justicia. Según Moisés de Koreno, Temi fué el primer nombre de Georgia, que formó en otro tiempo parte de Caldea, país de Ur ó de Horo. Es de observar que una diosa egipcia, Tmei, posee el mismo atributo que la Temis de los griegos, y es posible que, en el simbolismo jeroglífico, se haya designado así á Caldea, que fué desde muy pronto residencia de un sacerdocio muy renombrado por su ciencia y equidad (1).

Eurinoma (el nomo de Ur), á quien Júpiter hizo madre de las tres Caridades, era una divinidad de la

(1) *Fragm historicorum græc.* Didot, I, 80.

mar, representada con cola de pez, é hija del Océano y de Tetis. Probablemente se trata de la región vecina del río Charis, en la Cólquida. Las Musas (Misias), Mnemosina (Men Mosun, las Musunecas del Cáucaso), Leto, Apolo, Artemisa, Persefona, que la fábula coloca entre los hijos de Eurinoma, representan sin duda otros tantos pueblos vasallos del gran rey.

Los establecimientos egipcios debieron á Zeus una protección particular. A la distancia en que se encontraban de la gran metrópoli, rodeados de naciones que se habían engrandecido rápidamente en fuerza é inteligencia, sólo contaban para inspirar respeto con el prestigio del carácter sagrado de que estaba revestido Egipto y la veneración por los servicios que había prestado. Zeus, pues, no olvidó de conciliarse la buena voluntad de esta clerecía influyente por su autoridad moral. Homero nos muestra á Zeus ausentándose del Olimpo para pasar algunos días de fiesta en el país de los virtuosos etíopes. *Amumonos* (Amun-nomos) (1).

El rubio Apolo, dice un himno de Alceo, recibió de Zeus una red de oro y una lira, y fué enviado en un carro conducido por cisnes á Delfos para establecer allí la justicia y la ley. Pero antes ordenó á sus cisnes que le condujesen al país de los hiperbóreos, donde permaneció desde la primavera hasta la estación en que las Pléyades descienden bajo el horizonte, distrayéndose en danzar y tocar instrumentos, y probablemente también en recoger los preceptos é instrucciones de estos representantes venerables del viejo mundo para difundirlos entre los pueblos nuevos.

---

(1) *Amun* se encuentran entre los mitógrafos griegos en Amumona, esposa de Neptuno é hija de Belo, y en Amuntor, hijo de Egipto y padre de Fénix. Un oráculo de Ammón condena á Andrómeda á ser devorada por el mónstruo marino. *Apollod.*, II, 2.

Las costumbres particulares á la raza escítica heredada por la familia germánica, caracterizan claramente la organización política y religiosa del imperio de Júpiter. En todas partes la mujer manda y preside al igual del hombre. En la asamblea de los Olímpicos figuran tantas diosas como dioses. Casi todo el Quersoneso estaba gobernado por reinas. La autoridad científica y religiosa pertenecía casi exclusivamente á las sacerdotisas, semejantes á las Paláci-das de Egipto, consagrada cada cual al culto particular de su tribu y reunidas en colegios como las Horas, las Hespérides, las Parcas, las Musas, las Hiadas. Primeramente nómadas, las Amazonas formaban un ejército numeroso, disciplinado y valiente, y enviaron fuera de Crimea, su primera patria, colonias hasta en el centro del Cáucaso. Estrabón muestra un importante grupo de estas guerreras ocupando las montañas que dominan la Cólquida y donde residen hoy los suanos. *Sivan* es hoy el nombre germático del cisne, que fué el atributo de las Amazonas por reproducir su gracia y blancura (1). Ahora bien, el río de la Cólquida, Cycnus, que mencionan los geógrafos, corresponde á la situación de que hablamos. En sus márgenes se colocaba una ciudad, Tíndaris, que recuerda la fábula de Leda, hija de Tíndaro, á quien Júpiter en forma de cisne hizo madre de los Dioscuros, Cástor y Póllux, de quienes recibió su nombre otra ciudad del mismo litoral, Dioscurias.

Herodoto nos informa que Júpiter se llamó *Pa-*

---

(1) Esquilo asimila las Amazonas á los cisnes, *Prometeo* Montpéreux asegura que los lagos de Crimea están poblados de cisnes. Este viajero vió desde el cabo de Fusla tantos cisnes en el Bósforo, que el mar blanqueaba en una gran extensión. *Voy, autour du Cáucase*, V, 94.

pæus por los escitas (1). El autor armenio Moisés de Koreno, refiere que había leído en el libro sirio de Maribas de Katina, el cual lo transcribió de un documento caldeo, que Papæus el Khalid (el Caldeo), descendiente de Júpiter Akmón, había reinado en otro tiempo sobre esa parte de la tierra que está situada entre el Ponto Euxino y el Océano.

En efecto, esta tradición parece muy antigua, puesto que habla de un Océano que sólo ha podido ser el Océano escítico que cubrió en otro tiempo á Rusia y Tartaria. Sin embargo, es probable que sólo se trate aquí del mar de Azof, considerado por los antiguos como un golfo de este Océano. El reino de Júpiter Papæus comprendía, pues, á Crimea, el Palus-Meótide y el Cáucaso. El carácter escítico de este Júpiter induce á creer que se trata del Zeus de Homero y de Hesíodo, cuyo imperio debe de estar comprendido en los límites indicados. Pero admitiendo este punto, ¿cuál fué en la vasta extensión del país, igual á la mitad de Europa, el sitio preciso de su residencia? En otros términos, ¿dónde hay que buscar este Olimpo primitivo cuya verdadera situación la han ignorado evidentemente los mitógrafos? Esto es lo que nos resta por investigar.

«Feridún—dice el Schah-Nameh—hizo construir su palacio en un célebre bosque, en ese lugar del mundo que se llama *Kus*, y al que no se le conoce otro nombre». En esto se ha reconocido á Colcos, Chus ó Kusch, pronunciado á la griega. Además, sabemos que á toda esta parte del Cáucaso se designó con el nombre de *Etiopía*, aun mucho después de nuestra era, y la leyenda árabe dice que Zohâk reinó en el país de Chus. Si se busca en la Cólquida una ciudad bastante importante para haber sido la capital

(1) Herodoto, IV, 59

de un gran reino sólo se encuentra el puerto de Dioscurias que, precisamente, se llamó en los tiempos antiguos, *Sebastu*, la ciudad de Saturno. Además, en la montaña se veía la roca donde estuvo encadenado Prometeo.

Es natural suponer que Júpiter estableció en el mismo lugar la residencia del imperio. El nombre del águila que adoptó como atributo, αἰητος, es el mismo que Aietes, nombre común de los soberanos de la Cólquida. Es en Cólquida, pues, donde había que buscar el primitivo Olimpo, ese palacio celeste desde lo alto del cual el señor de los dioses gobernaba á la tierra. El terrible cataclismo que devastó las tierras bajas de la Escitia, había enseñado á los hombres á establecerse en los lugares elevados. El Edda refiere que, después de la destrucción por el diluvio de Asgard, la ciudad de los ases, Odino y los dioses fueron á vivir en Himinborg, el castillo celeste.

Según Homero, el Olimpo donde reside Zeus es un palacio situado en una alta montaña. Allí celebran consejo los dioses. El Olimpo está separado del cielo, y los dioses se dirigen á él pasando por una abertura que sirve de comunicación entre las dos moradas. Homero tan pronto coloca la de Zeus en el Olimpo como en el cielo (1).

Los modernos tienen el hábito de prestar á las sociedades primitivas su espíritu de método y las clasificaciones de ideas y de palabras á que las han conducido siglos enteros de razonamiento. Así, pues, es difícil precaverse contra las erróneas interpretaciones de un vocablo que tiene dos ó tres sentidos diferentes (2). El *Urano* griego, como el *M'phé* egipcio, expresó al principio al soberano y el lugar que habita-

(1) Maury, *Hist. des relig. de la Grece.*

(2) Volcker, *Ueber Homerische*, pág. 13. Nagelsbach, *Homer theolog.*, pág 75.

ba (1). En la segunda antigüedad, Urano sólo significa ya el firmamento y Júpiter es el dios abstracto que reside en el espacio. Pero no hay que olvidar que sólo se trata aquí de la extensión idealizada de un hecho material. El ritual egipcio nos dice que Osiris construyó con Ftah la bóveda del cielo, y en esto no se alude á la creación del mundo. Entre todos los autores griegos, los poetas sobre todo, el cielo es sólido, y se le compara al hierro y al bronce. Homero le llama residencia de Júpiter con cimientos de bronce. Διὸς ποτὶ χαλκοβατὲς δῶ. El cielo es αστερόεις, es decir, tachonado de estrellas, como lo indica, por otra parte, la radical de *cœlus*, *cœlatus*, κοῖλος, que tiene el sentido de bóveda, cúpula (2). Los antiguos dicen continuamente la cúpula del cielo, término que se ha convertido en una metáfora después de haber sido una expresión exacta. La explicación podemos encontrarla en las techumbres de los templos egipcios donde están trazadas las constelaciones y el ejército de los astros, y en ese templo chino consagrado al dios Cielo, cuya cúpula está pintada de azul y sembrada de estrellas de oro.

Lo que, propiamente hablando, se llamó en otro tiempo Cielo, por extensión del contenido al continente, fué, pues, el lugar sagrado, la residencia del Pontífice-rey de los dioses astros, *Mazdeo* de los caldeos y de los magos. La palabra céltica *nef*, *nav*, de donde se formó *heaven*, tiene probablemente el mismo origen, pues significa lugar santo, y también señor, creador ó fabricante.

La palabra latina *Cœlus* corresponde al *Kol* semí-

---

(1) Se comunicó á De Guignés una lista de los reyes de Georgia que remontaba hasta Adán pasando por Jafet y Noé, antepasados de Karthlos. Todos estos reyes ostentaban el título de *Mephé*. De Guignes, II, 265.

(2) *Iliada*, I, 426. Plinio, II, 4.

tico. Lo que hace conjeturar que debió de ser tal el sentido de la primera sílaba de Colcos (el cielo de Cusch), es este pasaje de Justino, el cual pretende que Jasón fué el primero que, después de Hércules y Baco, sometió la orilla del cielo, *cœli plagam*, es decir, el litoral de la Cólquida (1).

El Olimpo *(Hol-emphé*, alto cielo), que Homero designa con las palabras Ὀλυμπία δώματα, las mansiones olímpicas, se componía, según todas las apariencias, de una inmensa sala, *hall*, como el *Idavalli* ó *Valhalla* de los escandinavos, en la cual se reunían los jefes de las doce grandes tribus, *dii consentes*, para celebrar consejo y sus festines (2). Alrededor estaban dispuestas las *domata*, casitas de redondo techo, donde habitaban los oficiales y sirvientes del culto que se tributaba al rey-pontífice.

Como ha observado muy justamente Maury, el Olimpo estaba donde quiera que residía la nación. Los griegos colocaron sucesivamente este templo-palacio en las diversas comarcas que recorrieron en su ruta hacia el Peloponeso. Se encuentra un Olimpo entre los arimes, es decir, en Armenia. El Olimpo frigio es el Alá-Bagh de los turcos, situado por encima de Augora. Otro Olimpo se elevaba entre Misia y Bitinia y dominaba en la Propóntide: en él residía el Júpiter troyano (3). Se contaban cuatro Olimpos en el monte Ida. Los antiguos hablan de cuatro cimas diferentes que llevaban este nombre, tanto en Grecia y el Archipiélago como en Asia Menor; pero se había olvidado la situación del más antiguo de todos, el de la Cólquida.

El Nulambezi, una de las tres cimas más altas de este vasto macizo, tiene los mejores títulos para ese

(1) Justino, XLII, III.
(2) *Edda mythol.*, II, 30, 63.
(3) *Ilíada*, XI, 298; XX, 221,

honor. Esta montaña la designa Dubois de Montpereux con el nombre de Passmta. Es un cono enorme, truncado en la cima, y que ofrece los caracteres de una proyección volcánica, dominando las llanuras rientes de la Cólquida. Tres ríos, el Faso, el Enguri y el antiguo Hippo, tienen sus fuentes en los valles vecinos, separados por altos contrafuertes porfiríticos. Al otro lado habitan los suanes (1).

Sustrayendo de la palabra Kulambezi la gutural inicial *K*, que equivale á la *h* aspirada, y suprimiendo la sílaba final, se obtiene la forma *Ulumpé*, ligeramente modificada por el rudo hablar de los caucásicos. Pero aún hay un punto de vista mucho más positivo cuyos elementos los comunica Homero. Independientemente del Olimpo, habla de otro monte desde donde Júpiter se recrea en contemplar su imperio, es decir, el Gárgaro, la más alta de las cimas del Ida: «Zeus vuela en su carro entre el cielo estrellado y la tierra hasta el Ida, madre fértil de la que brotan muchedumbre de fuentes, y para sus caballos cerca del Gárgaro donde hay un campo sagrado: los perfumes arden en los altares. Allí es donde Marte y Apolo van en busca del dios, rodeado de una nube de incienso».

A la cima del Gárgaro sube Juno en busca del señor de los dioses, y éste le pregunta por qué ha abandonado tan pronto el Olimpo para ir á su lado (2).

Este nombre de Gárgaro es el de un pueblo del Cáucaso en el que las Amazonas solían reunirse durante dos meses del año en la cima de una alta montaña para sacrificar juntos á los dioses. Los *Gargarœi*, según los geógrafos, habitaban la parte cen-

---

(1) Kupfer, *Rapport á l'Académie de Saint-Petersbourg*, pág. 16 Montpéreux, *Voy. autour du Caucase*, II, III, 6, 120.
(2) *Ilíada*, VIII, 48; XIV, 292; XV, 153; XV, 604.

tral del Daghestán, que domina la Cólquida y toca en el país de los manes (1).

El *téménos* ó campo sagrado, donde se reunían los gárgaros y las amazonas para santificar sus casamientos, ¿no sería el mismo de que habla Homero, venerado desde tiempo inmemorial por ser el lugar de reposo del jefe de los dioses? Es un hecho curioso y quizás decisivo que, en esta región central del Cáucaso, aún haya en nuestros días una aldea llamada Gargarebs Kaia, vecina de una cresta desde donde se domina por una parte la Cólquida y por otra el valle del Kur (2).

Desde el momento en que se encuentra el Gárgaro, el Olimpo no está lejos, y creemos que se puede colocar verosímilmente el palacio de los dioses en uno de los contrafuertes del Kulambezi, cuya cima nebulosa recuerda las nubes que rodeaban el palacio de Zeus, y que las Horas estaban encargadas de alejar de las puertas cuando acudían los dioses á celebrar consejo. Al pie de la montaña se extienden los ricos campos de la Cólquida, amarilleando de espigas. En el horizonte, cerrado por la cadena de los montes Letchekum, surge la alta muralla vertical del Chambi, la roca de Prometeo. Desde lo alto del Olimpo, donde truena en su gloria, el poderoso Júpiter quizás veía al viejo Saturno arrastrando su cadena en el fondo de la gruta donde estaba atado, para acercarse al borde del abismo que se abría ante él, y contemplar el hermoso país de que había sido rey.

Detengámonos aquí, en el límite en que la inducción cede su puesto á la conjetura. Sin duda, más de una solución propuesta parecerá frágil, si se la toma separadamente; pero quizás se reconozca que reuni-

(1) Estrabón, XI.
(2) *Carte de la Rusie d' Europe*, Sagansan, 1854.

das forman un haz resistente. Si es permitido el error, lo es sobre todo procurando aprehender al través de la nube de incienso de las apoteosis la personalidad viviente de estos príncipes y jefes de raza, á quienes cuarenta siglos de adoración y poesía han colocado en una esfera sobrenatural. ¡Pero cuánto más interesantes parecen cuando reducidos á las proporciones humanas se reconoce en ellos á los antepasados y fundadores de civilizaciones!

V

JÚPITER-ASTERIO

Es difícil darse cuenta del fin del reinado de Júpiter-Zeus. Habiéndole hecho inmortal los mitógrafos, han debido de suprimir todo lo que contrariase á esta creencia, y si, como hacen suponer los numerosos Júpiters de que hablan los autores antiguos, tuvo sucesores, sus hazañas se incluyeron en la cuenta del más famoso. Gran número de príncipes reinaron bajo la advocación del astro que lleva este nombre. Varrón cuenta cerca de trescientos. Además de Júpiter-Ammón, los mitógrafos citan un Júpiter etíope, Asabino, un egipcio denominado Apis, un Júpiter padre de Dardano, un Júpiter-Prætus, tío de Danao, que raptó á Ganimedes; luego el Júpiter á que se ha atribuído la paternidad de Hércules y de los Dioscuros, que sólo es anterior en ochenta años al sitio de Troya.

Además del Júpiter rey de los atlantes de que habla Diodoro, Cicerón enumera otros tres (1): un hijo de Æter y de Emera (el día), es decir, Júpiter-Ammón; el segundo hijo de Cœlus y de Tierra, que es el Zeus olímpico, y el tercero á quien hace hijo de Cronos ó Saturno: éste sólo puede ser un Júpiter etíope.

En efecto; según diversos indicios, parece que el imperio fundado por Zeus no sobrevivió á este gran

(1) *De nat. deo.*, III, XXI.

príncipe. Leyendo atentamente la fábula se advierte que tuvo que soportar muchas é importantes insurrecciones. Los mitógrafos hablan extensamente de la insubordinación de Tifeo, hijo de los Titanes, que quiso vengarlos. Habitaba las cavernas de Cilicia. Homero ha descrito este monstruo, gigante de cien cabezas y cien brazos, cubierto de plumas, con serpientes en lugar de piernas, como los Serafines de los hebreos. Cuando Tifeo marchó contra el Olimpo, los dioses experimentaron tal espanto que se metamorfosearon en toda clase de animales y huyeron á Egipto. Venus y Eros se transformaron en peces para cruzar el Eufrates. Bajo esta alegoría se discierne la emigración de los fenicios que tuvieron á Venus-Astoreth por símbolo sideral y al pez por símbolo animal.

El gigante hizo prisionero á Júpiter, le cortó los miembros con una hoz de diamante y le encerró en una gruta bajo la custodia de un monstruo, mitad mujer y mitad reptil, semejante al Echidna de que habla Herodoto, y que creemos reconocer en un pueblo desconocido, los Chidnæi, contado por el Argonáutico órfico entre los pueblos caucásicos. Pero Pan y Mercurio (Khem y Hod), engañaron al vigilante, devolvieron al dios sus brazos y sus piernas y le pusieron en libertad. Entonces el señor de los dioses subió á su carro, atacó á Tifeo, y le abatió con los redoblados golpes de su trueno. El gigante fué enterrado bajo los montes Arimes que unen el Tauro con el Cáucaso, donde exhala su rabia en llamaradas. Las aguas calientes de Tiflis, los pozos de nafta de Bakú, atestiguan la existencia en esta región del fuego subterráneo, que en otro tiempo se trazó un camino al exterior abriendo grandes cráteres en la mole granítica del Cáucaso.

El monarca también tuvo que luchar contra la insurrección de muchas tribus escitas, cuya raza puede reconocerse fácilmente por la descripción que da

Apolodoro de los gigantes Porfirión (el rojo) y Hahioneo, que hurtó los bueyes del sol en Erythia. Su rostro terrible estaba sombreado por una barba espesa y una cabellera flotante: así es como más adelante se representó á los germanos y á los godos. Perecieron bajo las flechas de los Olímpicos, así como Efialto y Eurito el Centauro. Otro gigante, Orión, cuya cabeza rebasaba las olas al cruzar la mar, sucumbió bajo los golpes de Diana por haber violado á Opis, una de las vírgenes que llevaban á Delos los presentes de los hiperbóreos. Hacia el término de su vida repartió su reino entre sus tres hijos, Tur, Salém é Irag: los dos primeros se parecían á su madre, que era una hija de Zohâk; el tercero, nacido de madre parsa, fué el favorito de su padre, que le dejó el centro de su imperio, mientras que dió á Tur la parte oriental y la occidental á Salém. Después de la muerte de Feridún, Tur y Salém se aliaron contra su hermano, le hicieron prisionero, le cortaron la cabeza y se repartieron su reino.

Puede, pues, conjeturarse que el antagonismo y las rivalidades de las grandes tribus de raza diferente, embridadas por la fuerte mano de Zeus, se desencadenaron tras su muerte rompiendo el haz de la federación olímpica.

Merecen ser estudiados los tres nombres que menciona el historiador persa. Irag representa evidentemente al Irán, y al escitismo mezclado de egipcio á que debieron su nombre los helenos y los parsos. Salém, es una gran tribu árabe, los Soleim, que aliada á los Jebus, según los autores musulmanes, fundó antes de la llegada de los hebreos la ciudad de Jerusalén, á la que los occidentales llamaron Hierosolyma. Los Salém no difieren de los Solimes de que habla Homero; el poeta coloca los montes Solimes á orillas del mar Negro, pues Neptuno vió desde lo alto de su cima al navío de Ulises partiendo de las orillas

de la Cólquida (1). El antiquísimo poeta Chœrilus, citado por Eusebio, comunicó igualmente un curioso punto al describir el tocado de guerra de los Solimes hecho con la piel de una cabeza de caballo, absolutamente semejante al de los etíopes que figuran en la revista de Jerjes (2). Salém, pues, debe de considerarse como un pueblo de la rama cuchita, de la que proceden los árabes. En el quinto siglo aún había soliomes en Egipto, y sus depredaciones obligaron á los sultanes Fatimitas á deportarlos al Yemén.

Tur, el tercer hijo ó vasallo de Feridún, suscita una investigación de gran interés: creemos que caracteriza al pueblo asirio que, así como sus hermanos fenicios y hebreos, fué originario de las orillas del mar Negro. Es poco verosímil, como han supuesto algunos arqueólogos engañados por la analogía de Tur con Turán, que procedan de la Sogdiana, pues los numerosos tipos trazados en los monumentos asirios no ofrecen ninguna traza de mongolismo.

Es más probable que Tur, Astur, Assur, así como Tiro (Sur) y Tauro, tengan su homónimo en Tauros, Toricos, Torreatos, denominaciones de ciudades y pueblos del Quersoneso, del Síndico y del Cáucaso. Onomacrito afirma que los asirios habían habitado primitivamente la Cólquida, y si, como hay derecho á creer viendo á los toros de Nínive de cabeza humana coronada con la tiara real el toro fué el símbolo nacional de los asirios, este testimonio fortificará nuestra opinión.

Cuando llegado á Colcos quiso Jasón conquistar el toisón de oro, tiene que empezar sometiendo al yugo á los toros de bronce que vomitan llamas por las narices. En otra fábula, Júpiter-Asterio toma la forma de toro para raptar á la ninfa Europa. Nonnos refiere

(1) *Odisea*. V, 283.
(2) Herodoto, VII, 70.

así los orígenes de Asterios: «Formaba parte del ejército de Dionisio, y se separó de él para establecerse á orillas del Faso, pues prefería la Escitia á su país natal. Allí, no lejos del golfo de los Mesagetas, reposa sobre las rodillas nevadas del toro autor de su raza» (1).

Este pasaje tiene real importancia, pues demuestra que la colonia de la Cólquida, cuya fundación se atribuye á un Sesostris que se le asimila á Ransés, se remonta en cambio á una época mucho más lejana, y pertenece á Dionisio-Osiris, fundador de la colonia del Palus-Meótide.

Herodoto vió en Colcos negros de cabello crespo, á quienes llama egipcios, pero que en realidad eran libios, descendientes de los que se separaron con Asterio del ejército de Osiris. Ahora bien, Belo, el rey-sol de los asirios, era, según los mitógrafos, hijo de Neptuno y de Libia, hija de Memfis. Desde entonces el toro, honrado por los asirios, sería la representación de Apis, símbolo de Osiris en Memfis, según Plutarco, y Asterio ó Astur, hijo del toro, que se estableció en Colcos, aparecería lo mismo que su pueblo, como el antepasado de la familia asiria.

De lo que precede resulta que el Júpiter-Asterio de la fábula helénica debe ser claramente diferenciado del Zeus pelásgico. Trátase de un príncipe cuchita más moderno y que, por consecuencia, debió de ser un sucesor de Zeus. Hay, pues, derecho á pensar que hubo un cambio de dinastía á la muerte de este príncipe, que hizo pasar el cetro y el título de Júpiter de la raza escítica á la raza etíope.

Un buen grupo de fábulas se relaciona con este suceso en la mitología helénica. La omisión de la muerte de Zeus, ha hecho confundir naturalmente á los Júpiters, y parece que sólo hay uno al que se re-

(1) *Dionysiaca*, c, XL.

fieren los relatos más contradictorios. Pero un examen más atento, llega á diferenciarlos y dar á las fábulas un sentido lógico. Parece que así debe de interpretarse un pasaje del primer canto de la Ilíada, difícil de explicar de otra manera.

El poeta refiere que los Olímpicos, y al frente de ellos Juno, Neptuno y Palas, decidieron apoderarse de Júpiter y amarrarle, pero que «Tetis llamó al gigante de cien brazos, que los dioses llaman Briareo y los hombres Egeón, y que éste subió al Olimpo y, orgulloso de su fuerza, se sentó al lado del Cronida. Al verle los dioses bienaventurados retrocedieron de espanto sin atreverse á atar á Júpiter» (1).

Para designar Homero al señor de los dioses se sirve de los epítetos de Kronión, Kronida, Zeus, Dios; pero en este relato sólo le llaman Kronión ó Saturnino. Lo positivo es la extrema dificultad de explicar una conjuración de los dioses olímpicos contra un Soberano de su raza á quien habían hecho rey, y el cual los hizo á su vez poderosos. Siéntese uno, pues, inclinado á pensar que se trata de otro Júpiter, de origen etíope, probablemente del Asterio de la fábula, que se apoderaría del poder, y á quien los Olímpicos, negándose á reconocerle por soberano, intentarían destronarle por la violencia.

Briareo, que vino en su socorro, y cuya actitud intimidó á los Olímpicos, caracteriza á la familia árabe. Diodoro da el nombre de Areyo á un rey de los árabes «gentes muy fuertes y valerosas» (2), que fué el aliado de Nino y le ayudó á conquistar á Babilonia. Pues bien, este nombre sólo difiere de Briareo en la sílaba inicial *bri*, que expresa en griego el superlativo de la fuerza y del número. Briareo, con sus hermanos Cotto y Giges (Cuth y Gog), á los que Júpiter confió

(1) *Iliada*, I, 400.
(2) Diodoro, II.

la custodia de su persona, formaban la triada llamada por los griegos *Tritopatorés*, los tres antepasados, y representan á los árabes de Abasia, á los cuchitas de Cólquida y á los escitas caucásicos. Todos se aliaron para proteger al nuevo soberano contra los pueblos del Quersoneso táurico, Juno (Jo-num), Neptuno Poseidón, rey del Ponto, y Palas, reina de los ases helénicos, que no querían á este monarca hostil á su raza.

El rapto de Europa por Júpiter-Asterio significa, según el hábito de los rapsodas que toman á las provincias por ninfas, que el monarca cuchita equipó un navío para castigar á los rebeldes, llevando en la proa el símbolo de su nación, y descendió á la Táuride apoderándose del litoral. A consecuencia de esta invasión, Cadmo, Fénix y Cilix, padres de los cadmeos, de los fenicios y de los cilicios—los tres hijos de Agenor, hijo á su vez de Neptuno y de Libia—abandonaron su tierra natal.

Es posible que el Júpiter asirio se llevase como rehén á la hija del príncipe del país, y encontrándola hermosa se casase con ella. Europa era de tan gran blancura, que se decía que había robado su afeite á Juno. Cuando según la fábula se atrevió hasta sentarse en el lomo del toro que se arrodillaba ante ella, el animal se levantó, saltó en las olas y se la llevó á nado hasta las orillas de la isla de Creta, donde la depositó en la desembocadura del Leteo. Como es sabido, este río del Infierno bañaba los campos Elíseos y desembocaba en el Averno (bahía de Tamán). Europa, pues, fué raptada en la opuesta playa del Bósforo, en la Táuride. Esta fábula ofrece grandes analogías con el rapto de Proserpina por Plutón, que ocurrió precisamente en los mismos lugares, y quizás sólo sea una variante.

Para asegurar su autoridad y perseguir su venganza sobre los pueblos del Quersoneso, Júpiter-Asterio estableció en la isla de Ammón un gobernador,

Minos (*Men*, en egipcio, el que está por encima). Los mitógrafos han hecho de él un juez de los Infiernos, famoso por su sabiduría, que se retiraba cada nueve años á una gruta donde escribía sus leyes bajo el dictado de su padre Asterio.

Hubo un segundo Minos, nieto, según se decía, del primero, é hijo de Licaste (*Huc-astu*, rey de la ciudad, término que corresponde al fenicio Melkarte, señor de la ciudad). Otra fábula refiere que Asteria, hija de Cæus y hermana de Letho ó Latona, había sido amada de Júpiter, que la hizo madre del Hércules tirio. Se ve cómo ambas mitologías marchan paralelas y se entrecruzan. Este segundo regente del monarca asirio de Colcos, se hizo poderoso y temible á sus vecinos, por sus expediciones marítimas. Sometió á los atenienses y les obligó á pagarle un tributo consistente en siete jóvenes varones y otras tantas hembras. La tribu lo pagó tres veces, y sólo á la cuarta se libertaron de él los atenienses gracias al valor de Teseo, que dió muerte al Minotauro, monstruo mitad hombre y mitad toro, al que se entregaban para que los devorase los jóvenes enviados como tributo. Humillados los atenienses, se vengaron difundiendo malos rumores á expensas de Pasifae, mujer de Minos. Pretendieron que habiéndose enamorado de un toro, había dado á luz al Minotauro, que Apolodoro llama también Asterio (1). No es difícil de comprender que se trata aquí del dios símbolo de la nación, ídolo de bronce con cabeza de toro, al que se sacrificaban los prisioneros. Este ídolo corresponde perfectamente al Ftah-Toré de los Egipcios, que los monumentos ofrecen en forma semejante al Minotauro, con cuerpo de hombre y cabeza de toro (2), así

(1) Apolodoro, III, 1.

(2) El toro de la sala de Apis, en el Louvre, ostenta el calificativo de «Vida nueva de Ftah». ¿No aludirá esta expresión

como á los toros colosales que guardan las puertas de los palacios de Nínive.

No necesitamos repetir que la geografía mitológica de los griegos es toda imaginación. No se trata aquí de la Atenas, de la Hélade ó de la Creta del Mediterráneo. Sería demasiado inverosímil que esta ciudad pudiese ser conquistada por un rey de Creta, sin que los pueblos vecinos abrazasen la causa de ella ó sufriesen quebranto en su independencia. La Atenas táurica, situada en la orilla meridional de Crimea, sólo estaba á breve distancia de la isla de Ammón, donde reinaba Minos, y así se explica sin esfuerzo la razón y las circunstancias de los hechos referidos por la fábula.

Según una genealogía de Apolodoro, Teseo, convertido en rey de Atenas, se casó con Fedra, hermana de Deucalión. Ambos eran hijos de ese segundo Minos que sometió á los atenienses á un tributo, de donde puede inducirse que la paz se había concertado entre ambos príncipes. Deucalión, al que Diodoro hace monarca de la Escitia (1), reinó después de su padre, lo que acaba de arruinar la opinión de que Minos haya sido un rey de Creta.

Apolodoro refiere que Deucalión reinaba en el país vecino de Ftía. Ahora bien, los mitógrafos dicen que Heleno también había reinado en Ftía, y que habiendo entregado á su hijo el gobierno de su reino, partió con su pueblo para establecerse en otra comarca. En efecto, Herodoto nos dice que en tiempos de Deucalión los helenos habitaban la Ftiótida (2); sin

---

al culto de Ftah-Toro, imagen del creador Osiris, renovado en Asia entre los pueblos descendientes de los colonos egipcios? Minos parece corresponder á Ftah Sokari Osiris, sucesor de este dios como juez en el Amenti

(1) Diodoro, IV, 20. Apolodoro, *Bibliot.* I, VII, 3.

(2) Herodoto, I, 56.

embargo, se ve que los autores antiguos no saben dónde colocar esta Ftiótida. Aristóteles la supone en el Epiro; en verdad, los dorios dieron este nombre al primer país que ocuparon al llegar á Tesalia ¿pero de dónde venían? Esto es lo que nadie—antiguos ó modernos—nos ha podido decir.

Hay derecho á suponer que, según la costumbre de los pelasgos, los dorios dieron á su primer establecimiento en Grecia el nombre del país que abandonaron. Aristóteles ha pronunciado una frase bien significativa al escribir que el diluvio de Deucalión había ocurrido en la antigua Hélade (1). ¿Luego había dos? Se puede concluir que hubo dos Ftía, como dos Akté, y que estas provincias deben de buscarse en el Quersoneso táurico.

Homero dice que Fénix había huído de la Hélade, tierra de las bellas mujeres, para retirarse á la fértil Ftía, al lado del rey Peleo (2). Según un texto antiguo recogido por Cedreno y reproducido por León el diácono, Aquiles, hijo de Peleo, nació en Myrmekium, la ciudad de las hormigas, de donde eran originarios los famosos mirmidones que le siguieron al sitio de Troya. Ahora bien; todos los geógrafos colocan á Myrmekium en la ribera táurica del Bósforo cimeriano, al Sur de Kertch. Tal debió de ser la capital de Ftía, el reino de Peleo, limítrofe de la antigua Hélade, país de los escitas ases. Luego fué de Táuride, de donde partieron los doridas ó dorios, que dieron á Tesalia el nombre de su país originario, y su emigración, así como la de los pueblos designados por los epónimos de Heleno, Xusto, Akhayo, Ayolo, fué sin duda motivada por el diluvio llamado de Deucalión, cuando la irrupción de las aguas del Océano

(1) Arist. *Meteorol.*, I, 14.
(2) *Ilíada*, IX, 480, 395, 474; XIV, 596.

del Norte sumergió las tierras bajas de Crimea y las islas del Palus Meótide.

Apolodoro hace de Deucalión un hijo de Prometeo, es decir, un sucesor de los Pirometeos ó soberanos pontífices de Ammón, así como Noé es el último patriarca heredero del gran sacerdote Adán, vicario del Señor ante los hombres.

Habiendo decidido Júpiter la destrucción de la raza de bronce, Deucalión construyó por orden de su padre una nave, y se embarcó en ella con su esposa Pirra. Después de haber errado nueve días y nueve noches tocó en la cima del Parnaso, como Noé en la cima del Ararat, donde todavía se ven los restos del arca. Los orígenes de los pueblos griegos se han calcado evidentemente en los mismos documentos en que se inspiraron los escritores de Judea. Deucalión y Pirra tuvieron por hijos á Heleno, Amfictión y Protogenio, que engendraron á todos los pueblos de la Hélade.

Fué, pues, en el intervalo de ciento ochenta años que separa este diluvio del de Ogiges, cuando reinaron Júpiter Zeus y Júpiter Asterio, y probablemente algunos otros jefes de tribus que ocuparon sucesivamente el trono de Colcos bajo la advocación del planeta de aquel nombre. Una tradición recogida por M. Chesney (1), refiere que Alcâm, hijo de Omfalos, fué el duodécimo hijo de los Ludim ó Lidios. Lud era una de las más poderosas naciones del Cáucaso; los profetas la asocian á Cus, á Put y á Magog (2). Alcâm tuvo por hijo á Belo, que fué un gran príncipe. Subyugó á los asirios, después de expulsar á los egipcios de la Cólquida, y, de simple jefe de tribu, se convirtió en señor del imperio

Por Diodoro sabemos que Belo condujo una colo-

(1) Chesney 's *Survey of Tigris*, II.
(2) Ezequiel, XXX, 5; XXVII, 10.

nia de caldeos á Babilonia, donde instituyó un sacerdocio sobre el modelo del egipcio, exceptuándole de toda carga pública. Este Belo era hermano de Agenor y, como él, hijo de Neptuno y de Libia. Era, pues, originario de los mismos lugares y Cicerón no se engaña haciéndolo descender de los caldeos del Cáucaso (1). El sincronismo entre este príncipe y Deucalión es muy probable, y hay derecho á suponer, que su salida de la Cólquida, seguido por su pueblo, fué motivada por la irrupción de las aguas del Océano en el mar Negro, y por el reflujo de los pueblos que huían de las tierras bajas en busca de las alturas.

Júpiter Belo era venerado en Babilonia como uno de los grandes antepasados de la nación. Se le consagró el templo principal de esta ciudad, y en lo alto de la torre se erigió su estatua de oro, de cuarenta pies de altura, en la actitud de un hombre que marcha. Las esfinges egipcias de Ramsés también suelen presentar esa actitud. Las inscripciones, recientemente descifradas por las asiriólogos, nos informan de que en el recinto de este templo y en la base de la torre, en el fondo de un rico santuario ricamente adornado, había otra estatua sentada del dios. También se dice que Nabucodonosor hizo reparar en el quinto siglo el santuario de Bel Merodach, rey de los dioses, colocado en la torre construída en honor suyo en Babilonia, y que se creía en ruinas. Se instituyó un famoso oráculo, y los sacerdotes caldeos, como los de Osiris en la isla de Philæ, pretendían que la tumba del dios se encontraba allí. En el techo estaban pintados el firmamento y las estrellas, sin duda á imitación del Olimpo primitivo erigido por Júpiter Zeus.

La identidad del Júpiter-Belo, de Herodoto y Diodoro con el Bel-Merodach de las inscripciones cunei-

(1) Cicerón, *de divinatione*, I, XIX.

formes, parece hoy indudable. Pero aún es posible ir más lejos: así J. Grével de Friburgo se ha servido de un silabario descubierto en las ruinas del palacio de Asurbanipal para descifrar un idiograma del dios babilónico Medorach. La traducción en asirio le ha dado el nombre de Nemrod. El famoso monarca de la Biblia, el gran cazador ante el Eterno, sería, pues, el mismo que Bel-Merodach, este Júpiter sucesor de Zeus.

Es muy curioso encontrar en un fragmento del poeta cíclico Alcmeón, el calificativo que la Biblia da á Nemrod, aplicado á Baco Zagreo, hijo de Perse-fona, á quien su padre Júpiter, con forma de serpiente, hizo madre en una caverna. Zagreo se le llama μεγαλως αγρεύων, gran cazador, y al mismo tiempo se le da el título de jefe supremo de todos los dioses (1). En cuanto al término Baco, es Baal chus, Bel-chus, señor de Chus, lo mismo que Belo. Estos idénticos calificativos son un testimonio más de los lazos que unieron en otro tiempo á los padres de los griegos con los asirios y fenicios.

Bel (Ab-el, padre sagrado), soberano de los dioses, figura en la tabla descubierta en las excavaciones de Nemrod, con aspecto de rey majestuoso y traje de guerrero, la frente coronada con la tiara de doble orden de cuernos, signo de la supremacía de las dos razas del sol y de la luna. El descubrimiento de Grével está de acuerdo, por otra parte, con los asertos de Eusebio, de San Jerónimo y de San Agustín, que asimilan á Belo con Nemrod, atribuyéndole la construcción de Babilonia (2). Ammiano Marcelino (3) pretende, por su parte, que los muros de la ciudad los

(1) *Cycli fragmenta*, Didot, 589.
(2) *De civitate Dei*, XVI.
(3) A. Marcell, XXIII, 20.

había erigido Semíramis; pero que la fortaleza era obra del antiquísimo rey Belo. Orosio también dice que Babilonia la fundó Nemrod y que la reparó Semíramis.

Berosio cuenta diez reyes caldeos, que reinaron antes del diluvio, desde Aloro hasta Xisutro, lo mismo que el Noé de los hebreos. Estos reyes corresponden á los diez patriarcas del Génesis, y según todas las probabilidades, fueron otros tantos Ammón-Ra ó pontífices de Júpiter, entre los cuales hemos reconocido á Thot-Hermes, ministro de Saturno, con el nombre de Henoch. Aloro, el primero de esos reyes caldeos, representa al Horo egipcio, regente de Asia, instituído por Osiris para gobernar á la colonia de acuerdo con los sacerdotes del Meotis.

El mismo autor nos dice que el primer monarca que reinó en Babilonia, después del diluvio, fué Evechus (Evvi el cuchita, de la tribu de Evvi, una de las Cadmeas). Vivió nueve saros, después de este gran suceso, ó ciento sesenta años, según el cálculo de Fréret. La serie interrumpida de las observaciones astronómicas que Alejandro encontró en el gran templo de Babilonia, cuando se apoderó de esta ciudad, y que envió á Aristóteles, remonta á mil novecientos tres años la primera de esas observaciones. Admitiendo que comenzasen con Evechus, y que la toma de Babilonia por los griegos ocurriese en el 325, el reinado de ese príncipe se referiría al 2228, ó sea con relación al diluvio de Noé, Xisutros ó Deucalión, el año 2388, si el cálculo de Fréret es exacto. Y, en efecto, las diferentes fechas asignadas al diluvio por los más autorizados teólogos, se refieren al vigésimo tercero ó vigésimo-cuarto siglos.

Añadiendo á esta cifra unos ciento ochenta años por el intervalo que separa el diluvio de Deucalión del de Ogiges, incluyendo el reinado de los dioses, se llegaría á fijar en dos mil quinientos sesenta y ocho

años (1) la época del primero de esos cataclismos, y simultáneamente la de la desaparición de la Atlántida, de la guerra de los Titanes y del advenimiento de Júpiter Zeus (2).

Según los cronógrafos, después de Evechus reinaron otros cinco reyes caldeos hasta Mardokentes, príncipe de los reyes sirios, que tomó á Babilonia. Ctesias refiere que el último de esos reyes caldeos, al que llama Zinziros, conservó bajo su poder la región que está al Norte de Babilonia, que tomó el nombre de Ashur ó Asiria. Sería, pues, el Asur del Génesis fundador de Nínive, Rehoboth, Resen y Calah, sin duda el mismo que los griegos han llamado Nino.

Diodoro dice «que hubo mil años de intervalo entre Nino y el reinado de Teutamo ó Timeo, que envió á su sobrino Memnón, rey de los etíopes, en socorro de Príamo, sitiado en Troya por los griegos confederados.» La toma de Troya ocurrió hacia el año 1180, lo cual da para el principio del imperio asirio el año 2180, próximamente siglo y medio antes de la entrada de los hebreos en Palestina. Sin duda, estas evaluaciones son muy aproximadas; pero nos inclinamos con preferencia á las de los cronógrafos bizantinos por su conformidad con las nociones recientemente recogidas por los asiriólogos, según los cuales los cuchitas asirios entraron en Mesopotamia el año 2100.

---

(1) Como hemos hecho observar en el capítulo precedente, esta cifra de ciento ochenta años es la de las edades reunidas de los cuatro últimos patriarcas, desde Henoch hasta Noé.

(2) Otro cálculo consiste en tomar por punto de partida la fundación de Istakhar por Djemschid en el 2492, según los libros parsos: atribuyendo al reinado de este soberano y de su sucesor Zohak-Saturno una duración de treinta años, el advenimiento de Zeus Júpiter acaecería en el 2462; pero estas fechas parecen demasiado próximas, y el término de un medio siglo entre el 2568 y el 2462 estaría probablemente más cerca de la verdad.

Allí encontraron un pueblo escita que Berosio califica de medos y que la ocupaba ya durante quinientos años. Los asirios lo arrojaron del país apoderándose de Babilonia (1).

La federación cuchita que descendió del Cáucaso á Babilonia y que expulsó á los parsos médicos, creemos que se componía de cuatro tribus principales: Ashur, Lud, Reser y Tur. La primera, á las órdenes de un jefe activo, no tardó en obtener la dominación de Asia; las otras tres, después de construir las ciudades mencionadas por el Génesis, negáronse probablemente á someterse á la supremacía de Assur y emigraron hacia occidente, fundando á la extremidad del Asia Menor el imperio de Lidia, de donde se destacaron hacia el año 1000 los Resen y los Tur, que fueron á establecer en Italia, con los nombres de rasenos y tirrenos, la federación etrusca.

Donde quiera que se establecieron los pueblos criados y formados bajo la tutela de Egipto, llevaron el sello profundo de la nación madre. Después del diluvio, Babilonia se convirtió en el gran depósito del saber y de las tradiciones. De allí salieron los útiles descubrimientos para difundirse por el mundo. Un erudito escritor ha demostrado que la unidad del sistema métrico existía en Asia desde el origen de la civilización en este continente. Ha demostrado que Asiria y Fenicia tenían el mismo sistema que Egipto, variando solamente en los valores absolutos, y que de este sistema se han derivado todos los usados por los pueblos antiguos, y consiguientemente las divisiones árabes de las monedas, así como las de los pesos y medidas adoptadas por los modernos. El autor ha demostrado igualmente que los sistemas de los chinos y japoneses no son peculiares de estos pueblos y que

---

(1) Lenormant. *Hist. anc. de l'Orient*, t. II, 22.

se derivan del antiguo sistema egipcio, como los de los indos y asirios (1).

Las figuras encontradas en Egipto por M. Lepsius han servido á Carlos Blanc (2) para restituir el cánon egipcio de las proporciones del hombre y, con ayuda de un texto de Galiano, el autor ha demostrado que la regla de las proporciones egipcias era la misma que el cánon llamado de Policleto que sirvió á los artistas de la antigüedad.

Una multitud de descubrimientos han atestiguado las numerosas relaciones que unen á Asiria con Egipto. En Fenicia se han encontrado tumbas completamente egipcias, y Renán, en su informe fechado en Biblos, insiste sobre la gran influencia del arte egipcio. Indica una hermosa esfinge de granito evidentemente esculpida en la cantera misma, estatuillas egipcias con nombres egipcios en las inscripciones; uno de los toros de Korsabad que hay en el Museo del Louvre, está marcado con un sello rodeado de símbolos egipcios. El rey Abibal, contemporáneo de David, aparece en una piedra grabada, en traje de Faraón, con el *pschent* en la cabeza. En los bajos relieves de Nínive, el monarca está sentado en un carro completamente semejante por su estructura á los de los Faraones. Ahora bien, esto mismo se encuentra en los vasos etruscos y, durante tres mil años, no ha variado esta forma. El carro que Ramsés hace pasar sobre el cuerpo de las naciones vencidas es idéntico al carro de Aquiles arrastrando el cuerpo de Héctor alrededor de los muros de Troya.

E. de Rougé, con su célebre informe leído en la Academia, demostró que el alfabeto fenicio del que

---

(1) Quéipo, *Essai sur les systèmes métriques et monètaires des peuples anciens* 1860

(2) *Gaz des beauxarts.* E. Renán, *Rapp. du 30 janv.*, 1861. Bunsen, *Fhœnizien.*

se derivan las letras griegas, se derivaba también de la escritura cursiva demótica de los Egipcios, y en una serie de cuadros ha hecho ver por qué serie de transformaciones graduales habían pasado las letras de una á otra lengua. José Halevy ha ido más lejos aportando las pruebas de que la escritura fenicia procedía directamente de los signos jeroglíficos. Es de presumir que, cuando se realizó este tránsito aún no existía la escritura cursiva, pues no se hubiera dejado de darle preferencia. Convendría, pues, inducir que las conexiones entre los antepasados de los fenicios y los egipcios remontan á los tiempos más remotos de las sociedades.

Cuando una civilización se ve así influída por otra más antigua en su lenguaje, en su culto, en sus ciencias, en sus artes y en sus hábitos más íntimos, se puede estar seguro de que no se trata de una de esas influencias superficiales que proceden de la vecindad ó de las relaciones del comercio, ni siquiera de un vasallaje temporal como el que sometió el Asia á los Totmés y á los Ramsés. Tan íntima asimilación, no obstante la diferencia física de las razas, sólo ha podido realizarse por la existencia prolongada de una nación bajo la tutela de otra. No es, pues, ir demasiado lejos expresar la opinión de que la civilización asiática que tuvo por centro á Babilonia, Siria y Armenia, y que las emigraciones pelásgicas y fenicias trasladaron á Grecia, procedió directamente de las colonias de Egipto y que, excepto lo que los arios y semitas crearon más adelante con su genio individual, á ellos debieron su iniciación en la vida social.

CAPÍTULO QUINTO

PARSOS

ORÍGENES ESCÍTICOS
EL ARIANA, ORMUZ Y ARIMÁN
LOS CASPIOS, LOS MEDOS

CAPITULO QUINTO

PARSOS

I

ORIGENES ESCÍTICOS, EL ARIANA

Independientemente de las emigraciones cuchitas que se establecieron en el centro de Asia, encuéntrase también un poderoso pueblo de familia aria considerado como exclusivamente originario de la Bactriana, pero cuya tradición presenta caracteres que le relacionan tan estrechamente con el hogar egipcio, cuya existencia hemos reconocido en las orillas del mar Negro, que nos ha parecido imposible no anotar estos curiosos indicios. Aun admitiendo lo bien fundado de la opinión que coloca la antiquísima residencia de los parsos al Oriente del Caspio, creemos poder demostrar que una de las ramas de esta nación tuvo la misma cuna que los pueblos de que hemos hablado en los capítulos precedentes y que hasta se reunió durante mucho tiempo con la familia helénica.

Los parsos son escitas: Ammiano Marcelino lo declara formalmente: *Persæ originitus Scythæ.* Su tipo físico confirmó en otro tiempo esta opinión. El color claro, el matiz frecuentemente castaño de los cabellos, la barba espesa, los miembros robustos, la alta talla

que en otro tiempo caracterizaba á los persas, sus gustos caballerescos, su viva inteligencia, hacían de ellos los dignos hermanos de los galos. Como éstos, eran ávidos de cosas nuevas (1), y en nuestros días aún se les llama los franceses de Oriente. Ambos pueblos amaban los festines y tenían el hábito de adoptar en la mesa sus resoluciones comunes; pero ambos tenían también la prudencia de remitir la ejecución al día siguiente.

En cuanto al idioma, piedra de toque de los orígenes, Justo Lipsio, Burton, Escalígero, han hecho ver hace tiempo que el parsi actual es en realidad un dialecto gótico, mezclado de árabe y con verbos auxiliares desconocidos en las lenguas de Oriente.

La conformidad de usos no es menos evidente (2). Entre los persas las personas de alto rango llevaban los cabellos largos, que era el signo de la libertad, como entre los galos y los francos. La nobleza persa sólo estimaba al hombre de caballo; la misma idea, perpetuada en Europa en la Edad Media, creó la caballería.

Es muy digno de tenerse en cuenta que la mayoría de las naciones de la antigüedad, como los asirios, los fenicios, los hebreos, los troyanos, y aun los antiguos griegos, sólo empleaban al principio los caballos en conducir los carros de guerra. Los carros desempeñaban en la guerra el papel de la caballería, y lo que demuestra cuán poco desarrollada estaba la industria y que bastaba entonces la iniciativa de una nación para que se la imitase durante siglos, es que la forma de los vehículos de guerra ha persistido la mis-

(1) Herodoto, I, 135.

(2) «Britannia hodiè magicam artem adtonitè celebrat tantis cærimoniis ut dedisse Persis videre possit» Plinio, XXXIX, 1. Las analogías del druidismo con el magismo han sido objeto de interesantes estudios.

ma desde los Totmés y los Ramsés hasta los etruscos. Es de presumir que el empleo de los carros de guerra se ha debido á los egipcios, pues jamás en los monumentos aparece á caballo un Faraón. En Asia hay que descender hasta los Arsácidas para ver en las esculturas un monarca á caballo.

Herodoto dice que desde la edad de cinco años hasta los veinte, los persas sólo ejercitan á sus hijos en tres cosas: en montar á caballo, en disparar el arco y en decir la verdad. El caballo era entre ellos un animal sagrado. Se le inmolaba al sol. El relincho del caballo se interpretaba por los magos como augurio favorable. Sábese que fué al azar de este indicio como los nobles persas se pusieron á escoger un soberano, y que Darío obtuvo el imperio por la astucia de su escudero que condujo la víspera una yegua donde había de colocarse el caballo de su señor (1).

Los suevos, según Tácito, crían en los bosques sagrados caballos cuyos relinchos se interpretan como oráculos. Los galos inmolaban estos animales á su dios-sol Belheot, para celebrar su vuelta, el primero de Mayo, fiesta de la primavera. La misma ceremonia celebraban en Persia el primero de marzo, día del Neuruz ó año nuevo. Los atenienses, así como los mesagetas, realizaban sacrificios semejantes al sol, y los macedonios lo adoraban bajo la forma de un corcel. Todos recibieron este culto de los escitas, sus abuelos, que lo trasmitieron á las innumerables naciones de razablanca, cuyas hordas nómadas llenaron el Norte de Asia y Europa, desde China hasta Irlanda. No es dudoso que el culto de los antepasados se haya perpetuado bajo la forma de devoción al caballo. Los reyes escitas procedentes de la estepa que conquistaron la Bactriana á los sucesores de Alejandro, marcaban el reverso de sus medallas con una cabeza de

(1) Jenofonte, *Ciropedia*. Herod. III, 85.

caballo como los reyes cambrios de la vieja Inglaterra. En fin, los turcos, mezcla de mongoles y de escitas germánicos, han compuesto sus estandartes con una cola de caballo coronada por una media luna, reuniendo así el símbolo celeste y el atributo animal de sus primeros padres.

Este simbolismo, no comprendido por los autores griegos, se transformó en sus escritos en metáforas poéticas, Las comparaciones entre el navío y el corcel abundan en los poetas arcáicos: Píndaro, en las Píticas, asimila las barcas á delfines y los barcos de vela á yeguas. Ha creído tomar las comparaciones de los textos orientales que caracterizaban así las distintas irrupciones del pueblo-pez y del pueblo caballo.

El origen escítico de los persas se afirma por la identidad del símbolo. El nombre actual de la nación, *Phars*, *Pharis*, caballo en árabe, es la traducción de la antigua denominación zenda *asp* (en sáncrito, *aswa*), que tiene el mismo sentido (1). Ahora bien, en los poemas del Irán, los nombres de los reyes y de los héroes más antiguos terminan constantemente con esta sílaba: Ghergasp, Guchtasp, Argjasp, Lohrasp, etcétera. Verdad es que Herodoto indica otro nombre, el de Kephenes, que les daban los griegos, mientras que sus vecinos, al decir del mismo, les llamaban *Arteanos* (2). Pero esta doble observación viene en apoyo de nuestra tesis, pues *Arten* es el nombre copto del planeta Marte ó Ares, divinidad particular de los escitas de la Táuride, y *Kephene* ofrece manifiesta semejanza con *Kaphen*, antiguo nombre del Kubán, cerca del cual acampaba la tribu parsa cuan-

---

(1) Este símbolo está asociado al culto del fuego propagado en Asia por los iranios. Los navíos de los guebros de Bombay y de Suratis llevan todos en la proa una cabeza de caballo.

(2) Herod., VII, 61.

do vivía errante en las vastas llanuras que se extienden entre este río y el Cáucaso septentrional.

En efecto, esa fué la residencia de esos caballeros míticos que Herodoto y Diodoro llaman Arimaspes, y que llevaban un ojo en medio del estómago. El segundo de estos autores dice que Zathrostes (Zaratustra, Zoroastro), había hecho creer á los Arimaspes que las leyes que les impuso se las dictó un buen genio que le asistía con sus consejos (1).

Los indicios de la situación de los Arimaspes son numerosos: Plinio los coloca con los sármatas, más arriba del Palus-Meótide. Orfeo menciona á los Arimaspes ricos en rebaños que habitan alrededor del Meotis. «Evita, dice Prometeo á la ninfa Io (2), á los caballeros Arimaspes que habitan á orillas del río de Plutón». Según Píndaro, los hiperbóreos, que viven cerca de las columnas de Hércules, descienden de los viejos Titanes, y están sometidos á los Arimaspes (3).

El río de Plutón, que menciona Esquilo, es el Kubán, la Estigia de los poetas. Los Arimaspes, que habitan en sus márgenes y que llevan tatuado en el pecho el ojo de Osiris, signo de la vigilancia, eran los guardianes de la colonia egipcia. Si, como indica el zendo Ariaspa, los antepasados escíticos de los persas son estos mismos Arimaspes «monoculi» de la mitología griega, su cuna primitiva podía darse por encontrada, pues Clemente de Alejandría dice que «los Meotis, las ciudades de los Arimaspes y los Campos Elíseos forman la república de los Justos.»

Examinemos ahora si las tradiciones particulares de los parsos, recogidas con tanto trabajo por el sabio y valeroso Anquetil Duperrón, conciertan con las no-

---

(1) Diodoro, II, s., 2, 35.
(2) Esquilo, *Prom.*, 804.
(3) Plinio, IV, XII. *Argonauticón*, 1.061. *Olimp.*, III, 28.

ticias que suministran los historiadores y los mitógrafos de la antigüedad (1).

Un precioso fragmento del libro intitulado Vendidad (2) nos dice que el primer país donde vivió el pueblo parso fué el lugar de delicias llamado Eriené Vedjô, como escribe Anquetil, ó Ariana Vægho, según recientes comentaristas: «Nada igualaba la belleza de este lugar; pero el frío malhechor entró en él. La nieve cubrió la tierra y la gran serpiente Arimán hizo el invierno en el río. Hubo diez meses de invierno y dos de calor, mientras que en otras partes el calor duraba siete meses y el frío cinco. Esto pasó en tiempos del rey Djemschid.»

La situación indicada por el clima excluye á los países cálidos del centro ó del mediodía de Asia. Por otra parte, este término, *lugar de delicias*, con el cual traducen los hebreos su término Edén y los griegos sus Campos Elíseos, que como hemos visto son un mismo lugar, nos induce á buscar igualmente en el Palus-Meótide la situación del Ariana de los parsos. Precisamente esta región ofrece las variaciones de temperatura, indicadas en el Vendidad, y que debían ser más bruscas todavía cuando el Océano y el Bósforo, helados por la brisa ártica, conservaban la frigidez hasta una época adelantada del año. Aún hoy el mar de Azof, se hiela en parte. Orfeo habla del *gelidus Acheron* y observa que hace frío en los Infier-

---

(1) Sábese que los libros santos de los parsos son los siguientes, por orden de antigüedad: Vendidad, Yaçna, en zendo, Vispered, Sirozé, Yescht, Bundehesch en lengua pelhvi, luego el Sadder (las cien puertas) que data del siglo XVI) Además de la traducción de Anquetil y del hermoso comentario de Burnouf sobre el Yaçna, hay una traducción alemana de Spiegel que ofrece ciertos cambios Ormuz se le llama *Ahura Mazda* y á Arimán *Agra Mainyu*.

(2) Vosk, XX del *Avesta*, Fargard, I y II. Spiegel *Avesta*, I.

nos. Herodoto refiere como un suceso ordinario que los escitas del Quersoneso pasaban á la isla Síndica en sus carros, sobre el Bósforo completamente helado (1).

El Bundehesch pelhvi suele hablar de los siete Keschvars ó país en cuyo centro está situado el Khunnerets Bami (2). Estas siete comarcas están al Norte, en el centro hay un Zaré, lago ó masa de agua. ¿A qué parte de nuestro antiguo hemisferio podrían atribuirse estos caracteres, si no es á las siete islas Meótides ó Atlánticas, con la bahía de Tamán y el lago Aftaniz en el centro del Archipiélago?

El carácter primordial del Khunnerets, está indicado en este pasaje: «En las siete Keschvars, todos los hombres han nacido de los descendientes de Phrevak (Phré Hak, en copto, rey-sol), el cual procedía de Siamhak (señor de Cham) Hay diez especies de hombres y quince especies de pueblos, nacidos de Phrevak, total veinticinco, todos derivados de la raza de Kayomors».

Un fragmento persa citado por Anquetil procura localizar las divisiones de los Khunnerets Bami, á los que llama *Aklim* ó climas. Según él, trátase de los grandes Estados que constituían el imperio iranio: el país de los Tazis, el de Irán, el Mazenderán, el Turán, Rum (Tartaria), Sind (India), el Tchinestán ó China. Pero hay en esto un grave error, pues la clasificación se refiere al imperio persa, cuando llegó á su mayor poder, mientras que las siete comarcas de que habla el Bundehesch representan al país primitivo, en el que nació el pueblo parso: «allí es donde Ormuz se complació en colocar al principio todo lo que es puro, Arimán procuró desde luego azotar este país; así fué atado al puente celeste».

---

(1) Herod., IV, 28.
(2) Avesta, *Bundehesch*, III, 364

Este puente es el de que habla Estrabón, y que conduce de la isla de los Cimerianos (Hades) á la isla del Tártaro, residencia de los condenados. Todas las religiones mencionan este puente: los parsos lo llaman Tchinevad, los árabes Alsirat, los escandinavos Bifrost. Arimán se identifica con el Aides de los griegos y latinos, con el Satán de los judíos, con el Tifón de los egipcios; en una palabra, es el jefe etíope rebelado contra el soberano pontífice, que es la palabra y la ley.

El Keschvar Khunnerets, dice el libro pelhvi, contiene el Irán Vedjô (el Edén de los parsos), la tierra Saok Avestá (el país donde se pronuncia la palabra), probablemente la tierra natal de la nación, la isla de los Peris ó Hespérides, una de las cuales, Hestia, estaba consagrada al culto del fuego; el desierto de los Tazis (estepa de los etíopes), el desierto Perchiansé, la tierra Kamguedez, el Varghemgherd (la ciudad de Khem ó Kimmeris); luego el Kaschmin, donde están los reyes, quizás la ciudad Síndica, en la cual, según Arriano, habitaban los reyes sindos (1).

Egipto está claramente designado en los himnos parsos con el nombre genérico de Zam ó Zamán, siempre con un acento de respeto y consideración muy diferente del odio obstinado y de las maldiciones que se lanzan á la raza etíope bajo el nombre de Arimán. Anquetil ha recogido un breve fragmento en lengua zenda, cuya importancia ha presentido y que, para acercarlo más al original, lo ha traducido en latín.

«El zendo nos enseña cuál ha sido la raíz de las tribus (ghena) de Anhuma y de Arimán, cómo se formó al principio el mundo; cómo obedeció á la ley del Mehestán dado por Anhuma, el altísimo en pureza y en ciencia universal, que reside en la luz. Anhuma

(1) *Periplo.* Dodwell, *Collection des géog. anciens.*

es el rey y el centro de la luz. Anhuma el Djina ha dado la primera luz... El pueblo de Dameh Anhuma es el que posee la luz. Los dos han vivido juntos. El pueblo de Zamán está lejos de su término, pues Anhuma el excelente, así como la ley de Zamán, ha sido, es y será siempre».

Importa observar que la palabra Zam es el término conque la Tebaida, país de Júpiter-Ammón, está designado en las inscripciones jeroglíficas (1).

«Se ha dicho que Anhuma el Djina, rey de la luz, dió la primera luz y la omnisciencia. La pureza del pueblo Anhuma débese á la ley que se le ha enseñado. Anhuma y Peetiaré (nombre de Arimán) han venido aquí del país de Zamán. La ley de Anhuma el Veda es la misma que la de Anhuma Zamán».

Este pasaje, como los que citamos más adelante, no han llamado la atención de ningún comentarista y han permanecido completamente inéditos. La razón hay que buscarla en el latín de Anquetil, no menos obscuro que el texto. Sin embargo, es fácil advertir que esta obscuridad consiste principalmente en las palabras *populus temporis*, con las cuales traduce *Dameh Zaman* del original. En el vocabulario que Anquetil ha unido á su traducción del Avesta, tiempo está expresado por *vedna* en pelhvi y *zrué* en zendo. Para dar este sentido á la palabra Zamá ha tenido que recurrir al persa, en el que ese término tiene tal sentido. No obstante, de la frase misma resulta la certidumbre de que se trata de un pueblo y de un país.

A los ojos del lector, preparado con los estudios que preceden, el sentido real de este pasaje se manifiesta con evidencia. Anhuma representa el nomo celeste, instructor y protector de la familia escítica, el *Pneuma* de las cosmogonías. En todas partes, en

(1) T. Devería, *Manuscrits funeraires*, 154.

Asia como en Europa, *Noum*, *Namoun*, *Nomos*, *Numa* es la personificación de la ley. Anhuma es excelente; cual los *Anumonos* de Homero, ha sido y será siempre como Júpiter, á quien los himnos órficos califican en los mismos términos, y como Amun-Ra, el señor eterno de los monumentos egipcios.

Es difícil encontrar un lenguaje más explícito que éste: «En la ley de Zerdusht se declara positivamente que Khoda (el señor) ha nacido en el país de Zamán con todo el resto de los hombres. Zamán no tiene principio ni límites. Ha sido y será siempre. Cualquiera que tenga inteligencia no preguntará de donde procede Zamán. Fué el creador, y ha conservado su imperio sobre las criaturas que se han derivado de él.»

Hay que decirlo: las investigaciones de la abstracción metafísica no ha dañado menos que la afición á lo sobrenatural en el descubrimiento de la verdad. Sentando como principio que en la creencia de Oriente Ormuz representa el soberano bien y Arimán el mal, la filosofía del siglo XVIII atacó de esterilidad las raíces de la historia. Ni siquiera se ha ilustrado con esta observación de Diógenes Laercio citando á Eudosio y á Teopompo, de que Oromaste es lo mismo que Zeus y Arimán corresponde á Plutón. Tenían que haber adivinado que los mitógrafos griegos habían implantado ellos mismos su religión sobre un fondo real y que, en suma, griegos y parsos, habían traducido en forma maravillosa, según la naturaleza de su genio, la crónica de la primera edad que sus padres les habían transmitido.

La lectura del Avesta lo demuestra suficientemente: «Ormuz con la ley, el sombrío Arimán con su creencia, fueron ambos un solo pueblo al principio» (1).

---

(1) *Zend. Avesta*, t. III.

El Bundehesch pelhvi hasta dice expresamente que Ormuz y Arimán son ambos autores del mundo, lo que no podría comprenderse de los dos principios del bien y del mal eternamente contrarios.

«Al principio predomina el autor del mal; Arimán lo había producido en su grandeza; pero el pueblo de Ormuz aumenta siempre y el pueblo de Arimán disminuye.»

La política del señor de Anhuma y el celo de los jefes etíopes personificados por los judíos en Satán, por los árabes en Eblis, resaltan vivamente en el siguiente pasaje:

«Ormuz resplandecía de luz, era puro, exhalaba buen olor, y realizaba el bien; al mirar por debajo de él, vió á Arimán, que era negro, espantoso, cubierto de fango y de podredumbre. Al verle pensó que era preciso hacer desaparecer á este enemigo de entre los seres. Pensó en ello de muchas maneras y luego de haberlas examinado todas, comenzó á obrar.

»Ormuz dijo: Necesito formar con mi poder el pueblo celeste.» La institución de un vicario escogido entre los pueblos escíticos realizó ese fin de conciliación y de proselitismo. El poema añade estas palabras que recuerdan la sucesion de los ángeles Egregores:

«Arimán no se ocupaba de lo que hacía Ormuz. En fin, este malvado se levantó acercándose á la luz. Corrió delante para ocultarla; pero al ver su resplandor y grandeza, volvió á las espesas tinieblas donde habitaba y reunió gran número de Dews para atormentar al mundo.»

No obstante, Ormuz ofreció al principio la paz á Péétiaré Arimán: «¡Oh, Arimán—le dijo—respeta al mundo que he creado y lo que tú has producido será inmortal!»

Arimán responde: «Rechazo toda alianza contigo. No adoraré á tu pueblo. No me uniré contigo para ninguna obra pura. Atormentaré á tu pueblo mien-

tras duren los siglos. Haré que sea aniquilado y que nadie se pregunte dónde está.»

Ormuz creó entonces siete Amschaspands para defender y gobernar al mundo de la luz, mientras que Arimán sacó del mundo de las tinieblas seis jefes para combatirle. Entonces comienza la batalla de los astros que el poema parso describe con notable lirismo: «¿Cuántos soldados tiene dispuestos cada uno de estos grandes planetas para combatir á sus órdenes? 6.000 y 480.000 pequeñas estrellas se han formado para secundar á cada gran estrella; Ormuz ha colocado además cuatro centinelas en los cuatro puntos para vigilar en el Este, en el Oeste, en el Norte, en el Mediodía; Meschgagh es una gran estrella que guarda el centro del cielo.»

Las tribus estan aquí designadas por su símbolo sideral, y otras por su símbolo animal: los peces combaten bajo el mando de Karmahi; los pájaros obedecen á Kárshipta, los cuadrúpedos á Hermelin (1).

«El que hace el mal quedó transportado de alegría al pasar revista á sus soldados... Acude con todos los dews, penetra en la tierra por el lado del Mediodía, recorre devastándolo el país que se había dado, incendia hasta las raíces, arroja agua ardiente en los árboles hasta secarlos» (2).

«El toro herido sucumbió. Entonces viendo al mundo tenebroso, á la tierra quemada subsistiendo apenas, y que Arimán pretendía destruir el mundo entero, Kayomors apareció y fué reconocido rey por treinta años.»

Arimán se midió nuevamente con el cielo. Los Izeds celestes combatieron durante noventa días al que lleva por estandarte la serpiente y el lobo. El cie-

---

(1) Spiegel. *Avesta*, II, 3.

(2) Probablemente el petróleo, muy abundante en las regiones caucásicas.

lo, como un soldado que se ha endosado la coraza, se presenta ante el enemigo para hacerle la guerra al frente de las milicias celestes. Desde el cielo fijo donde reside, Ormuz socorre al cielo móvil. Los Feruers, con la maza y la lanza en mano, combaten por el cielo. Arimán no tiene otro remedio que huir, pues ve que los Dews serán aniquilados y que se quedará sólo y sin fuerzas. Luego le precipitan en el Duzakh.

Después de la victoria, unos se someten y son incorporados al imperio de Ormuz. Otros quedan sometidos á vigilancia y guardados por las tribus fieles: «Siete astros están de centinela: cada uno está encargado de la custodia de un planeta. A. Muschever le ha atado el mismo sol, que le retiene en los límites que le ha fijado, de manera que sólo puede hacer poco daño». Había siete Dews llamados Zeyereh, Neyereh, Naughez, Tarmad, Schem, Sabetch, y Batser. Ormuz los hizo luminosos y les dió nombres divinos: *Kevân*, *Ormuz*, *Behrám*, *Schid*, *Nahid*, *Tir* y *Mah*, según el calendario persa: Saturno, el Sol, Mercurio, Júpiter, Venus, Marte y la Luna. Es de creer que estas denominaciones son la traducción en zendo de las apelaciones cuchitas. En efecto, Schem y Sabetch significan Sol y Saturno.

En presencia de un simbolismo tan poco disfrazado, no parece posible sostener la hipótesis de un sistema metafísico cualquiera, expresándose con fórmulas astronómicas. Sea el que sea su modo de expresión, sólo puede verse aquí dos pueblos animados de un odio secular, encarnizados entre sí. La cólera y el desprecio arden en cada línea de los libros parsos. Ni el Dios de los judíos es más amenazador ni implacable cuando destruye á Amalek ó á Moab.

Entre las imprecaciones lanzadas por los libros parsos contra Arimán y su pueblo hay una que se repite sin cesar: «¡Herid al impuro Aschmogh! ¡Herid á los Dews que están diez mil en la parte del Nor-

te!» Aquí encontramos una indicación geográfica que no es de desdeñar en la interpretación que nos queda por hacer del texto del Vendidad, á fin de reconocer el lugar donde se fijaron los parsos nómadas cuando se hicieron sedentarios.

II

CASPIOS Y MEDOS

Se ha comprendido sin trabajo que el lugar de las delicias, el Ariana donde se forma el pueblo parso, es el mismo país que el Amenti de los egipcios, el Edén de los hebreos, los Campos Elíseos de los griegos. El río en que el invierno malhechor ejercía sus rigores, es el Kubán, cerca del cual acampaba la tribu arimaspe. Abrumada por la continuidad del frío y fatigada de estar siempre inquieta por las persecuciones de los etíopes personificados en Arimán, adopta el partido de abandonar la región de las siete islas y las márgenes del río Azof para buscar un clima más dulce y una patria más tranquila.

Esto ocurrió en tiempos del rey Djemschid, el cual, como ya hemos dicho, corresponde al Urano de los griegos, al rey-pontífice egipcio, que reinó sobre los pueblos del Euxino antes de los dos diluvios. Los primeros padres de los parsos habían, pues, abandonado su país originario con anterioridad al primero de estos cataclismos, lo que explica el silencio de sus libros sagrados en lo que concierne á estos sucesos. El Bundehesch los menciona, sin embargo, como por referencias y no como un azote sufrido por la nación. Los magos afirmaban que el diluvio no había sido universal y que no había alcanzado más allá del Holuán en Siria (1).

---

(1) *Avesta*, II, 363.

El pueblo parso, mandado por un jefe egipcio de la tribu de Júpiter (Djem-Schid), avanza hacia el país de la luz en que reside Rapitán. «Le encuentra hermoso... En este país no había hombres, mujeres ni animales, y él lo llenó de habitantes. Dividió la comarca en nuevecientas partes, roturó trescientas, luego construyó el Var sobre un plano cuadrado é hizo que un río corriese en torno (1). Hubo nueve calles en las grandes poblaciones, y en cada calle colocó mil hombres y mil mujeres» (2).

¿Dónde estaba situado este país de la luz? Su mismo nombre lo indica. Llamábase país de Ur (sol ó luna en todas las lenguas de Asia), á la antigua Caldea, que fué por mucho tiempo el Egipto asiático, y que se componía de Georgia y de Armenia; Orfa, Urmi, el lago Urmiah, el río Kur, ofrece los vestigios de esta primitiva denominación.

Así no es difícil darse cuenta de la marcha del pueblo parso. Arrojado por el frío intenso que reinaba al Norte del Cáucaso, se encaminó hacia el Mediodía, franqueando el macizo de las montañas por el desfiladero que sigue la dirección del Caspio y que se llama el paso de Berbend, al término del cual se encontró el río Kur, que desemboca en este punto en el mar, después de haber recibido el Araxes.

Es posible que las ventajas ofrecidas por la situación de este país bastasen para determinar á la nación

---

(1) *Avesta* Vendidad III. 283.

(2) Según la cronología del Avesta esta emigración debió de realizarse hacia el 2621 antes del advenimiento de Kai Khosru, el Ciro de la historia, ó sea tres mil doscientos cincuenta y cinco años antes de nuestra era. Pero esta fecha parece considerablemente exagerada; reposa además en cálculos muy vagos y preferimos la que resulta del ciclo astronómico de mil cuatrocientos sesenta años entre los dos Neuruz, dando el año 2492 para la fundación de Istakhar por Djemschid. La emigración pues debió realizarse en la primera parte del siglo XXV antes de Cristo.

parsa ó á una parte de esa nación á establecerse allí. Sin embargo, en casi todos los pueblos antiguos, existe un móvil religioso que los induce á adoptar esas resoluciones. Al Norte de la desembocadura del Kur se extiende una península, la de Abcherón, donde está situada la aldea de Bakú, renombrada entre los adoradores del fuego. Allí se ve la nafta surgir de la tierra en columnas de llamas, y correr hacia el mar en tal abundancia, que á muchas millas de distancia las olas se inflaman al simple contacto de un papel encendido: «Allí es—dice la leyenda—donde arde el fuego eterno, á orillas del mar Hizr, y adonde acuden desde los puntos más remotos de Asia los guebros para adorarlo en el Atesch Gah, que le han erigido».

Los pozos inflamados de Bakú no difieren en nada de los cráteres de la península de Tamán y de Jenikalé, que vomitan nafta y lodo hirviente. Los escitas parsos habían aprendido en la Ariana á reverenciar estas bocas de los infiernos. *Had* en la lengua de los jeroglíficos, que los griegos llamaron Hades. Encontrándose al salir de las montañas, ante sus pasos, esta misma llama terrestre que había sido en su país natal objeto del culto de sus padres, los parsos pudieron creer en una orden de su divinidad para detenerse allí. En efecto, el nombre que dieron al país tiene este sentido: *Azer*, fuego, *baïdjan*, guardián.

Estrabón coloca precisamente en el Aderbidján el pueblo de los caspios, mucho tiempo antes desaparecido, y en el cual se encuentra la sílaba zenda, *Asp*, distintiva de la familia irania. Los parsos se encontraron allí vecinos de los caldeos egipcios, á los que se unieron tanto más estrechamente porque también tenían que sufrir los ataques de los cuchitas del Norte del Cáucaso. Estos los hostilizaban con sus frecuentes *razzias*, devastando el país é incendiando las cosechas. Ordinariamente se esforzaban en llegar hasta

el país de Ur, por el desfiladero central del Cáucaso y por el paso de Derbend, que lo cerraba una fuerte muralla de cimientos ciclópeos y una puerta de hierro, llamada Dariel, la puerta sagrada. El paso estaba dominado por un fuerte, como aun hoy lo está. Los árabes dicen que lo construyó Dhul Carnain, el hombre del cuerno, para proteger al mundo contra Gog y Magog. Arimán guardó la puerta por su lado, como lo demuestra el nombre de Darvands, guardianes de la puerta, que se da á sus ángeles (1). Esta situación explica por qué el Avesta hace siempre venir del Norte á los Haena, á los Dews y á los Druks, soldados de Arimán.

El Albordj (*borg*, fortaleza en persa) es el nombre zendo del Cáucaso, hoy Elburz (2). El avesta suele hablar de Hoséeden y de Hedén heridos por los Dews. Sin duda, se trata del Cáucaso meridional, al que Isaías llama la barrera de Hedén. Cuando el libro sagrado invoca á los hombres puros de Saón, Anquetil no duda en reconocer á los soanes, y emite la opinión de que antes de la era cristiana el zendo fué la lengua de Georgia, del Irán y de Aderbidján. Rawlinson confirma esta opinión al asegurar que un idioma parecido al zendo se habla en nuestros días en la montaña de Desmar ó Karadagh, al Oeste del Caspio y al Norte del Aderbidján. Además, en el Aderbidján, según los orientales, reinó el primer soberano de los persas, Kayomors. Decíase que después de haber gobernado mucho tiempo, abandonó el poder y retornó á las grutas, donde acabó sus días en la oración (3).

---

(1) *Darband*, en turco, cuerpo de guardia.

(2) *Borg* en germánico, *Bordj* en árabe, *Bourz*, *bursa* en fenicio, ciudadela, ofrece el raro ejemplo de un vocablo idéntico por el sentido y por la forma en los idiomas arios y semíticos.

(3) *Schah-Nameh*, trad. de Mohl. Tabari, de Herbelot.

Estas grutas, primera habitación de los pueblos cuchitas, abundan en Georgia y en las márgenes del Araxes. Se las ve en las vertientes de las montañas superponerse por pisos hasta una altura considerable. Naturales ó rematados por la mano del hombre, constituyen retiros cómodamente dispuestos y agradables residencias en verano. La reina Tamar, que vivió en Georgia en el décimo siglo, imitó á Kayomors, retirándose allí hacia el término de su vida.

Un pasaje de Estrabón no deja duda sobre la identidad del pueblo caspio de las orillas del Kur con los caballeros Arimaspes de las orillas del Kubán. Hablando este autor de los caspios, los coloca en la vecindad de los albaneses; y luego, á propósito de los aorsos que habitaban al Norte, entre el Tanais y el Caspio, observa que este pueblo ocupaba todo el territorio que habitaron en otro tiempo los caspios (1).

¿Qué se hizo de esta nación, que tuvo bastante importancia para dejar su nombre al mar vecino? Los autores antiguos no dicen nada sobre esto. Sin embargo, pudiera ser que con otra denominación hubiese sido célebre en la antigüedad. En efecto, creemos que es el pueblo conocido por los griegos con el nombre de medos.

El Caspio, llamado hoy Ghilán y mar de Mazenderán, tocaba en otro tiempo á Persia por el lado de Oriente, y á Asiria por el Oeste. Cuando por la conquista de Babilonia se hicieron los medos dueños de Asia, su imperio se extendió hasta el Halys, y compartió la dominación del Asia Menor con la Frigia hasta su conquista por Ciro. Media estaba limitada al Norte por el mar Cáucaso, y nada demuestra mejor que la cuna del imperio estuvo situada entre esta cadena y el río Kur como la posición de Shamaki, antigua capital de Media, donde según se dice, Ciro fué

(1) XI, 506.

proclamado rey, la cual se eleva al pie del Cáucaso meridional, en el valle del Chirván.

Allí estuvieron sin duda los caspios. Por otra parte, Herodoto representa á la Media y la Cólquida como países vecinos: «Para ir de Cólquida á Media —dice—se cruzan las montañas, pero el trayecto no es largo, pues entre ambos Estados sólo se encuentra el país de los sapiros». Añade que los escitas penetraron en el país de los medos por un camino, teniendo el Cáucaso á su derecha: trátase del desfiladero de Derbend, en el que entraron por el Norte. El país de los sapiros, situado en el valle del Kur y del Araxes, recibió su nombre de Sippara, hoy el monasterio de Sefar, donde se encontraron los libros de Thot después del diluvio.

Los medos y los persas se confunden en los escritos de los antiguos (1), y Herodoto designa indiferentemente con estos nombres al pueblo en que reinaron Ciro, Dario y Jerjes. Para todos los historiadores, estas denominaciones representan una sola y misma nación, cuya raza y usos ofrecen la mayor conformidad. Sin embargo, por los detalles que suministran Herodoto y Jenofonte sobre los primeros años de Ciro, criado y educado en las montañas de Media, no es dudoso de que los medos, aunque hermanos originarios de los persas, hubiesen adelantado más en civilización. Cuando ambos pueblos se reunieron bajo el reinado de Fraortes, sucesor de Dejoses, los medos ejercieron constantemente una especie de superioridad sobre el resto de la nación. En este punto es cuando, según Herodoto, los persas adoptaron la manera de vestir de los medos.

Esta fusión de ambos pueblos, y la común denominación que se les daba, explican la fábula repetida por Diodoro, según la cual, Ayetos, rey de Cólquida

(1) Herodoto, I, 130, 135, 104.

y Persos, hijos los dos del sol, fueron rivales y estuvieron mucho tiempo en guerra, lo cual hace suponer que ambos pueblos eran vecinos. Este Persos es, pues, un rey de los medos. Según un grupo de fábulas muy curiosas de estudiar, Medea, hija de Ayetos, dió su nombre á la nación de los medos (1).

Los medos, dice Herodoto, llamábanse primitivamente *Arianos*, que corresponde exactamente al término Ayriana, con que el Avesta designa á la patria original de los parsos. Los antiguos jamás han variado sobre el origen escítico de los medos y sobre el primer lugar que habitaron. Plinio pretende que los sármatas, cuyos numerosos clanes ocupaban en su tiempo el vasto espacio que se extiende sobre diez grados de longitud, entre el mar de Azof y el Caspio, eran de raza médica, *Medorum saboles*, lo cual quiere decir que los consideraba como procedentes del mismo tronco (2). Ya hemos visto antes que la mitología coloca en esta región á los Arimaspes. Klaproth ha visto las ruinas de la ciudad Madjar, cuyos edificios acusan un pueblo adelantado en las artes. La analogía de este nombre con el de *Magyar*, da alguna verosimilitud á la suposición de que los húngaros son los medos sarmáticos.

Puede, pues, afirmarse sin inverosimilitud la identidad de la nación meda con la emigración irania, que abandonó las riberas del Kubán, su lugar de origen, para fijarse en las márgenes del Kur y del Araxes. Allí conservó el culto del fuego que Djemschid había instituído, así como el símbolo del caballo, atributo general de la raza escítica. Había en Media, al Sur del Caspio, una ciudad de Nysa, venerada como santa, cuyas praderas, sembradas del trébol sagrado, sustentaban á los caballos blancos que arrastraban el

(1) Herod., VII, 62. Pausan., II. Diodoro, I.
(2) Plinio, V.

carro de Júpiter. Jerjes hizo marchar diez al frente de su ejército cuando atacó á Grecia, y los magos sacrificaron muchos á orillas del Strymón para leer el porvenir en sus entrañas (1).

Pero, ¿de dónde vino al pueblo ario ó iranio este nombre de medo, que hay que añadir á los de arteanos y kefenos que se daban á los persas? Hoy no nos contentamos tan fácilmente como los griegos y latinos, que encontraban la mayor parte de sus etimologías en nombres de héroes inventados para el caso. El problema que suscita esta denominación, toca á un punto interesante de la historia de las religiones antiguas.

Maidhyo, en zendo, significa medio, y de ahí *Medius*, *Midea*, *Medeón*. Este término se aplicó primitivamente al lugar sagrado, al santuario colocado en el centro del país. Cuando la tribu nómada acampaba, la carreta cerrada, el arkha que contenía los lares y el símbolo, se colocaba en una altura guardada por los sacerdotes, y las filas de tiendas, de chozas, de carros, esos enormes *carpenta* de plenas ruedas, que contenían á las mujeres, á los niños y al botín, se alineaban alrededor en filas concéntricas Cuando los pueblos se hicieron sedentarios conservóse el mismo orden; el santuario colocado en el centro, sobre una acrópolis rodeada de muros, se puso al abrigo de los ataques y profanaciones. Sólo ocurrió que la nación, agrandándose por la conquista de un lado más que de otro, el centro sagrado dejó de estar en el verdadero centro; pero no por eso dejó de ser la religión privilegiada, el lugar puro, el mundo reverenciado por todos, cuyo *omfalo* ó mojón central estaba formado por la νυσσα Nysa ó estela erigida por Osiris.

Esta costumbre primitiva que aún no ha cesado, y de que Roma, la Meca, capitales religiosas, presen-

(1) Herod. VII, 113.

tan la imagen amplificada, se difundió de tal manera entre las naciones de Asia, que la propagaron por todos los puntos del hemisferio occidental. Hay pocas ciudades que no hayan empezado siendo un centro sagrado: Henri Martín ha indicado los de la Galia llamados *Maydun*, *Meadhon* (Medón cerca de París), *Moydon*, *Mediolan*; en ellos tenían los druidas sus tribunales de justicia, lo que César llama *conventus armati* Había más de trescientos pueblos galos, y cada cual debió de tener su centro sagrado. Hubo una veintena de Mediolán, sin contar á Milán, Montmeillan, Moyland y el Mediolanum de Mesia citado por Ammiano Marcelino á una legua de Nissa en Servia, probablemente una reminiscencia de las Nisas egipcias. Grecia tenía sus *Mideia* en Argólida, en Fócida, en Beocia cerca del antiguo oráculo de Trofonio. Delfos pasaba por estar en el centro de la tierra entera; el punto central, *omfalos*, ombligo, estaba indicado en el templo por una columna de mármol blanco.

En Arabia está Medina, en Africa Medeah, Meheddin y otros muchos lugares, que sería demasiado largo de enumerar. Multitud de nombres mitológicos cuya forma es idéntica, Media, Andrómeda, Diomedes, Licomedes, indican que estos personajes debieron ser sacerdotisas ó pontífices al servicio del centro santo.

Para Herodoto son sinónimos *Medos* y *Magos*. Siéntese, pues, uno inducido á pensar que los medos habían sido al principio una familia sacerdotal, á la que se confió exclusivamente los cuidados del santuario y la observancia de los ritos sagrados á la manera de los curetes de Grecia, de los caldeos y de los levitas de Israel, sacerdotes y guerreros á la vez. La tribu se multiplicó y agrandó, formó alianzas, se asimiló los pueblos vecinos; luego, cuando se constituyó en monarquía bajo príncipes ambiciosos, se hizo am-

biciosa y conquistadora, y, durante un período bastante largo, extendió su dominación hasta el Eufrates y el Halys.

Los libros de los parsos invocan frecuentemente al Ariema protegido por el Amschaspand Bahman por su respeto á la ley, y cuya misión consiste en devolver á Ormuz la gloria que Arimán le ha arrebatado. Este país corresponde visiblemente al Arám ó Armenia y á los montes Arimes de Homero, donde están los Chalibes que forjan la plata. En fin, recordaremos que, según el Zerduscht-Nameh, Zoroastro nació en Georgia. Su padre, Poroschasp, vivía en Hedenesch (1). A la edad de quince años residió en la ciudad de Urmi, al pie del Alborg, entre el Araxes y el Kur; luego se retiró á la montaña, y cuando tuvo treinta años, su corazón le llevó al Irán dirigiéndose en busca del rey Gushtasp, en Bactriana, para enseñarle su doctrina. Este príncipe residía en Baikh. Habiendo abrazado la religión que le aportaba el reformador, la hizo adoptar por su pueblo.

Entonces, pues, había un Irán bactriano habitado por una nación escítica de la familia del caballo, como lo indica el nombre de su soberano y el de su capital Zariaspa, antiguo nombre de Balkh, y hermana, por consecuencia, de la rama médica del Aderbidján. Fuertes y poderosos por el número, los parsos bactrianos no poseían las costumbres refinadas y las ideas científicas y religiosas que recibieron los medos de la colonia egipcia de que habían formado parte; pero salieron de su barbarie apenas se pusieron en contacto con sus hermanos más civilizados que les impusieron un sacerdocio, los magos, y un culto, el del fuego.

El Vendidad contiene un fragmento interesantísi-

(1) Ezequiel coloca á Heden al lado de Harrán, Canne y Assur, XXVII, 23.

mo que parece á la primera impresión ser continuación del primero; pero que es desde luego mucho más reciente, pues en él ya no se trata de Djemschid, y el jefe de la emigración es Gherschasp, uno de los héroes míticos del Irán. Este fragmento refiere la marcha del pueblo parso partiendo de la Bactriana y encaminándose hacia el mediodía. Ocupa sucesivamente una serie de lugares en los que se adivina con suficiente probabilidad los diversos países del Ariana, que después formaron parte del imperio iranio. Este documento menciona desde luego el Ayriana Vœgho, primer lugar de delicias dadas por Ormuz; el segundo lugar es Soghdo y el tercero Bakhdi. Estos dos nombres, que se traducen fácilmente por Sogdiana y Bactriana, constituyen el único argumento que ha servido para colocar el país primitivo de los parsos en las montañas de Belurtagh, vecino de Bactriana.

Sin embargo, no sería imposible que el pueblo parso partiese en tiempos do Djemschid del Norte del mar Negro, y que se dividiese á orillas del Araxes en dos secciones: una de las cuales, la tribu sacerdotal, decidiese fijarse en este lugar, cerca del fuego sagrado, mientras que la otra prefirió continuar su camino teniendo siempre el Caspio á su izquierda. Llegado al Oxo este grupo de tribus y encontrando las riberas del río ocupadas por la colonia egipcia de Bamián y de Bactres, prosiguió más lejos hacia el Norte, hasta la Sogdiana, donde se detuvo cerca de las ciudades de los etíopes, situadas á lo largo de la frontera de Dionisio, entre el Oxo y el Yaxartés. Cuando más adelante se hicieron numerosos los escitas-parsos y conquistaron el país, rebasaron el Oxo avanzando hacia el centro del Asia. En todas partes encontraron á Arimán, es decir, á las colonias cuchitas que Osiris había escalonado en su camino al remontar de la India hacia la Escitia. Alejandro Magno reconoció sus huellas, bien visibles todavía; además de Nysa, fun-

dada por el monarca egipcio, estaban más hacia el Sur los arabitas en Arachosia (Aracusch), Susa habitada por etíopes, y el Hindo-Kush, el Paropamiso de los geógrafos, cuyo nombre jamás ha variado en Oriente.

La última estación del pueblo parso, según el Vendidad, es *Hapté Heando*, las siete Indias, comarca que quizás corresponde al Pendjab, país de los cinco ríos, donde Alejandro encontró á Poro (Puru), rey gigante como Jerjes, verdadero escita iranio por la raza y el valor, digno antepasado de esos Rajputas de color casi blanco, que han sido los últimos en someterse á las armas inglesas.

Aunque en el primer capítulo del Vendidad se diga que el pueblo parso se detuvo en el país de la luz, para fundar allí una ciudad, no se encuentra ninguna alusión á la separación de las tribus á orillas del Kur. Reconocemos todo el peso de esta falta de prueba directa en apoyo de nuestra conjetura. Y lo sentimos, pues tendría la ventaja de conciliar plenamente las tradiciones de los griegos y los testimonios de la geografía con el relato del libro zendo. Esperamos que un descubrimiento ulterior vendrá algún día á iluminar este interesante período de la historia de Oriente.

Los asiriólogos están de acuerdo en colocar en Caldea un imperio cuchita, cuyo origen es desconocido; pero que fué destruído por una invasión aria, hacia el año 2500 antes de nuestra era. Esta fecha concuerda con la época en que reinó Djemschid-Urano, y por lo tanto, con la marcha de los escitas-médicos de las márgenes del Kubán para fijarse en el Sur del Cáucaso (1). La dinastía etíope conque tuvieron que luchar, es probablemente la de Saturno, que sucumbió bajo el ataque combinado de los escitas-

(1) M. Lenormant, *Hist. ancienne d'Orient*, II, pág. 23.

helenos, del Quersoneso, y de los escitas del Sur del Cáucaso, á quienes Berosio califica positivamente de medos.

Después de haber sido señores de Babilonia durante doscientos veinticuatro años, dice este autor, los medos fueron desposeídos por una nueva dinastía, cuyo advenimiento se coloca hacia el año 2300, á la que Rawlinson y Opper creen de familia elamita (1). Reina hasta el 2100, época en que los asirios realizan la conquista del país. Berosio asigna á esta nueva dinastía cuchita una duración de cuatrocientos cincuenta y ocho años, que termina en el período en que los Ramsés se hicieron dueños de Asia.

Este lapso de tiempo sólo difiere en sesenta y dos años de la duración que Herodoto asigna al imperio asirio: «Los asirios—dice—dominaron en la Alta Asia durante quinientos veinte años, cuando los medos se rebelaron é hicieron independientes.» Los principios de Asiria se remontan más allá de los doscientos años. La cifra de Herodoto nos conduce, pues, al tiempo en que las conquistas de los reyes egipcios de la décima octava dinastía humillaron de tal manera á los asirios que cesaron de ser temibles.

Después de esto, los medos vivieron en confederación, gobernándose cada tribu por sí misma, hasta Dejoces, que fué electo rey de la nación. En esta época se componía de seis tribus ó pueblos, magos, budianos, arizantos, estruchatos, paretakenianos, buzianos. Dejoces murió después de un reinado de cincuenta y tres años, y su hijo Fraortes, que le sucedió, emprendió la conquista de sus vecinos. Empezó por los persas, á quienes sometió; luego al frente de ellos, osó atacar á Nínive, pero sucumbió en la tentativa (2). Bajo el reinado de su hijo Ciaxares, los esci-

(1) Berosio, *col. Didot*, II.
(2) Herod., I, 95, 104, *id.*; VII; 130, 135.

tas penetraron por el Norte en el país de los medos y, habiéndolos vencido, fueron durante veintiocho años los señores del Asia septentrional. Sin embargo, Ciaxares logró librarse de su yugo invitando á los jefes escitas á un gran festín, en el que los hizo degollar. Recobrada su independencia, los medos se aliaron á los caldeos y á los susianos, y sitiando otra vez á Nínive en el 788, se apoderaron de ella poniendo fin al primer imperio asirio.

Los medos conservaron durante ciento veintiocho años la dominación de los pueblos del Oeste de Asia, hasta Ciro el medo, que, habiendo organizado militarmente á la nación, formó el pueblo parso, en el que se fundieron poco á poco los medos absorbidos por el número, y al frente del cual conquistó á Babilonia, Asia Menor, Siria y Palestina, convirtiéndose en dominador de la más vasta concentración de Estados que se ha visto en esta parte de Asia desde el imperio de Júpiter.

CAPÍTULO SEXTO

RESUMEN

El capítulo décimo del Génesis
Jafet, Cam y Sem.

CAPITULO SEXTO

RESUMEN

EL CAPÍTULO DÉCIMO DEL GÉNESIS

Por las investigaciones precedentes ha podido verse que los hechos principales de que se componen las mitologías, se agrupan todos, se encadenan y se localizan en la región del Bósforo cimeriano: los mitos del Amenti y del Hades, las cosmogonías de los fenicios y de los hebreos, la leyenda de la Atlántida, la edad de Urano y de Rea, la usurpación de Saturno, la lucha de los Titanes contra Júpiter, la guerra de los ángeles según los parsos y los judíos, el diluvio, la emigración de las tres razas reunidas á orillas del mar Negro, su separación en Caldea y Armenia para fundar en Asia, en Europa y en Africa las sociedades cuya historia conocemos: tal es la trama sobre que se ha bordado el tejido de las fábulas de la antigüedad, y cuyo carácter histórico y sincrónico nos hemos esforzado en poner de manifiesto.

El Palus Meótide sería, pues, la comarca misteriosa donde comenzaron los fenicios, los hebreos, los parsos y los griegos, y donde los antepasados de los celtas kimris, de los escandinavos y de los eslavos,

adquirieron sus primeras ideas sociales y religiosas. Allí habría que buscar la Eritrea, el Edén, el Ayriana, los Campos Elíseos, las Islas de los Bienaventurados, en una palabra, esa región afortunada donde los padres de estas grandes naciones habían vivido mucho tiempo en paz y concordia. Tal es, en efecto, la convicción que nos ha aportado la comparación de las tradiciones de los diversos pueblos y el acuerdo de las deducciones que de ella se derivan. Cierto que esa convicción no se sustenta en ningún testimonio directo. El hecho histórico desapareció muy pronto en el mitismo, y hasta es dudoso que el descubrimiento de un texto jeroglífico ó cuneiforme venga algún día á establecer la certidumbre sobre este punto.

Además, la certidumbre no es mayor para las otras localidades donde diversas conjeturas han colocado la cuna de las sociedades asiáticas y europeas. El pueblo hebreo, decano de las naciones, al que durante mucho tiempo se ha creído por su palabra, ha tenido que ceder el paso á la India, la que hoy se encuentra superada por Egipto, cuyos orígenes se remontan á un mínimum de cincuenta y dos siglos. Si se añade á este hecho el de las numerosas colonias de que los egipcios pretendían haber llenado el mundo en una época en que la humanidad aun estaba en la barbarie, queda sentado que esta nación constituye la más antigua sociedad conocida.

Además, existen grandes presunciones para creer que los primeros grupos asiáticos que renunciaron á la vida nómada le debieron su civilización. Rongé ha demostrado indiscutiblemente que el alfabeto fenicio de donde se derivan las letras griegas también se derivaba á su vez de la escritura cursiva demótica de los egipcios. Ahora bien, el empréstito de los signos gráficos supone siempre una inferioridad de civilización en la nación que los recibe, y no puede suponerse que la escritura de una se emplee por la otra, sin que

estén ya en comunidad de usos, y que la menos adelantada haya adoptado al mismo tiempo gran número de términos empleados por la otra. Puédese, pues, admitir con gran probabilidad que el copto antiguo se mezcló en proporciones diversas con los idiomas particulares de los pueblos de Asia, constituyendo para la mayoría el fondo de sus lenguas. Se ha creído que había ocurrido lo mismo con el sánscrito; pero los sabios están ahora de acuerdo en que, como el griego, el latín y el germánico, este idioma es un derivado perfeccionado de una lengua más antigua, desaparecida gradualmente y desvanecida entre las raíces de los vocabularios.

Quizás sería un feliz empleo de la ciencia egipto lógica aplicarla al estudio comparado de las lenguas del viejo Oriente, y buscar los vestigios del copto antiguo en el caldeo, el arameo, el hebreo, el zendo y el pelhvi. Así se reconocería el significado de muchos vocablos que han perdido su sentido original por las interpretaciones sistemáticas, y se llegaría á determinar el verdadero carácter de los textos mitológicos.

Examinando de esa manera ciertos términos con los que se ha formado el sentido que se presta á las cosmogonías, créese advertir en el Avesta, en el Sanchoniathón y hasta en el Génesis, los vestigios de una tradición cuyo carácter histórico se hubiese enterrado como un palimpsesto, en una mítica superfetación. Este documento, anterior á todos los escritos conocidos, está indicado en las crónicas de los caldeos y de los gnósticos con el nombre de libro de Thot ó de Hermes, que fué secretario de los dioses y ministro de Saturno. Sus fragmentos ofrecen muchos rasgos de semejanza con el Libro de los Muertos y el ritual funerario de los egipcios, donde se refiere el viaje de Osiris en una nave conducido sobre las aguas con sus oficiales de cabeza de gavilanes que le ayudan á construir templos cielos en las islas sagradas. Los

trabajos de desecación y cultivo; la clasificación bajo las órdenes de seis jefes ó luces de las tribus que formaban la colonia; la unión con las familias indígenas que se multiplican, crecen en número y se difunden por las comarcas vecinas, tal ha sido el tema, cada vez más revestido de lo sobrenatural, con que se compondrían las cosmogonías.

La sorprendente concordancia del mito egipcio del juicio de los muertos con el de los Infiernos de los griegos y las indicaciones locales que de ellos surgen, nos conducen forzosamente á escoger por teatro de este gran misterio al Palus-Meótide, donde se dice que el dios Osiris había fundado una colonia en el curso de su expedición al través de Asia, al frente de un gran ejército, del que dejó destacamentos en diversos puntos de su ruta. Esta colonia es la que encontramos colocada bajo la tutela del nomo de Ammón, y en la cual las familias, madres de los principales pueblos de Asia y de Europa, se formaron de la mezcla de los escitas blancos con los egipcios y los libios colocados en este lugar por el monarca, divinizado más adelante por los griegos con el nombre de Baco Dionisio.

El primer período en que las tribus viven unidas y pacíficas, bajo la autoridad paternal de los sacerdotes de Ammón, se ha llamado edad de oro: es la luna de miel en el casamiento de las razas. Para hacer su influencia duradera y popular, el Amún Ra, Jehová ó pontífice de Júpiter, escoge entre los jefes indígenas a un joven, que cría en la soledad del parque sagrado, para enseñarle la lengua copta y hacer de él su vicario y su intérprete entre los hombres. Esta elección suscita los primeros gérmenes de celo y de odio entre los etíopes, hijos de los libios de la familia del sol, contra los escitas de la familia de la luna. La muerte de un joven jefe, adorado por las tribus, acaba de romper los lazos que unen á la raza cobriza

adventicia con la raza blanca indígena. Los etíopes se separan del nomo sagrado, y, bajo el mando de un jefe que han elegido, Satán, Eblis ó Arimán, se rebelan francamente y declaran guerra y odio eternos á la raza adamita.

El segundo período, representado entre los griegos por la edad de plata, aparece más distinto que el primero en las leyendas de los dioses Urano, Saturno y Júpiter, de quienes la crónica de los reyes de Persia nos ofrece el desarrollo histórico. Urano (el Djemschid de los persas), pontífice egipcio de Júpiter, se apodera de la autoridad soberana y del título de rey. A ejemplo de los monarcas del Nilo, se hace adorar como un dios. Entre los jefes etíopes estalla entonces una rebelión, y el más ambicioso y audaz, Saturno (el Zohak de los escritos de Oriente) derriba del poder á Urano, á quien condena á muerte, y con las insignias de la realeza gobierna á los pueblos de la Táuride, del Meotis y del Cáucaso.

Estos pueblos permanecen durante veinte años bajo el yugo de la dominación etíope; pero esta dominación, impacientemente soportada por los pueblos escíticos, se derrumba súbitamente bajo los golpes de una insurrección formidable. Por una de esas casualidades novelescas, que mezclan el interés de la leyenda á las evoluciones de la vida de las naciones, una mujer de Urano, todavía en cinta, huye ante los celos persecutorios del usurpador y se refugia en uno de los conventos de las vírgenes consagradas al culto del fuego y de los astros, establecido por la inteligente iniciativa de las mujeres escitas en diversos puntos del territorio para facilitar la educación de los pueblos. Las Hespérides, consagradas al culto de la estrella Venus, acogieron á la fugitiva Rea, que dió á luz á Júpiter en una gruta vecina de la ciudad de Nisa, fundada por Osiris donde hoy se encuentra Kertch. El niño creció obscuramente entre los pastores

del monte Cáucaso, y cuando llegó á hombre, su madre le reveló su ilustre origen.

El joven príncipe va entonces á consultar á los sacerdotes egipcios del Meotis. Alentado por sus consejos, subleva á las tribus de la Táuride, escitas y amazonas, que se apresuran en acudir en socorro de su legítimo señor enarbolando el estandarte nacional del caballo. Saturno, por su parte, reune un ejército y ataca al pretendiente en Nisa. Una lucha terrible se empeña á orillas del Bósforo. Rechazado á la isla de Ammón (Tamán) el monarca etíope, se armaron contra él los jefes escitas (gigantes Hecatonchiros), libertados de la prisión del Tártaro donde estaban encerrados. Se desparraman por el Cáucaso, convocan á las armas á los obreros de las minas (Cíclopes), cuyo concurso se hace tan decisivo como lo fué el de los mineros de la Delecarlia, sublevados por Gustavo Wasa. Atacado por todas partes, Saturno se atrinchera en su capital Sebastu (hoy Ghelindjick), que tarda poco en rendirse. Saturno cae en poder del vencedor, le atan en un camello y le transportan á la montaña que domina á la ciudad. Allí, en el fondo de una caverna, Júpiter mismo clava en la roca la cadena que retiene á su rival cautivo.

Un suceso extraordinario ocurre al mismo tiempo que esta revolución política y acaba de arruinar el poder etíope. La mayor de las siete islas Meótides, llamadas entonces Atlánticas, se abisma con su pueblo en las aguas, rota por la explosión de un volcán submarino cuya acción aún se revela en la parte del mar de Azof que ocupaba, y que los bajos fondos que ha depositado hacen todavía de imposible navegación. Esta catástrofe, cuya causa se atribuyó naturalmente á la cólera de los dioses, aumentó la consternación de los libios etíopes y el orgullo de los escitas victoriosos, persuadidos de que el agua y el fuego combatían por ellos, y de que su rey Júpiter era el señor

del rayo. De él hicieron su dios supremo, y los grandes vasallos jefes de las doce tribus de que se componía el imperio olímpico, elevados como su soberano á la dignidad de inmortales, se ofrecieron á la posteridad con el nimbo divino y habitando una esfera superior á la humanidad, aunque participando de sus debilidades y pasiones.

Después de Júpiter Zeus se rompe el haz del imperio olímpico. Los odios de raza reavivan el antagonismo entre los pueblos de la Escitia táurica y los del Cáucaso, entre los cuales predomina el elemento etíope. A pesar de la oposición de los primeros, Júpiter Assur ó Asterio, sostenido por los caucásicos, reina en Colcos. Lleva la guerra á los pueblos del Quersoneso, se apodera de la primitiva Atenas, fundada por el egipcio Cecrops en la ribera meridional de Crimea, y le impone el tributo de siete jóvenes varones y otras tantas hembras, hasta que Teseo liberta á su patria derribando al ídolo con cabeza de toro ante el cual se sacrificaban las víctimas humanas.

Al Júpiter asirio sucedió Júpiter Belo; el mismo que Bel-Merodach, á quien se dedicó el gran templo de Babilonia, y que la escritura llama Nemrod. El es quien, en tiempos del diluvio llamado de Noé, de Xisutro ó de Deucalión, condujo los caldeos á Babilonia formando allí un sacerdocio sobre el modelo del de Egipto. Bajo la presión de los pueblos arrojados de las tierras bajas hacia las alturas por el inmenso desbordamiento de las aguas del Océano escítico, los clanes del litoral de Abasia y de Cólquida, fenicios, cananeos, filisteos, lúdim, anamim, mizraim, los pastores del interior, hijos de Terach y de Joktan, acudieron en muchedumbre hacia el país de Ur, llenando los valles del Kur y del Araxes y las orillas de los lagos de Armenia que ocupaban las tribus de los jonios y de los parsos médicos. Adentrándose como un ángulo entre estos pueblos, los cuchitas lanzan á los

helenos hacia el Occidente y á los parsos hacia el Oriente, y unos van á fundar ciudades en el Eufrates y en el Tigris, y los otros, puertos en el Mediterráneo. Algo más tarde los hebreos pasan á Palestina mandados por Abrahám. En fin, en el siglo XX la región del Euxino acaba de vaciarse de las numerosas poblaciones que allí se atestaron, y con el nombre de huksos ó pastores, un inmenso y confuso hacinamiento de hordas de todas las razas se precipita hacia el Mediodía. Rechazados por los asirios aguerridos y disciplinados, refluyen en la Palestina é invaden á Egipto, sometiéndolo durante cinco siglos á su dominación.

Esta fuga casi simultánea de los pueblos caucásicos por el impulso de un gran cataclismo, la ha descrito el Génesis en su capítulo X. Este documento, uno de los más preciosos que nos han transmitido los tiempos antiguos, viene demasiado en apoyo de la idea general de este libro para que desdeñemos su análisis.

II

Para resumir en algunas frases los hechos étnicos expuestos precedentemente, recordaremos que dos de las familias establecidas hace cinco mil ó seis mil años en las riberas del mar Negro, egipcios de piel roja y libios de piel negra, eran adventicias. Otras dos eran indígenas; la primera alta, robusta, de color blanco y encarnado, de cabello abundante y barba espesa, rojiza ó rubia: esta era madre de las líneas escandinava, germana y gala. Jornandes la llama raza gética ó gótica. Al principio residía en el Quersoneso (isla de los ghers), y se extendían alrededor del Caspio por un lado y de Tracia por el otro. Luego avanzó hacia el Noroeste de Europa á medida que conquistaba territorio á los bosques y lugares de Occidente.

La segunda familia, baja de talla, de un color blanco linfático, ojos de azul pálido, poco barbada, con cabellos rubios y laxos—hoy raza finesa—dividíase ya desde esa época remota en dos ramas: una la familia lapona, rechoncha, y la otra la familia de los Finns de rasgos regulares. Las pinturas egipcias parecen haberlas distinguido, la una por el Ftah de Memfis, que era desgraciado y ridículo, la otra por el dios llamado Ftah de hermoso rostro. Creemos que ambos figuraban entre los antepasados de la colonia egipcia que se alió con la familia finesa y la sometió á los trabajos de las minas y al cultivo del suelo.

Los egipcios de Ammón se desposaron con las bellas hijas de los grandes escitas del país de Gher, y de esta unión nacieron las primeras familias de los iranios, de los helenos y de los celtas. Por su parte, los libios de Khem, se aliaron á esta fuerte raza engendrando á las familias gigantes de los Cíclopes, de los Refaim, de Magog de los Aditas, transformadas en seres sobrenaturales con los nombres de Dives, Afritas, Djinns, Titanes, que denominaron en la primera edad de las sociedades. Por otra parte, su mezcla con los fineses-lapones engendró la raza pequeña de los cainitas, himiaritas, edomitas, hijos de Cam y de Cusch, á quienes los autores musulmanes tienen por los primeros árabes, y Josefo denomina etíopes occidentales. A éstas sucedió una tercera familia, la llamada semítica, en la que el elemento negro, eliminado en gran parte, dejó dominar al blanco con sus facultades superiores caldeadas por la pasión africana: tales son los fenicios, arameos, hebreos y segundos árabes.

Ahora bien; si se estudia con atención el capítulo X, donde el Génesis expone la triple serie de las naciones nacidas de los hijos de Noé, adviértese que el orden en que se presentan, es precisamente el que acabamos de indicar.

El texto ha sido con tanta frecuencia analizado por los más eruditos comentaristas que la mayoría de las denominaciones allí enunciadas se han explicado de una manera bastante satisfactoria. Se ha observado ya que todas esas naciones pertenecen á Babilonia, á Persia, á Armenia, á Palestina, á Arabia y al Asia Menor, algunas á las islas más próximas; pero que los países remotos, como China, India, Bactriana, así como los grandes pueblos de Occidente, no están mencionados. Egipto tampoco figura más que por las colonias Misraim.

También se ha reconocido que el movimiento de los pueblos se realiza del Norte al Mediodía, y este dato lo confirma, por otra parte, el testimonio de Josefo: «Los hijos de Seth descendieron de las montañas para habitar en las llanuras de Sinhar»; y por el de Berosio: «Babilonia fué habitada al principio por gran número de hombres de naciones diversas que habían formado un establecimiento en Caldea».

Como ya hemos dicho varias veces, la Caldea constaba de Georgia y Armenia, y puesto que descendían de las montañas, estos inmigrantes sólo podían venir del Cáucaso. Hay más: cuando se examina los nombres de sus tribus no se tarda en reconocer que todas han habitado originariamente esta región, y que algunas aún residen en ella. Es lícito, pues, presumir que sólo se trata en este capítulo de la emigración de los pueblos que ocupaban al Norte y al Este del mar Negro un espacio tan extenso como Europa sin Rusia.

Considerado como universal el diluvio por los teólogos, ha sido necesario admitir la reproducción de una nueva humanidad por los tres hijos de Noé. Lo que ha prestado cierta verosimilitud á esta idea es la creencia de que en este rincón del mundo se encontraban representadas tres razas humanas: la blanca, la negra y la roja. La raza amarilla ó mon-

gola está omitida, y la familia de Sem no podría considerarse como personificación de la raza roja. Sin embargo, el hecho es exacto, y aunque los cruzamientos hubiesen hecho perder á estas razas su primitiva pureza, aún eran perfectamente distintas cuando abandonaron su patria. Así, los escitas del Quersoneso y de Georgia, personifican en Jafet á la raza blanca; Cam representa claramente á los libios y etíopes de la Cólquida; en cuanto á Sem no caracteriza una raza pura, sino simplemente al grupo de los pueblos nacidos de la mezcla de las otras: así se explica cómo se encuentra en la lista de los hijos de Sem algunos pueblos inscritos ya entre los de Cam y de Jafet.

JAFET

Jafet se parece demasiado al *Iapetos* de los griegos para no proceder del mismo origen. Se ha observado que el Génesis, despues de haber nombrado á Sem, Cam y Jafet por orden de méritos, concediendo prioridad á la rama de que descendieron los hebreos, altera ese orden al enumerarlos, clasificándolos ahora por orden cronológico. Los escitas, según Justino, pasaban por ser los más antiguos de los hombres. Josefo dice que los siete hijos de Jafet habitaron en Asia, desde los montes Tauros y de Amán (Armenia) hasta el Tanais (1). Ocupaban, pues, el Cáucaso; Jafet, según la escritura, era el hijo mayor de Noé.

Gomer es el primer hijo de Jafet, y representa á los cimerianos, que son los pueblos más antiguos del mar Negro; pero no por eso deja de ser menos la expresión del escita primitivo, como Æger ó Gymer,

(1) *Historia de los judíos*, I, c VI.

que el Edda califica de padre de los dioses Ases, y que corresponde en la mitología escandinava á Atlas y á Uranos. Decíase que habiéndolo descuartizado los gigantes, sus huesos formaron las montañas y su sangre los ríos y el Océano, al cual le vino de ahí el nombre de *Hafit rauda*, mar rojo, evidentemente el Eritreo ó mar de Azof. Como entre los griegos, la fábula reposa en un juego de palabras.

ASKENAZ representa á los pelasgos-frigios ó ascanios que adoraban á la luna, Men-Askenas, bajo la forma de una piedra negra consagrada á Rea Démeter. Sin duda, se trataba de un aerolito que se suponía caído de la luna. Según sus orígenes y los de los troyanos dardanios, éstos habían venido por Francia y los frigios por el Asia menor. La familia troyana estaba formada, pues, por los mismos elementos pelásgicos que la famila helénica; había partido de los mismos lugares y adoraba á las mismas divinidades, viéndose en la Iliada que ambas sacrificaban á Neptuno Poseidón bajo el símbolo del caballo.

RIPHAAT es el Cáucaso septentrional, llamado por los griegos Rifeos y Nifatos, sin duda del copto *Niphaïat* que, según Champollión, designaba á la Libia. Allí es donde los hijos de Seth se refugiaron, frente al paraíso, según dicen los bizantinos, lo que es perfectamente exacto con relación á la isla de Tamán, donde estaba situado el jardín de Edén. Los hijos de Seth, á quienes también se llama Egregores ó ángeles guardianes, vivieron en estas alturas, ocupados en orar y alabar á Dios, hasta que seducidos por la belleza de las hijas de Caín, fueron arrastrados al vicio y á la impiedad.

También en el Nifato residía el pastor Cáucaso, muerto por Saturno cuando combatía contra Júpiter.

THOGARMA (Og Arama, señor de Arán). Los armenios se dicen descendientes de Thagarmos, hijo de Noé. Sus hermanos se encuentran en la línea de Sem

con el nombre de Arám, y en la de Cam con el de Rahma.

MAGOG, que Josefo traduce por escitas. Según San Jerónimo esta denominación se aplicaba de una manera general á los pueblos bárbaros que habitaban detrás del monte Cáucaso, hacia el Palus Meótide y cerca del Caspio.

MADAI representa á los medos, cuyo asiento hemos reconocido en el Aderbidján, en la desembocadura del Kur, desde los tiempos de Djemschid, de veinticinco á veintiséis siglos antes de nuestra era.

YAVÁN, los jonios ó danaos, residieron mucho tiempo cerca de los persas médicos, en Georgia. Un río y muchas localidades ostentan todavía los nombres de Tana y de Ateni. Los hijos de Javán son Elisa, que se cree ser Cilicia; luego Tarsis, cuidad de Asia Menor, vecina de este país. Supónese que Kitthim es la isla de Chipre. En cuanto á Dodanim, cuyas interpretaciones han sido poco satisfactorias, quizás haya que leer, como en el texto samaritano, Rodanim, los rodios.

Estas diversas localidades fueron sucesivamente pobladas por los jonios jafétidos y por los cadmonios ó Cadmonim procedentes de Armenia, cuando la irrupción de los cuchitas de la Cólquida en Babilonia.

TÚBAL, según Josefo, corresponde á los pueblos georgianos. La tradición local les da por antepasados á Túbel, el mismo que Tubalcaín que, como el Vulcano de los latinos, fué forjador de instrumentos de hierro y de bronce.

MESECH está asimilado por los hebraizantes á los Mosques de Herodoto, probablemente los Mesghes de nuestros días, montañeses del centro del Cáucaso, que viven del saqueo como sus abuelos y habitan la misma región que hace cinco mil años (1). Según

(1) Herodoto, III, 94, VII, 78.

Ezequiel, Mesech y Túbal eran vasallos de Gog, rey de Magog (1).

THIRAS es el séptimo hijo de Jafet. Por una dudosa aliteración se ha creído reconocer en él á Tracia, que en griego se dice Thraka. Proponemos que se lea Toras, del que evidentemente se ha formado Troas por un ligero cambio. En efecto, la Tróada se encontraría perfectamente en su lugar al lado de los frigios, de los jonios, de los rodios, que formaban los principales pueblos reunidos en la extremidad del Asia Menor.

CAM

Este segundo hijo de Noé caracteriza la rama libia y etíope, la que diversos arqueólogos han llamado cainita, es decir, la negra, según la radical jeroglífica *Khm* que tiene ese sentido. M. Munk observa que las colonias de Egipto en Asia, designadas por la Biblia con el nombre de Misraim, se dividían en dos, Khem y Us. Creemos que en la primera se encuentran los Khem-iri, cimerianos, y en la segunda Colcos (Chus, Us). Sea de ello lo que quiera en Asia se difundió muy temprano la costumbra de designar á Egipto con el nombre de Cam (2).

La situación del Cam asiático está indicada por Josefo: «Los descendientes de Cam—dice—ocuparon á Siria y á todo el país que se extiende desde los montes Líbano y Amán hasta el mar Océano.» El Océano

(1) Ezequiel, XXVII 13, XXIX.

(2) Hyde nos dice que el nombre de *Gjem* ó *Djam*, fué en todo Oriente, y desde los tiempos más remotos, el calificativo del poder y de la sabiduría. Los autores persas designan así á Salomón, y á este rey se aplica esa denominación cuando se la acompaña de las palabras miel, mirra, demonio, genio, viento, animales feroces, pájaros. *De rellig. Persarum.*

de los asiáticos no es otro que el vasto mar que cubría en otro tiempo las llanuras de Rusia. Así se ve que el país de Cam comprendía originariamente á Siria, el Tauro, Armenia, Georgia ó Caldea y todo el macizo del Cáucaso hasta las márgenes del Océano escítico, cerca del cual habitaban Gomer y Riphaat.

De Siria hablaban los profetas al decir: «En este día habrá un camino construído de Egipto á Asiria; Israel estará unido en su tercera parte á Egipto y Asiria (1).

Según los rabinos, Cam fué el promotor de las ciencias y de la magia. Atribúyenle la invención de la escritura, y es él quien, antes del diluvio, había grabado en el metal y en la piedra sus sacrílegas ideas. Volvió á encontrarlas después del diluvio, y por él se propagó la idolatría entre las naciones (2).

Cusch es el primer hijo de Cam. También él es padre de la magia y de los prestigios. La Vulgata traduce siempre este nombre por el de *Etiopía*, y tiene el mismo sentido en los jeroglíficos. Nadie duda que, en los escritos más antiguos, se aplicó á los etíopes de Asia y á sus descendientes. Munk ha hecho notar que los autores del quinto siglo designaban con el nombre de *Cushith* á los árabes himiaritas que vinieron del Norte de Palestina á poblar la península arábiga. Con esta misma denominación califica la Biblia á Yerach que, al frente de un ejército de etíopes y libios, atacó á los israelitas y llegó hasta el centro de Judea (3).

Seba, hijo de Cusch, recibe su nombre de Seb, Cronos ó Saturno, dios de los cuchitas. Meroe del Nilo ostentó mucho tiempo el nombre de Seba, que fué también el de una importante ciudad del Yemén

(1) Isaías, XX, 19, 23.
(2) *Cassiani collatio*, VIII, XXI.
(3) *Crónicas*, II, XIV.

fundada por los hijos de Himyar el rojo. Dos antiquísimas ciudades de la Cólquida y del Asia Menor se llamaron primitivamente Sebaste.

HAVILAH, segundo hijo de Cusch, representa á la Cólquida. En los poemas orientales, á Caín se le designa generalmente con el nombre de *Kabil*, y Herodoto coloca á los kabelianos cerca de los pueblos de la Cólquida (1). La denominación de Havilah debió de aplicarse primero á la isla cimeriana que sería así *Abila*, la montaña de Libia, que costeaba de un lado el estrecho de las Columnas de Hércules, frente á Calpe (Jenikalé). En efecto, el Génesis da este nombre de Havilah á una de las islas que el río del Edén rodea con sus brazos.

RHEGMA es difícil de localizar. Según los hebraizantes este nombre representaba á Rhega, ciudad de Media, más tarde la Arsakia de los reyes partos. Josefo traduce por Rhegiano á Askanatz, hijo de Gomer y padre de los frigios, de donde puede inducirse una fraternidad de origen.

SCHEBBA, SABTAH, SABTHEKA, ofrecen variantes del nombre de Saturno. Por el número siete quizás corresponde á los *Hepta Cometæ*, que Estrabón coloca al Sur del Cáucaso. Quizás Rhama reproduzca á Arám, Armenia. En cuanto á Dedán, los armenios lo colocan entre los tres padres de su nación, Zruán, Dedán y Habedosh.

«Cusch engendró también á Nemrod, que empezó á ser poderoso en la tierra». En el capítulo de Júpiter hemos expuesto las pruebas demostrativas de que Nemrod ó Bel-Merodach es un Júpiter asirio, sucesor de Júpiter-Zeus, dios de los pelasgos, y que condujo á los Caldeos desde Colcos á Babilonia.

El segundo hijo de Cam es MIZRAIM. Admítese que, con esta denominación, el Génesis designa las

(1) VII, 77.

colonias egipcias de Asia: Mizraim engendró á *Ludim*, *Hanamim*, *Lahabim*, *Naphtuhim*, *Pathrusim*, *Chasluhim* y *Caphtorim*.

En efecto, estos siete pueblos habitaron las costas del mar Negro. Los Ludim (el Ud), que los profetas suelen llamar Cus y Magog, ocupaban el litoral al Norte de la Cólquida, cerca de los árabes koraischitas y de los henochlanos. Los Anamim, quizás sean los de Anapa (Anpo, la ciudad de Anubis). Los Lahabim ó libios, residían en el Nifato, hoy montes Negros, á orillas del río Laba, que desemboca en el Kubán. Los Naphtuhim—quizás los libios de Neptuno—no podrían definirse sin mucha incertidumbre. Los Patrushim nos transportan á la isla cimeriana donde, según Estrabón, había un burgo Patræns, no lejos del túmulo de Sátiro, frente á Tamán, situada al otro lado de la bahía. Champollión nos dice que la Tebas de Egipto se componía de dos grandes barrios, separados por el Nilo: Oph y Patrus (1).

Los Chasluhim, según Bochart, personifican á los pueblos de la Cólquida. Se ve que todo se continúa, y que vuelve á encontrarse en Armenia todo el establecimiento egipcio del Norte del Euxino. Los Caphtorim habían vivido mucho tiempo con los Chasluhim (2). Verdad es que el Génesis añade que los Chasluhim procedían de los filisteos, á quienes Ezequiel y Safonías designan también con el nombre de *Krethim*, lo que hace suponer que se trataba de los cretenns; pero ya hemos visto que á la isla de Tamán también se dió ese nombre de Khreta, que aún lleva

---

(1) *Egipto bajo los Faraones*, t. I.

(2) «Los Pelischtim (filisteos) y los Caphtorim son los supervivientes de la isla de Caphtor». Jeremías, XLVII, 4. «¿No he hecho subir á los Pelischtim de Caphtor y á los Sirios de Kur?» Amós IX, 7. Véase la excelente discusión de M. Munk sobre este tema, *Palestina*, pág. 82.

uno de sus poblados, y que recibió de los Curetes, como *Curetis*, la isla del Mediterráneo. Siéntese uno inducido, pues, á considerar estas tres familias como formadas por egipcios que se destacaron del nomo de Ammón para establecerse en el litoral del Cáucaso, á ejemplo de los cainitas que edificaron á Henochía.

PUT es el tercer hijo de Cam. En varias ocasiones hemos indicado la identidad de esta denominación con Pont, Pount, *Pontos*, el pueblo del Ponto que, bajo los romanos, se convirtió en señor del Bósforo y de las comarcas adyacentes. Los profetas suelen designar á Put con Gog y Magog entre los pueblos enemigos de Asiria, y Diodoro refiere que los pueblos que habitan la Cólquida y el Ponto, emigraron á las órdenes de los jefes egipcios, al mismo tiempo que el pueblo judío y los caldeos que Belo condujo á Babilonia (1). La antigüedad de este pueblo era extrema, pues Hesíodo clasifica á Pontos entre los hijos de Okéanos.

CANAAN ó Kenan, los fenicios, es el cuarto pueblo del grupo de Cam. Engendra las once tribus: *Sidón*, *Heth*, *Yebus*, *Emor*, *Ghergas*, *Ewi*, *Arki*, *Sin*, *Arhad*, *Semar*, *Hemath*. Estas tribus formaban la mayor parte de los etíopes occidentales; y, así como hemos hecho ver más arriba, residían primitivamente en el Cáucaso. Después de haber dicho la Biblia que las familias cananeas se dispersaron, indica los límites que ocuparon desde Sidón hasta Gaza y el mar Muerto.

SEM

Según creemos, este tercer hijo de Noé representa á «los pueblos de mezcla», como dice Ezequiel. A esta rama se aplica la denominación puramente filo-

(1) Diodoro, I, sec. 1.

lógica de semítica, inexacta desde el punto de vista étnico; pues contiene pueblos del tronco ario, como Arám y Elám (Armenia y Persia), y reproduce los nombres de Assur y de Lud, que figuran entre las familias de Cam. «Cus, Put y Lud, perecerán por la espada,» dice el profecta (1). Estos tres pueblos, aunque de familias diversas, eran vecinos. Cus representa á Colcos, Put al pueblo del Ponto, señor del Bósforo cimeriano, y Lud á las tribus del litoral de Abasia.

Us, Hul, Gheter, hijos de Arám, son pueblos escíticos de Armenia. Se cree que Mas designa á los masagetas situados al Norte del Cáucaso, cerca del Caspio. Arfaxad, según Bochart, indica un pueblo del Norte de Asiria establecido en el Arrapachitis. Engendró á Selah, padre de Héber, patriarca de los hebreos. En el Corán se llama á este patriarca Hud ó Jehud, y es lo mismo que Judá, padre de los judíos, que se relaciona por su nombre al país de Hod (*ud*, *ut*, tierra de Thot-Hermes y del pez), hoy Abasia. Hud es quien anuncia á los perversos aditas la inminencia del diluvio que ha de destruirlos. Su hermano Joktan fué padre de los árabes de la primera raza himiarita, que se establecieron en el Yemén. Las inscripciones tumulares descubiertas en las ruinas de las antiguas ciudades de Sana, Mareb y Saba, por Armaud y Cruttenden, se han descifrado demostrando la perfecta conformidad del himiarita con el ghez, antigua lengua de Etiopía, que también la ha encontrado Wetztein en las piedras de las ciudades de Argob en Siria, el antiguo país de Basan, donde según la Escritura reinaba Hog, el rey gigante, último de los Refaim.

Héber engendró á Faleg. Este nombre enigmático ha ejercitado bastante la sagacidad de los arqueólogos, que han creído encontrar en él una conexión

(1) Ezequiel, XXX, 5

entre los orígenes hebráicos y los de los griegos, por su analogía con *pelasgos*, tanto más probable por añadir el Génesis que en su tiempo se repartió la tierra. Nosotros creemos encontrar más estrecha relación con Flegias (Faleg-nas) ese rey de un pueblo impío semejante á los aditas, que Júpiter castigó haciéndole perecer por el agua y por el fuego. Otros dicen que fué precipitado en los infiernos. En efecto, Faleg, Flegias, Flegetón, parecen proceder de una misma radical. Por otra parte, los padres de los aribas habían vivido en la vecindad de los Infiernos; pues hablando de los erembos de Homero, que muchos confunden con el Erebo personificado *(erebodes*, negro), afirma Posidonio que en su tiempo se designaba así á los árabes (1).

Después de haber enumerado á los trece hijos de Joktán, que representan á otras tantas tribus árabes, el Génesis indica su primitiva residencia, que era—según dice—«á contar de Mesa viniendo de Sefar». Moessa es el nombre de una provincia de Georgia y Sefar es un lugar santo, á orillas del Araxes, consagrado por un monasterio. Tal es el límite meridional, sin duda el único que fué conocido por el Génesis. Josefo nos indica el otro límite que, según dice, era el río Kofen, el Kubán. Resulta, pues, que las tribus, madres de los árabes, tuvieron por primera residencia á toda la región situada entre el Araxes y el Kubán, es decir, el Cáucaso entero.

Además, el Génesis repite con mayor claridad todavía, que «los hijos de Ismael habitaron desde Havilah (Cólquida) hasta Sur (Siria), que está frente á Egipto cuando se viene de Asiria (2)

«Tales son—concluye el capítulo X—las familias de los hijos de Noé, según sus líneas y naciones, y

(1) Estrabón, XVI, 784.
(2) Génesis, XXV, 18.

de ellas se han derivado las naciones que poblaron la tierra después del diluvio».

III

Se convendrá en la dificultad de darse cuenta de la súbita eclosión del genio de estas diversas naciones que, apenas aparecen en la escena del mundo, crean Estados poderosamente organizados y erigen ciudades famosas. Babilonia, Tiro, Sidón, Nínive, Istakhar. El progreso no se improvisa: es necesario, pues, admitir que ya habían sido iniciadas durante siglos en las ciencias, en la religión, en la disciplina política y militar, y en la práctica de la industria y de las artes.

Es un pasaje bien significativo, aquel en que el Génesis dice que antes de su dispersión «los hombres tenían todos una misma lengua y una misma palabra». Donde quiera que los viajeros han encontrado grupos humanos, por salvajes que fuesen, tenían una lengua; pero es evidente que esta facultad, precisamente porque se ejerce con espontaneidad, se manifiesta en dialectos particulares, como puede verse en las regiones de Europa poco frecuentadas. El empleo de un idioma único entre pueblos de raza diferente, sólo puede ser resultado de la influencia dominante de una nación más adelantada y poseedora de un vocabulario más rico. Durante mucho tiempo fué el latín la lengua universal de Asia y de Europa. Análogamente puede pensarse que los descendientes de los escitas y cuchitas, reunidos en la llanura de Sinhar, hablaban entonces el copto antiguo de los jeroglíficos, que había sido la lengua oficial y religiosa de sus padres; y una vez separados, la olvidaron para perfeccionar sus idiomas particulares.

Como se ve, la exposición del Génesis está lejos de ser completa y muchos pueblos no están consig-

nados en ella. El documento hebreo sabe poco del Asia Menor. Grecia, Iliria, Italia, Sicilia, todos los países pelásgicos, le son desconocidos. Al Oriente, la región más remota que menciona es Elám, Persia; en cambio se extiende en preciosos informes sobre Armenia, Babilonia, Siria. Detalla el número, los nombres, la posición de las tribus cananeas y árabes, y cita hasta los pequeños clanes de los mesghes cau cásicos. Según las mismas definiciones tomadas de los comentaristas, la mayor parte de los pueblos descendientes de los hijos de Noé son originarios del Bósforo cimeriano, de las cimas alpestres del Cáucaso, del litoral de Abasia y de la Cólquida, de los valles del Kur y del Araxes. Como la irrupción del cataclismo que los arrojó de su lugar originario fué al Norte del Euxino, refluyeron hacia el Sur. La entrada simultánea en Armenia de estos pueblos, sólo representa, pues, el abandono de las orillas del mar Negro por los descendientes de la colonia que los egipcios habían fundado allí más de mil años antes.

Con ayuda de los informes acumulados por la ciencia moderna, sería posible suplir sumariamente lo que falta al relato de la Escritura, sobre todo en lo concerniente á los Jafétidas. Familias numerosas además de las jonias, frigias, medas y parsas, emigraron en muchedumbre hacia el Oeste del Euxino, sea en flotillas de barcos ó en almadías, ó sea, tras la subversión de las aguas, atravesando los terrenos emergidos de la estepa. Entre ellos figuran los macedonios, los dorios y muchas tribus helenas que se ven llegar á Grecia por Tracia y Tesalia.

En una época más antigua, quizás—como escribe Tácito—cuando Saturno fué destronado por Júpiter, y los etíopes, antepasados de los judíos, pasaron á la Libia, algunas tribus cuchitas se dirigieron hacia Occidente y ocuparon la vasta región que habitaban los descendientes de los primitivos pelasgos con los nom-

bres de eslavos, búlgaros, albaneses, servios, bosniacos, que han heredado la obscura coloración de sus padres libios. En Italia, los cimerianos del cabo Circeo, los del lago Fucino que aportaron el mito de los Infiernos, como los sículos á Sicilia; los etruscos, descendientes de los Ludin destacados del grupo asirio, los sabinos, los romanos, hijos de Saturno y de la loba, fueron suplantados por esta corriente pelásgica que, cada veinte años, según el rito de la primavera sagrada, invadió nuevos territorios, no deteniéndose hasta Gádex de España, apordó allí los nombres de Hesperia, islas Atlánticas, Columnas de Hércules, así como las leyendas de Osiris y de Gerión, y ese druidismo que parece una herencia de los mitos de Egipto.

Abierto ya el camino hacia Occidente, las emigraciones escíticas y géticas, empujadas por su instinto aventurero, se sumergieron en las profundidades de las selvas europeas. Estos clanes, dirigidos con gran frecuencia por jefes de línea egipcia ó cuchita, se diseminaron hasta el Atlántico y el Báltico: «La Céltica—dice Plutarco—se extiende desde el mar exterior hasta el Palus Meótide.» Mientras que estas familias, fuertemente impregnadas de etiopismo, se difundían por el Oeste, los fineses y lapones (lupiones de Peuttinger), habitantes en otro tiempo de la Escitia caucásica, rechazados hacia el Norte por la invasión de pueblos más robustos é inteligentes, se asimilaron los mitos de Ammón bajo la forma de ceremonias mágicas. Después de ellos vinieron los grandes escitas escandinavos, que también habían tomado en su fuente la doctrina de los sacerdotes del Meotis. Como los griegos y los asirios adoraban á sus reyes y á sus héroes deificados, y las Sagas recuerdan en muchos puntos á las mitologías de los helenos y hebreos. La sibila del Norte y los runos fineses están acordes en declarar que Odino y su pueblo, reveren-

ciados en todas partes como dioses, habían partido de las orillas del mar Negro, de donde se llevaron el vaso de la ciencia salvado de las aguas del diluvio.

Por la parte de Oriente los parsos, hermanos de los medos del Aderbidján, recomienzan en Bactriana la vieja lucha de Ormuz contra Arimán, convertida en el mítico Afrasiab, príncipe de los turanios. Estos son los príncipes etíopes orientales de Herodoto, que marchaban con los indos á la revista de Xerjes. Aliados desde el principio con la familia mongola originaria del macizo central de la Alta Asia, y, por otra parte, con los escitas nómadas de las orillas del Caspio, estos cuchitas forman una nueva raza de que han ofrecido el tipo más adelantado los tártaros oigures, dándose la mano con la civilización caldea, según Abel Rémusat. Crean centros religiosos y guerreros en el Tibet, en el Altay, en el lago Baikal. Los anales de China indican la llegada muchos siglos antes al Extremo Oriente, de cien familias de cabellos negros, de nariz larga, que se repartieron el país de Tsin, lo canalizaron y lo cultivaron.

Los Aryas, hijos de Heri, y las Pandavas, descendientes de la familia de la luna, que se establecieron en el Ganges y la Jumnah, procedían del Noroeste y por consecuencia de la Bactriana, y parecían ser una rama del tronco escito-iranio, que ocupó muy temprano esta comarca. Fundaron en la India—veintidós siglos antes de nuestra era, según los más autorizados indianistas ingleses—sociedades guerreras y teocráticas, cuya fusión con la raza roja indígena se realizó al terminar la conquista de la península, en el año 1.000. La lengua de los Arias, conservada en sus libros, acredita el estrecho parentesco de esta familia con el tronco escítico, del que salieron las ramas irania, helena, latina y germánica. No obstante el naturalismo exuberante de la poesía sánscrita, su mitología atestigua por las numerosas similitudes con los mitos

de Occidente, que gran parte de los recuerdos del pueblo asirio se remontan más allá de la época de su llegada á la India, refiriéndose al tiempo en que sus abuelos habitaban otra región de Asia.

El carácter más saliente de las mitologías y el más interesante para el filósofo es, pues, esa homogeneidad de tradiciones entre pueblos pertenecientes á distintas razas, de genio desigual, pero acercados por el crecimiento. Además de una muchedumbre de leyendas particulares salvadas del olvido por su interés extraño ó encantador, existe un haz de ideas fundamentales y de hechos generales que se encuentran en todas partes. Tal es la creencia universal en la influencia de los astros sobre el destino de los hombres y en las estrechas relaciones que les unen á los animales, derivadas, según nuestro juicio, del doble simbolismo sideral y animal con que se caracterizaron las tribus primitivas. Es también el recuerdo preciso de un lugar donde los muertos sufrían un juicio, y donde revivían para ser castigados ó premiados; es el culto en forma de homenajes, de oraciones y de ritos sagrados tributados á los reyes y pontífices divinizados mezclándose al terror que inspiraba una raza malhechora de genios, enemigos de los hombres y del mismo Dios; es la idea de un plan uniforme de la creación del mundo florecida en el espíritu sutil de los teólogos de Caldea; es la universal reminiscencia, entre los egipcios como entre los chinos, entre los celtas como entre los indos, de una gran isla abismada con todos sus habitantes; y esta otra tradición aún más difundida, que á veces se confunde con la anterior, de una inundación inmensa, cubriendo la tierra, exterminando pueblos enteros y lanzando á los supervivientes hacia los cuatro puntos del globo. Estas tradiciones, apenas diversificadas según el espíritu poético, piadoso ó realista de las razas, llaman en todas partes la atención por su semejanza y atesti-

guan que debieron derivarse de un hogar único, del que irradiaron hacia los puntos más distantes de nuestro hemisferio.

Si se busca el centro de esta irradiación, y por consecuencia el lugar en que los antepasados de las naciones se encontraron y vivieron en común, siéntese uno transportado siempre al límite de Europa y de Asia, á la cuenca del mar Negro. ¿Dónde, si no es en la Táuride, con sus ricas cosechas, vecina de las islas volcanizadas de Tamán, se encontraría un teatro más apropiado para la realización del mito de los Infiernos y del campo de trigo, personificado en Plutón Aidoneo y en Ceres Démeter? Cuando se ve á Hator y á Proserpina, ambas con el haz de leña en la cabeza y ambas reinas de los Infiernos, asociando las mitologías de Egipto y de Grecia, ¿á quién podría atribuirse mejor la institución de los célebres misterios celebrados á orillas del Nilo y al mismo tiempo en la Hélade, que á ese nomo de Ammón, sucesor de Osiris, que, con los nombres de Cielo, esposo de la Tierra, de soplo ó espíritu divino, de legislador omnisciente y luz de los hombres, aparece en el primer renglón de todas las cosmogonías?

FIN

TABLA DE MATERIAS

Páginas

INTRODUCCIÓN 1

LO SOBRENATURAL EN LA MITOLOGÍA

I. — La apoteosis 28
II. — El símbolo sideral 38
III. — El símbolo animal 50

CAPÍTULO PRIMERO

EGIPCIOS

I. — Las dinastías de Manethón 83
II. — El Amenti y el Hades 102
III. — El nomo de Ammón 130

CAPÍTULO SEGUNDO

FENICIOS

I. — Los dioses peces, libios y fineses 137
II. — Tot-Hermes 151
III. — El Sanchoniathón 158
IV. — Las cosmogonías 172
V. — El Olimpo asirio 180

Páginas

CAPÍTULO TERCERO

HEBREOS

I. — Orígenes hebráicos 189
II. — Jehová, Adán 205
III. — Caín, los ángeles 220
IV. — Cosmogonía del Génesis 244

CAPÍTULO CUARTO

GRIEGOS

I. — Orígenes pelásgicos 259
II. — Teogonía de Hesíodo 268
III. — Urano 279
IV. — Saturno y Júpiter 292
V. — Júpiter-Asterio 331

CAPÍTULO QUINTO

PARSOS

I. — Orígenes escíticos, el Ariana 351
II. — Caspios y medos 365

CAPÍTULO SEXTO

RESUMEN

I. — El capítulo décimo del Génesis 381
II. — Jafet, Cam, Sem 388

BIBLIOTECA CIENTÍFICO-FILOSÓFICA

Tomos de tamaño 19 × 12

Altamira.—Cuestiones modernas de Historia, 3 pesetas.
Arreat.—La moral en el drama, en la epopeya y en la novela, 2,50.
Baldwin.—Historia del alma, 4.
Binet.—Introducción á la Psicología experimental, 2.ª edición, 2,50.
Psicología del razonamiento, 2,50.
El fetichismo en el amor, 3.
Boissier.—Paseos arqueológicos.—Roma y Pompeya, 4.
El fin del paganismo 2 tomos, 7.
Bray.—Lo bello, 3,50.
Bunge.—Principios de Psicología individual y social, 2,50.
La Educación.—Evolución de la Educación, 2,50.
La Educación.—La educación contemporánea, 4.
La Educación.—Educación de los degenerados.—Teoría de la Educación, 2,50.
Bureau.—El contrato colectivo del trabajo, 4.
Coulanges.—La ciudad antigua, 4
Delbœuf.—El dormir y el soñar, 3.
Feré.—Sensación y movimiento, 2,50.
Degeneración y criminalidad, 2,50.
Ferrero.—Grandeza y decadencia de Roma.
I.—La Conquista, 3,50.
II.—Julio César, 3,50.
III.—El fin de una aristocracia, 3,50.
IV.—Antonio y Cleopatra, 3,50.
V.—La República de Augusto, 3,50.
VI.—Augusto y el Grande Imperio 3,50.
Ferrière.—Los mitos de la Biblia, 4.
Errores científicos de la Biblia, 4.
La materia y la energía, 3,50.
Fleury.—El cuerpo y el alma del niño, 3
Nuestros hijos en el colegio, 3.
Fouillée.—La moral, el arte y la religión, según Guyau, 4.
Gauckler.—Lo bello y su historia, 2,50.
Grasserie.—Psicología de las religiones, 4
Guyau.—Génesis de la idea de tiempo, 2,50.
Problemas de estética contemporánea, 4
Hearn.—Kokoro, 3,50
Hennequin. La críti
Janet.—Los orígenes contemporáneo, 2,5
Kergomard.—La edu Dos tomos, 7.
Le Bon.—Psicología d 2,50.
Le Dantec.—Eleme biológica, 3,50.
Levéque.—El espiritualismo en el Arte, 2,50.
Lichtenberger.—La Filosofía de Nietzsche, 2,50.
Lotky.—El alma de tu hijo, 2,50.
Max Nordau.—Psico-fisiología del Genio y del Talento, 2,50
Mercante.—La Verbocromía, 2,50.
Mercier.—La Filosofía en el siglo XIX, 2,50.
Moreau de Jonnés.—Los tiempos mitológicos, 3,50.
Nitobé.—Bushido. Alma del Japón, 2,50
Payot.—La Creencia, 2,50.
Posada.—Política y enseñanza, 2,50.
Teorías políticas, 2,50.
Ribot.—Enfermedades de la voluntad, 2.ª edición, 2,50.
Las enfermedades de la memoria, 2,50.
Enfermedades de la personalidad, 2,50.
La psicología de la atención, 2,50.
La evolución de las ideas generales, 3.
La lógica de los sentimientos, 2,50.
Ensayo sobre las pasiones, 2,50.
Ruskin.—Munera Pulveris (sobre Economía Política), 2,50.
Sésamo y azucenas, 2,50.
La Biblia de Amiens, 2,50.
Sollier.—El problema de la memoria, 3,50.
Spir.—La norma mental, 2,50.
Taine.—La inteligencia. Dos tomos, 9.
Tardieu.—El aburrimiento, 4.
Thomas.—La educación de los sentimientos, 4.
Tissié.—Los sueños, 3.
La fatiga y el adiestramiento físico, 4.
Varigny.—La naturaleza y la vida, 4.
Wagner.—Juventud, 3,50.
La vida sencilla, 2,50.
Junto al hogar, 3.
Para los pequeños y para los mayores, 4.
Valor, 2,50
Wegener.—Nosotros los jóvenes, 2,50

Tomos de tamaño 23 × 15

Baldwin.—Interpretaciones sociales y éticas del desenvolvimiento mental, 8 pesetas.
Bourdeau.—El problema de la vida, 5
El problema de la muerte, 5.
Carlyle.—Folletos de última hora, 6.

71288461
DR 8669

Guyau.—El arte desde el punto de vista sociológico, 7.
La irreligión del porvenir, 7.
La Moral de Epicuro, 5.
Hegel.—Filosofía del Espíritu. 2 tomos, 9.
Estética. Dos tomos, 15.
Hoffding.—Bosquejo de una Psicología, basada en la experiencia, 8.
Historia de la Filosofía moderna. Dos tomos, 18.
Filosofía de la Religión, 6.
Los Filósofos contemporáneos, 5.
James (W.)—Principios de Psicología. Dos tomos, 20 pesetas.
Lanessan.—El Transformismo, 5.
Lange.—Historia del materialismo. Dos tomos, 16.
Lapie.—Lógica de la voluntad, 5.
Le Bon (Gustavo).—Psicología del socialismo, 7.
Lefevre.—Las lenguas y las razas, 5.
Lollée.—Historia de las literaturas comparadas, 6.
Nordau.—Degeneración. 2 tomos, 12.
Payot.—La educación de la voluntad 4.
Pearson.—La Gramática de la Ciencia, 8.
Posada.—Principios de Sociología, 8.
Preyer.—El alma del niño, 8.
Ribot.—La herencia psicológica, 7.
La psicología de los sentimientos, 8.
Ensayo de la imaginación creadora, 6.
Romanes.—La evolución mental en el hombre, 7.
Spencer.—Ensayos científicos, 5.
Tarde.—Las leyes de la imitación. 7.

OBRAS DE FONDO

Becerro de Bengoa.—La enseñanza en el siglo XX. Un tomo en 8.° mayor, ilustrado con 44 grabados y cuatro fototipias fuera del texto, 5 pesetas.
Bergson.—Materia y memoria. (Tamaño, 19 × 12), 3,50 pesetas.
Corradi (D. Fernando).—Lecciones de oratoria. En 4.°, 3 pesetas.
Fillis (James).—Principios de doma y de equitación (con 70 grabados y fotograbados). Versión española de don Arturo Ballenilla y Espinal. (Esta obra está editada en francés, inglés, alemán, ruso y español). Madrid, 1901. Un tomo en 4.° mayor, 15 pesetas.
Flaubert.—La educación sentimental, historia de un joven. Dos tomos. (Tamaño, 19 × 12), 5 pesetas.
Gasté (M. de).—El Modelo y los Aires.—(Esta importante obra, que trata de la cría caballar, contiene además nociones de hipología). Un tomo en 4.° mayor, 10 pesetas.
Gérard (J.).—Nuevas causas de esterilidad en ambos sexos. Fecundación artificial como último medio de tratamiento. Un tomo en 8.° mayor, 5 pesetas.
González Serrano (U).—Pequeñeces de los grandes. Un folleto en 8.°, 0,50 pesetas.
Hartenberg.—Los tímidos y la timidez. En 4.°, 5 pesetas.
Lagrange (Dr. Fernando).—La higiene del ejercicio en los niños y en los jóvenes. (Tamaño, 19 × 12), 3 pesetas.
—El ejercicio en los adultos. (Tamaño, 19 × 12), 3,50 pesetas.
Lagrange (Dr. Fernando).—Fisiología de los ejercicios corporales. (Tamaño, 23 × 15), 5 pesetas.
March y Reus (J. A.).—Clave telegráfica internacional. Segunda edición española. Madrid, 1894. En 4.°, tela, con planchas, 20 pesetas.
Max Muller.—Ensayo sobre la historia de las religiones. Dos tomos en 8.°, 4 pesetas.
—La ciencia de la religión. Un tomo en 8.°, 2 pesetas.
Mosso (Angel).—La educación física de la juventud. (Tamaño, 19 × 12) 3,50 pesetas.
—El miedo. (Tamaño, 19 × 12), 4 pesetas.
—La fatiga. En 4.°, con numerosos grabados intercalados en el texto, 4 pesetas.
Thomas.—La sugestión: su función educativa. (Tamaño, 19 × 12), 2,50 pesetas.
Tiberghien.—Estudios sobre Filosofía. Un tomo en 8.°, 2 pesetas.
—Los Mandamientos de la Humanidad ó la Vida Moral en forma de Catecismo, según Krausse. Un tomo en 8.° 2,50 pesetas.
Tissandier (Gastón).—Manual de procedimientos útiles. (Tamaño, 1[illegible] 3 pesetas.
Tom Tit.—La ciencia recreativa, 100 experimentos con infinidad de grabados. Madrid 1887. 4.°, cartoné, 5 pesetas.

Moreau de Jonnès

LOS

TIEMPOS

MITOLÓGICOS

MADRID
DANIEL JORRO
EDITOR
—
1910

DR
8669